

Dios no entra en mi oficina

Alberto I. González Muñoz

Testimonio



Edición, corrección, cubierta y diagramación: Cecilia Pelecé
Fotografía de Cubierta: Yoe Suárez

© Alberto González Muñoz, 2019
©Sobre la presente edición: Boca de Lobo Editores, 2019
ISBN 978-958-98689-8-0

Primera edición, 2003
Segunda edición, 2008
Tercera edición, 2010
Quinta edición, 2011
Cuarta edición, 2012
Sexta edición, 2013
Séptima edición, 2015
Octava edición, 2018

Sin el permiso previo de los editores ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, procesada o transmitida en alguna forma por algún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, cinta magnetofónica u otro—, excepto para breves citas en reseñas, donde deberá especificarse la procedencia.

Citas bíblicas tomadas de:

La Santa Biblia, Revisión 1960
© Sociedades Bíblicas Unidas.
La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional, 1999
© Sociedad Bíblica Internacional.

Dedico este libro:

A mi esposa, la verdadera heroína de esta historia. El final feliz fue gracias a Dios, y a ella.

A todos los que alguna vez, con razones o sin ellas, se han creído víctimas de la injusticia.

Por experiencia propia sé lo que se siente.

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Prólogo | 9 |
| CAPÍTULO 1 Lacta social | 17 |
| CAPÍTULO 2 Navidad en Camagüey | 29 |
| CAPÍTULO 3 Adiós a la esperanza | 43 |
| CAPÍTULO 4 Dios tiene caminos insondables | 55 |
| CAPÍTULO 5 La hora del amor | 73 |
| CAPÍTULO 6 Recursos insospechados | 89 |
| CAPÍTULO 7 Cuesta abajo | 105 |
| CAPÍTULO 8 Si la fe me abandonare | 123 |
| CAPÍTULO 9 Vuelve la paz | 137 |
| CAPÍTULO 10 Yo también era bautista | 155 |
| CAPÍTULO 11 Dios no entra en mi oficina | 177 |
| CAPÍTULO 12 En la recta final | 187 |
| CAPÍTULO 13 El final feliz | 209 |
| CAPÍTULO 14 Treinta años después | 217 |
| Epílogo | 237 |
| Réquiem, 2010 | 251 |

La mujer, airada porque el militar se negó a decirle el paradero de su hijo, se aferró a su fe:
—Ya Dios me hará saber de mi hijo, teniente, se lo aseguro.
—¡No sé cómo! —replicó él—, Dios no entra en mi oficina, ciudadana.

VERTIENTES, CAMAGÜEY, UN DÍA DE DICIEMBRE DE 1967

Prólogo

Los sucesos que narra esta historia ocurrieron hace más de cincuenta años. Los primeros esbozos se escribieron en aquella época como cartas y documentos personales. Después de treinta años tomaron forma de artículos en la revista La Voz Bautista y ocho años más tarde se compilaron y revisaron para una edición y publicación muy limitada. Dichos libros fueron donados de manera personal y directa por el propio autor a instituciones cristianas, iglesias y personas relacionadas con él. Ninguno de ellos fue vendido. No se hizo la más mínima promoción. Como autor, no deseaba que fuera utilizado como un documento acusatorio en ningún sentido. Aunque analiza a profundidad y revela detalles de acontecimientos que en el pasado provocaron reacciones diversas, fundamentalmente es la narración del peregrinaje espiritual de un joven cristiano. El relato nos conduce a través de todos sus sentimientos, dudas, contradicciones y esperanzas, mientras batalla con una situación desestabilizadora e injusta, sin ocultar su propia crisis de fe.

Aunque aquella primera edición fue tan sujeta a restricciones por el propio autor, Dios no entra en mi oficina burló los límites que le fueron impuestos. Comencé a recibir cartas de personas que lo habían leído porque alguien se lo prestó. Deseaban poseerlo, regalarlo a otros y manifestaban el bien espiritual que recibieron por su lectura. Es muy raro el día en que alguien no me comente sobre Dios no entra en mi oficina y la bendición que resultó su lectura. De continuo encuentro a personas que desean conocernos a mi esposa y a mí porque han leído el libro. Son tantos, que han constituido la mayor recompensa y un motivo diario de gratitud a Dios. Más aún me ha impresionado la multitud de personas no cristianas y de todos los sectores que lo han leído a pesar de que su publicación y distribución siempre ha ocurrido dentro del limitado ambiente eclesial de la denominación bautista occidental de Cuba.

Muchos me preguntan: ¿Cuándo podremos comprar Dios no entra en mi oficina en una feria del libro o en cualquier librería del país? No soy un intelectual ni un

escritor a la altura de eventos de ese tipo. No obstante, hace algún tiempo una persona famosísima y muy reconocida en el ambiente intelectual y artístico cubano me llamó por teléfono después de leerlo y sus comentarios me emocionaron y animaron. “Este país necesita sanar definitivamente —me aseguró—, y su libro sería una inmensa ayuda para ello”. Tal consideración me sorprendió por venir de quien vino, y me animó el hecho de que alguien ajeno al ambiente eclesial considerara a Dios no entra en mi oficina como valioso y beneficioso para nuestro país. Meses más tarde, otro reconocido escritor cubano, miembro de la Uneac, me solicitó veinte libros para regalarlos a grandes personalidades de la cultura cubana muy interesados en leerlo.

Mi propósito nunca fue levantar una acusación a ultranza, por lo tanto, suplico a quienes lean esta novena edición, conserven esta advertencia en sus mentes según avancen en su lectura. La organización donde esta historia se desarrolla fue disuelta al reconocerse que había desvirtuado sus propósitos y que ocurrieron en ella hechos lamentables y bochornosos. Por lo tanto, el hecho de que estas historias pueden salir a la luz, muestra que hemos ganado en madurez.

Dios no entra en mi oficina es una obra testimonial —escrita con la mayor objetividad posible— sobre acontecimientos desconocidos por muchos. Sin embargo, por aquellos que experimenten alguna preocupación y duden de la veracidad de lo aquí narrado, me permito citar del periódico Granma, órgano oficial del Partido Comunista de Cuba y principal periódico del país, el siguiente párrafo firmado por el periodista Luis Báez en la edición del jueves 14 de abril de 1966.

Los UMAP no es un lugar de castigo, allí los jóvenes que ingresan no son mirados con desprecio, al contrario, son bien recibidos. Están sujetos a una disciplina militar. Son bien tratados y se procura la manera de ayudarlos a que superen su actitud, a que cambien, a que aprendan, se trata de convertirlos en hombres útiles a la sociedad. Cuando comenzaron a llegar los primeros grupos que no eran nada buenos, algunos oficiales no tuvieron la paciencia necesaria ni la experiencia requerida y perdieron los estribos. Por esos motivos fueron sometidos a Consejo de Guerra, en algunos casos se les degradó y en otros se les expulsó de las fuerzas armadas.

Aplaudo la opinión del periodista cuando habla de ausencia de paciencia necesaria, experiencia requerida y estribos perdidos. Como tuve el dudoso privilegio de formar

parte de esos primeros grupos que no eran nada buenos, fui testigo y víctima —como todos los que allí estábamos— de la pérdida de estribos de algunos oficiales sin que en ningún momento se nos informara que ellos habían sido castigados. Esos lamentables hechos provocaron que una gran cantidad de cubanos quedaran marcados para siempre. En el mismo artículo, el periodista insiste:

Todo joven debe pasar como un honroso deber el servicio militar, como un modesto aporte a la defensa de la patria; unos lo harán en las unidades regulares; otros mientras estudian (...) y otros en la ayuda a la producción a través de las UMAP. De esta medida tampoco deben quedar excluidos los que estudian cualquier tipo de religión en colegios especiales con carácter profesional.

Más adelante continúa:

El objetivo de las UMAP no es castigar a nadie. La misión fundamental es hacer que esos jóvenes cambien su actitud, educarlos, formarlos, salvarlos. Evitar que el día de mañana sean parásitos, incapaces de producir nada, o delinquentes contrarrevolucionarios, o delinquentes comunes, seres inútiles para la sociedad.

Desde el primer momento en que me vi envuelto en la experiencia UMAP pensé que algún día escribiría sobre el tema. Treinta años después, cuando una enfermedad me obligó a reposar por cuatro meses, abrí la caja donde mi esposa guardaba toda nuestra correspondencia durante el tiempo de las UMAP y me dediqué a leer nuestras cartas de amor. Comprendí enseguida que tenía el libro en mis manos. Solo necesitaba ordenar e interpretar la información tan detallada que contenían. Comencé a escribir en cuanto el médico me dio permiso para abandonar el reposo absoluto. Mi único propósito fue narrar una historia totalmente desconocida por las nuevas generación de cubanos. Deseaba extraer lecciones que nos ayudaran a todos a construir una sociedad mejor.

Los lugares que aparecen en este relato son reales, al igual que las personas que se mencionan por sus nombres propios. Algunos nombres los omito porque después de treinta años es imposible recordarlos. Otros decidí no mencionarlos. ¿Quién quita que vivan todavía y hoy lamenten su proceder? Si es así, tendrán suficiente dolor con reconocerse a sí mismos en la narración. Puedo asegurar que no les guardo rencor. Entiendo

que muchos oficiales y reclutas actuaron obligados por circunstancias que les colocaron en situaciones extremas, donde cualquier error o desacierto humano es muy posible.

Sin embargo, desde un punto de vista ético considero un desatino total negar u ocultar estos hechos. Alegar que el relato de lo que aconteció esté fuera de lugar y sea nocivo, —como algunos comentaron al leer los primeros capítulos en una revista—, es soslayar maliciosamente el alcance de lo ocurrido. Los hechos históricos pueden verse desde múltiples perspectivas e interpretarse de diferentes maneras. Es a través de la amalgama de opiniones múltiples provocadas por cualquier suceso, que podemos abrimos paso hacia la comprensión de su realidad de una forma objetiva. En este caso, miles de jóvenes cubanos —y por lo tanto sus familias— vivieron una experiencia que en un sentido muy dramático afectó y marcó sus vidas para siempre. ¿Cómo podrían aceptar de buen ánimo la omisión histórica? Ningún suceso histórico debería jamás ser olvidado. Si una aberración semejante pudo ocurrir y afectar a miles de personas, todos debemos asegurarnos de que jamás se repita.

Es frustrante y vergonzoso que en pleno siglo XXI las historias constantes de desapariciones, secuestros, crímenes, torturas, vejaciones, abuso policial, discriminaciones, homofobia, xenofobia, detenciones arbitrarias, guerras cruentas con todas sus consecuencias, violencia e injusticias humanas, sean pan diario en todos los noticieros del mundo. Lo más trágico es que casi ningún país escapa de tales eventos. Los sucesos narrados en este libro, comparados con las atrocidades que vemos actualmente en las pantallas de nuestros televisores, se quedaron en pañales, pero ello no los justifica ni permite que los ignoremos u olvidemos. Sobre todo si de verdad queremos construir una sociedad justa, equitativa y solidaria que dé cabida a todos y les ofrezca las mismas oportunidades.

La desintegración de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP), en su momento, fueron el triunfo del buen juicio y la condena oficial implícita a los excesos que se cometieron; así como el abandono de las concepciones erróneas que les dieron vida. Ese hecho en sí mismo fue un acto de justicia social. Lo que no ha sido justo ni positivo es el intento de borrar y enterrar lo acontecido, propiciando que las generaciones siguientes lo ignoren como si no hubiese sucedido jamás. En la ciencia o la investigación histórica, la omisión por conveniencia resulta un hecho culpable.

Sin embargo, Dios no entra en mi oficina no pretende ser un libro de historia. Es solo una narración que, basada en hechos históricos y experiencias reales de personas —muchas de las cuales aún viven y pueden confirmar la veracidad y exactitud de lo narrado— se propone una reflexión ante las injusticias y los errores humanos, los sufrimientos que ellos causan y las actitudes posibles frente a los imponderables de la

vida. Al fin y al cabo, nuestra respuesta a cualquier acontecimiento social es lo que puede propiciar la diferencia entre el daño o el beneficio que tal suceso pueda aportarnos.

Esta es la novena edición del texto escrito durante los años 1994 y 1995. Con el tiempo, se han ido añadiendo a la historia original relatos posteriores de experiencias y encuentros personales que profundizan y consolidan lo narrado en esta obra. Espero que su lectura permita no solo conocer —o recordar— una historia no contada que para muchos resulta casi imposible de creer. No obstante, como todo hecho histórico está llena de relatos y matices que pueden ayudarnos a ser mejores seres humanos, valorar a los demás, encontrarnos con nosotros mismos, y lo mejor de todo: conocer a Dios.

CAPÍTULO 1

Lacra social

El 24 de noviembre de 1965, como todos los miércoles, los seminaristas tuvimos la noche libre. Pablo Urbay y yo fuimos a tomar helado en El Carmelo y a pasear por La Rampa, el famoso tramo de la calle 23 en La Habana, comprendido entre el malecón y la calle L en el reparto del Vedado. Al terminar, caminamos hasta el malecón y nos sentamos en el muro para conversar de nuestros planes para cuando nos graduáramos pocos meses después. Tarde en la noche, cuando regresamos, al llegar a la esquina del Seminario Teológico Bautista de La Habana, en la confluencia de las calles Rabí y General Lee, en Santos Suárez, vimos el edificio todo iluminado.

Aquel derroche de luz a esa hora era un mal presagio.

El lunes anterior, al regresar de las iglesias donde trabajábamos, conocimos que dos seminaristas habían sido recogidos y llevados apresuradamente al servicio militar. Subimos la loma del Seminario, esa noche más empinada y larga que nunca, temerosos de que algo anormal sucedía. Cuando llegamos, Isabel Morales, entonces administradora del plantel, nos informó que habían citado a una docena de estudiantes para efectuar su reclutamiento al Servicio Militar Obligatorio el viernes 26 de noviembre. Yo era uno de ellos.

Tengo que confesar que cuando me entregó la cita se me heló el corazón.

Los otros se habían marchado para despedirse de sus familiares o de sus novias. Como solo quedaba un día de por medio, me encerré en mi cuarto a fin de ordenar mis ideas y enfrentar mis temores.

—¿Qué es esto, Señor, cómo es posible? ¡Ahora que estoy casi a punto de graduarme!

Mayor que la sorpresa fue la angustia y la confusión que se apoderaron de mí. Decidí no viajar para despedirme de mis padres o de mi novia porque iba a

consumir un tiempo que necesitaba para prepararme y encarar la realidad. Solo les llamé por teléfono para darles la noticia.

La Ley del Servicio Militar Obligatorio había sido promulgada un par de años atrás. A los seminaristas nos correspondió inscribirnos en un local que abrieron para ese fin en la calle Cocos, a un par de cuadras del Seminario. Pero nunca pensamos que seríamos llamados a filas.

A principios de 1965 algunos fuimos citados a una entrevista en el Castillo de la Fuerza en La Habana Vieja y tiramos el asunto a broma. Jugábamos marchando por los pasillos del Seminario y nos saludábamos al estilo militar. Todos pensábamos que era un trámite de rigor y no seríamos reclutados. El día fijado, al llegar al lugar de la entrevista, un militar en la puerta nos informó sin reparos que estábamos citados por *Lacra social*. ¿Entendería él lo que significaban esas palabras? Ignorábamos que existiera un organismo o una oficina denominada de esa manera, pero bastó una mirada alrededor para comprender la realidad.

Hermes Soto se indignó:

—¿Qué se creerá esta gente? ¿Cómo van a catalogarnos de esta manera?

—Debe haber algún error —contesté—, cuando comprueben que somos estudiantes del Seminario de seguro nos borrarán de las listas. Era tan absurdo que ni siquiera temí que pudiéramos ser incluidos en semejante categoría.

Respondimos a todas las preguntas que nos hicieron, ocupándonos de dejar claro que estudiábamos en el Seminario Teológico Bautista de La Habana para ser pastores. En nuestra ingenua opinión, tal razón bastaría para diferenciarnos de las características del grupo allí reunido y liberarnos de cualquier mala interpretación. Regresamos al Seminario y olvidamos el incidente. Tanto, que cuando recibimos la citación para el Servicio Militar Obligatorio, en ningún momento pensamos que tuviera algo que ver con aquella entrevista.

Un nuevo tipo de servicio militar

Las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP) nacieron en noviembre de 1965 como un intento reeducativo y concentrador de jóvenes considerados no aptos para pasar el Servicio Militar Obligatorio (SMO). Delincuentes y pre delincuentes, vagos, drogadictos, religiosos y homosexuales engrosaron mayoritariamente sus filas. Por lo tanto, entre los reclutados fueron muchos jóvenes creyentes de todas las denominaciones, en especial los que tenían posiciones

de liderazgo en sus iglesias. También se reclutó a otros jóvenes que, por ser menores de veintisiete años, se les impidió emigrar del país junto con sus padres y familiares.

Al amanecer del 26 de noviembre de 1965, después de una noche en la que apenas concilié el sueño, me levanté y salí al pasillo del segundo piso del Seminario, que situado en la loma de Chaple permite observar una fantástica vista de La Habana y me dediqué a contemplar la ciudad mientras amanecía.

¡Cómo deseé en aquel momento que todo hubiera sido una pesadilla y no tuviera que bajar la colina del Seminario para enfrentarme con algo que detestaba! Cuando la ley del Servicio Militar Obligatorio fue promulgada, mi corazón se estremecía al pensar en la posibilidad de ser reclutado. Fui a inscribirme cuando como correspondía, pero guardando la esperanza de que Dios me libraría de tal experiencia.

Debido al marxismo-leninismo y al llamado ateísmo científico que la Revolución estaba implantando parecía que no había interés de tener religiosos en las fuerzas armadas. Así mi esperanza de no ser llamado al servicio militar fue reforzada por el giro ideológico que vivíamos en el país. Contra todos los pronósticos y a pesar de mis esperanzas, fui reclutado. Con la citación en mis manos, lleno de temores y angustiado por tener que abandonar por tres años el Seminario y retardar mis ansias de comenzar a servir como pastor, eché una última mirada a la ciudad. En la capilla nos esperaban para despedirnos.

Media hora más tarde, todos los seminaristas citados nos dirigimos hacia el lugar donde teníamos que presentarnos.

El camino hacia el infierno

Tomamos un ómnibus en la calzada de 10 de Octubre antes de salir el sol. Unos diez minutos más tarde descendimos en la parada que nos correspondía y atravesamos la calzada. Nos dirigimos al centro de reclutamiento en la calle María Auxiliadora # 67, donde comenzaban a reunirse los jóvenes reclutados. Al ver las características de la mayoría de ellos, comprendimos que finalmente habíamos sido considerados *lacra social*, tal como pareció ocurrir en aquella entrevista en el Castillo de la Fuerza meses antes.

A la hora señalada comenzaron a concentrarnos en un patio cercado a la derecha de la casa. En un portón, un oficial sentado en una mesa recibía las

citaciones y chequeaba el nombre de todos en un gran libro que tenía delante de sí. Al llegar mi turno observé que marcó mi nombre y junto a él vi señalada la causa del reclutamiento: Bautista. Como los Seminaristas nos presentamos juntos, observé que todos tenían la misma causa.

Ese descubrimiento fue un consuelo. Sin imaginar qué vendría después, asumimos que si éramos llevados por ser cristianos podríamos afrontarlo. Jesús dijo: *Bienaventurados sois cuando por mi causa, os vituperen y os persigan y digan toda clase de mal sobre vosotros mintiendo. Gozaos y alegraos, porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.*¹ Por lo tanto, debíamos enfrentarlo con entereza. Nos habían unido a marginales, delincuentes, drogadictos y homosexuales, pero estábamos allí por ser cristianos.

Aunque nuestras citas eran iguales a las que recibían los jóvenes llamados al Servicio Militar Obligatorio, no era un reclutamiento común. Nos mantuvieron todo el tiempo de pie en el patio durante casi tres horas, sin ofrecer ninguna información. Nadie respondía a las preguntas que hacíamos.

—Pronto vendrán los camiones —repetía una y otra vez un oficial como única respuesta.

Como a las nueve de la mañana nos transportaron a la Estación Central del Ferrocarril. Allí convergían los vehículos que llegaban de otros centros de reclutamiento y entraban al patio de la terminal de trenes por la calle Egido. Apresuradamente nos obligaron a subir al tren. Soldados con armas largas vigilaban toda la operación.

Salvo la amenaza reiterada de que no podíamos bajar del tren, tampoco se ofreció la menor explicación. Se nos prohibió abrir las ventanillas. Las puertas de cada coche estaban custodiadas por soldados armados. ¿Éramos reclutas o presos peligrosos?

El largo tren con destino desconocido

Poco después de las diez de la mañana los pitazos de la locomotora anunciaron la salida y lentamente se inició la marcha. Nunca se nos informó hacia dónde iríamos. Con el tren en marcha pudimos abrir las ventanillas, pero se nos obligaba a cerrarlas cuando comenzaba a disminuir la velocidad o atravesaba algún pueblo por el camino. Cada vez que se enchuchaba para dar paso a otro

¹ Mateo 5:11-12.

que venía en sentido contrario —cosa que ocurrió varias veces y durante largos períodos de tiempo—, teníamos que permanecer con las ventanillas cerradas y nadie podía moverse de su asiento. Mientras el tren permanecía parado no era posible ir al baño.

En cada puerta de los coches se mantenían militares con armas largas, custodiando a los pasajeros durante todo el viaje. Nadie podía darnos una explicación de por qué éramos tratados así ni informarnos cuál era el destino, alegaban que era un secreto militar.

Los seminaristas nos sentamos juntos pero apenas conversábamos aunque no podíamos entender lo que sucedía. Como más de cincuenta pastores de la Convención Bautista de Cuba Occidental² habían sido detenidos en el mes de abril y fueron juzgados y condenados,³ nuestro curso iba a acelerarse para que nos graduáramos antes debido a la falta de obreros. Ahora, con nuestro reclutamiento, se reducía drásticamente la cantidad de alumnos del Seminario Bautista de La Habana. Durante horas no hablamos una sola palabra.

Como a las tres de la tarde el tren de más de veinte coches arribó a la estación de Santa Clara. Habíamos aprovechado las curvas en el camino para contarlos. Debido a la premura, la confusión y a que el tren no estaba situado en el andén de la estación, sino en el patio donde había hileras de coches en varias líneas diferentes, no pudimos saber antes de salir cuán largo era. En Santa Clara se nos dio una cajita con almuerzo —el único alimento del día— y proseguimos viaje.

Después de las once de la noche atravesamos Ciego de Ávila. La línea del ferrocarril cruzaba la ciudad a unos cien metros de la casa de mi novia, desde donde se escuchaban claramente el paso de los trenes. Como ella me suponía iniciando mi vida militar en alguna unidad en la provincia de La Habana, no sospeché que en el largo y oscuro tren que pasó cerca de la media noche —y que sí sintió pasar —iba su prometido estrenando su nueva condición de lacra.

² Existían en Cuba en ese momento tres denominaciones bautistas: Bautistas Orientales, Bautistas Occidentales y la Convención Bautista Libre.

³ En abril de 1965, más de cincuenta pastores, entre ellos los norteamericanos Dr. Herbert Caudill, y su yerno, el Dr. David Fite, fueron detenidos. Unos fueron acusados de actividades contrarrevolucionarias, otros de ser agentes de la CIA y realizar tráfico ilegal de divisas. Algunos, que no habían hecho ni lo uno ni lo otro, fueron acusados de encubrimiento. Fueron juzgados y sujetos a condenas que oscilaron entre los dos y los treinta años de prisión. Al Dr. Caudill y su yerno se les permitió abandonar el país a principios de 1969. El resto de los pastores fueron liberados al acogerse a planes que les facilitaron la reducción de la condena. En la actualidad, la mayoría de aquel grupo ya falleció. Los pocos que sobrevivieron residen en Estados Unidos.

El tren paraba constantemente para dar paso a otros. El hecho de no saber hacia dónde íbamos, de estar custodiados por soldados armados, más la prohibición absoluta de abrir las ventanillas —ya estuviera andando o parado el tren— después que oscureció, auguraba que nada bueno esperaba al final del camino.

A las tres de la mañana —¡al fin!— se detuvo y comenzó a correrse el rumor de que habíamos llegado. Desembarcamos atropelladamente en la pequeña estación de ferrocarril del Central Lugareño —actual Sierra de Cubitas— y nos ordenaron subir a los camiones que esperaban en el terraplén junto al apeadero. Desde allí nos trasladaron hacia el estadio de pelota que se encuentra a cuatro kilómetros de la estación del ferrocarril, donde nos concentraron nuevamente a todos.

Los seminaristas tratábamos de no separarnos con la ilusión de ser ubicados juntos. Reinaba el desorden y una confusión general. El estadio estaba fuertemente custodiado, rodeado de milicianos armados. Los militares, apostados en el centro del terreno, leían y revisaban con premura las listas, comprobaban los nombres de los reclutas llegados en el tren, mientras intentaban ordenarnos y formarnos en grupos de ciento veinte. No había una planificación efectiva y todo era un caos. Tan pronto nos situaban en un lado como nos cambiaban a otro. Todo se hacía de manera vertiginosa y con violencia, sin consideraciones de ningún tipo. Querían terminar la distribución del personal lo más rápido posible. Pero resultaba difícil.

Abundaban los gritos y las órdenes que provocaban confusión. Al final, cuando lograron separar a toda la multitud en grupos de ciento veinte hombres, comenzaron a montarnos en los camiones. No había suficientes y nos apretujaban sobre ellos como sardinas en lata. Por ese motivo, los oficiales protestaban y discutían entre sí, aumentando el desorden general.

Así comenzamos otro largo y frío viaje por caminos y terraplenes. Nadie había llevado abrigo. Las instrucciones para el reclutamiento decían que solo había que ir con la ropa que lleváramos puesta y otros pocos objetos de uso personal. Como pensábamos ser llevados a unidades cerca de La Habana, aunque era invierno nadie llevó con qué abrigarse. Cometimos así un error capital, pues desde que anocheció todos padecíamos un frío terrible. En los camiones, por los terraplenes de la sabana camagüeyana y en la madrugada, la temperatura era mucho más baja y estábamos desesperados. Por suerte, el estar apretujados en el camión

nos ayudaba. Calentándonos cuerpo a cuerpo resistimos hasta que llegamos a nuestro destino.

No se sabe si algún día saldrán de aquí

Viajamos durante más de dos horas por lugares intrincados aunque solo recorrimos alrededor de treinta kilómetros. Aquella fría madrugada, con un hambre atroz y tras el viaje en tren de casi veinte horas, resultó una tortura interminable. El hambre, el desconcierto, el cansancio, el maltrato y el frío fueron una experiencia demoledora.

Sin despertar aún a la realidad y con la ingenua esperanza de que si sabían quiénes éramos no nos dejarían allí, mientras nos bajábamos del camión discutí con un oficial:

—Aquí hay un error en alguna parte —casi le grité.

—¿Por qué? —contestó él, mirándome con burla en sus ojos.

—Porque aquí todo el mundo no es igual ¿Acaso no lo ve? —volví a gritarle.

—Pues yo veo a todo el mundo igual. Camine y no estorbe más la fila —me contestó airado.

—A todos nos han tomado por delincuentes. ¡Eso es una injusticia! —le dije mirando para atrás mientras él me forzaba a continuar y entrar en la unidad.

Me miró entonces de arriba abajo y soltó una carcajada.

—Arriba, entre y no hable más basuras —dijo, empujándome con tal fuerza que caí al suelo.

Julio Cornelio, que venía detrás de mí, me sostuvo y ayudó a levantarme.

—¿Qué se han creído? Toda la vida viviendo honestamente y mira cómo nos tratan. ¡Esto es injusto! —protesté.

—Estate tranquilo, Alberto —dijo Julio—, contrólate, que puede ser peor.

Con apenas veintidós años, confieso que padecía una cierta farisaica complacencia por ser un joven cristiano y llevar lo que se denominaba *una vida honorable*. Mis ojos no fueron capaces de ver entonces que la situación era cruel e injusta no solamente para con los cristianos. Lo era para con todos los que allí estaban, independientemente de su conducta social. ¿Cómo pretender reeducar a un ser humano si no se le respeta y asume como tal? Es absurdo intentar ayudar a alguien tratándole con desprecio, maltrato, discriminación, amenazas y agrediendo injustamente. Necesitaba aprender mucho todavía pues en ese momento, solo estaba preocupado por la injusticia que se cometía para con los cristianos.

Nos reunieron a los ciento veinte hombres que formaríamos la compañía y la bienvenida fue contundente. Un oficial gritó con desdén a toda la tropa:

—Ustedes están aquí por tener una conducta errada en la sociedad.

Y añadió amenazadoramente:

—Hoy han entrado en esta unidad, pero no se sabe si algún día saldrán de aquí.

Allí no se habló del honroso deber de servir a la patria en el Servicio Militar Obligatorio. Solo se insistió en las conductas desviadas que llevaron a todos a ese lugar por no ser dignos de estar en unidades regulares. Se nos amenazó una y otra vez que de no enmendar nuestra conducta por el trabajo y la disciplina militar, el tiempo de internación podría extenderse indefinidamente. El oficial agregó que el nombre y la dirección del lugar donde estábamos era secreto militar, por lo cual no estaba permitida la comunicación con nuestros familiares.

Posteriormente supimos que los campesinos de la zona habían sido advertidos de que no debían acercarse ni hablar con ninguno de nosotros porque todos éramos delincuentes peligrosos y enemigos de la revolución.

Después de tan singular bienvenida, cerca de las nueve de la mañana, se nos repartió un pan magro a cada uno y una lata de sardinas. Era el primer alimento que recibíamos en dieciocho horas. Recibimos una muda de ropa, un par de botas, un calzoncillo y una camiseta, jabón y una especie de toalla. También una hamaca y una frazada a cada uno. Pero no nos dieron sogas y no había cómo amarrarlas en el albergue, de modo que cuando llegó la noche todo el mundo extendió la suya en el piso de tierra. Los cristianos decidimos ubicar las nuestras afuera del albergue en un pequeño portal, ya que no nos gustaba el ambiente corrompido y promiscuo que se formó inmediatamente dentro de la barraca.

Así llegó nuestra primera noche en las UMAP. Cuando me acosté, como estaba al borde del portal, contemplé el cielo estrellado en la oscuridad del campo, un espectáculo maravilloso y casi un regalo de Dios para consolarnos. Pero decidí taparme la cabeza y comenzar a llorar cobardemente en la noche más desesperada y triste de mi existencia.

Todas las relaciones de mi vida anterior terminaron tan brusca e inesperadamente que no entendía qué era real, si lo que estaba viviendo ahora, o lo que había sido antes. Una y otra vez martillaba en mi mente la amenaza de la bienvenida: *no se sabe si algún día saldrán de aquí*. Todo me parecía increíble. Demasiado cruel, injusto y doloroso para ser cierto.

No recuerdo cuándo me venció el sueño. Era la noche del sábado 27 de noviembre de 1965, y aunque lo ignorábamos, nuestra compañía estaba en el batey Las Marías, municipio Minas, a diecisiete kilómetros del Central Senado —actual Noel Fernández— en la provincia de Camagüey.

Cuando amaneció y desperté, acostado en la hamaca sobre el piso de tierra del portal de la barraca, estaba adolorido y más confundido aún. De los seminaristas, habíamos coincidido allí: Julio Cornelio, David Figueredo, Israel García, José Ferrer, Rafael Hernández, Israel Cordovés, Ernesto Ruano y yo. Había otro joven bautista con nosotros. Nos reunimos todos para leer el Nuevo Testamento, orar y cantar algunos himnos. No sabíamos a dónde habían ido a parar Hermes Soto y otros cristianos que viajaron en nuestro mismo tren. Ernesto Alfonso y Esteban Estrada habían sido reclutados unos días antes. Presumíamos que debían haber sido conducidos a unidades como las nuestras y en el mismo Camagüey.

El horrible choque con la realidad

Enseguida comenzaron los problemas con los Testigos de Jehová porque se negaron a usar el uniforme militar. Este consistía en un pantalón de mezclilla azul oscuro y una camisa también de mezclilla, pero azul claro, y una gorra del mismo material que la camisa. Aunque parecía más un uniforme de presidiario que de militar, los Testigos se negaron a usarlo.

No estaba permitido usar la ropa de civil que trajimos de nuestras casas, pero los métodos que se usaron en Las Marías para persuadir a los Testigos de Jehová para que usaran el uniforme reglamentario fueron sumamente crueles. Todos observamos horrorizados cómo les despojaron a la fuerza de sus ropas, dejándoles en calzoncillos. Los obligaron a mantenerse al sol y al sereno sin darles agua ni comida.

—¡Ahí van a estar hasta que decidan ponerse el uniforme o se mueran! Hay que aprender a respetar a la Revolución —gritó un oficial.

Estuvieron a la intemperie hasta que fueron cayendo uno a uno. Soldados armados impedían que alguien se acercara a darles alimento. Cuando se desplomaban desfallecidos, los llevaban no sabíamos a dónde. Ese primer día en Las Marías amarraron a uno de ellos por los pies y lo sumergieron varias veces de cabeza en una fosa sanitaria que estaba descubierta, a fin de convencerle de que se pusiera el uniforme. Había que ver el rostro del primero al mando de la compañía —con una expresión de burla cínica que era constante en él—

cómo disfrutaba cada vez que el infeliz era izado todo embarrado de aguas putrefactas.

¿A dónde habíamos sido llevados? ¿En manos de quiénes estábamos? ¿Qué eran realmente estas Unidades Militares de Ayuda a la Producción? Las altas cercas de alambre de púas, los soldados con armas largas, las amenazas de no salir jamás de allí, las condiciones infrahumanas de vida —ya que ciento veinte hombres dormíamos hacinados sobre el piso de tierra en la barraca—, y los métodos opresivos que habíamos visto usar, nos recordaban las historias de los campos alemanes de concentración.

Para acentuar la macabra semejanza, estaba el largo viaje en tren con destino desconocido.

Al llegar allí cada uno de nosotros recibió un número. Dejé de llamarme Alberto para ser “el 93”. Dentro de esa incomprensible maquinaria demoledora en la que habíamos caído, conocí lo que siente una persona cuando pierde su nombre y se convierte en un número. Muy pronto aprendí a responder a mi número. No solo cuando los jefes llamaban: Oiga, 93, párese en atención. También los compañeros: Oye, 93, vamos a conversar un rato. Más tarde fui el 13, y después el 41. Podrá parecer extraño a quien lea esto y nunca haya tenido la experiencia: uno se encariña con su número y sufre cada vez que se lo cambian.

¿Cómo describir las impresiones de aquellos primeros días? Mis temores de ir al servicio militar habían sido absurdos. Una unidad regular del SMO hubiese sido mejor. Por desagradable que me fuera la vida militar y aunque el hecho de usar armas atentaba contra mi juvenil vocación pacifista, nada era comparable con lo que nos tocó vivir. Imposible imaginar jamás algo parecido en nuestro propio país. Por la misma razón, comprendo por qué algunas personas, al leer este relato, piensan inmediatamente que cosas como estas jamás sucedieron y dudan de la veracidad de lo narrado, catalogándolo de injurioso. Es posible que de no haberlo vivido, yo también me resistiera a creerlo y pensara como ellos.

De hecho, fui el primer incrédulo cuando comencé a ver lo que sucedía. ¿Cosas semejantes en mi país, en un momento en el que se proclamaba querer forjar una nueva sociedad más justa y solidaria? Con frecuencia miraba hacia el lugar donde los Testigos de Jehová, sin doblegarse, sufrían el azote del sol y el hambre obligada. ¿Qué otras barbaridades habríamos de ver allí? ¿Qué no tendríamos que padecer nosotros mismos?

¡Dios mío! —oré muchas veces durante ese primer día—, ¿cómo es posible? Recordaba Romanos 8:28 *Y sabemos que a los que aman a Dios todas las cosas ayudan a bien*. Pero una cosa es leer el versículo en casa o en la iglesia en tiempos normales, y otra es aplicarlo cuando la tierra se ha abierto y tragado todos nuestros sueños. ¿Podría de alguna manera ser para bien que, a pocos meses de terminar mis estudios en el Seminario, fuera enviado a semejante lugar por sabría Dios cuánto tiempo? ¿Podría ser para bien que las cuatro iglesias que atendía en ese momento quedaran sin predicador? ¿Podría ser para bien ver a los Testigos de Jehová padeciendo de esa manera?

Había aprendido y disfrutaba mucho el famoso himno:

*Del amor divino, ¿quién me apartará?
Escondido en Cristo, ¿quién me tocará?
Si Dios justifica, ¿quién condenará?
Cristo por mí aboga, ¿quién me acusará?*
*Coro: A los que a Dios aman, todo ayuda a bien.
Esto es mi consuelo, esto es mi sostén.*
*Todo lo que pasa en mi vida aquí,
Dios me lo prepara para bien de mí.
En mis pruebas duras Dios me es siempre fiel.
¿Por qué pues las dudas?
Yo descanso en él.*
*Plagas hay y muerte a mi alrededor,
Ordenó mi suerte el que es Dios de amor.
Ni una sola flecha me podrá dañar,
Si él no lo permite, no me alcanzará.*

¡Qué diferencia sentía ahora mi corazón cuando trataba de cantarlo buscando el consuelo y el sostén prometidos! Repetí la segunda estrofa no recuerdo cuántas veces. Quería empaparme de su mensaje. Hasta este momento nunca había afrontado en mi vida situaciones semejantes. Trataba con todo mi corazón, como dice el himno, de descansar en Dios. Pero no lo lograba.

Sí, en aquellos momentos fui egoísta. Más que pensar en la tragedia que les vino encima a todos los que fuimos reclutados de aquella manera, analicé todo a la luz de mi experiencia personal y lo que había perdido en pocas horas. A punto

de lograr mi aspiración de ser pastor, a solo unos meses de graduarme, cuando comenzaba los planes para casarme con la mujer que amaba, estaba de pronto viviendo un infierno indescriptible. No podía entender qué eran realmente las UMAP y no sabía cuánto iban a durar, si es que resultaba cierta la amenaza horrenda de la bienvenida.

CAPÍTULO 2

Navidad en Camagüey

—No puedo concebir que esto sea cierto —me dijo con tristeza Ernesto Ruano.

Él era mi mejor y más íntimo amigo. Oriundos de la misma ciudad, alumnos de la misma escuela primaria y secundaria, miembros de la misma iglesia y compañeros de año y de cuarto en el Seminario, nos sentamos en la tarde del primer domingo en las UMAP junto a un árbol que estaba cerca de la cocina, mientras esperábamos para ser pela-dos a lo militar. El reclutamiento había sido tan repentino y se había desarrollado en circunstancias tan peculiares, que era muy difícil aceptar la realidad. El domingo anterior predicamos en nuestras iglesias sin sospechar siquiera qué nos esperaba unos días después.

Al conversar, revisábamos con la mi-rada aquel lugar dónde estaríamos por sabría Dios cuánto tiempo. La unidad tendría unos cien metros de ancho por ciento cincuenta de largo y estaba a medio cons-truir. La formaban dos barracas separadas por una explanada de aproximadamente cuarenta metros de ancho. En una de ellas, que era parcialmente de mampostería, con techo de fibrocemento, estaba la oficina, el cuarto de los oficiales, el almacén, el comedor y la cocina. La otra, totalmente de madera y todavía sin piso, albergaba la enfermería y el dormitorio. Al fondo de esa barraca había un pequeño cuarto con letrinas. Detrás de estas se estaban comenzando a construir duchas y letrinas nuevas. Todo estaba delimitado por una cerca de púas de más de diez pies de alto.

Desde la unidad podía verse al frente una casa de mampostería y techo de concreto, pintada de blanco, rodeada por un portal de gruesas columnas cuadradas. Era una casa amplia y con un cuarto en los altos. Por estar en una pequeña elevación, desde la casa debía dominarse todo lo que sucedía en los alrededores. A la derecha, a unos quince o veinte metros de ella, otra casa de madera y con

portal, albergaba una bodega. Podíamos ver dos o tres bohíos más, detrás de la bodega, que conformaban el batey, y una arboleda detrás de ellos, como a cien metros de la unidad y hacia la derecha. A la izquierda de la casa había un par de bohíos más.

Si mirábamos a los alrededores, solo veíamos campos de caña perdiéndose en la distancia, hasta llegar a lo que intuíamos era un río, a juzgar por la larga y sinuosa línea de cañabravas que se divisaba. Salvo el letrero de Lugareño en la estación donde nos bajamos del tren, no teníamos ningún otro punto de referencia. Era en lugar del norte de la provincia de Camagüey, pero ignorábamos su ubicación exacta.

A pesar de las amenazas que escuchamos a la llegada, si habíamos sido reclutados por el Servicio Militar Obligatorio, solo podríamos estar allí tres años.

—Entonces estaremos aquí 1095 días —dije.

—¿Tú crees que resistiremos vivir 1095 días igual al de ayer? —me contestó Ernesto.

El día lo habíamos pasado con relativa tranquilidad haciendo pequeños trabajos en el campamento, recogiendo piedras, pintando con cal las barracas y trasladando materiales. Una y otra vez volvíamos a lo mismo:

—Aquí nos trajeron por el servicio militar y, aunque todo sea terrible, no podrá durar más de lo que la ley dice. Así que habrá que tener paciencia hasta que pasen los tres años.

—El Señor también puede sacarnos de aquí en cualquier momento —me dijo.

Comenzó de esa manera lo que sería una constante todo el tiempo que permanecemos en las UMAP: la esperanza de que un milagro ocurriría. Si los directivos de la denominación, o la Alianza Mundial Bautista hacían gestiones, de seguro nos liberarían. ¿Cómo era posible que fuésemos catalogados como lacra social? Ese mismo día comencé a escribir una carta a mi novia para cuando pudiera echarla. La leo después de casi treinta años y me maravillan las cosas que digo: *No te preocupes, aquí todos los del grupo estamos bien y tenemos muy buen ánimo. Dios sabe lo que hace. El trato es excelente, y la comida es mejor que en el Seminario.* Nos habían dicho que las cartas serían revisadas y no deseábamos que nuestros

seres queridos imaginaran el trato real que estábamos sufriendo. Tanto le insistí a mi novia en aquella mentira, que al pasar el tiempo cuando se nos permitió recibir correspondencia, ella no me escribía tan a menudo como yo necesitaba.

Entonces exploté y le escribí: Cuando *te digo que no sufras y que todo va de maravilla es porque no quiero hacerte daño. Bien, no sé, pero ahí va: Hay cosas que no se cuentan porque no pueden contarse. ¿Has visto a Ocaña o a Nemesio García?*

Ella no podía verlos porque ellos eran líderes de la obra que estaban presos. *Si los ves* —continué escribiéndole—, *les dices que nosotros estamos muy identificados con su dolor y que nos sentimos igual que ellos, tanto, que nos parece que estamos compartiendo la misma experiencia. Así que espero me escribas más, porque aquí las cartas son lo único que nos da ánimos para seguir.*

Pudimos comenzar a escribir y enviar cartas después de la segunda semana. Nadie supo de sus familiares hasta tres semanas después de estar allí. Sin embargo, a pesar de las advertencias los campesinos de que no se acercaran, algunos lo hicieron furtivamente.

Un ángel negro de Haití

Un día vimos a un haitiano pasar próximo a la cerca. Varios reclutas le llamaron. Al principio hizo que no oía, después, se acercó. Miraba temeroso hacia todos lados.

—Es que nos dijeron que no podíamos hablar con ustedes —aclaró.

—Nosotros solo queremos saber dónde estamos —dijo alguien.

—Esto se llama Las Marías —contestó nervioso.

—Pero ¿dónde estamos, en qué parte? —insistió otro.

Ya a esta altura varios habíamos ido hasta la alambrada, temerosos también, porque se nos prohibía acercarnos a ella. Aquella oportunidad no podía despreciarse.

—Hacia ese rumbo —dijo señalando a las cañabravas que se veían en la distancia— está el Central Senado, y hacia allá —dijo mientras señalaba en sentido contrario— está Sola.

—¿Pero cuál está más cerca, mi viejo? —preguntó otro.

—Sola está más cerca, como a cuatro o cinco kilómetros, Senado está a quince o veinte.

—¿Hay correo en Sola? ¿Usted pudiera echarnos una carta allí?

Quedamos en que al otro día a la misma hora vendría y echaría al correo las cartas que escribiéramos. El haitiano vivía en uno de los bohíos detrás de la bodega y decía nombrarse Tiempo. La conversación terminó bruscamente cuando un guardia vino a requerirnos y le gritó:

—¡Oiga viejo! ¿No sabe que está prohibido hablar con esta gente?

El haitiano se retiró enseguida ofreciendo disculpas al militar, pero al otro día fue fiel a la cita. Salió sonriente del campo de caña, se acercó a la cerca y tomó las cartas. El pequeño diálogo sostenido el día anterior y la relación que mantuvimos con él constituyeron la primera alegría que disfrutamos en Las Marías. Dios sabe cómo enviar ángeles a consolar a los suyos. Tiempo se acercaba a la cerca todas las tardes y representaba un contacto con la libertad y una esperanza de comunicación con nuestros familiares. Desarrolló un ministerio de consuelo y ayuda con muy pocas palabras y posibilidades, pero resultó una bendición para todos. Nuestros familiares recibieron todas las cartas que se le entregaron a él.

Las clases de infantería

El lunes 29 de noviembre comenzó la rutina de la nueva vida. Nos levantábamos a las cinco de la mañana y salíamos en calzoncillos y sin camisa para hacer ejercicios. ¡Eso no tenía mucha gracia con el frío que hacía al amanecer! Literalmente temblábamos hasta que el cuerpo entraba en calor. Después venía el desayuno, y a las siete comenzaban las clases de “infantería”. Fue tremenda sorpresa para mí que dichas clases solo fueran jornadas interminables de marchas y paso doble, algo que ahora se conoce como trote o jogging. Para ello salíamos de la unidad —siempre custodiados por soldados armados—, y corríamos a lo largo del terraplén. Unas veces, saliendo de la unidad, doblábamos hacia la izquierda y pasábamos por el lado de una pesa de caña que estaba cerca de la arboleda que se veía detrás de la bodega. Continuábamos por ese terraplén, donde solo se veían potreros y algún que otro bohío. Como a dos kilómetros de la unidad pasaba la línea de ferrocarril. Un pequeño cartel identificaba el entronque de la línea con el terraplén como Truffín. Desde ese lugar siempre regresábamos. Si al salir de la unidad doblábamos a la derecha, entonces marchábamos hasta una

curva en forma de “s” que estaba antes de las cañabravas y lo que veíamos eran campos de caña a ambos lados.

Terminadas las clases de infantería volvíamos al campamento a trabajar. El piso de la barraca donde dormíamos todavía era de tierra. Ya teníamos sogas para las hamacas y en unos días nos habituamos a dormir en ellas. Se estaban construyendo duchas y letrinas nuevas para terminar de acondicionar el lugar. A la una de la tarde teníamos clases de disciplina militar y a las cuatro había otra hora de trabajo en el campamento. El baño era a las cinco y la comida a las seis. Todo el mes de diciembre lo pasamos así. Lo más difícil era adecuarnos a la atmósfera moral que había dentro de aquella barraca y en aquellos baños, que era muy diferente al tipo de vida que acostumbrábamos llevar. Cuando faltaba el agua en la unidad, íbamos al río a bañarnos. Muy rápidamente y bien vigilados, los ciento veinte hombres nos bañábamos desnudos, casi tropezando unos con otros, en el aliviadero de una pequeña represa.

La unidad carecía de corriente eléctrica y solo había unos pocos faroles de petróleo para alumbrarnos, por tanto, durante las noches apenas había qué hacer. Después de comida y hasta la hora del recuento para acostarnos, pasábamos el tiempo conversando. A veces nos ordenaban leer la prensa en grupos y comentarla. Al finalizar, nosotros nos reuníamos a cantar. Como todos pertenecíamos al coro del Seminario, cantábamos a voces. Debido a que no teníamos abrigo, nos sentábamos muy juntos para calentarnos mutuamente y entonábamos todos los himnos que conocíamos de memoria. Eso nos ayudaba a pasar el frío de la noche hasta que nos permitieran acostarnos y meternos debajo de las frazadas.

Muchas veces, mientras cantábamos, me acostaba en la hierba para mirar el cielo estrellado, siempre más hermoso y visible en el medio del campo cuando no hay luz eléctrica. Ese tiempo de alabanza e inspiración nos daba fuerzas. También cantábamos villancicos navideños. A nuestro grupo se acercaban otros para oír y nadie nos molestaba. Cantábamos himnos hasta cansarnos. También cantos recreativos de los que se usan en las iglesias y los campamentos cristianos que muchos de los reclutas disfrutaban escuchar.

Una Nochebuena por todo lo alto

A pesar de las malas condiciones y los maltratos que sufríamos, se celebró la Nochebuena en los campamentos. En Las Marías los cristianos nos reunimos y cantamos los himnos *Noche de Paz*, *El Primer Noel*, *Ángeles Cantando Están*, *Santa la Noche*, *Natalicio del Gran Rey*. Terminamos cantando el famoso coro Aleluya de Händel hasta donde pudimos. Sentados en el centro de la explanada cantamos sin ser molestados. Un grupo de reclutas y oficiales se reunió para escuchar nuestro concierto. Fue un rato hermoso hasta que llamaron a la formación para la comida. Al entrar al comedor encontramos que cada plato tenía congri, puerco asado, tamales, yuca, lechuga y un pedazo de turrón de Alicante y otro de Jijona. La comida fue abundante y no había límites para repetir. También había vino para los que tomaban. ¡Increíble!

Después hubo fiesta, música y rumba por todos lados. Cualquier cajón era una tumbadora. Cuando los que festejaban se cansaron, nosotros volvimos a cantar todos los himnos de Navidad. Uno de los reclutas más conflictivos se acercó a escuchar los himnos. También lo hizo un teniente que había llegado recientemente a la unidad, quien al ver al individuo le dijo:

—¡No me digas que eres de la religión de estos muchachos!, porque ellos son diferentes a ti.

Él echó una carcajada y contestó:

—Yo no pierdo mi tiempo en eso.

—Pues yo quisiera que aquí todos fueran como ellos —dijo el teniente.

No solo los reclutas estaban castigados

Entre los oficiales también había todo tipo de personas. Algunos nos trataron con respeto y consideración. Con varios de ellos llegamos a tener amistad. En muchas circunstancias hubo algunos que nos ayudaron y evitaron que se cometieran atropellos. Ellos cumplían su deber sin tratar de dañar a nadie, pero otros actuaban sin la menor sensibilidad, como si no tuvieran sentimientos humanos. Nos trataban de una manera que aun ahora me niego a creer que cumplieran órdenes superiores. Prefería creer que eran iniciativas propias, pero, ¿nadie las impedía?

Se rumoraba que la oficialidad allí estaba formada por militares que habían sido castigados por una u otra razón. No puedo asegurarlo ni probarlo. No obstante, un hombre que visitaba nuestra iglesia en Pinar del Río muchos años después me dijo lo siguiente:

—Cuando era niño nosotros vivíamos frente a una unidad de las UMAP. Mi padre era teniente y usted no imagina las cosas que vi hacer allí.

Se quedó frío cuando le dije que yo sí sabía y por qué.

—Mi padre era militar en Ciego de Ávila y por problemas que ignoro lo castigaron. Lo enviaron a trabajar como jefe en las UMAP. Eso fue una tragedia para toda la familia —añadió.

Después de publicar en la revista de nuestra denominación bautista los primeros artículos que dieron origen a este libro, otras personas, también familiares de militares que trabajaron en las UMAP, me comentaron lo mismo.

No creo que todos los oficiales que estaban allí estuvieran castigados, aunque es posible que muchos sí. Tal vez esa sea la explicación para las barbaridades que ocurrieron. No eran militares de carreras brillantes a los que se les escogía para un trabajo especial, sino personas castigadas por no estar a la altura de lo que el honor militar requiere, y por lo tanto, vulnerables a la tentación de cometer cualquier exceso. Mucho más, cuando el personal heterogéneo que dirigían estaba formado en su mayor parte por individuos de baja catadura moral. Por supuesto que estoy expresando una opinión personal, acorde con lo que en aquel entonces se comentaba entre nosotros y en la población, y basada en el pobre nivel intelectual —y humano— de algunos de aquellos oficiales.

Comienzan las labores agrícolas

El año 1966 llegó con nuestro es-treno en el trabajo del campo. También llegaron las literas y colchonetas para la unidad. En los últimos días del año 1965 se le echó el piso de cemento a la barraca y el domingo dos de enero armamos las literas que nos permitieron dormir en camas por primera vez desde que nos habían reclutado el 26 de noviembre.

Comenzó entonces el entrenamiento en las labores agrícolas. Poco después empezó la zafra y nos iniciamos en el corte de la caña. Aprendí ese duro trabajo

que multitud de cubanos han hecho, muchas veces ganando una miseria. Después del tiempo lógico de adecuación —entiéndase llagas en las manos y dolores en todo el cuerpo—, me gustaba más cortar caña que trabajar en los frutos menores. Era una faena casi rítmica, que hacíamos por parejas, y había su disfrute en ver crecer la pila de caña cortada y cómo se avanzaba en el corte. Después teníamos que volver atrás a arreglar las pilas para que la alzadora pudiera recogerlas, o uno mismo, en el caso de que hubiera que alzarla a mano, cosa que era —para mí— lo peor de todo.

La caña quemada era más fácil de cortar. Tras la quema de un campo de caña, esta queda sin paja y se corta rápidamente aunque las cenizas se impregnan en las ropas y todo el cuerpo. Se gana tiempo en el corte, pero merma un poco el rendimiento de la planta. Cortar la caña verde es un proceso más lento, hay que ir abriéndose paso entre las hojas, cortar la caña y despajarla, pero tiene más rendimiento. Siempre se quemaban los campos cuando no tenían buena calidad. Los campos donde la caña crecía recta y robusta jamás se quemaban.

La zafra siempre era un trabajo arduo. Durante las tres que hicimos allí, el horario se extendía a veces hasta límites insospechados. En la zafra nos levantábamos más temprano, a veces a las cuatro o cuatro y treinta y llegábamos al corte amaneciendo. El ¡de pie! —grito con el que se nos levantaba todas las mañanas— estaba en dependencia de la distancia a que estuviera de la unidad el campo que es-tábamos cortando. Trabajábamos sin parar hasta la hora del almuerzo, el cual llevaban al campo y comíamos allí mismo. Tras unos minutos de descanso volvíamos al corte otra vez hasta que anocheciera. Cuando la ausencia de luz solar no permitía cortar más, nos retirábamos. Llegábamos al campamento de noche, pasadas las siete y a veces más tarde. Trabajábamos más de doce horas. En Las Marías odiábamos las noches de luna llena, porque en la tarde nos llevaban la comida al campo y teníamos que continuar trabajando. Aunque la claridad de la luna no permitía ver bien para cortar la caña, trabajábamos arreglando las pilas de caña cortada para que las alzadoras pudieran levantarlas.

Ordinariamente íbamos cortando la caña y tirándola para atrás. Cuando teníamos suficiente cantidad en el piso, se dejaba de cortar y dedicábamos un tiempo para apilarla en orden. Eso proporcionaba una variación en el ritmo de

trabajo que hacía más llevadera la faena. Pero en los días de luna llena no se nos permitía dejar de cortar para apilar la caña. La orden era cortar durante todo el día y entonces, después de comer en el mismo campo, dedicarnos a apilar a la luz de la luna toda la caña que se había cortado. No abandonábamos el campo hasta que toda la caña cortada estuviera apilada. El resultado era que terminábamos después de las doce de la noche. Entonces regresábamos a la unidad para bañarnos y dormir lo que se pudiera. A las cuatro y treinta nos daban otra vez el de pie.

Hubo días que trabajamos más de dieciocho horas. El cansancio y el agotamiento eran tan fuertes, que buscábamos la forma de defendernos. Como los cortes eran en parejas, cada uno con tres surcos de caña, uno trabajaba mientras el otro se escondía más adentro en el campo y dormía un poco. Si algún oficial pasaba y preguntaba se le decía que el compañero estaba haciendo una necesidad fisiológica. Eso nos proporcionaba un margen de tiempo para descansar. Otras veces, llegando al campo antes del amanecer, nos tendíamos sobre las pilas de caña y nos rendíamos hasta que algún oficial nos descubría y despertaba. A veces dormíamos hasta una hora o más de sueño profundo. Cuando el cuerpo está extenuado no es necesaria una cama cómoda. ¡Los sueños que dormí tirado sobre una pila de caña aquella primera zafra! Hasta los mismos oficiales — aunque no cortaban caña— mostraban signos de cansancio y se quejaban del horario que se les exigía a todos. El ritmo de vida y trabajo que llevábamos era insoportable.

Otro ángel, ahora verde olivo

Rafael Rosabal Viera era el teniente jefe de nuestro pelotón. Era oriental y aparentaba estar en la cuarta década de su vida. Siempre trató bien a los cristianos y se manifestaba como un hombre justo y amigable. A veces tarareaba o silbaba algunos himnos que decía haber aprendido visitando la iglesia detrás de alguna joven. Una de aquellas etapas de luna llena, él estaba solo en el campo al mando de toda la compañía. Cuando llegó el almuerzo, que otros nos obligaban a comer en el mismo campo donde estábamos, él permitió que camináramos hacia el río cercano. Nos permitió sentarnos a almorzar bajo las cañabravas, donde había sombra y brisa. Cuando terminamos, a diferencia de los otros jefes, él permitió

que nos recostáramos y descansáramos. La sombra, la brisa y el cansancio nos rindieron a todos.

Cerca de las tres de la tarde, David Figueredo se despierta, se da cuenta de la hora y va a conversar con el teniente. Él siempre estaba dispuesto a charlar con cualquiera de nosotros.

—Teniente, ¿usted no se ha fijado qué hora es?

—Sí —contestó Rosabal—, pero la tropa necesita dormir un poco más para poder trabajar.

El teniente dejó a cada cual dormir hasta que quiso. Cuando todos despertamos volvimos al campo. Fue un gesto de amor y solidaridad que todos agradecemos. Esa tarde trabajamos con más entusiasmo y probablemente rendimos más en mucho menos tiempo. Rosabal era un hombre bueno, sensible e inteligente. Simpatizaba con nosotros y buscaba nuestra compañía. Con frecuencia se acercaba al grupo de seminaristas para charlar. Una noche, cuando ya todos dormíamos, vino a mi cama y me despertó. Él vivía con su familia en la casa blanca que estaba frente a la unidad. En voz muy baja me dijo:

—Van a hacer una requisa esta noche para quitarles las Biblias. Levántate y pídeselas a los otros para guardarlas en mi casa. Dentro de diez minutos vuelvo por aquí.

Fui cama por cama de los seminaristas advirtiéndoles. Algunos desconfiaban.

—¿No será un ardid para quitarnos fácilmente las Biblias?— dijo Julio Cornelio.

Decidimos confiar en él y se las entregamos, ya que no era posible esconderlas a esa hora y de todas formas las perderíamos. Solo Israel Cordovés se negó a entregar la suya. Dos horas más tarde, en la madrugada, despertaron a la compañía y nos hicieron formar en el patio en calzoncillos, dejando todas nuestras pertenencias dentro. Enviaron a varios soldados a revisar. Nosotros nos mirábamos unos a los otros muy emocionados porque Dios había enviado un ángel —vestido de verde olivo y con grados—, para salvar las Biblias que tanto necesitábamos.

El seminarista que no entregó su Biblia a Rosabal fue el único que la perdió. Los oficiales buscaron mucho aquella madrugada porque no podían entender

que solamente hubiera una Biblia en el campamento. A la otra noche, el teniente volvió y nos las devolvió

—Es una injusticia —dijo—. Ustedes no merecen eso. Voy a ayudarles cada vez que pueda.

La mayor ayuda que nos brindó fue su amistad y su comprensión. Nos daba un trato preferencial a los cristianos que cada día se hacía más evidente. Eso le comprometió y causó problemas. Un día lo trasladaron. Desde el interior de la unidad vimos subir los pocos muebles que tenía y sus pertenencias en una carreta, tras lo cual subieron su esposa e hijos. Nuestro grupo observó todo el movimiento y nos acercamos a la cerca para decirle adiós. Cuando nos vio, nos saludó, sonrió y levantó su mano señalando al cielo, manteniéndola así hasta que se perdió de nuestra vista.

Nos quedamos turbados. ¿Qué quiso decir? En ningún momento manifestó ser creyente. No obstante, era significativo que siempre silbaba himnos cuando se acercaba a nosotros. Las melodías de *En la Cruz*, *Sublime Gracia*, *A Jesucristo ven sin tardar* y otros muchos himnos que en aquella época se cantaban en todas las iglesias evangélicas salían de sus labios de una manera preciosa cuando menos lo esperábamos. Era significativo que recién llegado a la unidad, el día de Nochebuena, declarara delante de un grupo de reclutas que a él le gustaría que allí todos fuesen como nosotros. Si él se aproximaba al grupo, todos sentíamos apoyo, familiaridad y seguridad. Solo Dios sabe. Era diferente a todos los demás, recto, justo, honorable y muy afectuoso. Nunca supimos hacia dónde fue trasladado y ninguno de nosotros le vio más.

Cuando indagamos por qué se había ido, nos contestaron en lacónico lenguaje castrense: *por una orden superior*. Fue duro acostumbrarnos a su ausencia porque la presencia de Rosabal nos bendecía. Siempre he deseado verlo de nuevo y poder darle las gracias con un abrazo. Si todavía vive, debe ser un hombre mayor de ochenta años.

Otro teniente que quiso ayudar

Durante los primeros días en Las Marías también trabajé como rotulista o en la oficina como mecanógrafo, y organicé listas y documentos. Así me relacioné

más con los jefes y en especial con el segundo al mando de la compañía, el teniente Francisco Concepción, quien al parecer me mostró afecto.

Mi padre, miembro entonces del Partido Comunista, me visitó al poco tiempo de estar allí. Discutimos agriamente y su visita fue muy tensa porque él intentó convencerme de que era normal lo que estábamos padeciendo en las UMAP. No obstante, ignoro qué resorte movió en su conversación con los jefes que noté después mucho respeto hacia mi persona. Joven como era, me envalentoné porque el teniente Concepción incrementó sus relaciones cordiales conmigo y me llamaba con frecuencia a conversar con él o ayudarlo en el trabajo de la oficina.

Los domingos, aunque todavía no podíamos recibir visitas, habían sido res-petados como días de descanso. Un sábado reunieron a la compañía. El jefe de la unidad anunció que el domingo se comenzaría a trabajar de manera voluntaria y pidió que la compañía votara a favor o no.

Tal vez porque pensaron que de todos modos serían llevados —éramos reclutas y obedecíamos órdenes— todo el mundo alzó la mano a favor. Sentado enfrente de los tenientes, me abstuve de hacerlo porque estaba decidido a no ir al trabajo voluntario. Cuando el siguiente domingo, dieron el de pie a las cinco de la mañana, yo me quedé en la cama. Al minuto tenía al Jefe de la unidad parado al lado de la litera:

—Arriba Albertico —él me llamaba así tras la visita de mi padre—, hoy hay trabajo voluntario.

—Precisamente —contesté yo—, usted dijo que era voluntario y lo llevó a votación, ¿no? Debe haber visto que no voté a favor. No voy al trabajo voluntario. Otro domingo sí, pero hoy no.

El teniente se puso rojo de ira y saliendo a la puerta de la barraca gritó al segundo al mando:

—¡Concepción, tu socio dice que no va al campo! —y se fue al cuarto de los oficiales.

Todos mis compañeros comenzaron a decirme que podía ser llevado a la corte disciplinaria. Podían levantarme un acta, acción con la cual nos amenazaban porque causaría una prolongación del tiempo de reclusión en las UMAP. Pero yo estaba decidido y me quedé en la cama. Escuché, sin levantarme, cuando la

compañía formó para ir a trabajar después del desayuno. Al poco rato, llegó el teniente Concepción. Se sentó en el borde de mi litera y dándome una palmada en la espalda me dijo:

—Levántate y vístete que vamos a desayunar juntos. Te veo en cinco minutos en el comedor.

Su tono era amable y conciliador, por lo cual le obedecí sin protestar. Cuando llegué al comedor me estaba esperando. Su desayuno era especial. Ignoro si era así todos los días, pero en aquella ocasión además de la leche y el pan que tomaban los reclutas, en la mesa había frutas y una tortilla de huevo con plátanos maduros. Estuvimos desayunando y conversando largo rato sobre muchísimos temas. Cuando terminamos, me dijo:

—Anda, busca la mocha que hoy tú y yo, juntos, vamos a cortar caña.

Él intentaba ayudarme, pero como ese día yo no estaba de buenas, le contes-té lo menos que podía esperar:

—¿Usted cree que a un hombre se le compra con una tortilla de plátanos maduros?

Se airó visiblemente, pero no perdió su dominio. Se mordió los labios y me dijo:

—Está bien, vete a leer la Biblia que es lo que tú seguramente quieres hacer.

Se paró, se puso la gorra y de pronto gritó dando un puñetazo sobre la mesa:

—¡Pero arréglatelas para encontrar un rincón en la unidad donde no te vea!

—Lanzó una palabrota y salió rápidamente del comedor.

Su orden la obedecí con gusto. Cuando los demás regresaron les hice la historia y no querían creerme. Me sentía un héroe y estaba orgulloso. Mis compañeros estaban preocupados por las consecuencias que podía traerme el haberme negado a trabajar el domingo.

—No pasó nada, me brindaron una tremenda tortilla de plátanos maduros y me mandaron a esconderme a leer la Biblia —me apresuré a decirles.

Sin embargo, al otro domingo fui al trabajo voluntario sin protestar. Sabía que la jugada no saldría igual si intentaba repetirla. El teniente Concepción fue bueno y generoso conmigo. No apruebo los métodos que él usó para manejar la unidad. Era el impulsor del trabajo en las noches de luna y no gozaba de simpatía

en la tropa. Personalmente le agradezco favores que en aquel entonces resultaron bendiciones incalculables para mí. Cuando todavía las visitas no estaban permitidas, él facilitó que mi novia y su mamá fueran a verme.

El domingo 23 de enero de 1966, Concepción me llevó a La Gabriela a la casa del jefe de la granja estatal, como a siete kilómetros de Las Marías. Casi a los dos meses de ser reclutado, gracias a su gestión, yo pude encontrarme con Miriam y conversar con ella por un par de horas. Fue muy atento y respetuoso con ella y su mamá.

Ese mismo día le ofreció a Miriam la posibilidad de volver la semana próxima con mi madre.

Gracias a ello, pocos días después mi madre viajó de Cárdenas hasta Ciego de Ávila para reunirse con Miriam. Juntas fueron hasta la ciudad de Camagüey y de allí a Minas y llegaron al Central Senado a altas horas de la noche. Allí estuvieron guarecidas bajo un portal toda la madrugada sufriendo un frío inmenso, esperando el amanecer para continuar viaje. Tras la salida del sol siguieron hacia La Gabriela y de allí a Las Marías, donde llegaron muy temprano en la mañana del domingo 30 de enero, hasta el mismo frente de la unidad. Mi madre estaba exhausta y pensaba que había llegado al fin del mundo.

Al verlas llegar el teniente Concepción me condujo hasta el portal de la bodega que estaba enfrente y me permitió que conversara con ellas por espacio de dos horas. Desde allí se divisaba perfectamente todo el campamento. Ellas, horrorizadas, miraban una y otra vez hacia las altas cercas de púas y suspiraban.

Muchos reclutas nos observaban desde la unidad, probablemente preguntándose cómo era posible que me concedieran esa visita. Otros familiares que llegaron hasta el mismo lugar días antes fueron echados de allí sin poder ver a nadie. Mis compañeros del Seminario se acercaron a la cerca para que ellas les vieran y pudieran llevarles noticias a sus familiares. Tales beneficios me fueron concedidos por el teniente Concepción y me enseñaron que aun en el peor de los lugares, y sufriendo la más cruel injusticia, es posible encontrar gestos humanos y comprensión por parte de quien menos uno espera.

CAPÍTULO 3

Adiós a la esperanza

Nuestros familiares pudieron visitarnos por primera vez el domingo 23 de febrero de 1966, casi a los noventa días después de haber sido internados en Las Marías. Durante mucho tiempo se nos dijo que no podíamos recibir visitas porque no había condiciones para ello. Al fin se chapeó la arboleda que se encontraba cerca del campamento para recibirles allí.

La primera visita tuvo una enorme carga emocional. Para visitar a los soldados UMAP los familiares tendrían que hacer un largo viaje, ya que la mayoría de los reclutas eran de La Habana. En el caso de los que estábamos en Las Marías, además de llegar a Camagüey el trayecto de nuestros familiares incluía otros treinta y siete kilómetros hasta Minas. De Minas, otros seis hasta el Central Senado. Desde allí, doce kilómetros más hasta La Gabriela. Faltaban aun otros siete para llegar al campamento, que tenían que ser recorridos a pie o, si había suerte, en camión o una carreta que pasara.

Con respecto a esa primera visita oficial todos teníamos temores. ¿Llegarían a tiempo? ¿Podrían hacer todas las combinaciones de transporte necesarias? A tres meses de vivir en aquel infierno, ver a un ser querido era un regalo del cielo y la noche anterior apenas dormimos.

Algunos familiares llegaron antes del amanecer, pero tuvieron que esperar alejados de la unidad en el área designada para la visita. Si intentaban acercarse eran reprendidos. Cuando ese mismo día en la mañana nos instruyeron de cómo recibiríamos la visita, todos nos indignamos. ¡Debíamos esperar hasta las diez de la mañana para verlos! Los reclutas saldríamos marchando de la unidad para realizar una demostración delante de ellos, exhibiendo lo que habíamos aprendido en las clases de infantería y disciplina militar. Repudiábamos tener que formar

dentro de la unidad y salir marchando hacia donde ellos estaban esperando desde tan temprano. Nos irritaba que les obligaran a presenciar un acto organizado para la bienvenida.

—Queremos que se sientan bien recibidos —dijo el jefe de la unidad con su sonrisa irónica de siempre. Y añadió cínicamente:

—Vamos a explicarles las razones por las que ustedes están aquí y los esfuerzos que la Revolución está haciendo para que puedan encaminarse correctamente en la sociedad.

¿Necesitaré narrar el efecto que sus palabras tuvieron en la tropa?

Hubo un par de discursos que nadie estaba interesado en escuchar y los oradores tampoco estaban preparados para darlos. Fue humillante la explicación ofrecida sobre la vida en la unidad, el respeto con que se nos trataba, lo maravilloso que era estar allí y la tremenda oportunidad que se nos ofrecía para servir a la patria y ayudar a la producción. Allí nos convertiríamos en verdaderos hombres, útiles para la sociedad. Al terminar el discurso se nos permitió estar cerca de tres horas con nuestros familiares. Ellos llevaron alimentos, ropas, y sobre todo, cariño y comprensión, que eran nuestras necesidades mayores. Temprano al mediodía se marcharon. Hubo lágrimas en el encuentro y muchas más a la hora de la despedida.

La visita: sus dos aristas

La experiencia de la visita es difícil de entender por quienes no han vivido una situación similar. Se espera con ilusión y una euforia inmensa. Cuando el ser querido llega se desgarran el corazón. Se disfruta su compañía, pero se sufre cada minuto, consciente de la cuenta regresiva hacia el momento de la despedida. Es una mezcla de emociones que desgasta a todos. Nos hacíamos fuertes y, tanto los reclutas como los visitantes, tratábamos de animarnos unos a otros. La familia nos alentaba para que lo pasáramos lo mejor posible. Nosotros les asegurábamos que estábamos bien, que no tenían por qué sufrir ni preocuparse. Ambos nos engañábamos y lo sabíamos. Era un juego piadoso a ver quién decía la mentira mayor y más convincente. Solo la humedad de los ojos, el nudo en la garganta y la angustia interior se atrevían a mostrar la verdad por encima de tanto disimulo.

El tiempo pasaba velozmente. Cada minuto acercaba el dramatismo de la despedida y entonces venía lo peor. Cuando se marchaban llegaban las horas más desgarradoras. Nadie hablaba. Cada cual se aislaba tirándose en su cama. Por esas increíbles contradicciones de la vida, los que no habían recibido visita tenían a esa hora mucho mejor ánimo. Ellos se libraban de la depresión que abrumaba a todos los que habían abrazado a los suyos. La visita resultaba una trampa. Al otro día el trabajo era más pesado porque las fuerzas emocionales y físicas quedaban por el suelo. Solamente volvíamos a animarnos cuando comenzaba de nuevo la cuenta de los días que faltaban para la próxima visita.

En esa primera visita Miriam y yo intentamos entonar un himno que había significado mucho para nosotros. Nos conocimos, precisamente, ensayando para cantarlo juntos en Mi Campamento dos años atrás:

*Lo que Cristo manda siempre es lo mejor,
aunque no comprenda penas y dolor.
Él siempre procura mi oro refinar,
en él pues confío, pues me ha de cuidar.*

*Coro: Me guarda y me guía de día en día,
Su senda es la mía, él sabe mejor.*

*Mis pasos van siempre por donde escogió
con él por mi guía seguro estoy yo.
En luz o en sombra siempre le tendré,
Conoce el camino, nunca temeré.*

Tal himno se había convertido en nuestro lema. En Las Marías, formando parte de la lacra social que había que reeducar, su mensaje llegaba a nuestros corazones con una profundidad que no habíamos experimentado antes. No pudimos terminar de cantarlo y por un gran rato nos quedamos en silencio, preguntando cada uno a Dios qué plan podría tener con todo aquello.

La visita era el motor impulsor de la vida hasta que llegaba. Entonces se convertía en un huracán de emociones encontradas que dejaba el alma arrasada y exhausta. La depresión post-visita lo mismo aquejaba a familiares que a reclutas.

Aunque los datos precisos nunca fueron publicados, creo que hubo en las UMAP, por lo menos, cerca de veinte mil personas. Según los periódicos de la época, y la publicación *Sin Tregua*, Boletín Informativo de la Sección Política de las UMAP, hubo treinta y cinco batallones en algún momento, y me parece recordar que cada batallón tenía de tres a cinco compañías de ciento veinte hombres cada una. Puede imaginarse fácilmente la cantidad de familias que estaban envueltas y afectadas por la experiencia UMAP y cuántas personas se movían desde todas las provincias del país hacia Camagüey a fin de visitar a los reclutas en sus campamentos.

De todas formas, recibir visitas mensuales mejoró nuestra situación. Habíamos pasado todo el invierno sin abrigos que, prometidos desde el principio, nunca llegaban. De no ser por las camisetas enguatadas, las medias y ropa interior de invierno que las familias proveyeron en el mes de febrero, todo hubiese sido más difícil. Increíblemente las UMAP no suministraron abrigos a los reclutas al llegar allí, pero tampoco permitían usar otro tipo de abrigo sobre los uniformes aunque el frío fuera insoportable. Los que finalmente entregó el ejército, llegaron a finales del mes de mayo, cuando el invierno ya había acabado.

Cuando el hambre aprieta

Como en las barracas los únicos muebles que existían eran las camas, los familiares nos fueron trayendo cajones de madera para guardar nuestras pertenencias y algunos alimentos que nos dejaban cuando nos visitaban. Aprendimos que los dulces de harina podían guardarse varios días sin que se echaran a perder. Íbamos comiendo primeramente otras golosinas y dejábamos tales dulces para después. En una de las visitas, Miriam me entregó un paquete redondo muy bien envuelto.

—Esto lo hizo mi mamá para ti —dijo.

Por la forma, imaginé que era una panetela. Miriam continuó entregándome otros alimentos que había traído y no me explicó qué era. Guardé en mi cajón el paquete. Era en invierno y como la zona donde estábamos era muy fría, no fue hasta el sábado siguiente que llevé conmigo para el campo la supuesta panetela enviada por mi futura suegra. Después de varias horas cortando caña, invité a

mis compañeros para abrirla y consumirla juntos. Nos sentamos entre la caña cortada dispuestos a disfrutar unos minutos de descanso y compartir entre todos la panetela. Todos ya estábamos hambrientos a esa hora.

Cuidadosamente y lleno de expectación abrí el paquete. Mientras lo hacía, un olor extraño, no muy agradable, comenzó a percibirse. La supuesta panetela resultó ser un pudín de pan. Pero se había fermentado... ¡Y estaba verde!

—Y ahora, ¿qué hacemos? —dijo Israel García— ¿No se podrá hacer un esfuercito?

Miramos al pudín con un desconsuelo inmenso.

Israel Cordovés fue el primero. Extendió su mano, cortó un pedazo y comenzó a probarlo.

—El olor no es muy bueno, pero sabe a vino, esto no se puede botar —fue su único comentario.

El final de la historia se puede prever. Todos fuimos despachándonos y comiendo el pudín verde y fermentado hasta que se acabó. A nadie le hizo daño.

Especiales para agriar la vida

Alegando razones de higiene y preocupación por la salud de los reclutas, de pronto prohibieron entrar comida a la unidad al terminar la visita. Teníamos que consumir junto a los familiares todos los alimentos que trajeran. Cualquiera puede imaginar el disgusto que causó tal medida. Ellos traían alimentos como galletas, dulces, caramelos, latas de leche condensada, chocolate en polvo, azúcar prieta para tomar con agua —recurso muy utilizado a la hora de dormir para calmar el hambre— y otras golosinas que guardábamos en los cajones. Las reservábamos para la merienda durante el trabajo o para reforzar la alimentación cuando era insuficiente.

Por otro lado, sabíamos que todo lo obtenían con verdadero sacrificio, pero satisfechos por ayudarnos en medio de la prueba. ¿Por qué prohibirles la oportunidad de contribuir a mejorar nuestras condiciones de vida?

Ese fue el tipo de medidas que convirtieron a las UMAP en experiencias contradictorias e irritantes. En nuestra propia unidad el almacén no tenía mejores condiciones que la barraca donde guardábamos esos alimentos dentro de los

cajones bien cerrados y cuidados. Si los reclutas llevábamos meses sin salir de allí —a diferencia de los oficiales que tenían otros alicientes y posibilidades, a pesar de todo— ¿por qué impedir lo que en definitiva haría bien a todos?

Al final, siempre nos las arreglábamos para burlar la orden y guardar lo que nos traían. Las prohibiciones absurdas tienen la virtud de ayudar a crear multitud de mecanismos que las burlan. Poco a poco fue evidente que los reclutas continuaban teniendo alimentos guardados y los llevaban consigo al campo para consumirlos como merienda. Entonces vino otra medida que molestó mucho más.

Detrás de la barraca, las antiguas letrinas habían sido clausuradas cuando se terminaron los baños nuevos y se utilizaban como calabozo. La orden fue sacar de la barraca todos los cajones de madera donde guardábamos nuestras pocas pertenencias —que cada cual tenía al lado o debajo de su litera—, y almacenarlos en aquel local. De ese modo, los alimentos que escondíamos en nuestras cajas no estarían dentro de la barraca para que no atrajeran ratones e insectos a ella, sino en el local donde habían estado las letrinas, a las que solo se les selló el agujero superior. ¡Qué buena manera de cuidar la salud de todos!

De ese modo se apilaron todos los cajones de madera en un pequeño espacio de aproximadamente metro y medio de ancho por cinco de largo, donde todo conservaba un olor característico. ¿Ciento veinte cajones—con el tamaño de una maleta cada uno de ellos— en un espacio así? Para buscar algo en la caja propia, cada quien tenía que levantar y acomodar muchas más que estaban arriba o delante de la suya, sin saber dónde iba a encontrarla cada vez que volvía a buscarla, porque en la frecuente búsqueda y acomodamiento, los cajones cambiaban irremisiblemente de lugar. Había que hacer una fila y esperar el turno para entrar al maldito cuarto cada vez que uno necesitaba algo y empezar a reconocer y encontrar su cajón entre muchos que eran exactamente iguales. ¡Tal operación resultaba una tortura horripilante!

Era complicado de manera especial a la hora de levantarse, cuando era necesario estar listo con rapidez para la formación y apenas había iluminación. Lo era también a la hora de bañarse, cuando la compañía completa llegaba agotada por un largo día de trabajo en el campo, con poco tiempo para asearse y formar para la comida, deseosos de acostarse a descansar lo más rápido posible.

Por otro lado, dejar fuera del cajón el jabón de baño, la pasta de dientes o cualquier pieza de ropa era perderlos porque los robos entre los propios reclutas eran comunes. La menor necesidad que obligara a alguien a buscar en su caja se convertía en un contratiempo de primera magnitud. Todo parecía haber sido concebido con el único propósito de hacer la vida más difícil, complicada e insoportable.

Las letrinas habían sido utilizadas hasta el momento como calabozo para encerrar a los que infringían la disciplina militar. Allí llevaban en las noches a los reclutas más conflictivos. Al entrar les quitaban las ropas dejándolos en paños menores, y a veces hasta desnudos completamente. Tenían que dormir tirados en el piso, que además no era plano, porque conservaba las letrinas a las que solamente les habían sellado el orificio superior. En la mañana eran sacados de allí para que fueran a trabajar. Rara vez el calabozo pasaba la noche desocupado.

Lo peor de todo fue que un sargento ejecutaba un plan macabro para castigar a los que allí dormían. Colocó al lado de la reja un tanque vacío de cincuenta y cinco galones que llenaba de agua cubo a cubo durante el día. Este hombre disfrutaba cuando todos dormíamos, jechándole el agua fría de la madrugada a los que estaban encerrados! Una noche, cuando David Figueredo —uno de nuestros compañeros del Seminario— pasó la noche allí debido a una discusión, ninguno de nosotros durmió haciendo guardia frente a la puerta del albergue y junto al calabozo para evitar que se ensañara con él porque sabíamos que era asmático.

El único aspecto positivo aportado por la medida de que las antiguas letrinas fueran utilizadas para guardar los cajones, fue que impidió que el local se usara para semejante tortura física nocturna. Al menos nadie dormiría allí ni sería empapado por la madrugada.

Solo que todos los reclutas, sin excepción, enfrentábamos un suplicio insoportable cada vez que necesitábamos alguna de nuestras pertenencias. Es difícil decidir cuál de las dos torturas era más denigrante, si la del sargento echando agua fría a los indisciplinados desnudos a media noche, o la que sufría la compañía completa cuando tenía que buscar varias veces en el día sus pertenencias entre el montón de cajas de madera del pestilente cuarto de letrinas.

Como siempre ocurre con las medidas arbitrarias e injustas, su propia alevosía propicia su quebrantamiento. No recuerdo cuánto tiempo después y sin

que hubiera llegado una contraorden, los cajones, por sí solos —sin ser vistos o alguien supiese cómo—, abandonaron las letrinas y aparecieron al lado y debajo de las literas. Al final, las prohibiciones absurdas terminan recibiendo el honroso premio del desacato.

Un consuelo inesperado

Una de las ventajas que proporcionó el hecho de recibir visitas fue que permitieron que los reclutas tuviéramos radios portátiles. Aunque no eran tan comunes como ahora, ni tan pequeños, mi madre me envió uno con Miriam. Eso nos daba la oportunidad de escuchar música o algún programa radial. Con frecuencia, cuando trabajábamos por las noches, llevaba el radio al campo y allí escuchábamos el programa Nocturno, muy famoso en Cuba en aquella época. De corte fundamentalmente romántico transmitía la música que ahora se denomina de “la época prodigiosa”. Escuchar el programa me permitía sentirme cerca de Miriam. Ella lo escuchaba y nuestras canciones preferidas llegaban a los dos de manera simultánea.

La llegada del radio proporcionó otra sorpresa especial. Una noche, mientras un grupo de cristianos “ajilábamos” una pila de caña cortada, tratando de sintonizar el programa anteriormente citado, nos sorprendió a todos escuchar la transmisión en español de *Radio Transmundial*, desde Bonaire, Antillas Holandesas. Se escuchaba con la fuerza y claridad de cualquier emisora nacional. En mi caso, era la primera vez que sintonizaba esa emisora. Escuchar mensajes bíblicos y música cristiana en medio de aquellas circunstancias tan difíciles fue una bendición inesperada. Los mensajes llenaban nuestros corazones y renovaban nuestras fuerzas. Al rato, un oficial llegó y al darse cuenta de que escuchábamos un programa cristiano nos ordenó inmediatamente apagarlo.

—Aquí no se pueden escuchar emisoras subversivas —protestó airado, aclarando—, se les ha permitido el radio pero solo pueden escuchar estaciones nacionales. Si lo hacen otra vez, les confiscaremos el aparato. ¡Ya lo saben!

No obstante, *Radio Transmundial* continuó siendo una fuente de consuelo. Cuando estábamos en la unidad nos reuníamos varios cristianos en las noches y mientras uno de nosotros vigilaba, los demás escuchábamos los programas

con el volumen muy bajo. Cuando trabajábamos hasta la noche durante la zafra, nos turnábamos y cada uno se internaba en los surcos de caña donde no podía ser visto y escuchaba por unos minutos. Si no había trabajo y nos acostábamos temprano, me tapaba hasta la cabeza. Bajo la sábana y con el radio pegado al oído, escuchaba las transmisiones. La voz del locutor anunciando “*Trasmite Radio Transmundial, desde Bonaire, Antillas Holandesas*” producía en todos nosotros sentimientos muy especiales. Traía cada noche un mensaje de fe y esperanza que nos ayudaba a enfrentar la prueba.

La obra bautista continúa sin nosotros

Mientras esto sucedía en Camagüey, la obra bautista, a pesar de todo, seguía marchando. En febrero de 1966, como de costumbre, se celebró la Asamblea Anual de la Convención y fueron elegidos los presbíteros Humberto Domínguez Castillo y Raúl Suárez Ramos, presidente y vice presidente respectivamente.

En abril se recibió la visita de Ronald Goulding, de la Alianza Bautista Mundial y se solicitó una entrevista al Dr. José Felipe Carneado, quien atendía los asuntos religiosos en el Comité Central del Partido Comunista de Cuba (PCC). Asistieron el recién electo presidente y el tesorero de la Convención, el hermano Manuel Salom Estopara junto con el visitante. Sabíamos de esa gestión y teníamos esperanzas debido a ella. ¿Se terminaría la pesadilla y volveríamos a nuestras iglesias y al Seminario? La entrevista fue cordial hasta que el Dr. Goulding preguntó:

—¿Por qué los jóvenes bautistas y estudiantes del Seminario son llevados a campos de trabajo forzado?

El Dr. Carneado disimuló el enorme disgusto que le causó la pregunta, y diplomáticamente explicó que no eran campos de trabajo forzado, sino un nuevo plan para ayudar a la producción. Insistió que los jóvenes estaban allí cumpliendo el Servicio Militar Obligatorio. Los hermanos intercambiaron sus criterios con el dirigente intentando hacer algo por nosotros.

Sin embargo, la noticia que llegó posteriormente fue que todos los años iría un pastor por cada provincia a las UMAP. Poco tiempo después el propio Pbro. Raúl Suárez Ramos, vicepresidente de la convención y pastor de la iglesia de Colón fue reclutado. Él tenía treinta y un años, dos hijos pequeños y su esposa había

estado enferma de los pulmones. Otros tres pastores más fueron reclutados: el Pbro. Obed Millán, y los entonces pastores Manuel Morales Mustelier y Lázaro Cuesta. La noticia de esos hechos nos llenó de desconcierto y terminó con nuestras ilusiones de que seríamos sacados pronto de allí. La esperanza de que hubiéramos sido catalogados lacra social por error, se esfumó definitivamente. Si iban a seguir reclutando pastores todos los años a las UMAP... ¿cómo soñar con salir de allí los que ya estábamos?

—Entonces de esta no nos salva ni el médico chino —dijo Israel García con su humor característico, y agregó: —Así que vayan acostumbrándose, niñitos. Están en el servicio militar y van a pasar aquí tres años completos ganando siete pesos al mes. ¿Qué les parece?

Cordovés lanzó su habitual carcajada, pero el brillo de sus ojos no concordaba con la risa. Julio Cornelio, sentado en la cama inferior de la litera hundió su cabeza entre los brazos y no articuló palabra. No recuerdo si los demás nos atrevimos a mirarnos a los ojos, pero sí sé que desde aquel momento comencé a ver aquel lugar de manera diferente. Hasta entonces, consideré aquella barraca como algo ajeno, un lugar de paso, que pensaba abandonar rápidamente cualquier día. ¡Cómo soñábamos con el regreso al Seminario! Pero esa noche comencé a mirarla como algo que sería parte de mi vida por un buen tiempo.

En ese momento dije adiós a la esperanza de salir pronto de allí. Y dejar ir la esperanza siempre es un proceso demoledor: Salí afuera y oré: Dios, tú tienes que darme fuerzas si es que esto va a ser largo. Regresé a la barraca y de pie, junto a mi litera comencé a escribirle una carta a Miriam. Recordé y le copié una poesía que había leído por primera vez en el boletín de la Iglesia Presbiteriana de Cárdenas donde me había criado y de la cual fui miembro hasta que me hice bautista en el año 1962:

*La vida tiene sus momentos tristes y amargos,
tiene sus días de sufrimiento, ¡días muy largos!
Pero la vida tiene además horas felices.
No son las cosas como tú dices;
goza tus horas encantadoras,
y cuando vengan las amarguras,*

*dile a tu alma: ¿por qué te apuras?
¿No sabes ya que tras las nubes el sol está?*

Sí, las nubes se habían puesto densas y cubrían todo el cielo. La tormenta era recia y amenazaba con durar bastante tiempo. Aunque no iba a ocurrir el milagro de que saliéramos de allí rápidamente, el sol saldría otra vez. Todo era cuestión de tiempo. Las nubes solo pueden impedir que se vea el sol, pero son incapaces de evitar que llegue a nosotros su energía y su calor. Además, todas pasan. Cubren un espacio del cielo por un período de tiempo, pero siempre se van... o se disipan.

Me di cuenta, mientras escribía, de que las UMAP de todas formas eran una nube pasajera. Una nube, baja, oscura, malévola, cruel y peligrosa, pero pasajera.

Solo que contrariamente a nuestras ilusiones y deseos, iba a cubrir nuestro cielo por largo rato.

CAPÍTULO 4

Dios tiene caminos insondables

Cinco meses después de haber sido internados en las UMAP y ya a finales de abril de 1966, todavía no comenzaban las lluvias, las cuales terminarían la zafra cañera ofreciéndonos la posibilidad de salir de pase por primera vez. El único contacto con el mundo exterior era la visita mensual de los familiares y las cartas que llegaban del correo un par de veces por semana. Cuando alguien necesitaba ser llevado al médico era mirado con envidia por los demás. Si el mal requería ser ingresado se entendía como una bendición mayor. Salir de un internamiento tan prolongado era el ansia de todos, sin importar la causa que lo provocara.

Una mañana, por accidente, me di un machetazo en una pierna.

—¡Vaya, 13, eres un tipo dichoso! —me dijo el Nene, el recluta UMAP que hacía de cuartelero. Y añadió: —Cualquier día de estos yo me doy otro y me arranco media pierna. Ya verás.

Comenzaba así lo que después sería bastante habitual. Algunos se herían intencionalmente en las manos y en las piernas, donde había tendones, para evitar el trabajo por una temporada. Con tal ardid algunos lograron ser desmovilizados. Mi herida aunque era pequeña necesitaba ser suturada. De modo que visité el Central Senado acompañado por un sargento que además de llevarme al médico, permitió que llamara por teléfono a mi familia.

Otro amigo en la oficialidad

Él también aprovechó para visitar a algunas amistades. Sin apuro mutuo por regresar a la unidad, nos sentamos bajo un árbol a la salida del central cuando ya íbamos de regreso. Era solo unos años mayor que yo, tenía un carácter afable y cumplía su deber sin cometer excesos con los reclutas. Se había creado entre nosotros una atmósfera de comunicación.

—Es una verdadera desgracia estar en Las Marías, 13. Los jefes están locos. No se puede tratar a la gente así —dijo mientras se quitaba la gorra y pasaba las manos por sus cabellos.

Le miré sin atreverme a comentar su sorpresiva declaración.

—Nosotros pasamos una escuela para ser cuadros en las UMAP. Nos graduamos el 16 de octubre y el discurso lo tuvo el Comandante en Jefe. Las instrucciones que él nos dio, no se parecen en nada a lo que está sucediendo aquí.

—¡Entonces no es cierto lo que publicó el *Granma*! —salté yo, sin poderlo evitar, refiriéndome al reportaje sobre las UMAP publicado en el periódico el 14 de abril.

—Ah, tú sabes que los periodistas escriben lo que les mandan a decir —dijo él.

—En el *Granma* se afirma que la idea de las UMAP surgió un día de noviembre el año pasado en una reunión de oficiales del Estado Mayor, mientras discutían qué hacer con los jóvenes que no podían ser llamados al servicio militar activo. Según el periodista, los oficiales hablaron con Fidel y le propusieron la creación de las UMAP. Y ahora tú me dices que pasaste una escuela para venir acá.

—Eso no fue así. Nos graduamos como cuadros intermedios de las UMAP el 16 de octubre. Para mí fue un terrible descubrimiento conocer que las UMAP fueran un proyecto bien estudiado y preparado. Podía aceptar más fácilmente que se debiesen a una idea precipitada, porque así eran más fáciles de entender los errores y excesos. El sargento, sin querer, puso el dedo en la llaga.

—¿Y por qué nos trajeron aquí a los cristianos? —pregunté.

—Bueno, ustedes no están dispuestos a ir al Servicio Militar Activo y no había por qué exonerarlos. Todos los jóvenes deben cumplir con la patria.

—Sí, pasamos el tiempo del servicio junto a personas catalogadas como lacra social, encerrados en campamentos con altas cercas de púas y cus-todiados por armas largas hasta cuando estamos trabajando en el campo. ¡Bonita idea! —repliqué.

—Vamos, 13, aquí todo el mundo sabe que ustedes son otro tipo de gente. Y si los hubieran llamado al servicio regular hubiera sido un problema porque la religión no les permite ir.

—Te equivocaste, sargento —dije—, nosotros estábamos dispuestos a pasar el Servicio Militar Obligatorio como cualquier otro cubano. Así que

no pintamos nada aquí. Es más, si hubiésemos sabido cómo era esto, nos hubiéramos resistido a venir.

Hablamos como dos amigos hasta que anocheció. Me preguntó sobre los bautistas, nuestras doctrinas y costumbres. Al final, a punto de levantarnos para comenzar el regreso, me dijo:

—¡Traerlos a ustedes aquí fue una metedura de pata!

Regresamos a la unidad bien entrada la noche.

El propósito de las UMAP

Hoy tengo en mis manos el discurso del Dr. Fidel Castro pronunciado en la graduación de los cuadros intermedios para las UMAP el 16 de octubre de 1965. Es un documento que da instrucciones muy precisas. Se explica el carácter reeducador de las UMAP como el principal objetivo. Se insiste en que las unidades no deben ser vistas como lugares de castigo. Se insta a los oficiales a conjugar la disciplina militar con un trato verdaderamente humano.

¿Cómo pudo haber una diferencia tan grande entre la concepción que dio origen a las UMAP y la realidad? ¿Por qué a pesar de las advertencias de no tomar las unidades como lugares de castigo llegaron a utilizarse como tal? En los meses siguientes arribaron a las unidades abogados, funcionarios, trabajadores de Cubana de Aviación y otros —algunos de edad avanzada—, castigados por errores o por vivir “la dulce vida”. Ignoro el proceso mediante el cual este tipo de personas fueron reclutadas y enviadas a las UMAP.

¿Se convirtieron las UMAP en un limbo jurídico que permitía castigar y encerrar personas sin celebrarles un proceso judicial? En Las Marías —que yo recuerde— estuvieron al menos tres personas en esas circunstancias. Ellos nunca explicaron sus situaciones particulares, pero estaban totalmente fuera de lugar en aquella unidad.

¿Bajo cuáles razonamientos los que fueron instruidos para tratar humanamente y con respeto aun a los reclutas más conflictivos, se permitieron los excesos que provocaron que la organización fuera disuelta apenas tres años después?

Cuando se lee el discurso del Dr. Fidel Castro es evidente una preocupación por sectores de la sociedad que parecían necesitar una atención diferenciada.

Llamarlos a un servicio militar de características especiales pudo haber sido positivo si el tratamiento que requerían se les hubiera proporcionado de manera efectiva. Pero los métodos en las UMAP no estuvieron a la altura de sus propósitos y la poca diferenciación que se tuvo sobre los diferentes sectores, sus necesidades y características, acrecentó el impacto negativo. Por ello la organización dejó una huella traumática en la inmensa mayoría de quienes la padecieron. Marcó tanto a los propios reclutas como a sus familiares. Me atrevería a afirmar que salvo excepciones, también resultó negativa y desconcertante para muchos oficiales.

Otro amigo, en el bajo mundo

—Hola, 13, ¿cuántos días te rebajaron del trabajo? —me preguntó el Nene cuando regresé.

—Ninguno. Fueron solo dos puntos y ya ni me duele.

—Vaya, estás “salao”. Si te hubieras cortado más tendrías unos días sin curralo. Yo sé cómo hacer que se te infecte la herida. Así le tumbas unos días a esta gente y le huyes al verde.

Me reí y le dije que no. Prefería trabajar en el campo a quedarme en la unidad. No me agradaba la idea de infectarme una herida de manera intencional.

—Tú te lo pierdes, hombre, pero aquí está el Nene para servirte si lo deseas. Y se marchó.

El Nene era todo un personaje. Lo habían reclutado por marihuanero y se preciaba de ser un guapo callejero. En la unidad se corría que era ratero.

El día de la primera visita, cuando vio a su mamá llegar, salió corriendo y gritando: “Ahí viene mi pura”. Y lloró como un niño pequeño por largo rato.

—Mi pura no merece venir aquí, bastante ha sufrido ya —decía una y otra vez entre lágrimas incontenibles mientras la acariciaba y besaba.

El Nene sufría de ataques epilépticos. Por eso no iba al campo y le habían nombrado cuartelero, encargado de la limpieza y el cuidado de la barraca. Un día, al regresar del campo, encontré que habían violentado el candado de mi caja y robado algunas de mis pertenencias. Comencé a protestar en voz alta y debo haber dicho alguna barbaridad. Estaba airado y no cesaba de quejarme.

El Nene escuchó mi descarga emocional y me observaba con una expresión de disgusto. Otros vinieron a ver qué me habían robado. Debido a lo que estábamos sufriendo y al trabajo agotador, el robo de mis escasas propiedades lo percibía como una tragedia mayor.

Al poco rato, el Nene se llegó a mi litera y me dijo con mucha seriedad:

—Oye 13, ven conmigo para detrás de los baños.

Detrás de los baños era un lugar peligroso. Las broncas se ventilaban allí porque estaba fuera de la vista de los oficiales. Era también el sitio de reunión de los homosexuales. Como no tenía nada que temer del Nene me fui con él. ¡Allí me llevé la gran sorpresa! Al devolverme todo lo que me habían robado, dijo:

—Perdóname. No le robo a gente como tú, porque a ustedes Dios los ayuda. Enséñame cuáles son las cajas de tus compañeros de religión. De ahora en adelante, nadie les robará. No te preocupes por tu candado roto. Aunque tu caja esté abierta, nadie la va a tocar. ¡Yo respondo!

Emocionado por el gesto del Nene me avergoncé de las duras palabras que había dicho. Le abracé, me disculpé e intenté hablarle otra vez del evangelio de Cristo. Le dije que Dios podía hacer de él una persona diferente.

—Sí, eso es muy bonito cuando tú lo dices, pero ya yo soy un tipo desprestigiado. Además mira dónde Dios nos tiene a ustedes y a mí—. Y se echó a llorar.

El Nene lloraba por cualquier cosa, del mismo modo que armaba una bronca en un santiamén. Nadie tocó más mis pertenencias aunque la caja estuvo sin candado por largo tiempo. A pesar de vanagloriarse de ser delincuente y guapo, el Nene era noble y nos admiraba. Jamás nos faltó el respeto aunque ofendía constantemente a todos los demás.

Era todo un caso y cuando quería, sabía ganarse la buena voluntad de las personas. A pesar de la coraza de dureza que exhibía, también podía ser muy sensible y era capaz de mostrar afecto y lealtad. Todo podía haber cambiado en su vida. Pero el pecado esclaviza al hombre y le ata con enormes cadenas. El Nene también tenía su ambiente allí y algunos siervos de Satanás le tenían bien atado. Al fin le dieron baja por enfermedad. Hasta donde sé, murió pocos años después en una reyerta callejera.

Los planes para el primer pase

Otro bautista fue trasladado a Las Marías. Rubén Deulofeu fue estudiante de medicina en la Universidad de La Habana hasta cuando se “depuró” la universidad echando de ella a los estudiantes cristianos. Poco después, al mismo tiempo que a nosotros, fue llamado a las UMAP. Prestó servicios como sanitario en otra unidad, y un buen día lo trasladaron para Las Marías. Lo destinaron a trabajar en el campo a pesar de que padecía de una enfermedad en las rodillas de las que tuvo que operarse poco después. Muy conversador y amante de la lectura, su presencia le hizo bien a nuestro grupo. Con él aprendimos a jugar ajedrez y aumentó nuestra cultura literaria. Hicimos una buena amistad que ha sobrevivido a los años y a la distancia.

Se acercaba el final de la zafra y nos habían prometido que saldríamos de pase cuando terminara. Los aguaceros de mayo llegaron tarde, pero con ellos el corte de la caña terminó. Algunos seminaristas comenzamos a hacer planes para casarnos en ese primer pase que parecía nunca llegar. Miriam y yo, con el consentimiento de sus padres, lo decidimos en la primera visita. También José Ferrer y Estrellita al igual que Rafael Hernández y su novia Glide. Rubén Deulofeu también se aprestaba a casarse con María. Por mucho tiempo solo se hablaba de bodas cuando nos reuníamos y era algo peculiar planear un matrimonio que sería en cualquier momento, ya que no podíamos fijar fechas.

—Voy a escribir al Seminario pidiendo permiso para casarnos —me dijo Rafael Hernández. Circunspecto y medido como siempre quería hacer todas las cosas en orden.

—¿Por qué escribir? ¿Acaso del Seminario nos han escrito para saber cómo estamos?

Los seminaristas y pastores de la convención oriental eran visitados por sus directivos. También los de otras denominaciones. A nosotros ni siquiera nos escribían. Sí nos habían llegado comentarios y críticas de algunos profesores porque estábamos pensando en casarnos.

El Pbro. Francisco Rodés, que era mi amigo personal, fue varias veces a visitarme y me escribía con frecuencia. Como existía el acuerdo de que los seminaristas no podían casarse mientras estudiaran en la institución, razoné que no tenía sentido hacerlo si ignoraban completamente. Tampoco Ferrer lo

hizo. Rafael insistió y escribió una carta explicando los motivos por los cuales necesitaba casarse y solicitó la autorización de la Facultad. Por respuesta recibió una carta que decía tajantemente: *ustedes no son estudiantes del Seminario y por lo tanto, no tienen que pedir permiso.*

Esa fue la primera y única carta que recibimos del Seminario Bautista mientras estuvimos en las UMAP. ¿Para ellos también lacra social?

—¡Por eso mismo no escribí yo! —dijo cuando Rafael, muy consternado, leyó la carta. Conocíamos los comentarios y el juicio que se había hecho en la última reunión de la Facultad, donde se catalogó de apresuramiento y carnalidad nuestra decisión, lo cual a todos nos hirió muchísimo. Conocíamos las enormes dificultades que enfrentaban las iglesias bautistas en esos momentos por tener la mayor parte de sus líderes y pastores presos. Comprendíamos la tensión y las presiones que sus líderes enfrentaban, pero era duro recibir la incomprensión y la crítica a nuestras decisiones. Los que planeábamos casarnos éramos estudiantes del último año y todos llevábamos años de noviazgo. Nuestras novias viajaban mensualmente a visitarnos enfrentando muchas dificultades. Casarnos constituía un aliciente dentro de la tragedia en que vivíamos. Por eso decidimos continuar con los planes para nuestras bodas respectivas e ignorar los comentarios desfavorables hacia nosotros.

Rubén Deulofeu y María se casarían en Oriente y viajarían en avión a La Habana para su luna de miel. Miriam y yo lo haríamos el mismo día que ellos, pero en Ciego de Ávila, y también iríamos a La Habana. Planeábamos encontrarnos las dos parejas en el Hotel Riviera. Rafael y Glide se casarían en La Habana, Ferrer y Estrellita en Placetas e irían de luna de miel a los lagos de Mayajigua. Todo dependía del pase y todos deseábamos salir en el primer grupo. Como insistían en que los reclutas de mejor comportamiento saldrían primero, siempre esperamos recibir ese reconocimiento.

Los cristianos y sus boberías

—¡Parece mentira que los mejores que haya aquí sean los bautistas,⁴ con la cantidad de boberías que creen! —Así comentó el teniente Concepción en el

⁴ En Las Marías no había creyentes de otras denominaciones evangélicas.

cuarto de los oficiales pocos días antes del primer pase. Escuché su comentario mientras trabajaba en la oficina, contigua a dicho cuarto. Como nuestra relación era amistosa, esperé la oportunidad para decirle:

—Escuché su conversación con los oficiales. Permítame decirle que las bobearías que creemos son las que provocan que nuestro comportamiento sea distinto.

—Bueno, ustedes tienen otra educación pero cuando se liberen de las ataduras de la religión van a ser mucho más útiles a la sociedad.

Y comenzó un discurso político que parecía haber aprendido de memoria. Agitaba las manos y gritaba creyendo que mientras más alto hablara más pronto me convencería de todo el mal que la religión había traído al mundo. Cuando terminó, le pregunté:

—¿Y cómo cree usted que sería la compañía si todos aquí fuésemos cristianos?

—Esto sería una maravilla, la verdad, de eso no cabe dudas.

—¿Y si todas las personas fueran cristianas, el mundo no sería mejor?

—No, eso no es así —saltó como movido por un resorte. Volvió a hablar alto, como si estuviera dando un discurso en una tribuna.

—Es el comunismo el que va a traer felicidad y bienestar a la humanidad, porque el capitalismo todo lo que ha traído es miseria.

—No estoy hablándole, teniente, de comunismo ni de capitalismo. Estoy hablándole de cristianismo...

Concepción me dio la espalda y salió de la oficina como un bólido. Ya había dicho todo lo que tenía que decir y no estaba dispuesto a entrar en un diálogo más profundo.

Sorpresas te trae la vida

Al fin, casi seis meses después de ser reclutados, se anunció que un primer grupo de reclutas saldría de pase el 25 de mayo. Cuando se leyó a la tropa la lista de los afortunados, ninguno de los seminaristas estábamos entre ellos. Los que salieron en el primer grupo fueron escogidos para que al regresar sirvieran como cabos de escuadra en otras unidades. El grupo de políticos que había en nuestra unidad consideró que nosotros no éramos aptos para esa labor. Como reconocimiento, ese primer grupo obtuvo once días de pase.

El segundo grupo salió el 6 de junio. También serían cabos de escuadra, pero salieron con diez días. En ese grupo, el único cristiano escogido fue Ernesto Ruano. Los demás saldríamos en el tercer grupo, el día 16 de junio. Los más indisciplinados saldrían posteriormente en un cuarto y último grupo. A pesar de que en nuestra unidad se reconocía nuestro buen comportamiento nos ubicaron en el tercer grupo, antes de los más conflictivos. Ernesto también había planificado casarse pero el padre de su novia, que era pastor, se opuso a la boda en esos momentos y ella decidió obedecerle.

Para Ernesto —y para mí— fue un golpe demoledor. Él era mi mejor amigo. Por muchos años habíamos recorrido senderos paralelos y nos queríamos como hermanos. Por último, la experiencia en las UMAP nos había unido más. Dormíamos en la misma litera, él en la cama de abajo y yo en la superior. Cuando supe que fue escogido para el segundo grupo me desconcerté porque nos separaríamos. Al regresar, él iría como cabo de escuadra a otra unidad.

Cuando le vi formar con los que se iban de pase tuve un presentimiento que se cumplió y comenzó un dolor del que me pude librar —solo en parte— treinta años después. Nunca conocimos la razón por la cual el papá de ella se opuso al casamiento. Ellos llevaban años de relaciones y parecía ser una pareja ideal, pero el padre creía que era mejor esperar hasta que él saliera de las UMAP. Tal hecho sumió a mi mejor amigo en una profunda crisis. Al narrar esta historia no culpo al padre ni a la joven, ambos magníficas personas que creyeron obrar de la mejor manera según las circunstancias. Si bien es cierto que en aquellos momentos yo tampoco entendí sus razones, posiblemente el pastor estaba influenciado por la actitud que la Facultad del Seminario había manifestado sobre nuestras bodas y pensaba que era más prudente esperar.

Ernesto salió de pase y en la visita que hizo a su novia terminaron sus relaciones. Él fue uno de los dos únicos estudiantes que no volvieron al Seminario cuando fueron desmovilizados. Tras la salida del segundo grupo, avisamos inmediatamente a nuestras novias la fecha de nuestro pase. Aunque en las UMAP nada era seguro, todos fijamos nuestras bodas para el domingo 19 de junio.

De pronto, el 7 de junio hubo cambios repentinos en la oficialidad de nuestra compañía, lo cual resultó trágico para mí. Así perdí al teniente Concepción,

que tanto me había ayudado y con quien tenía relaciones muy afectuosas. Los cambios en la jefatura siempre resultaban desestabilizadores porque había que conocer oficiales nuevos y el primer período era desconcertante. Así que animados por la esperanza del pase contábamos los días que faltaban para el jueves 16, fecha que saldríamos y parecía nunca llegar.

Lo hizo al fin, solo que para mí todo cambió el día anterior.

El pozo de la desesperación

Los nuevos jefes de la unidad designaron a reclutas UMAP —entre los más indisciplinados que formarían el cuarto grupo— como nuevos cabos de escuadra y jefes de pelotón. El nuestro pasó a dirigirlo un habanero, alias *el Moro*, quien al verse en posición de mando estaba llevando recio a sus compañeros. El miércoles en la mañana, cuando formamos para trabajar, comenzó a agitarnos como si él hubiera sido un dechado de disciplina hasta entonces. A mí se me ocurrió comentar en la formación:

—Parece mentira que el Moro, con lo regado que es, nos esté llevando recio.

Un recluta que no me tenía buena voluntad, a quien lo habían nombrado cabo de mi escuadra fue directo al nuevo jefe de la unidad, el teniente Raúl Marrero y le contó su versión de mi comentario. Para él yo había dicho lo siguiente:

—¡Parece mentira que el negro este, con lo degenera'ó que es, nos esté llevando recio!—. Y agregó una palabra obscena que yo nunca expresé.

El teniente Marrero asumió que mi comentario había sido sobre su persona.

De pronto vi salir al teniente como un bólido de la oficina y dirigirse hacia nosotros. La mayor sorpresa fue que, lleno de ira, me paró al frente de toda la formación y comenzó a insultarme.

—Permiso teniente, ¿qué hice? ¿Por qué me habla así?

—¿No sabe qué hizo? ¿Tiene el descaro de preguntarlo? ¡Usted lo sabe mejor que nadie!

Cada vez que intentaba hablar y preguntar se enfurecía más:

—¡Usted no tiene derecho a abrir la boca! ¡Y eso que se las da de religioso!

—Y tiene el pase suspendido —añadió— ¡pa' que aprenda a no hablar mal de los negros!

El teniente sazonó sus palabras con epítetos insultantes que no puedo repetir.

No tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo, lo cual me confundía y oprimía hasta lo sumo. Algunos compañeros trataron de interceder a mi favor y no se les permitió. Todos sabían que me casaría el domingo pero la reacción de otros en mi defensa encolerizó más al teniente.

Muchos se acercaron a consolarme después, asegurando que durante el día todo iba a aclararse porque por seguro había ocurrido una confusión. Hablé con el jefe de los políticos⁵ de la compañía para que intercediera por mí y me prometió resolver el problema. Estuve todo el día pidiendo a Dios que pudiera obtener mi pase. Él conocía lo ocurrido y seguramente obraría a mi favor. Me acosté esperanzado y me dormí tranquilo.

El jueves 16 en la mañana me llamaron a la formación con mi guataca para ir a trabajar al campo con los que se quedaban para salir de pase —si acaso—, en el cuarto y último grupo. En el camino a la formación me encontré con el político. Frustrado e indignado como estaba, sin hacerle antes el saludo militar de rigor, le reclamé:

—¡Aquí todo es una mentira! Ustedes no ayudan a nadie. El teniente Marre-ro no me conoce, pero usted lleva meses aquí y sabe muy bien cuál ha sido mi comportamiento.

—¡Cuádrese en atención y cierre el pico de una vez por todas! —Fue su única respuesta.

Lo obedecí y esperé que me ofreciera alguna explicación. Me miró desde la cabeza hasta los pies con una expresión de prepotencia que no he olvidado jamás. Me mantuvo en posición de atención por un tiempo que sentí interminable. Otros reclutas que pasaban observaban la escena, y a alguno que se detuvo a mirar, él rápidamente le dijo:

—Continúe, continúe, que esto no es asunto suyo.

Me sentí vejado y ridículo, en atención delante del hombre que estaba supuestamente para ayudarme, pero no había hecho nada por mí. Cuando se cansó de tenerme así, dijo:

⁵ Los Instructores Políticos eran militares cuya función era impartir clases de marxismo a los reclutas. Eran realmente los "reeducadores". A ellos debían dirigirse los reclutas si tenían algún tipo de problema y necesitaban ayuda.

—Incorpórese a la formación y vaya para el campo. ¡Se lo tiene bien merecido!

Monté en la carreta después de despedirme de los compañeros que se irían de pase, sin poder hablar, con un nudo en la garganta y un dolor lacerante en el corazón. Cuando el tractor que llevaba la carreta arrancó, ya estaban formando el grupo que saldría en la mañana y en el que yo debí marchar. Le pedí a alguno de ellos que le avisara a Miriam para que no se quedara esperándome, y les supliqué a todos que oraran por mí. Me sentía avasallado, destruido, indignado. Ignoraba la razón de mi castigo, pero ya sospechaba que tenía que ver con mi comentario sobre el Moro aunque no entendía por qué había provocado semejante reacción.

Esa mañana regué mi surco con lágrimas amargas. Mis emociones iban de la indignación a la vergüenza, de la impotencia a la desesperación. ¡Tantos sueños e ilusiones perdidos de pronto! Tantos meses de espera para que todo se desplomara sin que pudiera identificar una causa coherente. Mientras trabajaba en el campo otro recluta me aseguró que todo se debía a un informe que el cabo de mi escuadra había hecho al teniente en la oficina. Pero nadie sabía realmente qué le había dicho. Lo cierto es que el individuo en cuestión, recluta UMAP como todos nosotros, había mostrado rechazo especial hacia mi persona —y hacia el grupo de seminaristas— en varias ocasiones.

Mis compañeros creían que él deseaba hacer los trabajos que yo a veces realizaba en la oficina y que me liberaban con frecuencia de ir al campo. Su enemistad era gratuita o por algún motivo oculto que nunca pude descubrir. Su acusación logró que me suspendieran el pase el día antes de salir, lo cual impediría que me casara el domingo próximo. ¿Cómo pudo haber sido posible?

De tanto orar, rabiarse y llorar, en algún momento encontré la paz y Dios me dio fuerzas para seguir. La mañana fue larga hasta lo sumo, pero cuando llegó la hora de regresar a la unidad ya estaba tranquilo. Solo le pedí a Dios que los hermanos que se iban de pase se hubieran marchado porque no estaba dispuesto a nuevas despedidas. También quería encontrar una oportunidad para ajustar cuentas con el tipo de marras. ¿Qué rayos habría dicho de mí?

Si ya había perdido el pase, ¿qué otra cosa podría importarme?

Los planes de Dios suelen sorprender

Cuando llegamos a la unidad el grupo que salía de pase se había marchado. Al verme entrar el teniente Marrero salió rápidamente de la oficina y me llamó. Evidentemente me había ganado su aversión, ya que sin ningún miramiento me dijo:

—Báñese y recoja sus pertenencias, que va a salir de pase porque un familiar suyo murió.

La noticia me paralizó pues era lo menos que esperaba. Quise saber quién había muerto pero él lo ignoraba. Llegó un aviso del batallón y debía presentarme para salir de pase por la muerte de un familiar.

—Pero oiga bien, va a salir de pase por cuatro días. Usted tiene suspendido el pase regular de diez. Apúrese, que lo vamos a llevar al batallón.

Salí corriendo para la barraca recordando el Salmo 42: *todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí*. Como mi abuela paterna estaba enferma, suponía que había sido ella. Me bañé, me vestí y corrí hacia la oficina dispuesto para salir. Mi alma era un volcán en erupción. Al rato estaba de nuevo en la carreta, esta vez rumbo al batallón para recoger el pase.

Me acompañaba el sargento que me llevó al Central Senado el día de la herida en el pie. El teniente Marrero enviaba con él una comunicación al batallón informando de su decisión de suspenderme el pase de diez días. Pero el sargento, desde el primer momento, deseaba ayudarme aunque tampoco conocía los detalles de lo acontecido en la mañana. En el camino nos pusimos de acuerdo y él permitiría que yo llegara primero al batallón y me fuera de pase antes de entregar la comunicación. Cuando llegamos, se quedó en la puerta y me dijo:

—Vete y habla con el jefe de personal. Esperaré a que tú te vayas. A lo mejor te dan catorce días. Ya veremos después qué le invento a Marrero, porque él me ordenó le diera al jefe de personal su comunicación antes de que tú lo vieras.

Allí me confirmaron la muerte de mi abuela. Mi padre había avisado a través del Comité Militar. Entonces el jefe de personal me aclaró:

—Tienes derecho a cuatro días de pase por la muerte de un familiar, pero como no has cogido todavía los diez del pase regular dime qué prefieres hacer.

—¿Y qué puedo hacer?—, pregunté. Mi corazón latía de una forma que ignoro cómo el jefe de personal no lo escuchaba.

—Puedes salir ahora con cuatro días y cuando regreses tomas los otros diez que te corresponden. O te vas ahora con un pase regular de diez días. Pero después no te puedo dar los cuatro que te tocan ahora.

—Me voy con el pase regular— contesté. Él insistió diciéndome que de la otra manera podía tener más días, pero yo sabía que no tenía otra opción. Así que pedí mi pase por diez días y salí de allí. El sargento me esperó junto a los cocoteros. Cuando nos encontramos me dijo con mucha alegría:

—¡Piérdete de aquí inmediatamente! Y “reza”, hombre, para que yo no tenga problemas cuando Marrero se entere que te dieron diez días. No se me ocurre cómo voy a explicar que tú viste primero al Jefe de Personal. Me dio una palmada afectuosa en el hombro y me dijo:

—¡Cásate hombre! No desperdicies esta oportunidad.

Cuando salí al terraplén me gritó sonriendo:

—¡Felicidades!

Él estaba feliz viéndome salir de pase.

Huí del batallón como lo hacen los actores en las películas. Pasaba un camión para el Central Senado en ese mismo momento y me monté corriendo sin que apenas parara. Estaba bastante turbado y no sabía lo que iba a hacer. Pensaba que la boda sería imposible, ya que tendría que salir para Cárdenas al sepelio de mi abuela. Decidí llegar al Central Senado y desde allí llamar a casa de mis padres para saber a qué atenerme.

Dios y sus caminos torcidos

Mi abuela, muy anciana, estaba postrada en cama desde hacía tiempo. Cuando logré comunicar con mis padres supe que murió dos días antes y ya la habían sepultado. Mi padre insistió que fuera para Ciego de Ávila y me casara el domingo como estaba previsto. Era increíble. ¡La noticia llegó en el momento en que yo necesitaba una intervención divina para salir de pase!

Pensé en el recluta que quiso hacerme daño y sentí compasión. Nunca supe por qué razón se convirtió en mi enemigo personal. Nunca lo vi más porque

después del pase fue asignado a otra unidad. Siempre se las arregló para ponerme en situaciones difíciles. En este caso, su triunfo había sido escaso y breve. ¿Cómo se habrá sentido cuando me vio salir de pase? Todo mi sufrimiento de esos dos días se convirtió en un gozo radiante y en la convicción de que Dios estaba bendiciendo nuestros planes de matrimonio. Si la noticia hubiera llegado a tiempo, tal vez la boda hubiera sido aplazada. Llegó cuando todo había terminado y cuando yo la necesitaba para poder salir.

Mi abuela falleció en el momento preciso, haciéndome el mejor regalo que jamás pudo imaginar. Ella realmente no era mi abuela, sino la madrina de mi padre. Cuando él y su hermano menor quedaron huérfanos en plena niñez, ella se encargó de ellos y los atendió como hijos propios. Siempre vivió en nuestra casa y manifestaba por mí un cariño especial. Había soñado con ella —¡justamente!— dos noches antes.

En mi sueño estaba durmiendo en la unidad y había sentido unos pasos que me eran familiares. Mi abuela sufría de una enorme desviación en su columna vertebral y su espalda formaba un ángulo de noventa grados con el resto de su cuerpo. En el sueño, al sentir sus pisadas peculiares, la reconocí y me desperté. La vi parada junto a mi litera, mirándome con una infinita tristeza.

—¿Qué haces aquí, cómo has venido tan lejos? ¿Quién te trajo? —pregunté.

Ella se sonrió. Acercándose a mi cama y acariciándome la cabeza como solía hacer cuando era niño, dijo:

—¿Cómo no iba a venir a verte? No lo hice antes porque estaba muy enferma. Sé que la estás pasando muy mal. Vine a decirte que no te desespere, que tengas paciencia y fe porque Dios te va a ayudar.

Recosté mi cabeza a la de ella sintiéndome otra vez el niño pequeño que ella acariciaba y mimaba. Sentí sus manos jugar con mis cabellos como tantas veces hizo cuando era niño y adolescente. Entonces me desperté. Por esas increíbles —e inexplicables— coincidencias de la vida, ¡soñé con ella la misma noche en que murió!

Hablé con mis padres desde el teléfono público en la oficina de correos del Central Senado. Cuando salí de allí, me senté en un banco de madera que había afuera para ordenar mis planes y mis emociones. Allí lloré a mi abuela por

primera vez, ya que la complejidad de los acontecimientos me impidió valorar su pérdida hasta ese momento. Di gracias a Dios por su vida, por el amor que siempre me mostró y por el sueño que me permitió verla y casi despedirla de una manera tierna, como ella merecía. Fue una mujer muy especial. Atendió a mi padre y a su hermano con un amor inmenso y les entregó toda su vida como una verdadera madre, por lo que nunca se casó. Si ella hubiera sabido lo que su muerte significó para mí, creo que se hubiese sentido feliz.

Salí de pase el día que me correspondía, solo seis horas después que los demás. Por momentos no podía asimilar la tormenta de emociones que había vivido desde el día anterior. Primero lleno de ilusiones y felicidad por el pase y nuestra boda, todo ello frustrado por el incidente con Marrero cuyo recuerdo cada vez me confundía más. Después la esperanza de que todo se arreglara durante el día anterior y el desplome total ocurrido esa misma mañana junto al bochornoso enfrentamiento con el político. La consternación en el campo y la noticia al regresar a la unidad, junto a la incógnita de la muerte de un familiar sin saber quién era. Posteriormente, la angustia de conseguir más días de pase aunque Marrero me dijo que solo tendría cuatro, seguido por la indecisión sobre la boda y la tristeza por la muerte de mi abuela y el recuerdo de su ternura para conmigo. Esa misma mañana me había atormentado hasta la desesperación mientras trabajaba y al anochecer iba emocionado a darle a Miriam la sorpresa de mi llegada cuando ya ella no me esperaba. ¿Cómo tranquilizar mi corazón?

Llegué a Ciego de Ávila de noche. Me emocioné al ver las luces de la ciudad porque durante siete meses había estado en pleno campo sin luz eléctrica. A unas cuadras de la casa de Miriam me bajé del ómnibus. Me parecía un sueño estar caminando libremente por las calles. Como no me esperaba, se quedó paralizada al verme. Pensó que su profunda tristeza le estaba provocando ver visiones y no quería sufrir otra desilusión. Esa misma tarde había cancelado algunos arreglos que había hecho para la boda.

Cuando los dos asimilamos la realidad de que estábamos juntos e íbamos a casarnos, comenzamos a elaborar rápidamente los planes. No importó que en ese momento descubriéramos que no teníamos dinero, porque habíamos

comenzado a flotar en una nube de felicidad. Lo que ambos sufrimos por la suspensión del pase propició que disfrutásemos más la dicha de poder, al fin, realizar nuestro sueño.

Un hombre extraño en el espejo

Un par de horas después fui a casa del primo de mi madre, donde siempre me hospedaba cuando iba a Ciego de Ávila. Tras los saludos y conversar un rato con la familia sobre la experiencia que estaba viviendo, entré al cuarto para quitarme el uniforme que tanto detestaba y cambiarme de ropa. Mientras me desvestía, me pareció percibir a otro hombre desnudándose a mis espaldas y me asusté. Me volví para ver, pero estaba solo en la habitación. Era mi propia imagen de cuerpo entero en el espejo de la puerta del closet y no la reconocía. Ignoraba que había perdido más de cuarenta libras de peso en los seis meses anteriores.

Experimenté un sentimiento extraño que todavía recuerdo vívidamente. En la unidad solo disponía de un pequeño espejo con el que me afeitaba, con el cual era imposible ver la cara completa de una vez. Me paré frente al espejo para reconocermelo. Mi cuerpo delgado, desnudo, donde podían verse todas las costillas, resultó desconcertantemente ajeno. Era diferente a los recuerdos que tenía de mí mismo. Jamás olvidaré la impresión de aturdimiento que me causó ese otro yo que veía frente a mí.

Cuando me miré a los ojos comprendí que no solo había cambiado mi aspecto físico. Había una expresión de dureza —y algo turbia— en mi mirada. Me estremecí. El hombre del espejo, además de serme desconocido me resultó repulsivo. Todo era diferente en mi semblante y actitud. ¿Qué habría sucedido en mi interior que era tan evidente en mi nueva imagen?

Para colmo, una calvicie incipiente exhibía con crueldad avanzados síntomas. Al vestirme, mis ropas de igual forma parecieron ajenas. Definitivamente, observarme de cuerpo entero después de siete meses, ya fuera sin ropa o con ella, fue desestabilizador. Constatar que me había convertido en otra persona resultó un golpe tan atroz como sorpresivo. Algo era dolorosamente cierto: la experiencia que había vivido, y que en muchos aspectos estaba comenzando todavía, me

había marcado para siempre. Lo peor es que no veía nada claro y sabía que el camino era largo todavía, aunque al menos en ese momento había un respiro de felicidad.

El hombre extraño del espejo se sonrió con insolencia y decidió disfrutar los escasos diez días venideros, olvidando de un cantazo todo lo que había sufrido en los últimos tiempos.

CAPÍTULO 5

La hora del amor

Después de siete meses encerrado en Las Marías, en medio del campo y sin luz eléctrica, caminar por las calles de Ciego de Ávila fue como pasear por la famosa Quinta Avenida en Nueva York. Después lo he hecho varias veces por esta última, sin experimentar la sensación de libertad y asombro que me inundó la noche de aquel jueves 16 de junio de 1966.

Ciego de Ávila, situada en la Carretera Central a ciento diez kilómetros de la ciudad de Camagüey, tenía alrededor de setenta mil habitantes en esa época. El Hotel Santiago Habana era su edificio más alto a pesar de tener solo cuatro plantas. Era la segunda ciudad en importancia de la provincia y tenía su correspondiente parque central frente a la Iglesia Católica, un templo amplio y hermoso que había sido reconstruido la década anterior. Frente al parque también estaba la Terminal de Ómnibus, lo que le daba movimiento y vida al lugar.

Varios de los más grandes centrales azucareros del país rodeaban la ciudad y contribuían a su prosperidad económica. La calle Independencia, su principal arteria comercial, permitía que uno caminara bajo sus portales todo el tiempo. Un par de cines y el bello edificio del Teatro Principal la animaban de noche. Con todo, no era el sitio deslumbrante que pareció ser para mí después de mi estancia en Las Marías.

Conocía la ciudad desde niño porque en ella vivían un hermano y un primo de mi madre. El hermano había vivido allí por varios años y nosotros le visitábamos en las vacaciones. Ellos se mudaron para La Habana y después se marcharon para Estados Unidos, pero aún vivía allí el primo con su familia. Mientras caminaba y disfrutaba del placer de hacerlo sin estar custodiado, pensaba en lo poco que valoramos a veces los pequeños placeres de la vida. Solo nos damos cuenta

de la magnitud de ellos cuando los perdemos. Poder andar libremente por una calle, ir a donde quisiera, sin ser vigilado o apurado parece algo sin importancia. Ahora me resultaba una experiencia de primera magnitud. Me dirigía a casa de mi novia para ultimar los planes de la boda que sería el domingo a las seis de la tarde. Había olvidado rápidamente todos los sufrimientos de los últimos meses y prefería no pensar que diez días después volvería a enfrentarlos. Tenía que aprovechar ese tiempo y no entorpecer nuestra dicha anticipando las angustias que vendrían después. Ciertamente, me sentía un hombre feliz.

¡Qué maravillosos recursos Dios ha dado a la mente humana! Pude literalmente desconectar, olvidarme de las UMAP y todo lo que significaban. Era como si poseyera un mágico interruptor psicológico que me permitía apagar todos los recuerdos desagradables de los últimos meses. Me sentía como si las UMAP no existieran. Fue en esa época de mi vida que comencé a entender lo que Jesús quiso enseñar cuando dijo en Mateo 6:34: *Así que no os afanáis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal.* Aprendí en aquel lugar horrible lo que era vivir un día sin preocuparme por el otro. Al amanecer, en medio de los gritos y las palabras obscenas de los oficiales urgiéndonos a levantarnos, así como las protestas y maldiciones de los reclutas, le pedía a Dios fuerzas para vivir ese día. Mi tarea era llegar hasta la noche.

Cuando regresábamos del campo, nos bañábamos y comíamos, era dueño de ese espacio de tiempo en el cual podía dedicarme a leer, escribir, o simplemente conversar. Cuando en las noches de luna el trabajo se extendía hasta más allá de la medianoche, me sentía satisfecho cuando al fin podía acostarme en mi litera, orar y hacer planes para el futuro. Me dormía tranquilo y hasta feliz. ¡Había vencido un día!

Disfrutaba ese tiempo de soledad y comunión con Dios sin preocuparme de lo que tendría que enfrentar a la mañana siguiente y me dormía en paz. Al otro día, volvía a pedirle fuerzas para vivir hasta la noche y cuando llegaba, disfrutaba mi victoria con un sentimiento de gratitud que nada ni nadie podía impedir.

De ese modo, la carga de un día era llevadera si no la complicaba con la anticipación de lo que tendría que soportar al otro. Ahora podía aplicar el mismo principio. Dentro de diez días volvería al mismo lugar a padecer los mismos

métodos crueles, injustos y opresivos, pero ahora era simplemente un joven que iba a casarse. Lleno de ilusiones, caminaba por las calles de un pueblo de provincia como si lo hiciera por la capital del mundo. No podía permitir que la aflicción futura me impidiera o nublara la felicidad presente.

Y lo logré.

Una boda de pobres... pero ricos

—¿Cuánto dinero tenemos para la boda? —le pregunté a Miriam cuando pudimos conversar solos en la sala de su casa. Ella se sonrió y me dijo:

—Solamente cuarenta y cinco pesos que acabo de cobrar de mi quincena.

Yo también me reí. Nos sobraban planes, amor y sueños... pero faltaba plata.

Como recluta recibía siete pesos mensuales. Estos no alcanzaban ni para comprar los dulces que vendían en el campo unas haitianas a la hora de la merienda. A pesar de no ser gran cosa, los cobraban como si lo fueran. Como a menudo la comida no era suficiente, esperábamos a las mujeres como si fueran a salvarnos la vida. Llegaban con grandes canastas en la cabeza llenas de dulces caseros, caminando a veces varios kilómetros hasta el campo de caña donde estuviéramos trabajando. Vivían en los bohíos que estaban a medio camino entre Las Marías y Truffin, pero se las arreglaban para llegar a cualquier lugar donde trabajáramos. Con el tiempo, ellas también se convirtieron en las lavanderas de muchos de nosotros.

Además de los siete pesos de mi salario, la iglesia de San Antonio de Río Blanco, donde servía como seminarista cuando me reclutaron, me enviaba una ayuda mensual de quince pesos. Miriam trabajaba, pero solamente ganaba alrededor de cien. Nuestra situación económica era precaria y ella gastaba mucho en los viajes hasta Las Marías cuando iba a visitarme.

—Bien, eso no importa —dije—, ¡ya Dios proveerá lo necesario!

Flotaba en mi nube de felicidad y no podía ver ningún inconveniente. Después de experimentar cómo Dios me sacó de aquel lugar aunque tenía el pase suspendido, sabía que nada era imposible para él.

Al despedimos esa noche, éramos los dos seres más felices del mundo, aunque no teníamos dinero e ignorábamos cómo íbamos a resolver lo necesario.

Después de tantos años, cuando analizo nuestra situación entonces, me maravilla el valor del amor y las ilusiones. Nos sentíamos ricos —aunque no teníamos nada— e inmensamente felices aunque estábamos viviendo una tragedia y carecíamos de todo, menos de amor y de sueños. Bien dice la Biblia que *el amor todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta*.⁶ Del mismo modo, cuando compara el amor con la fe y la esperanza,⁷ la Biblia asegura que es el mayor de los tres. Y esa es una verdad capital que los hombres y mujeres debieran recordar y aplicar con más frecuencia al enfrentar los grandes problemas de la vida. El amor tiene la virtud de poder mitigar los efectos de cualquier tragedia y propicia que las personas vivan por encima de sus infortunios disfrutando los verdaderos valores de la vida.

Solo flores... y mucho más

Al otro día, en la mañana, con los únicos cuarenta y cinco pesos que poseíamos, compramos flores para adornar la iglesia y alquilamos el velo que Miriam iba a usar. El traje de novia se lo prestaría otra joven de la iglesia, Dania Paz, que se había casado unos meses antes con un traje propio. Nos quedamos sin un centavo ¡pero teníamos flores para adornar la iglesia! ¿Acaso importaba no tener dinero dos días antes de la boda? No pude comprar lo que ofertaban en la “Casa de los Novios”,⁸ que era, casualmente, la tienda que perteneció al primo de mi madre hasta que le fue confiscada por la Revolución. Miriam solo pudo adquirir un par de piezas de ropa interior. De contra, mi ropa parecía prestada, debido a las más de cuarenta libras que había adelgazado. La pequeñez de nuestro ajuar de novios no disminuyó en lo absoluto la grandeza de nuestras ilusiones.

¿Quién ha dicho que el ajuar es lo más importante cuando una pareja que se ama va a casarse? Comenzaríamos nuestro matrimonio sin dinero, sin propiedades, ni siquiera la oportunidad de estar juntos siempre de ese momento en adelante, y aún así, ¡Nada impidió que fuésemos verdaderamente felices porque el amor se basta a sí mismo y no necesita de mucho para su plenitud! No teníamos

⁶ 1 de Corintios 13:7

⁷ 1 de Corintios 13:13

⁸ Tienda estatal en la que vendían ropa y útiles para el hogar a las parejas que se casaban.

ni anillos de compromiso. Alguien los prestaría para usarlos en la boda. Sin embargo, después que compramos las flores y nos quedamos sin dinero otras dadas comenzaron a llegar. Unos tíos de Miriam nos regalaron esa mañana ochenta pesos —cantidad entonces respetable— y después llegaron otros obsequios.

Mi hermana mayor me llamó por teléfono para decirme que iba a pagar nuestra reservación en el Hotel Riviera en la ciudad de La Habana. El primo de mi madre nos prometió hacer las gestiones y pagar los pasajes para el viaje en tren hasta la capital, lo cual tampoco era fácil de conseguir. El fotógrafo nos dijo que podíamos pagarle las fotos a plazos conforme pudiéramos. Fue una boda de pobres, pero nosotros nos sentíamos millonarios. En ningún momento las carencias lograron empañar nuestra dicha. Teníamos un enorme sentimiento de gratitud a Dios por la felicidad que estábamos disfrutando.

Nos casamos el domingo 19 de junio a las seis de la tarde en la Iglesia Bautista de Ciego de Ávila. Cuando vi a Miriam vestida de novia y acompañada por su papá en la puerta de la iglesia me pareció la muchacha más linda del mundo. ¡Para mí, ciertamente, aún lo es! Ofició en la ceremonia el Reverendo Gilberto Prieto. De mi familia, solo mi madre pudo hacer el viaje para estar en la boda y ser mi madrina. Miriam y yo nos atrevimos a cantar el *Sueño de Amor* de Liszt durante la ceremonia. En un intermedio entre las estrofas, aproveché para decirle que ya tenía los pasajes para La Habana, que se consiguieron cinco minutos antes de la boda. Cuando nos despedimos en la tarde para ir a prepararnos, aún no sabíamos de qué manera haríamos el viaje. Algunos en el templo, que conocían toda nuestra historia, lloraban a plenitud mientras nos escuchaban cantar, pero nosotros estábamos radiantes. Los sueños, al menos en parte, se estaban cumpliendo.

Esa noche, cerca de las diez, en el tren especial, salimos de Luna de Miel hacia La Habana. Llevaba en mi bolsillo la mayor cantidad de dinero que había tenido jamás en mi vida. La satisfacción que sentíamos es imposible de describir. Habían sido tantos meses de sufrimiento y lágrimas que nos parecía que estábamos tocando el cielo.

Llegamos al Hotel Riviera cerca del amanecer. Nos asignaron la habitación 604. Cuando entramos abrimos las cortinas y nos sentamos muy juntos a contemplar el

alba. Una hermosa vista del malecón habanero se divisaba desde nuestro cuarto. Vimos salir el sol, inundando todo de luz, y nuestro amor halló su plenitud en las primeras horas de la mañana...

Para nosotros comenzaba también una nueva vida.

Amor, risas y plenitud

No recuerdo a qué hora del día decidí llamar a Rubén Deulofeu. Aunque ellos se casaron el mismo día que nosotros en Guantánamo. Volaron a La Habana y estaban hospedados en el mismo hotel. Él había sido testigo en Las Marías del incidente con Marrero y me vio salir destruido a trabajar en el campo la mañana del jueves. Aún tenía fresco en mi mente su abrazo silencioso de despedida y el dolor de su mirada al verme montar en la carreta para ir a trabajar. Estaba ansioso por localizarle y sorprenderle. Lo menos que él podía imaginar era que al fin había salido de pase milagrosamente. Llamé a la carpeta y solicité me comunicaran con su habitación.

—Oigo—, contestó una voz somnolienta del otro lado del auricular.

—No, soy yo el que estoy oyendo a un tipo medio dormido —contesté.

—¿Quién habla? —preguntó con sorpresa y un poco molesto, tratando de reconocer la voz.

—Parece mentira que en tan poco tiempo se te haya olvidado la voz de alguien que está sufriendo lo mismo que tú. ¡Cualquiera se casa y viene al Hotel Riviera de Luna de Miel...!

Rubén, ya más despierto, muy despacio, sin querer alegrarse antes de estar seguro dijo:

—Pero... es que... la voz que yo estoy escuchando... si no me equivoco... se me parece a... es la de alguien que ¡no, no puede ser! Y sentí que su voz se resquebrajaba por la emoción.

—¿Estás seguro de que no puede ser?

Definitivamente Rubén me reconoció:

—¡Muchachito!... ¿De dónde me hablas? ¿Dónde tú estás?

—Creo que a un par de pisos más abajo que tú. Y mi esposa está aquí a mi lado —le aclaré— ¡No eres el único soldado UMAP que se casó ayer! ¿Qué te parece?

—¿Cómo lo lograste? —era obvia su emoción al escuchar mis palabras— ¡No puedes imaginar lo que sufrimos todos cuando nos fuimos de Las Marías y te dejamos allí! ¿Pudiste averiguar qué sucedió en realidad? Nosotros no entendimos nada y eso nos causaba más tristeza aún.

A los pocos minutos estábamos los cuatro juntos en el cuarto de ellos y pude contarles toda la historia. ¡Tantas veces habíamos planeado encontrarnos en La Habana después de casarnos! Nos parecía un sueño lejano y difícil, casi irrealizable. Ahora estábamos sentados en la habitación que él y María ocupaban frente al mar, mirando las olas romper en el malecón habanero, conversando y riéndonos de los trabajos y aflicciones en Camagüey. Siempre llega el tiempo en que uno puede reírse de los momentos más difíciles. Es una capacidad que Dios nos ha dado y propicia que mantengamos la estabilidad emocional. Allí Rubén y yo repasamos nuestras experiencias y hasta nos burlamos de aquellos que nos hacían sufrir. Los hechos que días atrás nos causaban indignación y nos arrancaban lágrimas, eran causa de jocosidad. Rubén imitaba al teniente Marrero y repetía la escena del miércoles anterior en Las Marías:

—¡Usted no tiene derecho a abrir la boca! ¡Y eso que se las da de religioso! ¡Y tiene el pase suspendido, para que aprenda a no hablar despectivamente de los negros!

Nos reímos hasta el cansancio, cómo si no tuviéramos que volver al mismo lugar. Podíamos hacerlo porque al fin y al cabo nadie había podido quitarnos nuestro gozo. Las UMAP eran un episodio de nuestras vidas que de alguna manera pasaría. Se había apropiado de nuestro tiempo, pero no de nuestras mentes ni de nuestros sentimientos.

Visitas ineludibles

Miriam y yo visitamos el edificio del Seminario Bautista de La Habana la mañana del martes. Habíamos planificado nuestra Luna de Miel en La Habana esencialmente para visitarlo. A pesar de aquella carta tan desalentadora que recibimos, diciendo *ustedes ya no son estudiantes del Seminario*, amábamos el lugar y todavía la herida de haber sido arrancados de allí estaba abierta. Como era tiempo de vacaciones no había estudiantes, pero le hicimos una visita a Marjorie

Caudill, la esposa del Rector, quien nos recibió con mucho cariño y alegría. Esta mujer excepcional sufría la experiencia de tener a su esposo preso acusado de ser agente de la CIA, pero conservaba un espíritu optimista y lleno de gozo. Era inspirador escuchar cómo sus aflicciones no habían impedido que estuviera activa y firme en su labor misionera.

Andar otra vez por los pasillos del edificio y contemplar la espléndida vista de la ciudad de La Habana que desde allí se divisa, había sido un sueño acariciado durante meses. Todos los seminaristas que estaban en las UMAP visitaron el edificio durante el pase. Nosotros sí seguíamos sintiéndonos alumnos de la institución aunque no lo fuésemos en ese momento.

El miércoles salimos del hotel y viajamos a San Antonio de Río Blanco, el pequeño pueblo a unos setenta kilómetros de La Habana donde yo trabajaba los fines de semana como alumno del Seminario. Allí nos prepararon un banquete. Fueron muy cariñosos y generosos. Cuán doloroso fue para nosotros dos llegar —de visita y por un día—, a la casa donde se suponía que después de terminar mis estudios y casarnos, hubiéramos ido a vivir. Amaba mucho a esa iglesia y había soñado con ser pastor allí.

San Antonio tendría apenas unos tres mil habitantes. El edificio del templo es hermoso, sin lugar a dudas el mejor y más moderno del pueblo en ese tiempo. Fue construido menos de una década antes y la casa pastoral estaba situada en los altos del templo. Cuando el ómnibus iba llegando tenía un nudo en la garganta y algo más que un dolor en el corazón. Pero el amor de los miembros de la iglesia, su alegría por vernos y las mil maneras que hallaron para que fuéramos felices aquellas horas, barrieron con la tristeza que se apoderó de mí al llegar.

Al otro día viajamos a la casa de mis padres en la ciudad de Cárdenas. Llegamos el jueves en la noche y el sábado regresamos a Ciego de Ávila porque el domingo debía presentarme a la unidad pues ya se vencía el pase. Disfruté esa semana sin pensar en lo que vendría después y fuimos todo lo felices que una pareja puede ser en su viaje de bodas.

Solo que el domingo no me atreví a marchar.

El regreso al infierno

El interruptor psicológico con el que había desconectado diez días antes toda la experiencia UMAP se negó a trabajar a la inversa. No era tan mágico ni tan efectivo. Ya no podía disfrutar de la felicidad que había experimentado los días anteriores. Solo con un gran esfuerzo lograba evitar que mi mente llevara la cuenta regresiva de las horas que faltaban para irme. Comencé a no tener deseos de hablar y a encerrarme en mis pensamientos. Debía regresar a la unidad el domingo en la tarde pero decidí robarme una noche más. Fuimos al culto nocturno de la iglesia pero no pude disfrutarlo. Regresamos para el hotel Santiago Habana donde nos habíamos hospedado y el amor de la última noche estuvo lleno de tristeza. Fue tan angustioso que tampoco resultó disfrutable.

El lunes en la mañana nos despedimos en la estación de ferrocarril. Cuando el tren salió, vi a Miriam diciéndome adiós parada en el andén, aparentando una fortaleza y una ecuanimidad que realmente no tenía. Prefiero no describir mis sentimientos.

Llegué a Las Marías veinticuatro horas después del término oficial del pase, pero no tuve problemas. Otros reclutas tampoco habían regresado. Pocos días antes habían bajado la altura de la cerca hasta un poco más de un metro y el campamento tenía un mejor aspecto. Al menos no daba la impresión de un campo de concentración con altas cercas de púas.

Las barracas estaban pintadas de nuevo con lechada blanca y ofrecían una imagen, al menos por fuera, agradable. Parte de la oficialidad había sido sustituida. Se hablaba de cambios en las UMAP y en sus métodos de trabajo. Durante nuestra ausencia, nuevos reclutas, del segundo llamado,⁹ llegaron al campamento. Entré a la barraca, que me pareció más lúgubre y sucia que antes, sin muchos deseos de hablar con nadie. Deseaba que llegara la noche para acostarme. Casi todos los seminaristas querían ver y compartir las fotos de las bodas respectivas y compartir las historias de todo lo que vivieron en el pase, pero yo solo añoraba la soledad. Había podido olvidar todo aquello durante los días del pase, pero ahora la realidad me agobiaba en toda su magnitud. Ignorábamos cuándo saldríamos

⁹ Solo hubo dos reclutamientos para las UMAP. El primero, en noviembre de 1965 y el segundo, en junio de 1966.

otra vez y aunque algunas cosas estaban cambiando, Las Marías era el lugar terrible a donde nos habían llevado como lacra social.

Por demás, en los días de libertad, pude valorar la magnitud del desastre que significaron las UMAP para las iglesias bautistas cubanas. Además de nuestro grupo, habían sido reclutados todos los estudiantes del Seminario Bautista de Santiago de Cuba: Samuel Entenza, Melvin Puebla, Eliezer Prieto, Rolando Cañizares, Rafael Mustelier Retilado, Jesús Sayas, Enoc Fumero, Moisés Abella, y Héctor Hernández. En la institución solo quedaron las dos jóvenes que formaban parte del estudiantado en ese momento: Dara Figueras y Elba Terrero, quienes posteriormente se casaron con Samuel Entenza y Melvin Puebla respectivamente. Otros ocho pastores de Oriente habían sido reclutados también: Pedro Pérez Torres, Azael Corrales Cervera, Raimundo García Franco, Cloduardo Malberti, Elmer Lavastida Alfonso, Rigoberto Cervantes Pérez, Joel Rosales Cortés, y Orlando Colás Guzmán. Este último era, en ese momento el secretario ejecutivo de la Convención Bautista de Cuba Oriental. De nuestra convención además de los doce seminaristas del primer llamado, otros tres fueron movilizados en el segundo: Eleuterio Figueredo, Tomás Inguanzo, y Efraín Reyes junto con los cuatro pastores que ya cité en el tercer capítulo: Raúl Suárez Ramos, Obed Millán, Lázaro Cuesta y Manuel Morales Mustelier. Hubo un momento en que la obra bautista tuvo treinta y seis obreros en las UMAP. Es tonto pensar que ocurrió por pura casualidad, después de que más de cincuenta pastores guardaban prisión desde abril.

Un grupo numeroso de jóvenes de las iglesias también fue reclutado. De la iglesia de Batabanó se llevaron cinco de sus mejores líderes. Seis de la iglesia de San Cristóbal y ocho de la iglesia de Cruces. Otras iglesias como San José de las Lajas, Pinar del Río, San Luis, Güira de Melena, Artemisa, Batabanó, San Antonio de los Baños y muchas más vieron desaparecer en una misma noche a sus jóvenes más activos, quienes eran enviados como lacra social y sin previo aviso hacia Camagüey.

Algunos, como Iván Delgado Marrero, de la iglesia de Pinar del Río, fueron citados a una entrevista y de ahí enviados tal como estaban para Camagüey, sin oportunidad de prepararse ni de despedirse de sus familiares. Tal método de reclutamiento fue el preferido en esa provincia, porque los jóvenes de la iglesia

de San Cristóbal corrieron la misma suerte. Fueron citados por el Comité Militar, junto con un numeroso grupo de jóvenes del pueblo para una entrevista a las ocho y treinta de la noche. Después de las diez, sin explicaciones, los trasladaron en camiones hasta Mango Jobo, un lugar cercano donde había una Unidad Militar. A la media noche, los condujeron hacia la ciudad de Pinar del Río, concentrándolos en La Loma de los Coches junto a otros jóvenes de la provincia. Al sereno, con el cielo estrellado como único techo, pasaron toda la madrugada y el día siguiente.

Fue después de las siete de la noche que comenzaron a llegar los ómnibus para trasladarlos hasta Camagüey. No probaron alimento hasta que llegaron al otro día a sus unidades respectivas, donde les ofrecieron pan con sardinas. ¡Casi cuarenta horas después de haber salido de su pueblo! Esos jóvenes de la iglesia de San Cristóbal, en su mayoría, eran trabajadores y obreros ejemplares. A algunos fueron a buscarlos a su centro de trabajo y no se les permitió regresar a sus casas para anunciar que se iban. Los reclutamientos ocurrían sin explicaciones y los jóvenes eran llevados sin saber a dónde iban. Probablemente sea imposible, después de más de cincuenta años, redactar la lista exacta de jóvenes cristianos que fueron a las UMAP. Aunque la denominación bautista fue grandemente afectada, también fueron reclutados otros pastores y laicos de diferentes iglesias evangélicas, así como sacerdotes, seminaristas y jóvenes católicos. El actual Cardenal de la Iglesia Católica cubana, Monseñor Jaime Ortega Alamino, también estuvo en las UMAP. El grupo de Testigos de Jehová que fue reclutado fue cuantioso.

Algunas personas, al leer los artículos publicados en *La Voz Bautista* y darse cuenta de la magnitud y las implicaciones de todo lo narrado, me han comentado:

—Si no lo hubiera escrito usted, jamás creería que en Cuba hubiese sucedido algo así.

Los cubanos, como cualquier otro grupo humano, no somos santos ni ángeles. Es bueno que comprendamos hasta dónde hemos sido capaces de llegar, porque eso nos puede hacer mejores y más cuidadosos en el futuro. La historia no solo puede nutrirse de las hazañas y los grandes hechos que enorgullecen una nación. Los errores y los fracasos constituyen también historia, y aunque duelan, juegan un buen papel cuando son reconocidos y aceptados con honestidad. Ningún

servicio pueden prestar cuando permanecen silentes y ocultos como manchas vergonzosas de las que nadie habla. Las victorias y conquistas causan orgullo y a veces vanidad. Los errores, cuando son reconocidos nos recuerdan nuestra vulnerabilidad; por lo cual nos ayudan a ser más sensatos y más justos.

Cuando regresé recién casado del primer pase, toda la realidad de lo que las UMAP significaban se me hizo más aplastante. Regresé mucho más sensible a todo el sufrimiento que implicaba ser parte de esa institución. De ese modo, la primera tragedia que enfrenté fue un nuevo cambio de número. Como habían llegado nuevos reclutas y algunos de los de nuestra compañía fueron ascendidos a cabos de escuadra, al otro día en la formación recibí mi tercer número en las UMAP. Ahora sería el 41.

Unos meses después, sin recuperarme del choque emocional que sufrí al regresar allí después de casado, escribí:

Solo soy 41

Una cerca. Es lo más importante. Limita mi radio de acción. Unos mil metros cuadrados. No más. Fuera de eso, pido permiso. Ya sea para ir a la bodega o a casa de la lavandera. Pido permiso. No puedo salir libremente: soy un soldado.

Una cerca. Dentro, dos barracas largas. En una hay una cocina, un comedor, una habitación para los oficiales, una oficina y el cuarto de los jefes de la unidad. En la otra dormimos nosotros, ciento veinte hombres hacinados en literas, apenas separadas a un pie de distancia. También está la sanitaria y el cuarto donde duermen los reclutas de seguridad. Ellos son los que custodian el campamento con armas largas. ¿Qué más? El baño, las duchas y los servicios. También lugares para lavar. Tres parquecitos bajo dos matas de aguacates, con bancos rústicos hechos de cujes. Eso es todo. Esa es mi casa.

Mi casa: Una barraca larga y estrecha. A la derecha, sexta litera junto a la ventana. Allí duermo. Junto a la litera tengo un cajón de madera. Dentro hay talco y jabones, ropa interior y algunas cartas: mis pertenencias. Junto a la pared, el perchero con la otra y única muda de ropa que tengo. No hace falta mucha ropa para trabajar en el campo. Es de

noche todavía. La luna brilla aún en el cielo sobre las miserables casas de los campesinos. Hay silencio. El campo y los animales duermen. De pronto, un grito. Una y otra vez. Se repite, cada vez más alto y urgente. Hay que levantarse. Para nosotros, mucho antes que el sol, comienza el día. ¡No hay luz! —alguien protesta. No importa, hay que levantarse de todas formas. Sigue el grito, desagradable y áspero. A veces amenazante. Me siento en la cama. Los demás van levantándose. Comienza la vida en mi casa.

Mis vecinos también se levantan. A mi derecha, arriba, vive 58. Es de Las Villas, trabajador agrícola, y tiene treinta años. Lo mandaron para acá porque decidió irse del país. Toda su familia vive en Estados Unidos. Debajo de él vive 33. Un comunista, primer capitán. Tiene treinta y cinco años y está aquí castigado, aunque nadie sabe por qué. Debajo de mí vive 45. Es un joven de veinte años de La Habana cuya familia completa marchó para el extranjero. Le dejaron viviendo solo en su casa de Santos Suárez hasta que cumpla los veintisiete años y le permitan salir del país. Es un joven bien criado y sufre mucho. Sufre doble: el abandono de su familia y la situación de su reclutamiento. Nadie viene a visitarlo y nadie le escribe. ¡Ese está peor que yo!

A mi izquierda, debajo, vive 69. Es Testigo de Jehová. No tiene derecho a visita, ni correspondencia, ni a pase. La semana pasada llegó a Las Marías su madre y otro familiar a verlo. No pudo recibirlos porque le obligaban a ponerse el pantalón verde olivo para salir afuera de la unidad, y él solo acepta andar con el pantalón azul de mezclilla. No cedió al llanto y al ruego de su madre que quería verlo, pero tampoco cedieron los jefes a que saliera a ver a su mamá con la misma ropa que sale todos los días hacia el campo. Sobre él vive 88. Rubio, usa espejuelos oscuros. Vino grueso y está muy delgado. Tanto que luce enfermo. Apenas habla ni se comunica con nadie. Unas camas más allá vive 77. Es un abogado de alrededor de cincuenta años y ya peina canas. Trabajaba en alguna dependencia del gobierno y está castigado aquí del mismo modo que 33, tampoco sabemos por qué. Es un hombre serio y muy culto. Sufre

intensamente. Da pena ver aquí a un hombre tan mayor. Al lado de él vive 65, un homosexual que está ofendido porque no le llevaron junto con los otros para la unidad donde concentraron a todos los que son como él. Se consuela recibiendo clientes en la noche, allí mismo, junto a los demás. 77 apenas puede dormir de la indignación que sufre por tener que ser espectador y oyente a solo un pie de distancia. Así es mi casa. Espero que si alguien alguna vez llega a leer esto, no se asuste. Ya yo no lo hago. Lo único que a veces no duermo bien.

Todos los otros hombres se levantan también, aunque protestan y se quejan: "Esto no hay quien lo aguante". Pero se levantan. Yo también. Lo hago sin pensar y es mejor así. Pensar sería demasiado cruento. En la oscuridad busco mis ropas, sucias, raídas y de contra mojadas, porque en la tarde llovió y nos cayó todo el aguacero encima en el campo, y durante la noche no se secaron. Están encartonadas de fango, lluvia y sudor. Levantarse a las cuatro y media de la mañana con un frío tremendo y ponerse ropas y zapatos mojados del día anterior es una tortura imposible de describir. Así que no pienso. Soy una máquina rotulada con un número que no debe pensar.

De nuevo, otro grito. Dos, tres veces, alto y urgente. Hay que formar y pasar lista para ver si estamos todos. Yo soy 41. Grito: "Aquí" cuando me llaman. No, mejor dicho, cuando me cuentan. Nunca me llaman, pues no tengo nombre. Solo me cuentan. Solo soy 41. Un número. Después, leche y galletas, rápidamente. Y otro grito. Dos, tres veces, alto, urgente y lleno de amenazas, también malas palabras. Hay que formar de nuevo. Esta vez con un machete, o una guataca, o ambas cosas. Subimos a la carreta, tirada por un tractor. Con nosotros van dos soldados armados para cuidarnos. Dejamos la casa y vamos hacia el campo. Aún no ha comenzado a amanecer.

El campo. Verde y fértil. Largos campos de caña llenos de rocío helado. Tiempo de trabajo. Increíblemente el tiempo de trabajo es un tiempo feliz. El sol se levanta y seca el rocío. Trabajamos. Yo lo hago fuertemente para evitar que me griten o amenacen. Así transcurre el día hasta la

tarde. Muchas veces almorzamos y comemos en el mismo campo. Baja el sol, ¡al fin! Se esconde tras las nubes y las casas. Hora del crepúsculo. Regreso a mi casa. Un buen baño y ropa limpia. La comida. Período de tranquilidad. Conversación con un amigo. Evocación de recuerdos. Planes y sueños para un futuro lejano e incierto. En la noche a veces se oyen cantos que parecen lamentos. Y lo son.

Otro grito se oye, dos, tres veces, alto y urgente. Hay que formar de nuevo. Habrá clases de política, que todo el mundo deplora tener que oír, o “corte”, donde se juzgarán y sancionarán las indisciplinas del día, ya que trabajamos bajo disciplina militar. A las diez y treinta habrá otro grito para formación y pase de lista. Responderé a mi número. Yo soy 41. Eso es: un número. Mi tarea es estar cuando cuenten, cada vez que cuenten, y hacer que mi número funcione, que no esté ausente.

Es de noche otra vez. La luna brilla en el cielo, sobre las nubes y las miserables casas de los campesinos. Hay silencio. El campo y los animales duermen. Mis vecinos también. O al menos eso parece. Tal vez haya algún otro pensando o escribiendo acostado como yo, a la luz de la luna llena que entra por la ventana.

Yo soy 41. En la larga y estrecha barraca, a la derecha, sexta cama, arriba, junto a la ventana. Converso con Dios y le hago muchas preguntas que aún él no contesta. Aunque no entiendo las cosas que está haciendo sé que me ama y yo le amo también. Entonces, mejor trato de dormir. Dentro de cinco horas más o menos, volverán a gritar... y comenzará un nuevo día exactamente igual, horrorosamente igual, desconsoladoramente igual.

Hay mucho dolor encerrado en mi casa. El peor de todos es haber perdido el nombre. Ser un número es... no ser. Y yo solo soy 41.

Camagüey, octubre 8 de 1966.

Algo de humor no viene mal

Una noche, cuando ya estaba en mi cama, se acercó Israel García. Vino sonriente con un chiste nuevo. Era nuestro hombre de los chistes, siempre con uno

disponible. Yo estaba escribiendo el poema más horroroso que he hecho en mi vida y que tuve, hace poco, el cuidado de romper para que no caiga jamás en manos de alguien. Me puso la mano en el hombro y me dijo:

—Oiga, compañero 41. ¿Ya sabe usted lo que significan las siglas UMAP?

—Mira, Israel —le contesté un poco molesto—, Déjame escribir tranquilo. Todo el mundo sabe lo que significan: Unidades Militares de Ayuda a la Producción.

—¡Ja, ja! ¿Ya ves que no sabes nada, niño?

Se quedó de pie a mi lado, me miraba insistentemente y se sonría, esperando que le preguntara. Como deseaba que se fuera para seguir escribiendo, acepté seguirle el juego:

—¿Qué significan, Israel?—, le pregunté, deseoso de que no me interrumpiera más.

Él se sonrió otra vez, movió la cabeza para ambos lados como diciendo: yo sabía que tú caías, se me acercó y, casi al oído, dijo con tono misterioso:

—Únicamente Muertos Alcanzaremos Paz. ¿Qué te parece?

Tuve que reírme a carcajadas. Israel era un banquete. En medio de todo él siempre tenía la frase jocosa y una sonrisa a flor de labios. Sufría con mucha dignidad y entereza. Todos le queríamos y disfrutábamos mucho de su compañía.

Tiempo después, un hermano que también estuvo en las UMAP, me contó otro chiste, que aunque con una tremenda falta de ortografía, demuestra que éramos capaces de reírnos y mantener el buen humor a pesar de todos los sufrimientos. En la unidad donde él estaba, los reclutas decían que UMAP significaba: “Umillados”, Maltratados y Además Presos. Lo siento mucho por la ausencia de la letra H, pero era cierto que nos sentíamos así.

Después de todo, es saludable poder reírse un poco de las tragedias. Demuestra que aún queda esperanza y buen ánimo para seguir luchando.

CAPÍTULO 6

Recursos insospechados

A pesar del sufrimiento que la experiencia UMAP estaba causando a todos, no puedo negar que los cristianos sentíamos cierta satisfacción. Era un privilegio sufrir por nuestra fe. Jesús dijo: *Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos...*¹⁰ Y el apóstol Pedro había escrito: *Pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino que glorifique a Dios por ello.*¹¹ No es que haya felicidad en el sufrimiento, pero sí hay un gozo inefable cuando de algún modo somos capaces de sufrir por nuestras convicciones.

Hay un gozo desconocido por quienes no han tenido que pagar un precio caro por su fe y sus principios. Sufrir por causa del evangelio es un privilegio que no a todos es concedido. Tengo un gran amigo en Estados Unidos que me dice con dolor:

—Nunca he tenido que padecer por mi fe.

Sé que en cierta medida me envidia y admira cuando le he contado estas experiencias. Las UMAP estaban proporcionándonos un enorme privilegio. No es que haberlas padecido nos hubiese convertido en héroes o mártires, pues no fuimos ni lo uno ni lo otro. Si la idea de internar a jóvenes cristianos allí fue reeducadora, en el sentido de que se cuestionaran la fe y la abandonaran, entonces fue un rotundo fracaso. Aunque la experiencia conmovió sin duda los cimientos de la fe de todos, el resultado final fue que se profundizó mucho más.

Otra realidad parece ser innegable: la mayoría de los cristianos que padecieron las UMAP se fueron de Cuba posteriormente. Es muy posible que los no

¹⁰ Mateo 5:11.

¹¹ 1 Pedro 4:12-19.

creyentes también, aunque ignoro si después de tanto tiempo alguna investigación pudiera corroborarlo. He conocido que algunos ex reclutas, al intentar obtener oficialmente una constancia de su reclutamiento para las UMAP con fines migratorios, no pudieron obtener documento probatorio alguno. ¿Existirá un archivo en algún lugar donde quede constancia de los nombres de quienes fueron enviados allí? Me temo que no. No obstante, puedo asegurar que el deseo de irse del país se volvió una obsesión para la inmensa mayoría de los que estaban en aquellas unidades. Tal actitud era lógica porque allí se concentró a personas supuestamente desafectas a la Revolución. Además, las experiencias que allí se vivían constituían un acicate poderoso para aumentar el deseo de largarse del país a toda costa. Cada vez que regresábamos de un pase se escuchaba de algún recluta que había logrado emigrar clandestinamente.

Un amigo totalmente inesperado

El teniente Marrero, el nuevo jefe de la unidad, estaba en la cuarta década de su vida. Era alto y fuerte, sanguíneo y colérico, muy hablador, ocurrente, con todas las virtudes y defectos de ese temperamento. Hacía una pareja muy peculiar con el nuevo segundo al mando, quien era flemático, noble y callado, de origen campesino. Respetaba y se daba a respetar solo hablando lo necesario.

Cuando regresé del pase Marrero cambió del todo su actitud para conmigo. Temí encontrarlo insultado, porque en cierto sentido, me burlé de él tomando el pase de diez días que me suspendió, en vez del de cuatro días que me correspondía por la muerte de un familiar. Mis temores, acentuados por el hecho de regresar un día más tarde del que me correspondía, se desvanecieron cuando me recibió con una sonrisa amplia, un saludo afectuoso y preguntó cómo había sido la boda. Marrero era un buen hombre.

—¡Vaya, 41, estaba esperándote como cosa buena! —me dijo. Y continuó:

—Los papeles en la oficina están hecho un lío, y sé que tú siempre ayudabas en ese trabajo. ¿Podrás hacerlo ahora? El planificador está de pase también y aquí hay un reguero inmenso.

El iracundo teniente que me gritó y humilló dos semanas antes, se transformó en una de las personas que más me ayudó en toda la experiencia UMAP. El sargento

que me llevó al batallón el día del pase, al regresar a la unidad no tuvo problemas con él.

—Está bien. De todas formas me alegro por él —dijo el teniente, añadiendo— ya sé que es un buen recluta y que el otro es un soplón envidioso. El 41 no estaba hablando de mí. Cuando regrese lo voy a ayudar, porque fui injusto con él.

Marrero fue el jefe con quien más tiempo compartí, pues estuvo en Las Marías todo un año. Demostró que confiaba en mí. Le agradaba conversar conmigo, me buscaba cuando tenía algún trabajo importante que hacer y me daba pases cuando no me correspondían. Fue la persona que Dios usó durante el período más largo de tiempo para ayudarme y hacerme más fácil la prueba.

Trabajando con él en la oficina hasta altas horas de la noche, charlábamos de todos los temas posibles. A pesar de la diferencia de edad y de intereses, desarrollamos una relación muy amistosa. Era sencillo y afable. Tenía un alto concepto de la vida familiar, por lo cual tampoco se sentía feliz en las UMAP. No recuerdo cuánto tiempo trabajé en la oficina con él, pero un día comentó que deseaba ayudar al abogado de cincuenta años, que había llegado allí castigado a principios del verano.

—Es un hombre mayor, 41. No quiero que siga trabajando en el campo. ¿Qué te parece si tú vas a trabajar de normador, y así él puede quedarse trabajando en la oficina?

Me emocionó que Marrero pidiera mi opinión, de modo que acepté gustosamente. A mis veintidós años, veía al abogado de cincuenta como un anciano casi al borde de la muerte. Nunca supe cuál fue la causa que le llevó a las UMAP. Tenía modales exquisitos y mucha preparación. Su sola presencia imponía respeto. Le fue muy difícil adaptarse a aquel ambiente donde se sentía fuera de lugar por su edad, su cultura y su carácter. Él tomó mi puesto en la oficina y yo me convertí en el normador de la compañía.

La libertad y el placer de caminar

Mi nuevo trabajo no consistía en determinar normas —la tarea que un hombre debía cumplir en el campo cada día— sino medir y calcular el trabajo realizado. Lo hacía con un instrumento de madera parecido a un compás de dibujo,

cuyas puntas de abajo medían una vara entre una y otra. Como en esos momentos nos dedicábamos al desmoche de potreros o a la limpia de la caña, debía caminar por todo el campo, determinar la extensión de terreno donde se había trabajado y preparar el reporte correspondiente para las oficinas de la unidad y de la granja. La ventaja era que no tenía que ir temprano con el resto de la tropa para el campo. La desventaja, que había que caminar mucho y terminaba de trabajar más tarde. Como las tres brigadas de la compañía laboraban a veces en distintos lugares, en cada jornada diaria debía caminar varios kilómetros.

Otro inconveniente era la responsabilidad de llevar, en la noche, el reporte del trabajo del día al batallón, que quedaba a cinco kilómetros de la unidad. Esa distancia había que recorrerla a pie —ida y vuelta— por lo que regresaba ya en la madrugada.

Tales inconvenientes no lo eran para mí, ya que podía levantarme tarde en la mañana y salir para el campo al mediodía. Allí trabajaba solo, nadie me mandaba ni vigilaba. Llegaba a los campos donde la compañía estaba trabajando y comenzaba a medir. Muchas veces los reclutas se iban y me quedaba midiendo la labor del día. Disfrutaba del atardecer cantando himnos y hablando con Dios. Cuando terminaba, regresaba a la unidad, me bañaba, comía, preparaba el reporte y salía en mi caminata nocturna de diez kilómetros. Ahora lo pienso y me horroriza, pero entonces disfrutaba caminar de noche por aquellos terraplenes, donde no encontraba un alma, y mucho menos un vehículo. Me sentía libre. A veces imaginaba que Miriam iba a mi lado y conversábamos cogidos de la mano haciendo planes para el futuro. Hablábamos de los hijos que vendrían y de los felices que seríamos cuando pudiéramos estar juntos. Otras veces trataba de recordar —y hasta predicar— sermones que había hecho. A menudo recitaba largos pasajes de la Biblia que sabía de memoria, uno tras otro.

El trabajo como normador lo disfruté a plenitud. Había belleza en caminar en las noches de luna, cuando el paisaje tomaba un colorido de ensueño. También en las noches oscuras cuando el cielo se convertía en un espectáculo inigualable de luz e inmensidad. Durante el día, añoraba que llegara la noche para disfrutar las caminatas y la sensación de libertad y paz que experimentaba. La grandeza del firmamento me hacía sentir mi pequeñez y acrecentaba mi fe. Cuando regresaba

a la unidad ya todos dormían. Me acostaba cansado, pero feliz. Ser normador me aislaba y libraba de muchas situaciones de opresión que se experimentaban tanto en el campamento como en el trabajo del campo.

Las UMAP intentan cambiar

Por otro lado, las UMAP experimentaban algunos cambios. La reducción de la altura de la cerca parecía una medida sencilla pero significaba mucho. No era lo mismo estar detrás de una cerca insalvable por su altura que de otra cuya única función era delimitar un espacio. El 6 de septiembre se reunió la compañía y el teniente Marrero, visiblemente emocionado, hizo un anuncio sorprendente. Los reclutas que cumplieran la norma en el día trabajarían solo seis horas y podrían regresar caminando solos a la unidad si lo deseaban. O esperar sentados en el campo a la carreta cuando los demás terminaran. Las jornadas de trabajo serían de un máximo de ocho horas. Anunció que cada vez habría más mejoras y que se estaba estudiando la posibilidad de dar pases los domingos.

El nuevo sistema funcionó por unos días. Un par de semanas más tarde, cuando se vio que los reclutas cumplían las normas rápido, las incrementaron y no era posible cumplirlas antes del horario establecido. De todos modos, durante ese período nunca se trabajó más de ocho horas y fue una mejora indiscutible. Los que vivimos los períodos de trabajo desde las cuatro y treinta de la madrugada hasta después de las doce de la noche, casi no podíamos creerlo. La posibilidad de los pases los domingos quedó en estudio.

Salí de pase por segunda vez el 17 de octubre, cuatro meses después del anterior. Miriam y yo nos habíamos visto en las visitas mensuales de julio, agosto y septiembre. Fue un pase de siete días en el que viajamos a Cárdenas a visitar a mi familia y pasamos unos días en el Hotel Internacional de Varadero. Entonces los hoteles de primera categoría costaban solamente diez pesos la noche. Por ello comenzamos una costumbre en nuestra Luna de Miel que repetimos cada vez que fue posible. Nos hospedábamos en un buen hotel pero evitábamos usar el restaurante. Comíamos barato en cualquier lugar o tomábamos helados. El sistema nos permitió alojarnos en los mejores hoteles en varias oportunidades. Aprendimos a contentarnos con lo que podíamos disfrutar sin amargarnos por lo

que no estaba a nuestro alcance. Cuando estábamos juntos éramos tan felices que no necesitábamos mucho.

Durante ese pase el abogado de cincuenta años que estaba en nuestra unidad fue notificado de su baja y nunca volvimos a verlo.

—¡Qué bueno que llegas, 41! —me dijo el teniente Marrero el día que regresé. Y añadió— El próximo mes se celebra el mes de las FAR y necesitamos que te dediques a pintar algunos carteles que nos hacen falta.

Saber trabajar como rotulista me había favorecido desde el principio. Volví a tomar el pincel en mis manos durante dos semanas. Una de ellas en la oficina de nuestro batallón, que a la sazón habían trasladado para Laguna Grande, precisamente junto a una de las unidades donde estaban concentrados los homosexuales.

Me hospedaba y comía con los oficiales, pero tenía que bañarme en el baño común que los reclutas utilizaban. Las situaciones que presencié en aquel lugar me obligaron a usar el baño exclusivamente en horarios cuando todos los reclutas estuvieran fuera de la unidad, trabajando en el campo.

El trabajo se convirtió en una tortura. Pintaba sobre las mesas del comedor, con frecuencia rodeado de reclutas y escuchando sus conversaciones, muchas de las cuales me desagradaban. Sin embargo me alegró poder compartir en esos días con Ernesto Alfonso, otro de los seminaristas que estaba en las UMAP pero que nunca estuvo con nosotros en Las Marías. Después del primer pase, él había sido destacado como cabo¹² en esa unidad en Laguna Grande. No nos habíamos vuelto a ver desde los días del Seminario. Fue una experiencia reconfortante para ambos estar juntos esa semana.

Ernesto sufría por tener que trabajar en aquella unidad de características tan peculiares. Deseaba intensamente ser trasladado. Había escrito a muchos hermanos solicitándoles que formaran una cadena de oración a favor de ello. Aunque él no despreciaba a homosexuales y aprovechaba la oportunidad para compartirles el evangelio, le era sumamente difícil convivir con el ambiente que existía en aquella unidad. Algunos otros cabos —soldados UMAP como él—

¹² En la organización militar que regía las UMAP, cuatro cabos estaban subordinados a los sargentos, quienes dirigían un pelotón de cuarenta hombres, de los cuales cada uno de los cabos era responsable de una escuadra de diez hombres.

mantendrían relaciones sexuales con los reclutas. Ernesto ignoraba que solo unos meses más tarde Dios contestaría su oración de una manera más maravillosa de lo que él esperaba.

La agresión a los homosexuales

Cuando comenzaron las UMAP había homosexuales en todas las unidades. En Las Marías habría probablemente alrededor de veinte. Varios meses después, llegó la orden de que había que concentrarlos en unidades específicas. En nuestra compañía se llamó enseguida a formación a los reclutas y leyeron la lista de los que iban a ser trasladados. Allí estaba un camión esperando y se les ordenó que abandonaran la formación y recogieran sus pertenencias rápidamente. El resto de la tropa quedamos en formación, sin poder movernos de allí. No se dio ninguna explicación, pero fue tan evidente la causa que enseguida se corrió el comentario entre todos. Cuando ya los seleccionados estaban sobre el camión, un joven que no había sido incluido en la lista, gritó de manera descompuesta:

—¡Tienen que llevarme a mí también! No me quedo sola en una unidad con tantos hombres.

Salió corriendo de la formación y se dirigió a la barraca a recoger sus pertenencias.

La reacción que propició su exabrupto fue muy denigrante. Al final, lo incluyeron en la lista y subió al camión mientras toda la tropa se burlaba —con el beneplácito de los oficiales— y le gritaba improperios. Aunque él más bien parecía disfrutar lo que estaba sucediendo, así como los demás sobre el camión, aquel vehículo cargado de homosexuales, y el escarnio que todo aquello propició en la tropa, resultó ignominioso.

Ignoro cuántas unidades de homosexuales fueron creadas. Cuando fui a Laguna Grande para trabajar en los letreros, ya llevaba varios meses funcionando. Allí conocí cómo los propios familiares de los reclutas les surtían de ropas interiores de mujer y hasta de toallas sanitarias para la menstruación que algunos de ellos decían padecer mensualmente. Vi cómo transformaban las ropas de trabajo del campo en prendas femeninas y la forma ingeniosa como convertían el varonil y campesino sombrero de yarey en una pamelita, mediante la adición de lazos y

cintas hechas con trozos de tela. Por las noches, se encerraban en las barracas y montaban espectáculos que nadie impedía. También conocí del orgullo con que la mayoría hacía alarde de su orientación sexual. Aunque al principio tuvimos un grupo numeroso en Las Marías, nunca pude imaginar lo que sí conocí en Laguna Grande. Las relaciones entre los reclutas y los oficiales eran complejas, volátiles, injustas y muy contradictorias.

¿A quién se le ocurrió que encerrándoles y excluyéndoles en unidades especiales se les iba a ayudar de alguna forma? ¿Cómo fue posible que alguien creyera que semejante tratamiento podía resultar en posibilidades de cambio o reeducación, si es que ese era el propósito reconocido y expresado para tales unidades? ¿Cómo pretender que experimentando el desprecio de todos y haciéndoles trabajar fuertemente en las circunstancias opresivas que fueron comunes dentro de las UMAP, algo bueno podría ocurrir en personas que eran discriminadas y ridiculizadas por gran parte de la sociedad? Aún después de tantos años, no puedo hallar respuesta a estas preguntas.

Un joven de apenas dieciocho años se sentó varias veces a mi lado mientras dibujaba. Cuando le hablé del evangelio, me contó su historia. A los trece años se dio cuenta de que sentía atracción por los hombres. Pertenecía a una familia de buena reputación y elevado nivel económico. No le agradaba la idea de ser homosexual y se atrevió a confesarle al padre lo que sucedía y le pidió ayuda, ignorando que reaccionaría de manera muy violenta. Tras su confesión, solo recibió golpes, insultos obscenos y un humillante encierro en su cuarto. El joven pasó todo el día llorando sin ingerir alimento alguno, ya que la madre estaba fuera de la casa cuando el incidente. Al regresar y encontrarle en ese estado, le preguntó con amor e insistencia qué sucedía, pero él se negó a decirle la causa de lo ocurrido.

—Estaba muriendo de vergüenza —me dijo— no quería que ella supiera de mis inclinaciones y no entendía por qué papá reaccionó así si yo le estaba pidiendo su ayuda.

Por la noche el padre entró en el cuarto del joven abruptamente. Mirándole con desprecio le ordenó:

—Vístete inmediatamente. Vamos ahora mismo a resolver tu problema de una vez por todas.

Le llevó en su auto sin hablaran ambos una palabra, a pesar de que hicieron un viaje como de una hora hasta un pueblo vecino. Allí, en una casa horrible y sucia, se encerró en un cuarto con él y con tres mujeres.

—Quítate la ropa. Esta noche aprenderás a ser hombre. Ellas y yo te enseñaremos con lujo de detalles como es la vida —le gritó.

Las cosas que sucedieron en ese cuarto y que su padre disfrutó a plenitud, provocaron en él una aversión fácilmente comprensible hacia las mujeres y la heterosexualidad.

Me contó la historia llorando, repitiendo una y otra vez:

—¿Por qué él tuvo que hacer eso? Yo odiaba ser homosexual y quería que me ayudara.

¿Pueden imaginar quienes leen esta historia dónde tuvo su primera relación homosexual? Ocurrió en ese mismo campamento. Su jefe superior casi lo violó, obligándole después a complacerlo cada vez que se antojaba. ¿Cuántos más como él habría allí? Concentrar en unidades exclusivas a los homosexuales y a los que parecieran serlo, fue una idea diabólica.

La vergüenza de ser recluta UMAP

El 6 de noviembre de 1966 fuimos llevados a una actividad en el Central Senado. Trabajamos la mañana, almorzamos muy temprano y salimos en carretas adornadas con carteles, muchos de los cuales yo mismo había confeccionado. Desfilamos por Senado y Minas no cuantos reclutas UMAP. También había carretas específicas de la unidad de homosexuales. Mientras desfilábamos me preguntaba con angustia qué pensaría toda la gente de nosotros.

Como hasta ese momento no había logrado —ni jamás logré— estar orgulloso de ser un recluta UMAP, me sentí como un animal de circo que estaban exhibiendo y me pareció grotesco, absurdo y humillante en grado sumo. Cuando las UMAP fueron organizadas y se nos llevó hacia Camagüey desde La Habana y otras provincias, los vecinos de las flamantes Unidades Militares de Ayuda a

la Producción fueron advertidos de que todos éramos delincuentes peligrosos, vagos y homosexuales. Aunque había pasado casi un año y ya nos relacionábamos más con la población, de todas formas todavía existía rechazo y temor a la condición real de los reclutas. ¿A qué entonces tanta exhibición? Se nos trajo de madrugada en un tren oscuro y se nos trasladó hacia las unidades antes de que amaneciera para que no fuésemos vistos. Aquella noche no deseaban testigos de la operación. ¿Por qué mostrarnos ahora con tanto bombo y platillo?

Si a eso se le suma que estuvimos encima de las carretas, entre el desfile, el acto y el viaje de ida y vuelta más de siete horas, toda la tarde entre gritos y el incesante tocar de tambores y tumbadoras, creo que puede comprenderse por qué recuerdo aquel desfile como uno de los episodios más desagradables, humillantes y repulsivos de toda la experiencia UMAP. Cuando regresamos a Las Marías ya era tarde en la noche.

La zafra chiquita y el pase de Navidad

Volví a cortar caña en la llamada zafra chiquita que comenzaba a finales de noviembre y duraba apenas una veintena de días. En esa ocasión Israel Cordovés y yo hicimos pareja en el corte y promediábamos una buena cantidad de arrobas de caña cortada al día. Aunque el trabajo era fuerte, nos sentíamos útiles y el ejercicio físico nos hacía bien aunque resultara agotador. Nos levantábamos a las cuatro de la mañana con un frío inmenso y salíamos para el campo antes de las cinco. Regresábamos a la unidad al oscurecer y nunca trabajamos hasta medianoche como en la zafra anterior. Además estaba la esperanza de salir de pase para fin de año.

El martes 23 de diciembre volvimos a salir por siete días. Durante la Navidad de 1966 pude asistir a las actividades de la iglesia bautista en Ciego de Ávila y cantar en el coro, tal como lo había hecho tantos años de mi vida. hecho tantos años de mi vida.

Otra experiencia muy común es que nos acostumbramos a las cosas que amamos hasta el punto que dejamos de darles valor. Recuerdo desde niño cómo juntos en familia adornábamos el árbol en casa y asistíamos a las actividades de la iglesia. Desde adolescente comencé a cantar en el coro y disfrutaba a plenitud

de los villancicos y la música navideña. Era lo más natural, lo acostumbrado. Y las cosas a las que estamos acostumbrados llegamos a hacerlas sin emoción, como por rutina.

Pero después de la primera Navidad en las UMAP valoré la belleza de la celebración y toda la felicidad que aportaba a mi vida. Tal vez fue allí cuando decidí que siempre celebraría esa fecha por todo lo alto e independientemente de las circunstancias, porque jamás he olvidado lo que significó la Navidad del 65 en Camagüey, lejos de todo lo que era realmente valioso para mí. Como el 30 de diciembre se vencía mi pase no pude esperar el año 1967 en la iglesia. Aunque tampoco tuve fuerzas para regresar ese día, sí lo hice el 31 temprano en la mañana.

En la unidad había fiesta para esperar el año y algunos de los reclutas no habían vuelto todavía. Varios seminaristas tampoco. Los que regresamos nos reunimos en el parquecito exterior de la barraca para compartir nuestras experiencias. Después de un rato, decidí esperar las doce de la noche escribiéndole a Miriam. Tal como acostumbraba, parado al lado de la litera y usando la cama superior como mesa, me aislé de todo el bullicio y el ambiente de fiesta, y cerca de la medianoche comencé a escribir la siguiente carta:

Las Marías, diciembre 31 de 1966

Mi amor:

Se acerca el Año Nuevo y estoy pidiéndole perdón a Dios porque me siento desesperadamente triste. Anoche estábamos juntos y ahora me parece que estás tan inmensamente lejos. Sin embargo me siento tan cerca de ti que es como si estuviera a tu lado sentado en el banco de la iglesia, donde debes estar ahora mismo con tu vestido verde que tanto me gusta. Espero que no llores a las doce de la noche, porque creo que si lo haces, voy a percibir tus lágrimas y entonces yo también voy a llorar, lo cual aquí es una debilidad peligrosa.

Sin embargo, ni tú ni yo tenemos derecho de llorar esta noche. No podemos ser egoístas. Dios ha sido bueno con nosotros y pudimos estar juntos esta

Navidad. Casi que tenemos que ser felices porque este año se va, y si hemos sufrido tanto durante estos doce meses, tal vez debemos sentir más alivio que tristeza, más gratitud que dolor. Lo que sufrimos no volverá más, y ha servido para unirnos y para que aprendamos a ser felices cuando estamos juntos. Cuando toda esta pesadilla termine y podamos vivir nuestra vida como un matrimonio normal, no existirá una pareja más feliz que nosotros. De eso puedes estar segura. Han sido tantas ya las lágrimas que seguramente las cosas más insignificantes nos darán enormes motivos de felicidad. ¿Llegará el día en que agradezca a Dios todo esto que he vivido? Indiscutiblemente él tiene un plan, y tiene que ser un plan de bendición.

¡Si vieras qué hermoso está el cielo aquí esta noche! He estado un buen rato mirando las estrellas y recordando la primera noche que pasé en este lugar cuando me negué a mirar un espectáculo semejante, porque me sentía muy triste, desesperado y solo. ¡Cuántas cosas han pasado, amor mío, desde aquel 26 de noviembre de 1965! Nunca hubiéramos podido imaginar cuántas experiencias horribles la vida nos deparaba. Sí, tenemos que ser felices al ver partir este año. Hoy me atrevo a mirar las estrellas porque sobre todas las cosas te tengo a ti, y porque aunque no estamos juntos, te siento cerca de mí y nuestros corazones están tan unidos que no importa que estemos separados, porque estamos sintiendo lo mismo. ¿No es eso un motivo para ser feliz? Hay quienes están juntos y no saben disfrutarlo.

Van a ser las doce... Es algo horrible no poder darte un beso cuando entre el año nuevo. Pero sé que Dios nos va a permitir estar muchos 31 de diciembre, juntos en la iglesia. ¿Con cuántos hijos también esperaremos el año? Sé que llegará el tiempo cuando miremos hacia atrás y todo esto sea un recuerdo lejano. Tal vez hasta seamos capaces de sonreír cuando evoquemos estos tiempos y nos preguntemos por qué nos angustiamos así, porque no era para tanto.

¡Pero ahora sí es mucho...! Solo que Dios nos ha dado fuerzas hasta aquí y nos la seguirá dando hasta el final. Ya ha transcurrido más de un

año y él nos ha sostenido. En medio de la tragedia nos ha permitido vivir muchos momentos felices. Por eso estaba pidiéndole perdón cuando comencé a escribirte esta carta.

Ah... ya son las doce de la noche y ya sé también que estás llorando. Yo... bueno..., ¡yo te quiero con todo mi corazón! y te prometo... solemnemente... que no me permitiré derramar ni una lágrima... el día que esperemos un nuevo año juntos.

Comenzaba mi segundo año en las UMAP y temía que fuera largo y difícil. Sabía que mi fe estaba al borde de una crisis profunda, a la cual le tenía pánico. Asistí al derrumbe de mis sueños y mi fe me había sostenido hasta entonces. Padeciendo la ignominia de ser catalogado lacra social en mi país, lo soportaba y hasta me había sentido privilegiado porque el motivo —la fe cristiana— valía la pena. Ahora, después de trece meses en las UMAP comencé a sentir que mi fe flaqueaba. Algunos pensamientos que venían a mi mente me sorprendían y desconcertaban. Nunca antes había sido tan real para mí la advertencia bíblica: *Velad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente está buscando a quien devorar.*¹³ En ese estado me encontraron los hermanos cuando llegaron a felicitar-me por el año nuevo.

—¡Si el Señor quisiera este año sacarnos de aquí! —dijo Julio Cornelio mientras me abrazaba.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Juntos oramos todos y las peticiones tenían un denominador común: Señor, tú sabes que no podemos más. Terminando de orar estuvimos en silencio varios minutos. Sentíamos una inmensa tristeza, pero a la vez, sabíamos que Dios estaba allí con nosotros. Él siempre estuvo ahí, realmente, a pesar de nuestras dudas, sufrimientos y temores.

Repetimos versículos bíblicos de memoria por largo rato. Después, salimos a compartir con los demás reclutas y felicitarles a ellos también. Algunos estaban muy alegres porque se había repartido cerveza. Todos estaban esperanzados por lo que se decía acerca de las UMAP para el nuevo año.

¹³ 1 Pedro 5:8.

¿Cambiarían realmente las UMAP?

Los comentarios auguraban un cambio inminente.

—¿No ven cómo hemos tenido dos pases últimamente? —decían algunos.

—¿Recuerdan? Por mucho tiempo ni nos dijeron dónde estábamos —apuntó otro más.

—¡Bah...!, ya están hablando basura. Esto no se arregla ni el lunes —dijo 73.

El 73 era un negro de Pogolotti, en Marianao. Medía más de seis pies de altura y era muy delgado. Poseía una voz gruesa y hablaba muy despacio. Padecía de una vagancia mayor a su estatura y cada vez que le ordenaban algo o le agi-taban porque estaba trabajando poco, contestaba con su vozarrón:

—Sí, está bien, lo hago el lunes.

Y seguía su ritmo como si nadie hubiera hablado con él.

Con esa respuesta logró que algunos oficiales perdieran los estribos, se buscó muchísimos problemas y se ganó el apodo de *el Lunes*. Pero esta vez, cuando dijo: *esto no se arregla ni el lunes*, con su voz como salida de ultratumba, se escuchó una carcajada general, de la que participaron hasta los jefes. El segundo al mando, uno de los oficiales con quien había tenido más discusiones, muerto de risa, fue hasta donde estaba el recluta y dándole una palmada en el hombro le dijo:

—¡Vaya hombre!, así que ni el lunes esto se pone bueno, ¿eh?

Sin embargo, el tema general de conversación esa noche de fin de año fueron los rumores sobre la desmovilización de todos los mayores de veintisiete años. Se comentaba que habría cambios sustanciales, que los mejores reclutas pasarían a unidades regulares del ejército. Otros serían trasladados para La Habana para trabajar en construcciones militares. Otros irían para Matanzas o Pinar del Río, según la provincia donde residieran. Se decía que los que se querían ir del país y habían hecho gestiones, si les llegaba la salida, podrían irse aunque estuvieran en las UMAP.

Los oficiales aseguraban que en la próxima zafra darían premios y los reclutas podrían ganarse un auto, una moto o un viaje a los países socialistas. Se comentaba que después de terminada la zafra pudiera haber, incluso, una desmovilización general. Una voz interior, que no se equivocó, me decía que ninguna de esas nuevas posibilidades vendrían para mí.

—Esto va a cambiar mucho, muchachos —decía el teniente Marrero. Alegre por las nuevas perspectivas, disfrutaba del regocijo general por la llegada del nuevo año.

—Ustedes verán de qué manera cambiará todo en las Unidades Militares de Ayuda a la Producción —añadió, mientras levantaba su botella de cerveza brindando con todos.

También el teniente deseaba que las UMAP cambiaran.

La organización tenía más de un año de fundada y no había ganado el prestigio que se pensó obtuviera cuando fue planeada. Los excesos ocurridos le ganaron mala fama dentro del país, y en el extranjero estaban siendo utilizados para impugnar a la Revolución cubana.

Las UMAP eran ya un fracaso total. Se encaminaban irremisiblemente a su disolución. Aunque se harían esfuerzos por cambiar su desempeño y su imagen, al final serían desintegradas.

CAPÍTULO 7

Cuesta abajo

—¡De pie! —se escuchó el grito como de costumbre a las cuatro de la mañana. Era una fría madrugada de enero, y la noche anterior fue lluviosa debido a la entrada de un frente frío.

—Arriba, ¡de pie!, que el corte está lejos —insistía uno de los políticos de la compañía refiriéndose a que el campo donde cortaríamos caña estaba a varios kilómetros de distancia. Cuando tal circunstancia ocurría nos despertaban más temprano, hecho que disgustaba a la tropa, ya que nos robaban tiempo para dormir y todos estábamos extenuados.

Conforme se iban despertando, muchos blasfemaban y protestaban. Aprovechándose de la oscuridad los reclutas insultaban a los jefes y decían horrores de las UMAP. Alguien se atrevió esa mañana, fingiendo la voz, a gritarle al político:

—¡Vaya a agitar a su madre y no maltrate más a los hombres!

—A ver —gruñó el político lleno de ira—, ¿quién dijo eso? ¡Si es hombre que lo repita otra vez delante de mí! A ver, ¿quién se atreve a hacerlo?

Otros repitieron la hazaña, corregida y aumentada. Se escuchó una carcajada general.

—A ver. ¿Dónde están los bocones? ¡Qué se levanten y repitan en mi cara lo que están diciendo! —repetía el político cada vez enojado.

Mientras más él gritaba, más insultos proferían. El político caminó toda la barraca gritando y blasfemando sin lograr que la tropa enardecida se callara. El de pie esa mañana estaba resultando una rebelión.

—¡Esto no se va a quedar así! —gritó desde la puerta de la barraca al marcharse, y agregó una buena cantidad de palabrotas insultantes para vengarse de todo lo que le habían dicho.

En realidad la tropa acostumbraba a burlarse de ese político con frecuencia. Era joven, de baja estatura, nada bien parecido, cabezón, con un defecto en el cielo de la boca que le impedía hablar bien. Su infeliz anatomía le había ganado el apodo de Feto, apelativo que usaban entre sí los reclutas para referirse a él: Ahí viene el Feto o esta noche le toca la clase al Feto. El hombre era de procedencia campesina y apenas tenía preparación. Con mucha dificultad impartía sus clases de instrucción política. Se reían de él a quemarropa. Le preguntaban, como si no hubieran entendido, para hacerle repetir lo que pretendía enseñar una y otra vez.

—Ya les expliqué eso, ¡contra! —decía, añadiendo palabrotas— son todos una patría de brutos. Por eso se van a podrir aquí. ¿Qué tienen en la cabeza? ¡Creo que tienen de lo que pica el pollo!

Regularmente las clases terminaban cuando el político se salía de sus casillas y comenzaba a proferir su amplia colección de palabras obscenas en las que sí era un experto. Su insulto preferido era: ¡se van a podrir aquí! Lo repetía como la suprema y terrible amenaza. Pero el político era un hombre noble. En pocos minutos olvidaba todo. Los reclutas que más le exasperaban, le pedían después constantemente de sus cigarros.

—Anda político, tírame un cabo, que se me acabaron los míos —decía uno.

—¿Qué ustedes se creen?, ¡contra!, van a acabarme con mi cajetilla —contestaba él.

—Ah... político. Tú tienes un sueldo y puedes comprar más, a nosotros los siete pesos no nos alcanzan pa' na'.

El político se quejaba, pero los complacía. Compartía sus cigarros y después se quedaba protestando porque se los habían quitado. Mantenía, a pesar de todo, buenas relaciones con la tropa. Los reclutas, al fin y al cabo, le tenían afecto. Llegó a Las Marías junto con otros dos que recuerdo perfectamente pero preferiría no hacerlo, pues eran muy diferentes a él. Solo le igualaban en ineptitud. Cuando se nos dijo que íbamos a recibir políticos que nos instruirían para que aprendan la verdad de la vida y rectifiquen la conducta antisocial —tal como sentenció el primero al mando de la compañía— sentí un poco de temor. Pensé que estarían verdaderamente preparados y tendríamos serias discusiones con ellos. Cuando llegaron, fue penoso oírles impartir clases. Ignoro cómo fue en

otras unidades. En Las Marías eran totalmente incapaces. Fue cruel para con ellos ponerles en semejante situación porque hacían el ridículo delante de la tropa y no podían contestar las preguntas que les hacían con el propósito de confundirlos y enredarlos. Allí había reclutas sin preparación pero otros eran universitarios.

Un guajirito que no se deja engañar

Esto es muy duro, 41 —me dijo una tarde el político—, no me gusta que se burlen de mí. Tampoco me gusta agitar a otros para que trabajen. No sé por qué me metí en esto.

Se había acercado a ayudarme en el corte pues me tocaron surcos de cañas muy enredadas y me había quedado atrás. Noté tristeza en su mirada. Se ofendía, protestaba, blasfemaba cuando se burlaban de él, pero en verdad sufría y añoraba la vida sencilla de su familia y el trabajo en el campo que había realizado la mayor parte de su vida. Aunque formaba parte de la maquinaria reeducadora, también era su víctima como cualquiera de nosotros. Hubiera sido mucho más feliz trabajando con su padre —a quien decía extrañar mucho— en su pedazo de tierra en la Sierra Cristal. Me habló de su papá con una admiración y un cariño que me conmovió.

—Te diré un secreto, 41. Diera cualquier cosa por estar trabajando la tierra con mi papá, él es un guajiro de monte adentro pero estoy muy orgulloso de él.

Se sonrió al decirme eso, y yo vi el rostro de un muchachito campesino enamorado de la tierra y su cultivo, devenido militar sabría Dios cómo, e instructor político sin apenas poder expresarse bien ni tener los conocimientos necesarios.

—¿Y por qué no te vas? —le dije.

—¡Qué va! Juré en el ejército por veinticinco años —contestó desconsolado y triste.

¡Veinticinco años —pensé—, el político está en peor situación que yo! Me largaré de aquí cuando cumpla los tres años reglamentarios, pero él pasará la más larga y valiosa etapa de su vida en una ocupación que no le agrada. ¿Cómo pudo jurar por tanto tiempo? ¿Por qué decidió dedicar su vida a una profesión en la cual por sus características personales no podría ser brillante?

Desde ese día miré al político con otros ojos y no me gustaba que se burlaran de él. Comprendí que era un ser humano a quien circunstancias de la vida, ajenas a sus verdaderas aspiraciones, le habían arrancado del ambiente y el

lugar donde hubiera sido más feliz y más útil. Cuando llegué a esa conclusión comprendí que ambos teníamos muchas cosas en común. Ninguno de los dos estábamos en el lugar que nos correspondía. Y es una tragedia horrenda estar en el lugar equivocado. Diversas circunstancias, a veces del todo incontrolables, suelen colocar a las personas en lugares u ocupaciones en los que no encajan y donde no pueden destacarse. Muchas veces pasan allí toda su vida. He conocido médicos que nunca debieron serlo, maestros que jamás serán educadores, pastores que hubieran sido magníficos diáconos, o personas que si hubieran vivido su vida en otro lugar y otro medio, tal vez hubieran desarrollado habilidades que en la posición que ocupan no tienen oportunidad de florecer.

Un día le hablé de Cristo al político. Él también necesitaba de Dios. Pero cuando más entusiasmado estaba explicándole cuánto podía hacer por él la fe en Jesús, me interrumpió diciéndome que la religión la había inventado un rico para engañar a los pobres, y por mucho que traté de explicarle, no logré que cambiara de opinión. Discutí conmigo de un tema que él desconocía con una prepotencia absurda y asombrosa.

—A la religión en Cuba no le queda ni cinco años. Dentro de poco nadie va a creer en nada. ¡Cuando se acaben los explotadores se acaba la religión! —me dijo sonriéndose con altanería y soberbia.

—Las iglesias se van a cerrar —añadió—, nadie va a ir y ustedes mismos las van a cerrar.

—Eso no es así, político —contesté.

—Sí, sí, es así, a ustedes los tienen engañados. Yo me sé la Biblia completa de memoria y nadie me puede hacer cuentos.

—¿Qué dices, político —le pregunté, ya un poco molesto—, tú te sabes la Biblia completa de memoria?

—Sí Señor, ¡sí señor! Por eso sé que la escribió un hombre rico para engañar a los pobres. ¡Sí señor! Pero es que a ustedes los tienen engañados y les dicen otra cosa. ¡Pero a mí, nadie me va a venir con cuentos! ¡No se engaña facilito a un guajiro de monte adentro!

Todo mi entusiasmo en evangelizar al político se desvaneció. Él se reía como si hubiera dicho un argumento demoleedor contra la Biblia y la fe. Al decir que la

Biblia la había escrito un hombre rico para engañar a los pobres y al insistir yo me sé la Biblia completa de memoria, demostraba estar atrapado en la peor y más malévola de las redes: la de la ignorancia que presume de conocimiento. Todavía sentía compasión por él.

—Mira, político —traté de hablarle con amabilidad—, la Biblia no es un libro que se pueda aprender completo de memoria. Además, tampoco la escribió un solo hombre.

—¡Ja, ja! ¿Ya ves cómo los tienen a ustedes engañados? Ja, ja —repetía—, pero a este guajiro no lo van a engañar. ¡Parece mentira que tú, que has estudiado, te dejes tupir así! Comenzó a explicarme, con su hablar defectuoso y palabras mal dichas —sazonadas con sus expresiones obscenas preferidas— que en la comunidad primitiva el hombre inventó la religión como un instrumento de opresión. Lleno de orgullo y como supremo argumento casi gritó:

—Mira, chico, para que lo sepas de una vez, por si nunca te lo han dicho: ¡La Biblia la escribió un señor feudal!

Cuando escuché su conclusión me di cuenta del tremendo rollo histórico que el infeliz guajiro de monte adentro, que no se iba a dejar engañar, tenía en sus escasos conocimientos religiosos, históricos y sociales. Mi esfuerzo misionero terminó en una discusión en la que perdí los estribos junto con mi compasión. Casi estuve decidido a gritarle que tenía bien ganado el sobrenombre de Feto. Dios tuvo misericordia de mí y me contuve, porque hubiera sido cruel. Como ya estaba airado, mis palabras no lograron comunicarle todo lo que Cristo podía hacer por él. Mi proyecto evangelístico con el político fue un fracaso total. Solo logré que nunca más se acercara a conversar conmigo.

Computador

La zafra había comenzado y el régimen de trabajo había vuelto a ser severo. Nunca tanto como cuando el teniente Concepción nos hacía trabajar hasta la madrugada en las noches de luna, pero sí lo hacíamos de sol a sol. Ya llevaba unos días cortando caña, cuando una noche el teniente Marrero me llamó a la oficina.

—Oye 41, necesito que me resuelvas un problema. Quiero que trabajes ahora como computador. Desde mañana sueltas la mocha y coges el lápiz. ¿Qué te parece?

Cuando las alzadoras venían para levantar la caña cortada y apilada en el campo, el computador se ocupaba de calcular y anotar la cantidad que había cortado cada pareja de macheteros. Se tomaba como medida la caña que cabía en la jaiba, el brazo mecánico con que la alzadora la levantaba del campo y la ponía sobre la carreta, que a su vez, la llevaría a la pesa. El computador llevaba la cuenta de cuántas jaibas tomaba la alzadora para anotárselas a los cortadores. Tenía que saber bien en cuál parte del campo de caña cortaba cada quien, porque las alzadoras venían casi siempre después que la brigada ya se había marchado.

Calcular la caña que cada pareja había cortado era un trabajo de mucha responsabilidad. Cualquier error o descuido podía perjudicar a los cortadores. A veces ellos no quedaban conformes y reclamaban haber cortado más. Como al final todo era un cálculo, se creaban muchísimas discusiones. Era fácil si la caña de una pareja de macheteros llenaba una carreta, pero cuando había que mezclar en una carreta la caña cortada de otra pareja, todo resultaba engorroso. La carreta completa se pesaba y el computador decidía por cálculo cuántas arrobas eran de cada cual. Lo significativo del asunto era que por órdenes superiores, el computador no podía ser un recluta, sino el jefe de la brigada. Como en Las Marías los jefes de brigada no estaban realizando bien el trabajo, se creaban confusiones tremendas y los cortadores protestaban constantemente.

—Están formando un rollo que no vamos a saber cuánta caña cortamos —dijo el teniente. Prefiero que tú trabajes de computador y que ellos corten caña para ti.

Para mí era un tremendo negocio. Tres jefes de brigada, experimentados macheteros, iban a estar trabajando todo el día y la caña que ellos cortaban aparecería como cortada por mí. Yo haría el trabajo que a ellos les correspondía pero que no tenían habilidades para realizar.

—¿Y qué hago cuando no haya que alzar caña? —pregunté al teniente.

—Te quedas en la unidad haciendo lo que tú quieras porque cuando vengan las alzadoras vas a trabajar corrido todo el tiempo que sea necesario —contestó.

Vi los cielos abiertos. Las alzadoras venían después de dos o tres días de haber comenzado el corte porque la granja no tenía muchas. Esperaban que una unidad tuviera bastante caña cortada para enviarlas. Junto con las alzadoras

llegaban las carretas de bueyes o los camiones. Cuando comenzaban con una compañía, era un maratón hasta que se terminara de alzar toda la caña, cosa que a veces lográbamos bien entrada la madrugada. Me quedaba trabajando en el campo con los operadores de las alzadoras, los choferes y los boyeros. Cuando terminábamos me llevaban a la unidad en una alzadora. En ocasiones el trabajo se extendió hasta el amanecer. Llegaba a la compañía después de haber trabajado toda la noche cuando mis compañeros estaban saliendo para trabajar. A esa hora debía elaborar el informe de cuánta caña había cortado cada quién. Solo después podía retirarme a descansar y a esperar que se acumulara caña cortada otra vez en el suelo y volvieran a asignar las alzadoras a nuestra compañía. Mientras tanto, estaba dos o tres días en la unidad escribiendo, leyendo, o simplemente durmiendo. Así comencé a trabajar en la zafra de 1967. El trabajo de computador me vino como anillo al dedo.

Alejándome de mis amigos

Durante esa zafra, el grupo de bautistas en Las Marías comenzó a disminuir. Ya se habían ido Ernesto Ruano y David Figueredo. Ahora, Julio Cornelio y Rafael Hernández lograron la baja por problemas en la columna vertebral. Rubén Deulofeu se marchó cuando desmovilizaron a los reclutas mayores de veintisiete años. En ese grupo se fue también Esteban Estrada. Unos días antes, la cadena de oración que Ernesto Alfonso había formado para lograr que le trasladaran de la unidad de homosexuales demostró tener mucho más poder que el esperado: causó baja por tener los pies planos. Quedamos allí Israel Cordovés, Israel García, José Ferrer y yo. Éramos solo cuatro. Unos meses después llegarían Rolando Acosta de la iglesia de Batabanó e Iván Delgado, de Pinar del Río. Los traslados por cualquier razón eran comunes.

Ya reducido el grupo y trabajando como computador, apenas podía compartir ni conversar con ellos. Mi trabajo se desarrollaba a otras horas y permanecía más junto a los jefes y los demás trabajadores. Tampoco los buscaba para leer la Biblia y orar juntos como antes.

Me convertí en un creyente solitario, rodeado constantemente de personas que no lo eran. Habiendo vivido toda mi vida en una atmósfera cristiana, de pronto me vi inmerso en el peor ambiente posible cuando ingresé en las UMAP,

pero no estaba solo. La comunión con el grupo de creyentes era un escudo protector. Después de un año y meses de estar allí perdí dicho escudo debido a la índole y el horario de mi trabajo. Cuando hacía de normador, me pasaba lo mismo, pero estaba más tiempo completamente solo y cultivaba mucho más mi comunión con Dios. Ahora era diferente. Mi vocabulario comenzó a cambiar. Disfrutaba de conversaciones y amistades que antes deploraba. Miriam se dio cuenta enseguida, y me advirtió.

—No te preocupes, mi amor —le dije— nada ni nadie me va a hacer cambiar.

—Pero, ¿no te das cuenta? ¡Ya estás cambiando! —respondió con los ojos llenos de lágrimas.

—Bah, no exageres. Estás sufriendo por gusto —traté de tranquilizarla. Pero ella comprendía que no estaba bien.

Hice buena amistad con el jefe de lote, un campesino trabajador de la granja que era el responsable de las alzadoras de caña. Tendría alrededor de treinta años. El jefe de brigada nos presentó el día después que Marrero me ofreció trabajar como computador.

—Mire, compañero, este es el 41 y va a trabajar como computador en lugar de nosotros.

Se bajó de su caballo, me extendió su mano, y dijo con una sonrisa franca y limpia:

—Dime cómo te llamas porque a mí no me gusta que los hombres tengan números.

En ese momento ganó mi admiración. No me conocía, sabía que era un recluta UMAP, pero se negó a tomarme por un número más. Al paso de los días nos convertimos en verdaderos amigos. Cuando llegaba al campo donde yo estaba se bajaba alegremente del caballo y me abrazaba.

—¿Cuándo te conviene que te mande las alzadoras? Si un día específico no te conviene, me lo dices, que puedo mandarlas para otro lado.

Mi amistad con el jefe de lote hizo posible que saliera de pase los fines de semana. Una mañana, estando en la unidad porque todavía no había suficiente caña cortada en el campo, llegó el capitán del batallón y me encontró escribiendo

en el comedor. Me levanté como estaba establecido, me paré en atención y le saludé. El capitán se dirigió a donde yo estaba.

—¿Por qué usted no está trabajando? ¿Está enfermo? —preguntó.

El sanitario de la compañía, otro recluta UMAP que también estaba en el comedor, para salvar su responsabilidad se adelantó y contestó:

—No, capitán. En la unidad no hay ningún enfermo. Él está aquí porque trabaja como computador.

—¿Cómo que trabaja como computador? Los computadores son los jefes de brigada. ¿Dónde está el teniente Marrero?

—El teniente Marrero fue para el campo —le contesté.

El capitán dio la vuelta y salió como un bólido. Pensé que ese día terminaba mi trabajo como computador y deploré la infeliz coincidencia de haber ido a escribir para el comedor, cosa que nunca hacía. Me sorprendió in fraganti escribiendo una carta a las diez de la mañana. Para mi sorpresa, cuando el teniente Marrero llegó del campo venía insultado con el capitán:

—¿Qué se creará? No voy a poner a los jefes de brigada para que hagan una basura de trabajo. Aquí todo va a seguir igual, 41. Seguirás de computador, pero no te podrás quedar en la unidad. Cuando no estén alzando caña te escondes en la arboleda y descansas allí o... ¡mejor te vas de pase para la casa de tu mujer!

Un particular sistema de pases

No podía creer lo que había oído: mejor te vas de pase para la casa de tu mujer para que no te vean aquí. Marrero sabía que Miriam vivía en Ciego de Ávila y yo le había pedido que me dejara ir los domingos allá. Como la línea de tren que pasaba por Truffin llegaba hasta Morón, desde allí a Ciego eran solamente treinta y seis kilómetros. Era un viaje mucho más fácil, al menos para el regreso, que la ruta a través de La Gabriela-Senado-Minas y Camagüey.

—Ponte de acuerdo con el jefe de lote para que te avise con tiempo cuándo va a mandarnos las alzadoras. Tú te vas y vienes el día que tienes trabajo, y los otros días te los pasas con tu mujer. ¡Se creará el capitán que me va a fastidiar a mí! —añadió.

Cuando le conté al jefe de lote lo sucedido, dijo:

—No tienes problemas. Nos arreglaremos y te podrás ir para tu casa. ¡Déjame eso a mí!

El jefe de lote me mandaría las alzadoras todos los miércoles o a más tardar los jueves al mediodía. Así yo alzaba la caña que la unidad había cortado desde el lunes. Como era después de varios días de corte, estaríamos alzando caña todo el jueves y probablemente el viernes. Cuando terminaba y elaboraba el reporte, podía irme el sábado para la casa y regresar el martes temprano, por si acaso era necesario recibir las alzadoras antes del miércoles. Todo también dependía de la cantidad de caña que cortaran las otras compañías que trabajaban en la zona.

El teniente Marrero me extendía un pase que no podía mostrar en el batallón porque él no estaba facultado para ello, pero sí podría hacerlo en la calle si alguna autoridad militar me lo exigía para probar que no estaba fugado. Debía salir de la unidad y evitar pasar frente al batallón pues de cierta manera mi pase era falso. Pero una vez lejos de la zona, era un pase con todas las de la ley. Así Marrero resolvió su problema y yo podía hacerle el trabajo sin tener que quedarme en la unidad. Iría los sábados para Ciego de Ávila, estaría el fin de semana con mi esposa y podía ir a la iglesia todos los domingos.

De todas formas Marrero se estaba exponiendo. El hogar de mi esposa no quedaba al doblar de la esquina, sino a casi ciento cincuenta kilómetros. Por otro lado tendría que agenciármelas para hacer el viaje en el tiempo requerido y no fallarle nunca, porque si un día llegaban las alzadoras y por problemas de transporte no podía llegar, el acuerdo —y con él mis privilegios— se vendría abajo.

Iniciamos el sistema esa misma semana. El miércoles vinieron las alzadoras y en dos sesiones de trabajo se alzó toda la caña que estaba en el piso. Para ayudarme a terminar de una vez, el jueves trabajamos hasta las once de la noche. Preparé el reporte y el viernes muy temprano en la mañana lo llevé al batallón y a la oficina de la granja en La Gabriela. De allí tomé un camión que pasaba hasta el Central Senado. Esta era la parte del viaje más peligrosa porque si un oficial me paraba y me pedía el pase, no podía mostrarle el que Marrero me había dado. A las tres de la tarde del viernes ya estaba en mi casa. Las alzadoras vendrían otra vez el miércoles, así que hasta el martes no tenía que regresar.

De noche, solo y por la línea del tren

El martes para el regreso exploré la ruta Morón-Truffín en tren. Tenía que comprobar si era factible el regreso a la unidad por allí, ya que así evitaba el tramo donde tenía que evadir a oficiales del batallón. Salí de la casa en Ciego de Ávila pasado el mediodía porque el tren salía de Morón a las siete y treinta de la noche.

El único inconveniente fue que el tren no tenía parada en Truffín. Tuve que bajarme en la estación de Sola para caminar por la línea de ferrocarril los aproximadamente cinco kilómetros que faltaban hasta allí. Después, recorrer el terraplén directo hacia Las Marías. Estaba entrenado en caminar largas distancias, pero a las once y media de la noche, caminar sobre la línea del ferrocarril cinco kilómetros era complicado. Mucho más si no conocía bien el lugar y la noche era muy oscura. Tuve temor de no ver el letrero de Truffín y seguir de largo. Todos los caminos que la línea iba atravesando me parecían que eran el entronque. ¿Si por casualidad alguien había arrancado el letrero? Era bastante rústico y estaba en mal estado y un viento fuerte podría derribarlo. Realicé el trayecto ansioso y lleno de temores.

El alma me volvió al cuerpo cuando vi el letrero, porque creía haber caminado por un tiempo interminable y temí haber dejado atrás el terraplén que buscaba. Me fijé bien y busqué puntos de referencia para sucesivos trayectos en la noche. Bien entrada la madrugada llegué a la unidad. El primer viaje resultó un éxito. La experiencia volvió a repetirse semana tras semana. Algunas veces hice el viaje a la inversa, caminando hasta Sola los viernes y cogiendo el tren allí hasta Morón, pero el horario que tenía el tren en esa dirección no me era propicio. Los pases semanales se fueron sucediendo uno tras otro, de modo que algunos hermanos de la iglesia en Ciego de Ávila jaraneaban diciéndome:

—¿Qué, vas de pase a la unidad?

De pronto, las circunstancias favorecieron que estuviera más tiempo con mi esposa y que pudiera asistir a la iglesia. Pero el diablo es astuto y todo lo sucedido estaba alimentando mi suficiencia propia. Comencé a actuar como quien se las sabe todas, pensando que siempre podría caer de pie en todas las situaciones gracias a sagacidad.

Olvidé que es un error estúpido —y peligroso— caminar confiado sobre una tembladera.

El pastor de la iglesia de Ciego de Ávila me invitó a predicar varias veces, pero no acepté. Le dije que llegaba demasiado cansado porque estaba trabajando mucho y prefería escucharlo a él. Lo cierto era que no deseaba predicar. Sabía que no tendría un mensaje que dar.

Cuesta abajo en la rodada

Cuando el apóstol Pablo escribió: *por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo,*¹⁴ estaba recordándonos que la verdadera fortaleza se halla en la humildad y no en la prepotencia. La soberbia, el orgullo y la suficiencia propia, a pesar de lo que aparentan solo logran hacer más vulnerable a un ser humano. La Biblia también insiste en que *Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu.*¹⁵ Al creer que tenía en mis manos las riendas de la situación, era un necio incapaz de comprender que estaba a merced de los vientos.

A mediados de abril de 1967 estaba frustrado porque durante dos semanas la coordinación de las alzadoras para que yo saliera de pase no funcionó bien. En esos días recibí una carta que mi hermana mayor me había mandado como prueba de sus gestiones para que saliera con un pase especial. Era costumbre que yo fuera el donante de sangre de la familia. Mi hermana, que entonces trabajaba en régimen civil en la Unidad Militar 1089 en La Habana como Jefe Económico, escribió una carta solicitando que me dieran pase para ir a donar sangre para mi otra hermana que estaba a punto de dar a luz. Nunca le contestaron la solicitud. Pero ella me envió una copia como prueba de que había hecho el intento. Cuando recibí la carta con el cuño del Estado Mayor y firmada por Enna González Muñoz, Jefe Económico, se me ocurrió que serviría para resolver un pase. A esa altura ya estaba dispuesto a decir cualquier mentira con tal de escapar de allí unos días. Así que, con la carta en mis manos, salí disparado a ver al teniente. Le mentí descaradamente diciéndole que mi hermana me la había mandado para

¹⁴ 2 de Corintios 12.

¹⁵ Proverbios 16:18

que la presentara al batallón. Él cogió la carta y solo atinó a ver el cuño del Estado Mayor.

—¡Pero esta carta es del Estado Mayor! —dijo entusiasmado el teniente Marrero, y me preguntó:

—¿Y quién es esta Enna González Muñoz que trabaja en la 1089? ¿Es pariente tuya?

—Es mi hermana mayor, teniente —contesté, seguro de que había dado en el blanco.

—¿Así que tú tienes una hermana trabajando en la 1089? —insistió.

—Sí —contesté—, y ella me insiste que presente esta carta en el batallón.

Volví a mentir. Mi hermana ni pidió ni insistió en nada.

—Recoje tus pertenencias y preséntate inmediatamente al jefe de personal del batallón —y me entregó la carta sin terminar de leerla, añadiendo:

—Le zumba el mango que ahora en plena zafra y con el trabajo que hay tengas que salir de pase. Veremos cómo hacen el trabajo los jefes de brigada durante tu ausencia.

Si Marrero hubiese leído bien la carta hubiera comprendido que solo era una solicitud al Comité Militar en La Habana y que no iba dirigida a ningún batallón. Pero se impresionó con el cuño del Estado Mayor y el cargo que mi hermana ocupaba allí como trabajadora civil. Cuando llegué al batallón solicité ver al jefe de personal. Repetí la mentira que había dicho al teniente Marrero y le entregué la carta, esperando que con él sucediera lo mismo. Comenzó a leer en voz alta, pero en cuanto vio el cuño del Estado Mayor, me dijo:

—¿Y esta jefe económico del Estado Mayor es hermana suya?

—Sí —contesté, y me quedé temblando mientras él examinaba la carta. Al igual que el teniente Marrero, apenas la leyó.

—¡Oficial de guardia! —gritó—, extiéndale un pase por diez días a este compañero. Con una hermana trabajando en la 1089, lo más probable es que ni vuelva para acá.

Casi no me atrevía a respirar. Me entregaron el pase y salí. Ya en la puerta del batallón pensé que no podía dejar allí la carta. Si la leían detenidamente podría tener problemas a mi regreso. Regresé a la oficina y solicité ver de nuevo al jefe de personal. Le dije la tercera mentira:

—Mi hermana me pidió que le llevara la carta.

Él la sacó del bolsillo, tomó el sobre e hizo como si fuera a abrirla y leerla nuevamente. Los latidos de mi corazón podían oírse como el galopar de un caballo a tropel. Hizo un gesto con los labios como diciendo: ¿Y para qué? Miró el sobre por ambos lados, se encogió de hombros y me la entregó.

El reino de la mentira

Los engañé totalmente. Había hecho además arreglos con el planificador de la compañía para extender el pase más de diez días. Él, recluta UMAP también, Testigo de Jehová que había renegado de su fe, me prometió que después de los diez días, él me reportaría presente en el reporte que debía enviar al batallón, como si hubiera regresado de pase. A su vez, le diría al teniente Marrero que yo había salido con quince días y no con diez. En plena zafra resolví quince días de pase gracias a mentiras y arreglos sinuosos. No vacilé en engañar al teniente Marrero, quien confiaba en mí y me permitía ir a casa casi todos los fines de semana.

¿Eran correctos esos métodos? ¿Permite el hecho de estar padeciendo una injusticia infernal, como fueron las UMAP, el que uno viole sus normas y principios éticos usando métodos discutibles para beneficiarse y pasarla mejor? Es posible que algunos piensen que sí y hasta encuentren cierta heroicidad en semejante actitud. Así mismo lo sentí en aquel momento. Era un bárbaro al lograr salir de pase usando una carta equívoca, mintiendo o dejando a otros creer lo que no era, usando a mi favor la ignorancia o poca preparación de algunas personas y permitiendo a un amigo falsificar datos para beneficiarme. Así burlé la confianza de quienes, si bien no eran santos, tenían el concepto de que yo, por ser cristiano, era una persona diferente en quien podían confiar.

Todo era consecuencia de una lamentable realidad: ya no era la misma persona que había llegado allí un año y medio antes. No era tan puro, ni tampoco honesto. Casi sin darme cuenta había comenzado un proceso en el que sí me estaba convirtiendo en lacra social. ¿Alguien se atreve a decir que somos alguna vez del todo inmunes a la influencia del ambiente que nos rodea? Nadie lo dude: convivir día y noche en un ambiente de opresión e injusticia deja sus huellas en cualquiera. No intento justificarme sino explicar el proceso de mi degradación.

Es horrible cuando envueltos en situaciones difíciles nuestras normas morales claudican y se invierten los valores. Podremos encontrar muchas razones para argumentar y agarrarnos a la ética de la situación límite con tal de tranquilizar nuestra conciencia y apagar la voz del Espíritu de Dios que nos redarguye constantemente. Cuando comenzamos a ver como buenos los procedimientos que hasta entonces hemos deplorado con tal de sobrevivir en una situación dada, o para defendernos de una injusticia, algo trágico y peligroso está ocurriendo. Cuando se comienza a usar la mentira como un arma conveniente y tras una apariencia de dignidad y respeto aprendemos a mirar a los ojos de otra persona y decir con descaro lo que no es cierto —para obtener un beneficio—, se ha iniciado un camino que solo conduce a la perversión.

Nuevas costumbres y hábitos desarrollados para sobrevivir en un lugar deplorable se habían adueñado de mi vida. Más cristiano y honesto es sufrir la ignominia sin ningún tipo de claudicaciones. El medio estaba influenciándome y no tenía la menor idea de lo que estaba experimentando. Lo peor es que el camino de la depravación sigue un sendero paralelo a la amargura. Andan tan cercanos que terminan fundiéndose. Se convierten en la senda perfecta para sumir al alma humana en la desesperación.

Disfruté los quince días del pase obviando el proceso que sucedía en mi interior. Miriam y yo viajamos a La Habana y nos hospedamos en el Hotel Habana Libre. Estuve presente cuando el nacimiento de mi sobrina y doné la sangre que mi hermana necesitaba. Fueron días felices, como siempre que estábamos juntos y nunca me recliné por la forma en que logré el pase. Todo lo contrario. Lo consideré una pequeña venganza personal contra el hecho de no haber sido beneficiado por las medidas que propiciaron la desmovilización de los otros seminaristas. Me alegró que ellos obtuvieran la baja, pero estaba molesto por no estar entre ellos. Comencé a pensar en la ironía de que mi columna vertebral, que tanto me había molestado en años anteriores dejándome baldado por temporadas, ahora gozaba de una salud excelente. Muchos causaron baja por esa causa mientras la mía se negaba a proporcionarme esa posibilidad. Me incomodaba también no tener más edad para salir de baja como hicieron los mayores de veintisiete años. Pensaba que muchos de los que salieron no

lo merecían más que yo. Me dolía quedar aprisionado cuando otros estaban liberándose.

En resumen: había comenzado a guerrear con Dios y en mi interior crecía una raíz de amargura por tener que permanecer en las UMAP. Avanzaba oculta, pero poderosa y rápidamente.

Odio y deseos de matar

Cuando regresé a la unidad supe que el capitán se había enterado de que Marrero continuaba utilizándome como computador y le ordenó rotundamente que usara a los jefes de brigada. El teniente intentó salvar la situación, pero eran órdenes superiores. Me dio muchas explicaciones y era evidente que lo sentía, además de estar molesto por tener que actuar en contra de su voluntad y conveniencia. Al otro día no me quedó más remedio que agarrar la mocha e ir a cortar caña. Perdí todas las ventajas que mi posición de computador y la amistad con el jefe de lote me proporcionaron. Me levanté amargado y me fui para el campo en un pésimo estado anímico y espiritual.

Fue entonces cuando el sargento del tercer pelotón entró en escena. Era un hombre torpe, casi analfabeto, parecía un orangután. Gordo y mal encabado. Su cuello, apenas inexistente, contrastaba con una quijada desproporcionada. Sus ojos eran duros y despectivos. Tampoco hablaba correctamente. Atropellaba las palabras una detrás de la otra y gruñía en vez de hablar. Era un oficial que toda la compañía detestaba. No simpatizaba conmigo y yo menos con él. Aunque no pertenecía a su pelotón, había tenido altercados con él varias veces, porque le gustaba fiscalizar mi trabajo sin que le correspondiera. Tanto cuando trabajé como suministro, normador o computador, el sargento aparecía de vez en cuando para juzgar negativamente todo lo que hacía, poniendo en duda la efectividad de mi labor. Su sola presencia me irritaba.

En ocasiones anteriores, cada vez que lo veía venir y comenzaba a hacer preguntas, oraba profundamente a Dios. Así lograba sobrellevar la mala voluntad que él evidentemente me tenía y que yo había desarrollado hacia él. Pero el sargento era persistente y era raro el día que no sintiera su acoso. Parecía que se hubiese impuesto a sí mismo la misión de agriarme la vida.

Y lo estaba logrando.

Cuando me vio en la formación esa mañana dispuesto para ir a cortar caña, se paró delante de mí, cruzó los brazos, se agarró la barbilla con la mano derecha y sin decir nada estuvo mirándome y riéndose largo rato sin decir una palabra. Dos veces más hizo lo mismo, ya en el campo. Se paraba frente a los surcos que estaba cortando y cruzaba los brazos, me observaba y se echaba a reír, marchándose después sin decir nada. Casi a punto del mediodía abandonó su pelotón, entró nuevamente al campo donde yo estaba trabajando y se paró de nuevo a observarme. Estuvo riéndose por cuarta vez durante un rato y de pronto gritó:

—Vaya, vaya, vaya ¡Qué bien! ¿Eh, 41? Se te acabó la fiesta. Ja, ja ¡Cuánto me alegro! Tú te crees que eres un niño bitongo pero aquí todo el mundo tiene que morder el verde.

Pretendí ignorarlo una vez más y continué trabajando pero experimenté un sentimiento de odio que me estremeció. Jamás había sentido algo así. Me mordí los labios y corté de un golpe, con una fuerza enorme, como cinco cañas juntas. El sargento siguió:

— Así me gusta verte trabajar. Dale, dale, tumba caña como si fueras un hombre. ¿Creías que siempre ibas a estar con el lapicito? Qué blanquito más equivocá'o, caray. ¿Quién sabe si eres un hombre de verdad? Cómo disfruto verte cortar caña y sudar el lomo. Y gritó para que el resto de la brigada lo oyera:

—Miren, miren al blanquito orgulloso como está de suda'o. Cuánto me alegro, cuánto me alegro. Ja, ja.

Dejé de cortar caña. Tenía el machete en mi mano derecha y sentí unos deseos enormes de tirárselo. Estaba apretando el mango del machete con una furia irresistible. Todo mi cuerpo estaba en tensión. Dentro de mí, una fuerza desconocida me empujaba a levantar el machete y arremeter contra él. Sentí, definida y claramente, deseos de matarlo. Estuve mirándolo con odio mientras él continuaba riéndose a carcajadas.

De pronto me viré de espaldas para no verlo más. Un enorme escalofrío me recorrió todo el cuerpo. ¡Había sentido deseos de matar al sargento! No me atreví a hacerlo, pero lo sentí con intensidad.

—Vamos, vamos —continuó el sargento—, no te quedes parado ahí como una estaca. Corta caña, blanquito, que para eso estás aquí. A ver si te haces un hombre, un hombre de verdad. ¡Cómo me gusta ver a estos niños blandos de La Habana pasar trabajo!

Comencé a cortar caña frenéticamente. Imaginaba que cada plantón era el sargento. Estaba lleno de rabia, me sentía humillado y vejado. Él siguió vociferando hasta que se cansó. Seguí cortando caña todo el día como una máquina. Terminó el trabajo y regresamos a la unidad. Iba mudo, sin querer hablar con nadie. Todas las personas alrededor me molestaban. Me bañé, comimos y nos permitieron acostar temprano. Cuando subí a la litera y quedé a solas conmigo mismo descubrí que aún tenía deseos de matar al sargento. Sentía el corazón duro y frío como un bloque de hielo. Pensé: no lo mato porque voy a desgraciarme mi vida, y él no vale lo suficiente para eso. Me acordé de Miriam y me estremecí.

¡Dios mío! ¿Qué me está sucediendo? Pensé horrorizado.

Si alguien me hubiese dicho un tiempo atrás que iba a sentir el deseo de matar a alguien, me hubiera reído a carcajadas. Era imposible. Ahora una serie de circunstancias, agravadas por la influencia malévola del ambiente y mi poca comunión con Dios en los últimos tiempos, estaban produciendo dentro de mí reacciones y sentimientos muy diferentes a los que había albergado toda mi vida. ¿Hasta dónde podría llegar?

Intenté orar, pero todo lo que decía eran palabras huecas. Traté de recordar algún himno de los que me gustaban e inspiraban en otro tiempo. Recité la letra de “Él Sabe Mejor” que Miriam y yo cantábamos y que siempre me conmovía. Pero el corazón continuaba frío y los ojos estaban secos, tan secos que me ardían. Comencé a dar vueltas en la cama sin lograr conciliar el sueño. Lograba dormir solo a ratos.

La mañana me sorprendió extenuado, inquieto y amargado.

Había comenzado la peor crisis espiritual de mi vida. Solo saldría de ella unos cuantos meses más adelante por la gracia de Dios y la ayuda paciente e inteligente de la mujer que él me dio por compañera. Otros hermanos, que también fueron misericordiosos, me tendieron la mano en el momento preciso.

Esta será la parte de la historia más difícil de contar.

CAPÍTULO 8

Si la fe me abandonare

El estado de postración espiritual en que quedé después de la tarde que sentí deseos de matar al sargento duró un par de semanas. Trabajaba y vivía como un robot. Me sentía tal y como una vez leí en un poema: *cansado y vacío* de orar. Volví a relacionarme un poco más con los cristianos que quedaban en Las Marías, pero era poco comunicativo e incapaz de compartir mis verdaderos sentimientos. Tal vez, aunque tenía buenas relaciones con los hermanos que allí quedaban, se habían marchado aquellos con los que estaba más identificado.

La zafra continuó con su ritmo apresurado de trabajo y todos anhelábamos que comenzaran las lluvias. Así terminaría el corte y después tendríamos pase. Se corrían una serie de rumores para el verano. Uno muy reiterado era que cada cual sería trasladado para su provincia. Cualquier noticia de cambio era un aliciente y nos aferrábamos al menor comentario con ilusión. Me apresuré a cambiar mi dirección en todos los documentos, ya que si esto ocurría, me mandarían para La Habana porque había sido reclutado allí y no me convenía que así sucediera. Me alejaría de Miriam sería más engorroso vernos con frecuencia. Aunque no me agradaba la idea de permanecer en la provincia de Camagüey, comprendía que era lo más conveniente. Se decía también que algunos serían trasladados para unidades regulares del servicio militar, cosa que a estas alturas tampoco deseaba. Estar cerca de Miriam era para mí lo único importante.

Todos los días llegaba algún comentario nuevo y todos nos agarrábamos a cualquier esperanza.

Una noche, después de que se habían ido de baja Julio Cornelio, Esteban Estrada, Rafael Hernández, y Ernesto Alfonso, soñé que había sido desmovilizado. Me vi llegando de sorpresa al Seminario, pero sin haber pasado antes por Ciego

de Ávila a ver a Miriam. Mientras me acercaba al edificio iba pensando que era injusto de mi parte no avisarle a ella que estaba desmovilizado. Mi ilusión era llegar al Seminario para que supieran que yo también había salido e incorporarme a las clases.

Iba lleno de emoción cuando me enfrenté con el aula que está frente al pasillo de entrada en la planta baja. Allí estaba dando clases el doctor José Manuel Sánchez —quien ya había marchado para el extranjero— a todos los seminaristas que habían regresado de las UMAP. Con ellos, aunque también estaba Rubén Deulofeu, sentado al lado de Ernesto Ruano, quien no había salido de baja todavía, al igual que yo. Interrumpí la clase muy entusiasmado esperando que todos se alegraran al verme, pero siguieron como si nada hubiera pasado. Parado en medio de la puerta insistí en llamar la atención de todos. De pronto el doctor Sánchez me miró muy irritado y me dijo:

—No moleste por favor, que estos alumnos están atrasados y tenemos que aprovechar el tiempo. Ellos regresaron del servicio militar y queremos que se gradúen pronto.

—¿Y usted qué hace aquí? —le pregunté al Dr. Sánchez porque sabía que él había emigrado y además, esa no era el aula que acostumbraba a usar para impartir sus clases.

—Eso le pregunto yo a usted —me respondió añadiendo—, por favor, no moleste más que tenemos que aprovechar el tiempo. Estos alumnos perdieron mucho tiempo en las UMAP.

El Dr. Sánchez actuaba como si yo fuera un extraño y lo mismo hacían los demás, aumentando mi turbación. ¿Cómo podían ignorarme de esa manera?

—¡Pero yo soy uno de ellos! —grité. Y recosté a la puerta con una tremenda sensación de desconsuelo. Todos siguieron atendiendo a la clase e ignorándome. Miré entonces a Ernesto Ruano y le dije molesto:

—Tú también estabas aquí y no me habías dicho nada. Y yo pensando que estabas de cabo en La Reforma. ¿Cómo pudiste salir de baja y no me avisaste?

Ernesto se levantó entonces de su asiento, me sacó del aula y me dijo:

—No seas tonto. Esto es un sueño. Ni tú ni yo estamos aquí. Tranquilízate.

—¡Lo último que me faltaba era que mi mejor amigo me hiciera esto! Voy

a entrar y me voy a sentar a recibir mis clases aunque el Dr. Sánchez no quiera. Total, no sé qué hace él ahí si ya se largó para Estados Unidos.

Contrariamente a lo que dije, dejé a Ernesto parado en el pasillo y salí corriendo para subir a la tercera planta del edificio donde estaba el teléfono que los estudiantes podían usar. Corrí todo el pasillo de la planta baja, entré al comedor, doblé hacia la escalera chocando con la mesa y las sillas y subí rápidamente. Mientras, escuchaba la música del himno *Roca de la Eternidad* y sentía que alguien me perseguía y me daba por el hombro mientras yo trataba de evitarlo.

Quería llamar a Miriam y decirle: *Mira, salí de baja y aquí quieren que sea un sueño. No quieren que te llame, ni me dejan entrar a clases.* Pero la persona que me daba por el hombro insistía mientras yo forcejaba tratando de agarrar un teléfono que siempre se me iba de las manos. Ya percibía que era un sueño y luchaba por no despertarme. Entonces grité desesperado:

—Déjame tranquilo, no quiero despertar.

La raíz de amargura

—Oye, ¡Oye! despiértate, ¿no escuchas lo que están transmitiendo por el radio?

José Ferrer trataba de despertarme porque era la hora del de pie. Todavía no habían llamado a la tropa, pero el oficial de guardia, que a veces encendía el radio y ponía música, sintonizó una estación que transmitía un instrumental precioso del himno *Roca de la Eternidad*. Su melodía se escuchaba en toda la unidad.

—Oye eso hermano, no saben lo que sintonizaron.

En en medio de la agonía del sueño del que no quería despertar, tal vez provocado por mi estado de ánimo y la música que aun dormido reconocí, amanecí en un estado emocional deplorable. Miré para todos lados para reconocer dónde estaba; porque escuchar el himno me confundía.

—Oye, despierta —insistió Ferrer—, mira qué sorpresa nos están dando en la mañana. Pusieron el radio para nosotros.

En ese momento dieron el de pie. Los seminaristas, cuando se despertaron, se miraban unos a otros al reconocer la música y sonreían. Comenzó el bullicio de costumbre mientras los demás reclutas se levantaban y se preparaban para el

trabajo del día. La música del himno seguía llenando el ambiente y yo no atinaba a moverme.

Israel García vino rápidamente para al lado de mi cama, y dirigiéndose a Ferrer y a mí, dijo:

—Fantástico, nos despertaron con un culto.

En eso escuchamos una voz que todos reconocimos:

—Estimados radioyentes. La palabra de Dios nos enseña que...

—Ese Domingo Fernández.—gritó Israel.

Era la voz del conocido predicador bautista en una emisión radial transmitida desde Estados Unidos. Minutos después, al constatar que era un programa religioso cambiaron la estación. Para nosotros fue muy impresionante que hasta la sabana camagüeyana llegara el mensaje de Dios y la música hermosa de un antiguo himno de fe.

Israel García comenzó a repetir la estrofa del himno: *Roca de la eternidad, fuiste abierta para mí, sé mi escondedero fiel, solo encuentro paz en ti*. Me miró a los ojos, se acercó a mi litera y me abrazó. Intuía —y pienso que los demás también—, que yo estaba mal.

—Ya falta menos, hermano —me dijo—, tenemos que agarrarnos de la Roca. Algún día todo esto terminará.

—¿Tú crees? ¿No te parece que ya es demasiado tiempo?

—Sí, es demasiado tiempo, pero Dios nos va a ayudar. Ya verás.

Le miré a los ojos y descubrí que los tenía húmedos. Entonces dije:

—Mira Israel, me alegro en el alma por los que ya han salido de aquí. ¿Por qué Dios no nos ha sacado a todos? Él podía haberlo hecho. ¿Cómo es posible que nosotros estemos todavía en este infierno y otros hermanos ya hayan regresado para el Seminario? ¿Por qué nos castiga a nosotros así?

Israel me miró seriamente mientras me apretaba todavía más con su brazo sobre mis hombros. Ferrer se subió y se sentó en mi litera y me dio unas palmadas en las rodillas. Ante el cariño y las muestras de afecto de estos dos hermanos sentí la necesidad de abrirles mi corazón.

—Tengo muchas dudas y me siento muy mal. Creo que no podré regresar al Seminario cuando salga de aquí.

Era la primera vez que admitía delante de mis hermanos mi amargura y mi frustración.

—¡No digas eso! Todos pasamos afligidos, pero verás que dentro de poco te sientes mejor. ¿Quieres un consejo? No te hagas mucho caso y verás cómo pronto se te pasa —dijo Israel.

Ferrer puso su mano sobre mi pecho y me habló con dulzura:

—Tienes que acercarte al Señor. Todos estamos desesperados, pero tú te estás alejando, hermano y estamos muy preocupados por ti.

No pudimos seguir conversando porque llamaron a formar para el desayuno y comenzó la vorágine del día. Desayunamos y formamos enseguida para salir hacia el campo de caña que estábamos cortando. Tendríamos que ir caminando porque el tractor con que contaba la unidad estaba roto. El campo era lejos y además lleno de cañas enredadas que hacían mucho más difícil la labor. La zafra había sido larga y no acababan de comenzar las lluvias que le darían fin.

Durante el día, tanto Israel como Ferrer trataron de acercármeme, pero les evité de nuevo y no deseaba compartir con nadie mis sentimientos. En realidad no eran buenos. Desde el día en que sentí deseos de matar al sargento era otra persona. Sentía un odio amargo, totalmente ajeno y desconocido en mi vida anterior. Aunque me sea penoso confesarlo, también me molestaba la compañía de ellos. Después del momento de sinceridad aquella mañana —tal vez provocado por el sueño y la música de *Roca de la Eternidad*—, no deseaba conversar de nuevo sobre mi situación.

Cansado y vacío de orar

¿Qué había pasado dentro de mí que podía sentir la urgencia de matar a alguien? Mientras cortaba caña durante el día pensaba una y otra vez en todo lo ocurrido. Me decía que el sargento era un pobre ignorante que no había tenido mis mismas posibilidades. Pero él se había convertido en la imagen viva de toda la injusticia y la barbarie en la que estábamos viviendo. El día fue largo porque estuvimos trabajando hasta el anochecer. Nos llevaron el almuerzo al campo en una carreta tirada por bueyes, y consistió solo en puré de plátanos y sardinas.

Al finalizar la tarde salimos del campo y tomamos la guardarraya en busca del terraplén para regresar a la unidad. El campo estaba del otro lado del río bordeado de cañabravas, como a tres kilómetros del campamento. Mientras caminábamos por la guardarraya pude contemplar uno de los atardeceres más hermosos de mi vida.

Absorto en mis pensamientos y turbado por las emociones sentía, apenas escuché cuando Ferrer comenzó a cantar: *Si la luz del sol se oculta, y vacila en mí la fe, mi plegaria elevo y clamo: Cristo, mi piloto sé.* Pero el coro del himno me sacó de mi encierro: *Mi Piloto irá conmigo, y de nada temeré, no me espanta el mar furioso, solo en Él yo confiaré.* Me molestó que Ferrer cantara ese himno y me puse a hablar con otros reclutas para no escucharlo. En mi alma se había levantado un muro de frialdad impenetrable me hacía insensible y rechazaba cualquier emoción positiva. Quise que Ferrer supiera que no estaba interesado en escucharle.

Hacía días que tampoco podía orar. ¿Para qué hablar al vacío? Dios había cerrado sus oídos para mí. Ferrer siguió cantando himnos durante todo el camino, pero le ignoré todo el tiempo. Himnos que conocía de memoria, pero que no llegaban a mi corazón.

Después de la comida, cuando repartieron la correspondencia, recibí una carta de Miriam.

Ciego de Ávila, 28 de abril de 1967

Amor mío:

Ayer comencé a hacerte una carta, pero al final la rompí, pues eran boberías lo que estaba escribiendo. Había recibido la tuya y me sentí mal con todas las cosas que me dices. No quiero que te pongas bravo, ni que pienses que es muy fácil para mí decirte esto porque estoy afuera.

Sé que es muy duro para ti todo lo que estás viviendo. Pero pienso que en la misma forma en que yo descanso en tus brazos cuando estamos juntos, tú debes descansar en los brazos del Señor, seguro de que Él te sostendrá en todo momento. Ahora recuerdo la estrofa de ese himno que dice:

*Si la fe me abandonare, Él me sostendrá,
y si el mal me amenazare, Él me sostendrá.*

*Él me sostendrá, Él me sostendrá,
mi Jesús que tanto me ama, Él me sostendrá.*

Yo sé que la fe te ha abandonado, porque lo siento y porque te veo, pero sé también que Él no te ha abandonado. Mi amor, busca más al Señor y te sentirás mejor.

Por favor, cariño, no sufras desde ahora por cómo y de qué viviremos cuando logres salir de ahí. Ya todo se arreglará. ¿Sabes? Me casé contigo a sabiendas de dónde tú estabas y de que ni aun a ti te tendría a mi lado. Cuando al fin te tenga voy a ser tan feliz que no me preocupa en absoluto nada más. Solo te pido que recuerdes que a ti te puede abandonar la fe, y estar lleno de dudas como lo estás ahora, pero eso no quiere decir que el Señor te va a abandonar. Agárrate de eso, que algún día tú y yo contaremos estas experiencias a nuestros hijos...

Había comenzado a decirle a Miriam todo lo mal que me sentía. Por un tiempo traté de ocultarlo, pero ella se dio cuenta. Entonces comencé a escribir cartas llenas de reproches contra Dios y haciéndola partícipe de todas las luchas de mi corazón. Eran cartas muy desagradables. Las leo ahora y me avergüenzo. Si ella trataba de consolarme, me ofendía. Debe haber sido muy difícil lidiar conmigo.

Me acostumbré a rebatir sus argumentos diciéndole que como ella estaba fuera le era muy fácil aceptar la situación, que había que estar inmerso en ese infierno para entender toda la desesperación e inconformidad que se podía sentir. También escribí cartas a mi madre y a otras personas. Quería que todos supieran cómo estaba. Sentía que mi familia, mi padre y hermanos especialmente, eran indiferentes a mi sufrimiento. Ellos no creían las atrocidades que ocurrían en las UMAP y eso me indignaba.

Dando coces contra el aguijón

Había comenzado a decirle a Miriam que no volvería al Seminario cuando saliera de allí. Sabía que no era digno de volver debido al estado espiritual en que me encontraba. Pero entonces, ¿qué podría hacer? Aunque la posibilidad de la baja era lejana y remota, comencé a torturarme de ese modo. ¿Qué sería de mi vida? ¿Cómo podría comenzar una familia? Si la sociedad me había catalogado

lacría social y enviado a las UMAP, ¿en qué iba a trabajar? Ahora todo es fácil de explicar, pero entonces había muchas incógnitas. Mis cartas iban llenas de quejas y reproches constantes. Miriam las contestaba tratando de ayudarme a salir de la depresión y la apatía espiritual en que había caído.

¿Por qué comparto este aspecto de la historia? Sería deshonesto si dejara la impresión de que todo el tiempo que estuve en las UMAP me sentí fortalecido en la fe y animado, como si fuera un héroe de la fe y el cristianismo en medio de circunstancias difíciles. Y eso está bien lejos de mi propósito al escribir esta historia.

Eleuterio Figueredo, por ejemplo, reclutado en junio de 1966 estaba afrontando la dura experiencia UMAP con más espíritu cristiano, a pesar de que para él todo era mucho más difícil. Su padre, el pastor de la Iglesia Bautista de Vueltas, estaba preso. Su hermano David también era soldado UMAP y su otro hermano mayor, Samuel, también sufría prisión. Las tremendas dificultades que atravesaba su familia impidieron que recibiera visita en los primeros seis meses que estuvo allí sin salir de pase. Pero la oración ocupó su ser y llenó su soledad. Cada vez que se acercaba al Dios en oración sentía las nuevas fuerzas que él ha prometido en Isaías 40:31. *Pero los que esperan en Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán.*

No obstante, a veces le asaltaba la idea de fugarse. En uno de esos días negros, guataqueando en un campo de caña lleno de hierbas, su cuerpo no podía más. Sus manos se negaban a seguir halando la guataca. Cerca de donde estaba trabajando pasaba la línea del ferrocarril. La idea de fugarse se hizo imperiosa y definitiva. Estaba muy angustiado y no veía otra salida. Arrancó a caminar para irse furtivamente. Casi al salir a la guardarraya que podía llevarlo a la línea del ferrocarril, vio en el medio de un charco de fango, entre la vegetación podrida, una hermosa flor lila. Desesperado y turbado como estaba, se detuvo y la tomó en sus manos. Entonces sucedió un milagro.

Fue como si la flor le dijera:

—Si yo puedo vivir en este fangal, tú puedes sobrevivir en las UMAP.

Por medio de aquella flor silvestre, que durante mucho tiempo conservó guardada como un recuerdo en su Nuevo Testamento, Dios le habló.

A los creyentes que lean estas líneas debe servirles de advertencia. Casi puedo decir que nací en la iglesia. Crecí en ella. Me entregué a Cristo a la edad de diez u once años. Todavía recuerdo el lugar, el banco donde estaba sentado en la Iglesia Presbiteriana de Cárdenas, el predicador y el himno que usaron de llamamiento. También recuerdo otros niños que se levantaron conmigo para testificar de su fe. Sabía que lo estaban haciendo porque otros hacían, pero que no entendían nada, como la propia vida demostró con cada uno de ellos. Me bauticé ya siendo un joven y propia decisión personal, muy consciente de lo que hacía y de lo que se esperaba de mí. Poco después sentí el llamamiento al ministerio pastoral. Decidí servir a Dios renunciando a mi sueño de estudiar arquitectura e ingresé al Seminario, enfrentando airoso todas las dificultades que se me presentaron, que no fueron pocas. Ahora, por primera vez, y de una manera trágica, mi fe y mi consagración a Dios parecían desmoronarse.

Cuando la fe es puesta a prueba

Hoy creo que Dios tenía un propósito con todo lo que acontecía. Tenía sufrir la angustia de una crisis espiritual para poder entender y ayudar a otros. Mi fe debía ser probada y la prueba de la fe es eso: desesperación, angustia, dudas, rebeldía, inseguridad, incredulidad, ceguera y frialdad espiritual. Si después de sufrir así, la fe persiste, entonces es verdadera. Es un camino inevitable por el que todo creyente pasa alguna vez y es donde se define la diferencia entre una fe bíblica real y una superstición, un convencimiento intelectual o una obra del Espíritu Santo.

¿Cómo se sintió el profeta Elías cuando se sentó debajo del enebro en Beerseba y deseando morir, dijo a Dios: *Basta ya, Jehová, quítame la vida?* Había tenido grandes victorias espirituales, pero el anuncio de que Jezabel se había propuesto matarlo hizo correr a este hombre de fe y le sumió en la depresión. Esa depresión y la prueba de su fe le hicieron conocer a Dios de una manera como no le había experimentado antes.

Después de haber roto las tablas de la Ley que el mismo Dios había escrito, ¿cómo se sintió Moisés al ver la infidelidad del pueblo? Él oró diciendo: *Señor, si*

*he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres tu camino.*¹⁶ Este hombre de fe y de oración estaba desconcertado, desorientado y temeroso: Si tu presencia no va a ir conmigo, te ruego que no me saques de aquí.

¿Cómo se sintió José, casi adolescente, vendido como esclavo y alejado de la casa de su padre y los privilegios que allí gozaba? Qué tremendo peregrinaje espiritual y cuántas luchas libró su alma hasta alcanzar la estatura moral que le permitió decir en un momento de su vida: *Yo soy José, vuestro hermano, el que vendisteis para Egipto. Ahora pues, no os entristezcáis, ni os pese haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros.*¹⁷ Y también: *vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien... no temáis, ¿acaso estoy yo en lugar de Dios?*¹⁸

Muchos años habían pasado, pero también muchas tormentas abatieron el corazón de este hombre magnífico, muy emotivo y sensible, según lo que vemos de él en el relato bíblico. No se nos dan detalles de su agonía en medio de las injusticias y golpes de la vida, pero el hombre que lloró a gritos antes de darse a conocer a sus hermanos debe haberse hecho multitud de preguntas dolorosas y haber llorado mucho en la soledad. Su carácter se templó en la prueba, pero no podemos pensar que le fue fácil, como tampoco fue idílica y simple su ascensión a la posición de eminencia.

¿Cómo se sintió Job, ejemplo, según Santiago,¹⁹ de aflicción y de paciencia, en medio de sus grandes padecimientos y sus gritos de desesperación? Fue casi totalmente abandonado por su fe y solo al final renovó, recobró, y profundizó su confianza en Dios junto a un conocimiento del Señor y de la propia vida mucho más real y espiritual que el que había tenido antes.

¿Cómo se sentía el salmista cuando escribió: *Un abismo llama a otro a la voz de tus cascadas, todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí... Diré a Dios: Roca mía, ¿por qué te has olvidado de mí, por qué andaré enlutado por la opresión del enemigo? Como quien hiere mis huesos, mis enemigos me afrentan, diciéndome cada*

¹⁶ Éxodo 33:13-15.

¹⁷ Génesis 45:4-5.

¹⁸ Génesis 50:19-20.

¹⁹ Santiago 5:10-11.

día, ¿dónde está tu Dios?²⁰ ¿Tenía paz en su alma cuando decía esas palabras? No. Estaba en el proceso de encontrarla en medio de las angustias de la vida y en medio de sucesos en los cuales es muy difícil entender y encontrar la inefable paz de Dios.

El propio Jesús, ¿qué experimentó cuando llamó a sus tres más amados discípulos a orar aparte y les dijo con evidente desesperación: *Mi alma está muy triste, hasta la muerte?*²¹ ¿Cómo se sintió cuando vio que ellos no podían velar, insensibles a su sufrimiento, y dormían mientras él penaba en oración, pidiéndole al Padre: *Si es posible, pasa de mí esta copa?*²² Lucas dice que estando en agonía, oraba más intensamente, y *era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra.*²³ ¿Alcanzamos alguna vez a comprender la tremenda angustia espiritual que hay detrás de esas palabras? Las leemos como si Jesús estuviera diciendo: Esta bien, Padre, puedo afrontarlo todo fácilmente. Solemos leer las historias de los personajes bíblicos sin interiorizar en sus luchas e ignorando sus sentimientos, los cuales que fueron agónicos en muchas ocasiones.

Nos atrevemos a exigir a quienes atraviesen los grandes conflictos de la vida, que continúen sonriendo como si nada estuviera pasando y nos digan: No se preocupen, todo está bajo control. Pero la vida real no es así. Ni los creyentes podemos ser así. A menos que seamos fariseos pretendiendo esconder con un disfraz prepotente e hipócrita nuestras luchas y preguntas más íntimas, tendremos que reconocer que la verdadera fe emerge triunfante solo después de un largo recorrido en el que todo, o casi todo, se ha cuestionado y sufrido.

Solo quien es capaz de aferrarse de Dios a toda costa, cuando no entiende nada, ni ve ninguna luz en el horizonte, llega a conocer lo que en verdad es la fe. Al igual que el náufrago que se agarra a la tabla que queda flotando después que su embarcación se hundió, solo el que se afianza a los rastrojos de su fe —que pareció firme y potente mientras no afrontó una verdadera tempestad—, encuentra la paz y la gloria. El grito de Jesús en la cruz de *Consumado Es*²⁴ fue la

²⁰ Salmo 42:7-10.

²¹ Lucas 22:44.

²² Lucas 22:42.

²³ Lucas 22:44.

²⁴ Juan 19:30.

victoria definitiva y radiante sobre el poder del pecado, pero vino después del otro, tan humano y repetido en toda la historia de la humanidad: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*²⁵

El largo camino que resta

Por eso no tengo a menos contar mi experiencia de crisis. Aunque mi fe flaqueó cuando fue zarandeada por las UMAP, por la gracia de Dios logró al final recoger todos los pedazos de mi vida y con ellos servir al Señor. Dejé de ser joven fariseo, engreído y prepotente, para ser alguien que vio hasta dónde podía descender en su pecaminosa condición humana, se horrorizó, y se agarró de Dios con mucha más fuerza y dependencia.

Todo ello lo comprendería meses más tarde, pero ahora, al final de la zafra de 1967, estaba en el apogeo de mi crisis, mi desesperación y mis dudas. Miriam sí tenía razón en lo que decía en su carta: me podía abandonar la fe, pero Dios no me iba a abandonar. Él sería paciente, misericordioso y me mostraría su amor de mil maneras, mientras yo, como el salmista, repetía: *Con mi voz clamaré a Jehová, con mi voz pediré a Jehová misericordia. Delante de él expondré mi queja; delante de Él manifestaré mi angustia. Cuando mi espíritu se angustiaba dentro de mí, tú conociste mi senda.*²⁶

Así estaba cuando terminó la zafra. Salimos con diez días de pase el 16 de junio de 1967. Ya llevaba un año, seis meses y veinte días en Las Marías. La noche antes de salir, nos sentamos el grupo de creyentes a conversar e intercambiar los planes que teníamos para esos días. Era una hermosa noche de luna llena, y en el parquecito de bancos rústicos que estaba al lado de la barraca, bajo las matas de aguacate, esperábamos la hora de acostarnos casi con desesperación. El último pase oficial había sido en diciembre, seis meses antes. Aunque yo beneficiado con algunas salidas extras, el resto de los reclutas llevaban medio año sin ir a sus hogares respectivos.

—¿Imaginan cómo será el día en que nos larguemos para siempre de aquí? —dijo Israel Cordovés. A Camagüey no vendré ni de visita. Si tengo que viajar a Oriente, iré en avión. No quiero poner jamás mis pies en esta maldita provincia.

²⁵ Mateo 27:46.

²⁶ Salmo 142:1-3.

—Odio todo esto —dije con amargura—, y me parece mentira haber vivido aquí un año y medio. Siempre he sentido este lugar ajeno. Nada tiene que ver con mi vida. Al menos me voy a liberar de él otra vez por diez días.

Nos acostamos tarde. Las noches anteriores a los pases eran de insomnio debido a la ansiedad que en todos provocaba la urgencia de salir de allí. La espera de la salida del sol resultaba interminable.

Amaneció lloviendo y nos levantamos rápidamente cuando dieron el de pie. Nadie protestó como era habitual ante el llamado a levantarse. Nos formaron bajo la lluvia para el recuento diario y el desayuno. Israel García, siempre con un dicho a mano, dijo en la formación:

—Arriba, niñitos. ¡Cuenten rápido! Es la última vez que gritaremos nuestro número aquí.

Sin saberlo, fue profeta. Nunca más volveríamos a formar en Las Marías para un recuento. Lo hicimos por última vez. Ese día, aunque no pude imaginarlo, murió el “41”.

Ya no soy 41

Una hora más tarde, bajo un tremendo aguacero, salimos de Las Marías. Ignorábamos que al regreso seríamos trasladados. Como cambié mi dirección para Ciego de Ávila, en la provincia de Camagüey, sería separado de todos mis compañeros y enviado a otro campamento. Nada de eso imaginamos al abordar el camión. De allí fuimos al Central Senado donde esperaban los ómnibus que nos llevarían de pase. Otra hora y media más tarde, al pasar por Ciego de Ávila, como Miriam vivía en la misma Carretera Central, el ómnibus se detuvo y me dejó frente a la puerta de la casa.

Ya en la acera, grité a los hermanos que a través de la ventanilla me saludaban:

—¡Pásenla bien y cuídense! Nos vemos en Las Marías el día 26.

Pero no fue así.

A los hermanos que me habían acompañado en la prueba durante año y medio no volví a verlos hasta el día que terminaron las UMAP, exactamente un año y un mes después.

Faltaba la parte peor de la experiencia. De ahora en adelante me las tendría que arreglar solo. Lucharía con mi fe en crisis, sin la compañía de hermanos que pudieran ayudarme y comprenderme. También ignoraba que me faltaba más de un año completo para salir de allí. Durante ese año, muy pocos serían los días en que tendría algún creyente a mi lado.

Lo que quedaba de mi orgullo sería abatido y mi suficiencia propia sería anulada. Como Dios tenía su plan para lograrlo, la prueba sería más dura todavía.

CAPÍTULO 9

Vuelve la paz

En los días anteriores al pase circulaban rumores insistentes de cambios y traslados que habría al regreso. Yo mismo leí en el plan de trabajo del mes que los reclutas más disciplinados serían seleccionados para trabajar en construcciones militares. Además, tuvimos un respiro en el mes de mayo, cuando al terminar la zafra y antes del pase, fui escogido junto José Ferrer, Israel García y otros reclutas para recibir un cursillo para maestros, con fin de ayudar a alcanzar el nivel de sexto grado a los reclutas que no lo tuvieran. Para ello nos llevaron a Nuevitas.

El curso resultó un oasis porque donde nos alojaron las condiciones eran magníficas. Albergues limpios, ventilados y bien pintados, estaban situados a la orilla de una playa donde podíamos bañarnos y recrearnos todos los días. Nuestra única misión era recibir el entrenamiento durante la mañana. Se decía que de ahora en adelante en las UMAP se trabajaría por la mañana y que por la tarde el tiempo se dedicaría a clases de superación. El cursillo duró una semana y regresamos a la unidad. Tal como se nos orientó, comenzamos las clases en las tardes y trabajábamos en el campo solo por las mañanas. Pero a los tres días de haber comenzado vino la orden de trabajar todo el día y dar las clases por la noche. Tal régimen se mantuvo una semana más y después llegó el pase.

Miriam y yo pasamos juntos nuestro aniversario de bodas. Como siempre, lograba olvidarme de todo y me sentía feliz hasta que se acercaba el día de regresar. Se había hecho habitual que no regresara cuando correspondía, sino al día posterior, porque no encontraba fuerzas para emprender el regreso a la unidad. En esa ocasión no salimos de Ciego de Ávila por problemas económicos. Mi madre había venido a verme en el mes de mayo y decidimos quedarnos tranquilos en casa.

En cierto sentido fue el pase que más disfruté. Añoraba estar tranquilo y en un ambiente familiar. Miriam, como de costumbre, tomó sus vacaciones para acompañarme. Evitamos hablar de mi estado espiritual porque yo no tenía deseos de escuchar sermones y ella tenía esperanzas de que estando tranquilo en casa me sentiría mejor. Me propuse evitar conversaciones molestas para no estropear los pocos días que podíamos estar juntos. Las últimas veces quise hablar con ella sobre mi indecisión sobre regresar al Seminario cuando fuera desmovilizado ella contestó:

—No hablemos ahora de eso. Uno no puede tomar decisiones cuando está en crisis.

Le hice caso. Asistí a la iglesia como de costumbre y simulé que todo andaba bien. Como en ocasiones anteriores, decliné la invitación a predicar que el pastor siempre me ofrecía.

Sin fuerzas para regresar

Los diez días del pase volaron. Miriam, que había pedido igual cantidad de días de vacaciones, comenzó a trabajar. No quería perder ni un día más porque le gustaba tener tiempo acumulado para cada vez que yo saliera. Se despidió de mí en la mañana, contando con que a su regreso ya me hubiese ido... pero me encontró en la casa cuando volvió.

—No te preocupes, que me voy mañana temprano —le dije.

Al otro día, cuando se levantó para ir al trabajo, insistí en quedarme durmiendo un poco más.

—Vete tranquila, por favor. Me levantaré más tarde y me iré. Si voy a llegar un día después, lo mismo es que llegue en la mañana que en la noche.

Ella me abrazó, me besó y me dijo:

—Por favor. No quiero que te busques problemas.

Se fue para el trabajo después de arrancarme la promesa de que me iría a media mañana. Regresó en la tarde esperando no encontrarme, pero se equivocó. Entonces comenzó a requerirme, preocupada por las posibles consecuencias si no me presentaba ya en la unidad:

—Sabes que puedes buscarte complicaciones. Vamos a sufrir mucho más todavía.

Estaba disgustada, triste y preocupada. Contra sus propios deseos intentaba convencerme de que debía marchar lo antes posible.

—¿No ves que lo único que quiero es estar a tu lado? No resisto más aquello... ¿No doy más! ¿No entiendes? ¿No sabes qué significa cuando te digo que no doy más? Voy a irme, pero no me obligues, por favor. Parece que tú quieres que me vaya, ¡y eso me parte el alma!

Ella me miraba con ojos llenos de lágrimas. No sabía qué más decir para convencerme y a la vez le aterraba que tuviera problemas.

—Sé lo que estoy haciendo, confía en mí. Alguna experiencia he ganado dentro de aquel infierno. Sé cómo funciona todo —le dije para tranquilizarla—, ahora va a haber traslados y cambios. Muchos reclutas dijeron que iban a hacer lo mismo, que se iban a quedar en su casa unos días más. Bastante hemos trabajado para que después de seis meses nos den diez miserables días de pase. Otras veces he regresado tarde. Tú lo sabes.

Ella se rindió. Tampoco tenía deseos de que me fuera y también creía que era injusto que después de tanto tiempo y trabajando tan duro, el pase fuera tan breve.

—Pero tú sabes que nosotros sí hemos estado juntos y tú has tenido otras oportunidades. ¿Agradará a Dios que te arriesgues a tener un problema si no regresas a tiempo?

—Él lo ve bien, te lo aseguro. De lo contrario puede convencerme de que me vaya. ¿No?

Me quedé. No solo por un día más... Me fui al sexto día después de que ella se fue para el trabajo. Lo hice a disgusto, pero entendía que ya era demasiado. Ella y sus padres sufrían y se preocupaban cada día más. Mi permanencia en la casa tenía a todos en tensión. Mis suegros eran respetuosos y no decían nada, pero sus rostros y sus actitudes reflejaban una profunda pena y muchos temores.

Regresar a la unidad era una experiencia cada vez más desgarradora.

Adiós a Las Marías

Hice el viaje de regreso por Morón. Tomé un tren que salía en la mañana y que a diferencia del de la noche, paraba en todas las estaciones y me dejaba exactamente en Truffín, el paradero que estaba a dos kilómetros de la unidad.

Llegué allí a las dos de la tarde y tomé el camino hacia Las Marías. Iba temeroso y preocupado. Regresaba a los dieciséis días y como sabía que no tenía excusas que inventar, le pedí a Dios no encontrarme en la puerta con el teniente Marrero. Al llegar a la arboleda donde recibíamos la visita y tomar el atajo que iba hacia la unidad comencé a notar algo extraño.

Había demasiada tranquilidad en el campamento.

Cuando entré, la unidad estaba desierta. ¡Ahora sí me desgracié! ¿Qué hago ahora? —me pregunté aterrado. La oficina, el comedor, la cocina, las barraca, todo estaba cerrado. Me llamó la atención que la puerta del cuarto de los oficiales estaba abierta.

Encontré a un militar desconocido durmiendo en la cama que usaba Marrero. Estaba tan desesperado que no dudé en despertarle:

—De aquí trasladaron a todo el mundo. Vas a tener que ir al batallón a ver a dónde te mandan, si es que encuentras a alguien allí.

El cielo se me unió con la tierra. Me acordé de Miriam, sus advertencias y de la preocupación que había notado crecer día a día en el rostro de mis suegros.

Mi desconcierto era tan evidente que el militar se apresuró a tranquilizarme:

—No te preocupes, recluta. Muy pocos han regresado. Del batallón seguro que te llevan a la unidad donde están concentrando a los que regresan. Vete allá para que te ubiquen. Dale rápido, por si acaso. Esto es un relajo y una locura. No se sabe cuándo serán los traslados.

Salí de allí esperanzado de que no habría problemas. Tanto, que en vez de dirigirme hacia el terraplén, fui para la arboleda. Me senté a analizar la posibilidad de virar para Truffin y regresar a la casa por otros dos o tres días. ¿No había dicho el militar que todo era un relajo y no se sabía cuándo serían los traslados?

Recostado a la sombra del árbol donde Miriam y yo nos sentábamos en las visitas, repasé todas las facetas de la situación. Después de mucho pensarlo decidí ir para el batallón por dos razones: no sabía a qué hora pasaba el tren que paraba allí, porque el rápido —que podía tomar en Sola para lo cual debía caminar más de cinco kilómetros— era muy tarde en la noche. Además, si volvía para la casa comenzaría otra vez la misma angustia a la hora de regresar. Mi llegada iba a ser también motivo de turbación y preocupación para todos.

Me paré. Miré con detenimiento aquellos árboles y aquel lugar del que ahora me marchaba definitivamente. ¡Cuántas emociones experimenté allí! ¡Qué alegría cada vez que Miriam llegaba y qué dolor y rabia cuando se marchaba! ¡Qué multitud de risas y de lágrimas —más que la enorme cantidad de hojas secas que cubrían el suelo— hicieron intensos e inolvidables los momentos vividos en aquella arboleda! Es curioso cómo aprendemos a amar a los lugares igual que a las personas. Es cierto que había estado por un año y medio en Las Marías y que bajo la sombra de aquellos árboles pasé también muchas horas escribiendo cartas y mis horribles y lúgubres poemas.

Me alejé del árbol y observé su enorme, bello y verde ramaje, bajo el cual tantas veces me había cobijado. Sentí la tentación de escribir mi nombre y el de Miriam en su corteza. No lo hice porque era como herir a un viejo amigo.

—Aquí volveré un día —hablé al árbol como si me escuchara— y traeré a mis hijos para contarles la historia. Te lo prometo.

Me costó trabajo marchar de allí. Salí al terraplén y me encaminé hacia el río rumbo al batallón.

Al doblar la curva desde donde ya se dejaba de ver el campamento, volví la cabeza para echar una última mirada a Las Marías. Recordé lo que había dicho diecisiete días antes, la noche anterior al pase, sentado en el parquecito de la unidad:

—Odio todo esto. Este lugar no tiene que ver con mi vida.

¡Increíble! Abandonar Las Marías me provocaba inmensa tristeza. Los seres humanos somos así de contradictorios. En verdad, ¿qué culpa tiene un lugar de lo que en él hacen los hombres? De algún modo misterioso e inexplicable la tierra que ha sido regada con lágrimas se vuelve un poco parte de nosotros mismos. Contemplé desde la distancia el campamento, ahora visible por estar todos los campos de caña cortados—, así como la arboleda, la bodega y la casa blanca frente a la unidad.

Di la espalda a Las Marías con dolor en mi corazón. Al cruzar el río y perder de vista la unidad, comprendí que ese lugar estaba atado a mi vida para siempre.

Cambios, pero más de lo mismo

¿A dónde me mandarían ahora? Todos los reclutas que conocía y que habían sido trasladados alguna vez, decían que los traslados eran funestos. Se rompían relaciones y era muy difícil adaptarse a los nuevos jefes, a los otros reclutas y a las condiciones de un lugar distinto.

Llegué a Jagüeycito a las seis de la tarde. El campamento de la segunda compañía del batallón también estaba desierto. Solo encontré al jefe de personal, quien me tranquilizó y confirmó que muy pocos reclutas habían regresado.

—Hay otros tres que llegaron hace un rato. Búscalos en la barraca. Mañana los llevaremos a la unidad donde están reubicando a todos —me explicó.

Volví a lamentar no haberme quedado en casa unos días más. El desorden era general y no había control en el regreso del pase. ¿Cómo era posible? Tal como me dijo el oficial que encontré en las Marías todo era un relajo. Al otro día nos llevaron a unen Mola, donde reinaba una desorganización general. No encontré allí a alguno de los hermanos o compañeros que estuvimos juntos en Las Marías.

Se decía que allí esperaríamos ser trasladados a otros lugares. Para mi sorpresa, al frente del campamento estaba el sargento que había estado en Las Marías y me acompañó al Central Senado el día que me di el machetazo en una pierna y cuando salí de pase. Él resultó entonces ser un buen amigo. En cuanto me vio llegar, se alegró:

—¡Vaya, vaya! ¡No nos habíamos visto más después de que te casaste! ¿Cómo anda tu mujer?

—Bien. ¡Qué suerte que tú estás aquí!

—La suerte es mía, porque ahora tengo quien trabaje en la oficina y me organice todo.

Pero su presencia era desventajosa para mis planes. Mis deseos de regresar a la casa iban creciendo según constataba la increíble desorganización que había. Si hubiese sido un desconocido para el único oficial que estaba al frente de aquello, ese día me hubiera ido. Pero el sargento me pidió que le ayudara redactando las listas de los reclutas que llegaban.

Muchos volvieron a sus casas de nuevo, comprendiendo que los controles eran casi inexistentes. Al segundo día llegó el hermano Federico Fernández,

quien era miembro de la iglesia de Catalina de Güines. Conversábamos mucho y yo sabía que estaba deseoso de irse otra vez. Viendo como otros lo hacían, solo hablaba de ello. No se atrevía porque su suegro, le hizo prometer varias veces que nunca, bajo ninguna circunstancia, se iba a escapar.

Como el sargento aseguraba que el traslado demoraría dos semanas, fui a buscar a Federico.

—El traslado no será hasta después de quince días. ¿Quieres irte de pase?

—Me estoy yendo ya. ¿Cómo lo hacemos? —preguntó.

—Nada, como estoy trabajando en la oficina te hago un pase con cuño y todo... ¡y te largas!

El pase firmado por mí carecía totalmente de valor en el supuesto caso de que él fuera interceptado por algún oficial. Sin embargo, con el descontrol que existía en esos momentos era poco probable que alguien se lo pidiera. Fuera de Camagüey el pase sí sería una justificación ante cualquier circunstancia, porque estaba acuñado y era oficial. Con él podría tranquilizar a su suegro para que le permitiera quedarse en casa. Repetí el sistema que el teniente Marrero había usado conmigo y estaba feliz de poder proporcionarle la oportunidad, ya que yo estaba amarrado debido a mi relación con el sargento.

—Me encargaré de ponerte presente la lista diaria —continuó diciéndole—. Eso sí, tienes que regresar a los diez días, porque si llega el traslado no podré hacer nada por ti. Sabrá Dios a dónde vamos a parar y entonces te reportan como fugado.

Hablé con el sargento y él estaba de acuerdo, pero no quiso a firmar el pase para no comprometerse.

—Eso es asunto de ustedes, fírmalo con un garabato, da igual —dijo—. Solo te advierto que no podré hacer nada por él si no está aquí cuando llegue la orden del traslado.

La jugada era riesgosa pero Federico se fue. Cuando llegó a su casa el suegro no quería dejarlo entrar..Lo hacía para protegerlo porque no deseaba que tuviera problemas.

—¡Pero si yo vengo de pase! —, protestó Federico.

—¿Cómo que de pase, si acabas de ir para allá hace unos días? ¿De dónde sacaste ese pase?

—Me lo dio Alberto González —contestó él.

—¿Alberto González el seminarista? ¿Y quién rayos es él para dar pases? —Manolo Martínez, su suegro, intuía que había algo extraño en la situación y desconfiaba.

Federico sacó el pase y se lo mostró. Era el modelo oficial de pase, con cuño y todo, pero firmado por mí con un garabato. Manolo, aun desconfiado, le dijo a Federico:

—No me vayas a estar engañando que te puede costar caro —le advirtió
A los diez días exactos regresó Federico.

Fue directo a la oficina. Con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja, se cuadró ante mí:

—¡Soldado UMAP Federico Fernández reportando al regreso del pase en tiempo y hora, mi capitán! —Y agregó:

—Que quede constancia para la historia bautista que el capitán Don Nadie me facilitó diez días extras de luna de miel.

Y dijo mirando hacia los dos lados, por si alguien estaba cerca:

—¿Puedo irme otra vez? Cumplic contigo, pero si puedo me largo a la velocidad de un rayo. ¿Qué tú crees?

Nos reímos como dos chiquillos por la jugarreta que habíamos hecho. Pero ambos sabíamos que no podría irse de nuevo. Tres días después llegó la orden del traslado.

Una noche —¿por qué siempre harían los traslados de noche?— nos montaron en camiones y salimos hacia Vertientes, al Sur de la provincia de Camagüey. Federico y yo caímos en unidades diferentes. Fui ubicado en un lugar llamado Sabanilla, como a quince kilómetros al Sur del Central Vertientes. La caravana que nos llevó de Mola hasta allí, hizo un recorrido de más de cien kilómetros. Fui todo el viaje con la esperanza de encontrar en la unidad a donde fuera a alguno de los otros seminaristas, pero no fue así. Entre los planes que Dios tenía para mi vida, uno era que de ahora en adelante no estuviera más acompañado por otro cristiano.

¿Mejor solo que bien acompañado?

Confieso que por algún tiempo deseaba el único cristiano en la unidad. Tanto que así se lo pedí a Dios. Por mis buenas relaciones con los jefes muchas veces tenía que sacar la cara por los otros cuando tenían alguna dificultad. Al principio

esa circunstancia me enorgullecía pero, conforme iba creciendo mi crisis espiritual, comenzó a molestarme. En mi egoísmo absurdo empecé a pensar que si no hubiera otros cristianos en la unidad estaría más cómodo y todo iba a ser mejor. ¡Qué horrible me parece ese criterio cuando lo recuerdo ahora! El diablo estaba tendiéndome el lazo de una manera sutil.

Dios tuvo misericordia de mí, y al verme solo terminé aferrándome más a él.

El proceso fue largo. Dios usó las cartas de Miriam que llegaban una y otra vez llenas de palabras de aliento. Igualmente hacía en las visitas. Ella tuvo paciencia y sabiduría para sobrellevarme en el tiempo difícil. Y yo me aferraba a ella como mi tabla de salvación.

Tuvimos una experiencia hermosa al poco tiempo de estar ubicado en la región de Vertientes. Debido al tiempo transcurrido esperando el traslado en Mola, llevábamos un mes sin vernos. Un domingo, sentado dentro de la barraca mientras conversaba con unos compañeros, tuve la sensación de que ella andaba cerca. Traté de quitar la idea de mi mente porque en verdad no había muchas posibilidades. Intentaba pensar en otra cosa, pero la idea volvía con insistencia y lo comenté con uno de mis amigos.

—¡Ahora sí que te estás volviendo loco!, ¿cómo va a llegar tu mujer acá?

La convicción de que ella llegaría de un momento a otro era cada vez más fuerte.

¿Cómo explicarlo? El amor tiene medios de comunicación más allá de los puramente físicos. Como no podía estar tranquilo abandoné el grupo y salí de la barraca. Otro recluta me siguió. Nos paramos afuera y miramos para el terraplén. En la lejanía se veían dos personas caminando en dirección al campamento. Por la distancia era difícil reconocerles. Un hombre delgado y alto, negro, venía acompañado de una mujer blanca, joven, de baja estatura y pelirroja.

—Tu mujer es rubia, perdiste —dijo el recluta.

Miriam, en la última carta que recibí, me contaba que se había teñido el pelo de rojo. Conforme fue acercándose pude reconocerla. El corazón no me cabía en el pecho de la emoción. ¿Cómo fue posible percibir su presencia cercana? Los recursos del amor humano son infinitos.

Mi esposa llegó acompañada por el Reverendo Luis Figueredo, pastor de la Iglesia Bautista de Vertientes. Este hermano, cuando ella llegó el día anterior a su

casa con el propósito de visitarme, al conocer el lugar donde yo estaba, decidió acompañarla. Creía que era un viaje peligroso para una muchacha sola tan joven. Era necesario tomar un tren que desde Vertientes a Santa Cruz del Sur, bajarse en un paradero solitario y tomar a pie un camino intrincado por varios kilómetros. A pesar de no ser día de visita, el jefe de la unidad me autorizó a recibirla.

Cartas de amor y esperanza

Al concluir la visita, Miriam se fue abatida por la condición espiritual y anímica en la que me encontró. A los pocos días llegó una carta que entre otras cosas, decía:

Ciego de Ávila, agosto 25 de 1967

Mi amor:

No te asustes, no te voy a regañar ni aconsejar. Solo quiero decirte que te quiero mucho, y que cada vez estoy más convencida de que Dios no nos va a abandonar. Yo sí tengo fe, y "estoy fuera" como tú dices. Sé que la mayor parte de lo que tú tienes es debido a que estás "dentro". Por eso tengo esperanza de que todo se te va a pasar, y no ceso de pedirle a Dios nos ayude y dé fuerzas para soportar esta experiencia tan terrible.

Creo que todo el mundo tiene sus dudas, sus bajas y sus altas. Así que, aunque me preocupo, estoy segura de que encontrarás la paz. Al final, uno tiene necesidad de buscar a Dios, y hasta que no lo hacemos no tenemos tranquilidad. Luchamos contra él, nos rebelamos y no aceptamos como buenas las cosas que él permite. Pero al final vemos cumplido su propósito. En estos casos lo mejor es reconciliarse con él y tendremos paz, aunque estemos en dificultades. Yo sé, amor mío, que ese episodio que vives es más terrible de lo que uno puede imaginar, pero ya tendrás la recompensa tarde o temprano, cariño. Ahora te parece que nunca llega, pero ¡todo en la vida pasa!

Días después llegó otra, en respuesta a la que yo le escribí después de aquella visita:

Hoy recibí tu carta y sé cómo debes haberte quedado. Yo estoy igual que tú. Pero ¿para qué sufrir tanto por el futuro y qué habremos de hacer? ¿No tenemos ahora bastante con el presente? Recuerda: Basta al día su afán. En ese aspecto soy diferente que tú, y encuentro la solución más fácil. Me parece... ¡por favor,

no te enojés!... que tú quieres ahogarte en un vaso de agua. ¿Por qué, cariño? Igual que lo bueno se acaba, lo malo también, aunque, por supuesto, con más trabajo, pero de todas formas pasa. No te desesperes, vida mía, que ya casi estamos conquistando la victoria. Un poquito de valor y de fortaleza y llegamos, ¿cómo no vamos a llegar?

No te preocupes mucho por el estado de ánimo, que eso pasa. ¿Que ya no tienes fe?, ¿que dudas? No importa, Dios no te va a abandonar por eso, ni yo creo que eso sea pecado. Al contrario, esta experiencia te ayudará el día de mañana para servir a otros, ya lo verás. Siempre cuando hay pruebas duras vienen las dudas y las preguntas.

No quiero criticarte, ni regañarte, ni quiero que cambies el carácter, pues así es como me gustas. Por otro lado, quiero también que me cuentes y me digas todos los pensamientos que pasan por tu mente, ya sean tristes, alegres, pesimistas o no. Todo lo quiero saber. Y no voy a condenarte. ¿Sabes por qué? Porque creo en ti, y porque sé que todo esto va a pasar.

Otra llegó posteriormente, con fecha 3 de septiembre:

¿Todavía estás desanimado? Cariño mío, ¿ni siquiera mis cartas te levantan? Dame el consuelo de saber que aunque ellas no estén buenas al menos te ayudan un poco a seguir adelante.

Ten fe, que el día luminoso se acerca para nosotros. Dios va a ayudarnos. Él nunca abandona a sus hijos, y Él nos va a ayudar para salir victoriosos algún día. Recuerda lo que dijo Pablo en Filipenses 4:13. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece. ¿Acaso él estaba pasando un buen tiempo cuando escribió eso? Tú sabes que no.

Pablo escribió eso cuando estaba mal. Ahora yo voy a hacer contigo al revés: te voy a mandar un sermón tuyo, que tú hiciste y predicaste cuando estabas bien. A lo mejor recordar lo que tú pretendías enseñar a otros te ayude. Pero recuerda siempre que pase lo que pase yo estaré a tu lado y que estoy orando mucho por ti. Estoy segura de que vas a salir adelante, porque creo y confío en ti, y sobre todo, porque creo y confío en Dios.

Sus cartas, escritas con mucho amor y sabiduría estaban horadando mi corazón. Cuando me visitó en Sabanilla, sentados a la orilla de un cañaveral, compartí con ella mis dudas y mi rebeldía de una manera amarga y muy despiadada. Ella lloró con una tristeza tan profunda que cuando se marchó me sentí culpable. No discutí conmigo ni me censuró. Solamente me acariciaba y lloraba. Al verla ir destrozada, por primera vez pensé que mi amargura no solo estaba destruyéndome a mí, sino también dañándola a ella y a nuestra relación. Comprendí que mi actitud provocaba que todo fuera más difícil. Lo único que teníamos —la sensación de felicidad y bienestar que experimentábamos cuando estábamos juntos— lo estábamos perdiendo.

Tal vez mi vida esté destruida —pensé cuando la vi subir llorando al camión en el que se marchó—, pero no tengo derecho a hacerla infeliz a ella.

Decidí que no podía continuar comportándome de esa manera, aunque no encontraba cómo liberarme de la angustia que corroía mi alma. No me interesaba leer la Biblia. Mucho menos orar. ¿Acaso Dios estaba teniendo misericordia de mí? La idea de volver al Seminario me era repulsiva. Me había alejado tanto de Dios que creía imposible comenzar el retorno. Ignoraba que en los días posteriores, un encuentro inesperado me ayudaría a salir de la crisis. Dios estaba haciéndose cargo de la situación.

El impacto de un encuentro inesperado

Al día siguiente de haber recibido la última carta citada fui enviado junto con otro recluta a la oficina del batallón, no recuerdo por qué motivo. A media mañana coincidí allí con el pastor Manuel Morales Mustelier. Como siempre, vino a saludarme alegre y muy animado aunque él y yo no habíamos tenido buenas relaciones en el Seminario. Un incidente trivial provocó que un día le tratara de manera cruel, dura y despectiva. En mi armario guardaba un abrigo que mi madre tejió, el cual no había podido estrenar porque estaba esperando que hiciera frío suficiente. El abrigo me gustaba muchísimo. Con orgullo se lo había mostrado a todos mis compañeros.

Una noche que inesperadamente descendió la temperatura, al regresar del paseo habitual que dábamos después del culto vespertino y antes de comenzar a

estudiar, fui directo a buscar el abrigo y usarlo por primera vez. Para mi sorpresa, no estaba en el armario. Cuando comenté con algunos seminaristas el asunto, dijeron haber visto salir a Manuel con mi abrigo. Tal hecho me indignó. ¿Cómo lo tomó sin pedirlo?

Manuel iba a pasear con Ernesto Ruano, mi compañero de cuarto. Ya al salir, se dieron cuenta de que había frío. Manuel, para no subir de nuevo al tercer piso —el cuarto nuestro estaba en la planta baja— agarró mi abrigo para salir con él. Como yo estaba ausente, tomé su acción como una afrenta personal, una intromisión imperdonable en mis pertenencias. Manuel regresó al poco rato muy sonriente, sin esperar que fuera a tomar su acción tan a pecho. Se quitó el abrigo y me dijo cariñosamente:

—Mira “yíguri” —era un apelativo afectuoso, no sé salido de dónde, que a menudo usábamos para tratarnos unos a otros—, lo agarré porque hacía mucho frío y fue lo primero que encontré aquí. ¿Está bien?

—No, no está bien —contesté airado— ese abrigo lo tejí mi madre y no lo he usado todavía. ¿Quién te dijo que podías tomar una cosa mía y ponértela? Nunca te he brindado esa confianza. Eres un tipo fresco y muy equivocado. ¡Ahorra me da asco ponerme el abrigo!

Usé argumentos peores para justificar mi disgusto, pero me avergüenza escribirlos.

Al escucharme Manuel palideció.

—No te pongas así —dijo, e intentó calmar mi ira dándome un golpe afectuoso en el brazo.

—¡No me toques! Lárgate del cuarto, que jamás te he invitado a entrar aquí.

Manuel bajó la cabeza y se fue sin contestarme. Pocos días después del incidente él terminó en el Seminario y se graduó. Por ser demasiado orgulloso, nunca me disculpé con él, a pesar de que después me sentí mal y me reprimí por haberle tratado así. Ernesto insistió en que había sido cruel y que no tenía derecho a ofenderlo. Aunque él no debió tomar el abrigo sin mi consentimiento, el asunto no era para tanto. No obstante, consideré humillante rebajarme ante él después de todo lo que le dije.

Cuando nos encontramos en el batallón hacía como dos años que no le veía. Nuestras relaciones después de aquel incidente fueron puramente formales. Manuel llegó al batallón mientras yo conversaba con un grupo de reclutas en la puerta. Mi actitud y vocabulario no eran correctos. Sentado muy cerca de nosotros, Manuel me observó profundamente todo el tiempo.

—Ahora este se las va a cobrar —pensé—, seguro que escribe cartas para La Habana diciendo que estoy mal espiritualmente y dentro de poco todos los bautistas sabrán de mi crisis. ¡Mejor!, así no tengo que darle explicaciones a nadie.

Me equivoqué de manera total. Manuel me daría una lección inolvidable que le agradeceré para siempre. Me enseñó, de una forma sabia y amorosa, quién era él y me hizo enfrentar de una vez por todas las condiciones en que yo estaba.

Olvidar al hombre que he visto hoy

Cuando iba a marcharme del batallón, Manuel insistió en hablar conmigo aparte.

Mientras caminábamos alejándonos del grupo, pensé: ahora viene un sermón y va a aprovechar para cobrarse todo lo que le dije hace un par de años. Me preparé para no dejarlo hablar y pensé arremeter contra él con toda mi amargura y mi nuevo lenguaje grosero, con tal de que me dejara tranquilo. Pero Manuel no me dio esa oportunidad. Puso su brazo sobre mis hombros y muy despacio, con un cariño que yo no merecía, me dijo:

—Mira Alberto, el hombre que he visto hoy aquí... no es el joven lleno de dones, consagrado y correcto que conocí en el Seminario y, que aunque tú no lo creas, siempre admiré.

Le miré a los ojos, dispuesto a contestarle con un impropio y descubrí que Manuel estaba llorando, lo cual me paralizó totalmente. Me abrazó más fuerte y continuó hablándome:

—Esto que estamos viviendo es un infierno. Sé perfectamente que estás pasando una crisis. Mira, yo creo en ti y estoy seguro de que esto se te va a pasar. Volverás a ser el mismo que eras antes de entrar aquí: una persona que Dios quiere usar. No olvides eso.

Me quedé inmóvil. Sus palabras fueron las mismas que Miriam me decía. Su actitud para conmigo fue la que menos podía esperar. Su amor y sabiduría me desarmaron. Comencé a darle explicaciones. Pero él no me permitió continuar:

—No tienes que explicarme nada. Voy a olvidar al hombre que he visto hoy, porque sé que está en un mal momento. No diré a nadie que te vi, ni en las condiciones en que estás. Es un asunto que tú solo debes arreglar con Dios. Por favor, hermano, hazlo pronto por bien de ti mismo. Con esta actitud estás sufriendo más y autodestruyéndote. Te prometo que oraré por ti.

Manuel me volvió a abrazar para despedirse y repitió:

—Sé que esto se te va a pasar, ¡ya verás!

Intentó sonreír, pero las lágrimas le corrían por las mejillas.

Manuel me conmovió mucho más de lo que él pudo imaginar. Dios me habló a través de él. Su cariño para conmigo, que siempre le había tratado tan despectivamente, rompió toda la muralla de dureza y frialdad que me estaba aprisionando desde meses atrás. Hice el viaje de regreso a la unidad repitiéndome sus palabras, estremecido por la manera amorosa como me trató. Yo, que en el Seminario me creí superior a él, era realmente un miserable.

Médico, cúrate a ti mismo

Cuando llegué a la unidad —¿casualmente?— recibí otra carta de Miriam. En realidad no era una carta. El sobre solo contenía el sermón que me había prometido y que resultó ser uno que preparé y prediqué en San Antonio de Río Blanco sobre la esperanza, basado en el Salmo 39:7 *Y ahora Señor, qué esperaré, mi esperanza está en ti.*

Después de comida, me aparté para leerlo. Me maravillé de las cosas que yo decía en ese sermón y cómo podía aplicarlas ahora a mi vida. Mi tesis, basada en las disquisiciones del salmista, era que la vida a veces es tan frustrante y contradictoria que la única esperanza está en vivirla de la mano de Dios. ¿Por qué Él es la única esperanza para el hombre? preguntaba, y me respondía:

Primero, porque no hay esperanza si miramos dentro de nosotros mismos, donde solamente hallamos pecado, quejas y fragilidad.

Segundo, porque no hay esperanza si miramos al mundo exterior, donde solo encontramos injusticias y vanidad.

Tercero, porque no hay esperanza si abandonamos la fe, ya que entonces nos quedamos completamente solos y destruidos.

Terminaba el sermón citando el Salmo 73:21-26, que transcribo a continuación:

*Se llenó de amargura mi alma,
y en mi corazón sentía punzadas.
Tan torpe era yo que no entendía;
Era como una bestia delante de ti.
Con todo, yo siempre estuve contigo;
me tomaste de la mano derecha.
Me has guiado según tu consejo,
y después me recibirás en gloria.
¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti?
Y fuera de ti nada deseo en la tierra.
mi carne y mi corazón desfallecen,
mas la roca de mi corazón
y mi porción es dios para siempre.*

Recordaba el sermón, pero había olvidado su estructura y sus enseñanzas. Me estremecí al leerlo porque ahora podía aplicar todo a mi vida de una manera literal. No pude imaginar cuando prediqué ese mensaje en San Antonio de Río Blanco, el domingo 10 de enero de 1965, que iba a ser tan exactamente aplicable a mi vida un par de años después. ¿Cómo Miriam conservaba ese sermón? Era obvio que se lo hice llegar en alguna ocasión. En el momento preciso, de esa manera maravillosa como Dios obra, lo encontré y me lo envió con el inteligente comentario: *a lo mejor recordar lo que tú pretendías enseñar a otros, te ayude.*

¡Y me ayudó! Leerlo de nuevo me enfrentó a la realidad. ¿Y qué esperanza me queda si me alejo de Dios? Por otro lado, me martilleaban las palabras de Manuel: *el hombre que yo he visto hoy aquí, no es el joven lleno de dones, consagrado y correcto que conocí en el Seminario y, que aunque tú no lo creas, siempre*

admiré... sé perfectamente que estás pasando una crisis. Mira, yo creo en ti y estoy seguro de que esto se te va a pasar, y vas a ser el mismo que eras antes de entrar aquí: una persona que Dios quiere usar.

Esa noche no concilié el sueño. Daba vueltas constantemente buscando una posición cómoda que no encontraba. Sabía que había algo que tenía que hacer y no podía postergarlo más. No podría dormirme hasta que lo hiciera. No sé qué tiempo me tomó decidirme. De pronto, sin pensarlo más, me levanté de un salto y salí afuera de la barraca.

Caminé hacia unos bancos en un lugar apartado detrás del comedor. Sobre mí, un cielo estrellado, como solamente puede verse en el medio del campo cuando no hay luz eléctrica, brillaba de una manera especial. No sabía cómo empezar. Hacía mucho tiempo que no oraba.

No cerré los ojos, sino que los abrí bien, para observar la maravilla del firmamento. Mirando hacia el cielo comencé a arreglar mis cuentas con Dios.

—Hace tiempo que no me escuchas —dije— pero voy a decirte todo lo que siento...

¿Cómo contar la experiencia? Confesé mi rebeldía y expresé todas las quejas que mi corazón guardaba por el hecho de estar sufriendo la experiencia UMAP. También dije a Dios que cuando a los diecisiete años yo había sentido el llamamiento para ser pastor, le entregué mi vida y no quería hacer ninguna otra cosa. Le pedí me perdonara y quitara de mi alma toda la amargura que me estaba pervirtiendo. Le conté todo mi desconcierto, todo el horror que sentía de alejarme de él y dejar de ser quien había sido hasta el momento en que la pesadilla de la UMAP llegó a mi vida. Le confesé que estaba siendo cruel con Miriam y que sabía que estaba haciéndole daño con mis horribles expresiones de rebeldía y mi comportamiento.

Entonces se realizó el milagro.

Comencé a llorar. Pero era un llanto diferente a aquel del 27 de noviembre, casi dos años atrás, en Las Marías, cuando me tapé la cabeza para no ver el cielo y llorar desesperado por todo lo que había perdido en veinticuatro horas. Era distinto al llanto amargo e impotente que derramé, mientras trabajaba en el campo el jueves 16 de junio de 1966, cuando el teniente Marrero me suspendió el pase.

Era diferente también a las muchas veces en las que Miriam y yo habíamos llorado abrazados, lamentando la separación constante y la pérdida de los sueños.

Ahora no lloraba por lo que había perdido, sino por lo que no quería perder. Era un llanto que me limpiaba poco a poco, barriendo con toda mi soberbia y amargura. Era el deshielo de mi alma helada, que estaba esperando y necesitaba, tal como escribí un tiempo antes en un poema: *al regreso el alma del invierno frío ocurrirá el deshielo...* Mi corazón —al fin— rompía el encierro de frialdad y amargura que lo mantenía angustiado y sin esperanza. Sentí, por primera vez en mucho tiempo, que Dios me amaba. Él no había abandonado sus propósitos para con mi vida. No me despreciaba, a pesar de mis quejas y mi miseria espiritual. Supe que Dios me perdonaba y me aceptaba definitivamente. Sentí su presencia como nunca antes. Experimenté el abrazo de la Gracia de Dios. Un abrazo fuerte y estrecho, de consuelo y perdón.

Fue una experiencia íntima, dulce y especial. No fui consciente por cuánto tiempo lloré, ni en qué momento me tiré de rodillas sobre la hierba. Cuando dejé de llorar me acosté bocarriba y me quedé completamente en silencio, mirando las estrellas, sin querer mover ni un músculo del cuerpo. Temía romper la sensación de tranquilidad y consuelo inefables que estaba disfrutando. Mi alma sanaba de todas las heridas que había sufrido desde el 26 de noviembre de 1965.

Cuando me levanté de aquel lugar era el mismo joven lleno de sueños e ideales que había entrado a las UMAP casi dos años atrás. El individuo amargado y lleno de dudas que se adueñó de mi corazón se había marchado. Había vuelto la paz a mi alma aunque todavía estaba en las Unidades Militares de Ayuda a la Producción y faltaban otras lecciones y experiencias.

A partir de ese momento todo comenzó a cambiar. Ignoraba que tendría algunas de las vivencias más extraordinarias de mi vida en los meses venideros. Regresé a la barraca y me acosté. Estuve largo rato boca arriba y preguntándome cómo era posible que sintiera una felicidad indescriptible. Todavía estaba en las UMAP y no vislumbraba el final de la experiencia. Comprendí que había ganado la batalla. Las Unidades Militares de Ayuda a la Producción ya no serían más una tragedia para mí.

Tras un largo, triste y desesperado camino, Dios me había dado la victoria.

CAPÍTULO 10

Yo también era bautista

Mi crisis fue solo de carácter espiritual y no tuvo mayores consecuencias éticas. A pesar del ambiente corrupto donde me encontraba y de las muchas situaciones pecaminosas que vi alrededor mío, Dios me guardó. Después de aquella experiencia, entendí con claridad lo que dice 1 Pedro 1:5 *sois guardados por el poder de Dios mediante la fe*. Mi condición espiritual me hacía vulnerable a tentaciones que, de haber caído en ellas, probablemente hubieran cambiado totalmente el rumbo de mi vida. Debido a mi agonía espiritual, no tenía fuerzas, pero Dios se ocupó de preservarme.

En los tiempos cuando trabajé como normador y computador en Las Marías y con frecuencia tenía que ir a la oficina de la granja en La Gabriela, una joven que allí trabajaba comenzó a brindarme amistad. Después de despachar con ella los asuntos referentes al trabajo que realizaba, siempre tenía algo que conversar conmigo. Hacía todo lo posible por retenerme allí un tiempo mayor. Después comenzó a enviarme papelitos con el jefe de lote. Insistía en que fuera a su casa porque su familia deseaba conocerme. Rara era la vez cuando yo iba por la oficina que no me dijera:

—¿Cuándo vas a mi casa? Si le pides permiso al teniente, él te deja ir.

Sabía que debido a mi trabajo me movía por la zona con relativa facilidad. Era hermosa, atractiva y muy conversadora. Lo que ella sí no sabía, no podía entender, o entendía pero no le importaba, era que yo estaba locamente enamorado de mi mujer y decidido a no engañarla jamás. Cuando nos conocimos no sabía que era casado, pero el día que se lo dije, casi gritó:

—¿No quieres que se sepa, eh? No usas anillo de compromiso —y agregó riendo—, todos los hombres son iguales.

—Estás equivocada —le dije molesto—, sí quiero que se sepa porque amo a mi mujer con locura. No usamos anillo, ni ella ni yo, porque no hemos tenido dinero para comprarlos.

—En un final, hombre —dijo, mientras exhibía su mejor sonrisa—, eso no me preocupa.

—Pues a mí sí. ¡Y mucho! —me apresuré a contestar.

No obstante, siguieron sus insinuaciones. Continué con ella las inevitables relaciones de trabajo y simulaba no darme cuenta de su interés por mí. No comparto la experiencia para hacerme el santo. Ella fue una verdadera tentación. Creo que Dios fue misericordioso y se ocupó de impedir que fuera enredado en una relación que podía dar al traste con sus planes para mi vida. ¿Qué habría sucedido si un poco por entretenerme o por buscar un aliciente, hubiese decidido venir una tarde por su casa a conocer su familia y profundizar nuestra amistad? ¿No habría comenzado a tejer una red en la que hubiera podido caer y variar completamente el rumbo de mi existencia?

Lo que hice enseguida fue contárselo a Miriam. ¿Pueden mis lectores imaginar su reacción?

Los seres humanos, cristianos inclusive, no actuamos expresamente como si hubiéramos decidido: *voy a enredarme en esto, o voy a cambiar para buen rumbo de mi vida*. El proceso de degradación en la conducta es gradual y aparentemente inofensivo. En mi caso, podía haber pensado que conocer una familia en La Gabriela, donde ir los domingos por la tarde o llegar y pasar un rato cuando iba a la oficina de la granja, me ayudaría a hacer más llevadera la situación. ¿Qué tanto tenía que ver el hecho de sentarme a conversar con una muchacha bonita? Si con honestidad le había dicho que era casado y que estaba muy, pero muy enamorado de mi mujer, ¿cuál era el peligro?

Puede parecer una mojigatería —o una idiotez— no haber aprovechado esa oportunidad. Tal vez hubiera sido una simple visita y nada más. Pero es difícil aceptar que hubiese ido una sola vez. Esa primera visita podría ser el inicio de una relación que poco a poco me colocaría en una situación vulnerable y peligrosa. En las condiciones que vivía, maltratado, frustrado y confuso, lejos de mi casa y viendo a mi esposa de manera esporádica, cualquiera que me brindara un poco

de comprensión y cariño me atraparía emocionalmente. Nadie sabe cómo habría terminado todo, aunque más tarde lo lamentara y me diera cuenta del error.

Las condiciones estaban preparadas para envolverme en una relación adúltera. No solo iba casi a diario a la oficina de la granja, sino que en las noches llevaba el parte al batallón y nadie fiscalizaba a qué hora salía ni cuándo regresaba a la unidad. En esa época, tampoco estaba obligado a formar en el recuento de la mañana, por lo cual tendría oportunidades suficientes para dedicarle tiempo a la joven. Hasta el propio jefe de lote que me ayudó en muchas ocasiones a salir de pase los fines de semana para estar con mi esposa, me traía los papelitos en complicidad con ella y comenzó a decirme, al tiempo que se sonreía pícaramente:

—Date una vuelta por La Gabriela, hombre. Allí tienes gente que te quiere. Si vienes a mi casa pasaremos un buen rato, pero puedes disfrutar uno muchísimo mejor en otro lugar que tú sabes.

Tentaciones nunca faltan

Aunque el jefe de lote insistió, nunca fui a visitarlo a pesar de que nos unía una buena amistad. Mucho menos fui a visitarla a ella. Siempre tuve claro que tal acción sería un paso en falso, por lo que no debía darlo. Los domingos que no salía de pase prefería quedarme en la unidad escribiendo cartas. Nunca me aparecí por la oficina de la granja a menos que asuntos de trabajo obligaran mi visita. Al narrar la historia me pregunto cómo fue posible que no me dejara llevar por circunstancias tan favorables y tentadoras. Tenía veintidós años y, por lo tanto, no puedo negar que me sobraban energías... y deseos.

Si no caí en esa trampa, no fue debido a mi fortaleza espiritual. En aquellos momentos mi integridad cristiana estaba hecha trizas. Todo el escenario estaba preparado para la función. Agradezco a Dios que me cuidó. ¿Qué hubiera sido de mi vida *enredado* en La Gabriela, o dejando luego por atrás un hijo allí? ¿Tuviera la estabilidad —y felicidad— familiar que hoy disfruto? Aunque especular con el pasado puede parecer tonto, es incuestionable que cometer pequeños deslices ellos me hubieran conducido a grandes y lamentables errores. Todo el curso de mi vida hubiera cambiado. Un poco de conmisericordia propia, en medio de una situación difícil, permitiéndome un pequeño y consolador placer —¡ah, bastante

estoy sufriendo!, ¿por qué no pasar un buen rato?—, pudo ser cuando menos una torpe jugada, esa que abre el camino para un jaque mate. Hoy comprendo de cuán maravillosa manera Dios me guardó.

Lo mismo sucedió en otras ocasiones cuando situaciones más burdas se presentaron. Uno de los campamentos donde estuve en la zona de Vertientes estaba junto a un poblado al que en tiempos de zafra venía una prostituta de La Habana. La mujer era joven, elegante y muy atractiva. En la capital llevaba una vida normal, pero en tiempo de zafra venía a la casa de unos parientes para hacer dinero como prostituta. La casa donde practicaba su profesión estaba enfrente de la unidad. Todas las noches una fila de hombres —reclutas UMAP y mache-teros voluntarios— esperaba frente a la casa en animada charla para utilizar sus servicios.

La llegada de la mujer fue una fiesta en la unidad. Muchos le visitaban y contaban con lujo de detalles sus magníficas experiencias con ella. Todos insistían una y otra vez para que yo fuera también. Para ser honesto, deseos no me faltaron. No fui porque otra vez Dios me cuidó. Si mi fe estaba en crisis, no llegaron a estarlo algunos principios que tenía arraigados. De ese modo Dios impidió que mi crisis de fe tuviera complicaciones morales. Cuando resolví mi problema espiritual no tuve que lidiar con consecuencias de pecados cometidos.

Otra situación más promiscua se presentó en otro campamento. Cerca de la unidad, un haitiano poseía una yegua que amarraba en un potrero colindante al albergue. Todas las noches una larga fila de reclutas iba a tener relaciones con el animal. Los jóvenes le habían puesto nombre a la yegua y hablaban de ella todo el día. Era una experiencia colectiva que, debido a mi formación cristiana y la educación que había recibido, me resultaba inconcebible, repulsiva, bochornosa y condenada por Dios.

Una noche el haitiano vino a quejarse con el jefe de la unidad y se reunió a toda la tropa:

—Están acabando con mi *madama* —decía el hombre furioso.

Los reclutas se reían del mal español del anciano y de su indignación porque estaban usando su yegua. Se burlaban de él haciendo gestos obscenos y el jefe no lo impedía. El haitiano salió de la unidad más indignado todavía. La reunión

se convirtió en un relajo total que exacerbó los deseos de muchos. Esa noche un número mayor de reclutas fue directo a buscar a la madama. Sus exclamaciones y gritos se escucharon por más tiempo que el acostumbrado.

¿Por qué me permito relatar esta historia tan degradante? Jamás participé de las visitas a la madama, ni me acerqué como hacían muchos para ser espectadores de la bacanal. Aunque debo ser sincero y compartir que según mi condición espiritual fue degradándose, vi todo diferente y en ocasiones me encontré considerando la necesidad de ir con mis compañeros y hacer lo mismo. Sin embargo, no quebranté mis principios. Aunque me avergüence reconocer que alguna vez me sentí tentado a ir, nunca participé.

Dios no me abandonó en medio de mis luchas y mi rebeldía. Me libró de acciones que después pudiera lamentar o hubiesen contribuido a mi degradación definitiva.

Todo comenzó a cambiar

Una vez arregladas mis cuentas con Dios todo comenzó a ser diferente. Unos días más tarde fuimos trasladados a llamado Los Sitios, mucho más al sur de Sabanilla y a veinticuatro kilómetros de Vertientes. Todavía la zafra no había comenzado y nos dedicábamos a la limpia de la caña. El jefe de unidad, el teniente Rojas, era un militar de origen campesino. Es probable que estuviera en la cuarta década de su vida, no más. Muy serio, de hablar pausado y con muy pocas palabras; era recto y exigente, pero a la vez muy afable. Ignoro como supo que había trabajado de normador, pero a la semana de estar allí, me mandó a buscar a su oficina.

—¿Es cierto, 27 —ese era mi número ahora—, que usted fue normador en la agrupación de Senado? Podrá hacer la misma labor aquí a partir de mañana. Eso sí, déjeme advertirle algo.

—Usted dirá —dije, feliz de hacer una tarea que me agradaba mucho.

—Quiero que quede claro que debe ser exacto en las medidas. No me gusta que la compañía haga poco, pero tampoco deseo engañar a la granja. ¿Oyó? Su reporte debe atenerse a la verdad a toda costa. Cualquier problema me lo comunica enseguida. Puede retirarse.

—Permiso teniente —insistí—, no entiendo lo que trata de decirme. Tengo experiencia en este trabajo y las medidas son las medidas. Uno mide el trabajo hecho y da exacto.

Él se sonrió. Se levantó de la mesa, dio la vuelta y se paró a mi lado. Tomándome por el brazo me llevó hacia la puerta y habló mirándome fijamente a los ojos.

—Sé lo que le digo, 27. Quiero un reporte exacto del trabajo. ¿Está bien? Cualquier problema, venga enseguida a verme.

—Despreocúpese teniente —contesté, todavía sin entender.

Pronto supe a qué se refería. El primer pelotón trabajaba en unos campos de caña habían sido invadidos por la hierba. Por eso me llamó la atención que limpiara tres campos consecutivos en una misma mañana. Cuando el teniente jefe del pelotón me avisó que podía ir a medir el trabajo, me extrañé.

—¿Ya terminaron? Esos campos estaban muy malos. ¿Usted está seguro? —le pregunté.

—Mi brigada es cosa seria, guardia. Ya eso está mata'o. Sin duda ganaremos la emulación.

Los tres campos se veían limpiecitos, especialmente las orillas, junto a la guardarraya y los surcos exteriores. Era tan perfecto el trabajo y tan poco el tiempo utilizado, que desconfié. Entré por uno de los surcos y revisé el campo. Descubrí que habían limpiado exquisitamente las orillas y los surcos solo cinco o seis metros hacia adentro, hasta donde podían verse desde afuera. A partir de allí la hierba no había sido tocada. Caminé por todo el surco hasta el final y corroboré que a cinco o seis metros antes de salir a la otra guardarraya, estaba limpio con esmero, como al principio. Crucé la guardarraya y me interné en el campo de atrás. Los tres campos consecutivos habían sido limpiados de la misma forma.

Sin medirlos, fui directamente a buscar al teniente. El primer pelotón era —¡sorpresas nos da la vida!—, la brigada vanguardia de la compañía. Le encontré vigilando el trabajo en otro campo y le informé el resultado de mi revisión.

—Pero su misión no es revisar los campos, guardia. Su misión es medirlos.

—Permiso, teniente —contesté—, mi misión es medir el trabajo realizado. Él se puso a la defensiva:

—¿Insinúa que yo sabía que los campos estaban así? No se equivoque, guardia.

—No insinúo nada, teniente —contesté—. ¿Se imagina qué sucedería si el jefe de lote antes de firmar el reporte entra y revisa los campos? Es a mí a quien le va a exigir.

—El jefe de lote nunca revisa nada, guardia —Su molestia iba en aumento.

—¿Y el jefe de la unidad, el teniente Rojas?—pregunté yo.

Él palideció. Se quitó la gorra, se pasó muy despacio la mano por la cabeza y terminó agarrándose la barbilla. Miró un par de veces al suelo, levantó la vista, respiró profundo, como si estuviera ofendido, y al fin se decidió a decir:

—Tremenda porquería me ha hecho la brigada, caray. ¡Yo que confío en ellos!

Y se internó en el campo donde su pelotón estaba trabajando.

—Mañana arreglaremos eso —gritó—, mientras se internaba en los surcos de caña.

¿Sería posible que el teniente, para sacar a su brigada vanguardia, engañara al jefe de lote y al propio jefe de la unidad? ¿Era por él la advertencia que me había hecho Rojas? ¿Cómo era posible que no revisara los campos antes de avisar para medirlos? ¿No supervisaba el trabajo de los reclutas en el campo? ¿Podían engañarlo tan fácilmente y lograr así ganar la emulación? Me era difícil aceptar que estuviera timando a la granja y al ejército a la vez.

¿Así este jefe de pelotón estaba reeducando a la lacra social que tenía bajo su mando?

¿Con Dios o con el diablo?

Por la noche, ya acostado, un recluta del primer pelotón se acercó a mi cama:

—Oye, 27, ¡ten cuidado! El teniente dice que te va a partir.

—¿Cómo que me va a partir?—contesté incorporándome en la cama.

—Sí, porque tú le fastidiaste el trabajo de ayer y dice que estás jugando con candela.

—Entonces él sabía lo que había hecho la brigada —comenté.

—No seas estúpido, compadre. ¿De qué galaxia llegaste tú? Lo hacemos así porque esas sus las instrucciones.

Miguelo me explicó cómo el teniente les enseñaba a limpiar los bordes de los campos, llamados desorillos, como si fueran a servir comida en ellos. Después, cerciorarse de limpiar bien los surcos hasta donde se pudieran ver desde la guardarraya y nada más. Los únicos surcos que se limpiaban completos eran los que estaban paralelos al camino, de los cuales había que limpiar varios para que desde afuera los campos parecieran limpios.

Quedé anonadado con su explicación. El teniente enseñaba a los reclutas a estafar a la granja.

—¿A ti qué te importa eso, compadre? To' es lo mismo —insistió Miguelo.

—Lo que me importa es hacer bien mi trabajo —contesté.

—Y yo te voy a decir una cosa, mi hermano. No te pongas bravo. Si lo denuncias a él nos desgracias a nosotros. Trabajar así es más fácil que enredarse todo el día con esos endiablados campos llenos de hierba. Y por siete pesos al mes no se puede hacer más. ¿Del lado de quién tú estás? Recuerda que aquí nos tienen a la fuerza.

—No estoy del lado de nadie, Miguelo —le contesté incómodo. Creí que me estaba haciendo una encerrona, o un chantaje, y añadí:

—Oye, ¿tú eres amigo mío o no? ¿Te mandó el teniente a decirme eso?

—Eh, ¿qué pasa, socio? Vamos a estar claros. ¡Yo soy hombre a todo! Mira, mi hermano...

Y se me acercó para decirme al oído lo siguiente:

—Ese tipo no vale nada. ¿Cómo voy a defenderlo a él? Defiendo a tus compañeros, a los reclutas, a ti y a mí. ¡Nos explotan como animales y tenemos que defendernos de algún modo! ¿No? Si ese tipo quiere que su pelotón salga vanguardia, ¡pues mejor para nosotros! ¿No? Si está engañando a la granja, al ejército y a la Revolución de la que tanto habla, ¡allá él!

Tuve que enfrentar tremendo dilema. Por un lado, el teniente Rojas trataba de hacer con honor su trabajo. Simpaticé con él desde que lo conocí. Jamás atropellaba a alguien. Solo exigía que trabajásemos bien. Del otro, el jefe del pelotón era un individuo oscuro y sinuoso, capaz de todo. De otro lado estaban mis compañeros, quienes creían beneficiarse con ese régimen, pero estaban siendo enseñados en un estilo de trabajo fraudulento, lo cual no beneficia a nadie. Los campos de

caña serían dañados definitivamente si se dejaban así. ¿En cuántos otros campos y durante cuánto tiempo la brigada estaba trabajando de esa manera?

Había leído una serie de reportajes que el periódico provincial *Adelante* publicó meses antes sobre las cinco agrupaciones UMAP. En uno de ellos, el periodista Armando Boudet, decía:

La función de las UMAP, además de contribuir a la producción de bienes materiales para la nación, es la de devolver a la sociedad hombres formados con una actitud nueva ante la vida, con la idea de que lo fundamental es ser útil a la sociedad.

¿Así se estaban formando los reclutas del primer pelotón? No comuniqué nada al teniente Rojas porque al otro día el primer pelotón volvió a los campos y estuvieron dos jornadas completas de trabajo repasando los campos que habían limpiado en una mañana.

Esa tarde, cuando entré al cuarto de las duchas, Miguelo ya estaba bañándose. Había diez duchas pero no tenían divisiones entre ellas. Me desnudé y fui para que estaba vacía al lado suyo, la abrí y comencé a enjabonarme. Miguelo inmediatamente extendió su brazo y me la cerró. Medio en broma, medio en serio, dijo:

—Mira a ver, socio, cómo te haces de la vista gorda y dejas de jugar al patriota. Por tu culpa hemos trabajado hoy como unos trastornados.

—Abre la llave por favor—le dije, pretendiendo ignorar lo que me decía.

—Sí, voy a abrirla, pero te aseguro que por esa misma ducha saldrá candela cuando nos echés pa'álante otra vez. O gas, como en los campos de concentración. ¡Que esto se parece bastante!

Miguelo era un tipo simpático y ocurrente. Con el tiempo demostró ser un buen amigo.

—Ah, no fastidies. No me digas nada más que tengo tremendo rollo en la cabeza —le dije, mientras terminaba de enjabonarme, y añadí— Estoy pensando en dejar de ser normador e irme con ustedes para el campo.

—No seas idiota, Alberto. Eso es precisamente lo que el teniente quiere.

—Pero, ¿qué puedo yo hacer? Si le exijo al teniente, va contra ustedes. Si acepto el trabajo así, estoy haciendo algo inmoral. Mejor me voy a guataquear yo también y se acabó el problema.

Miguelo se rio a carcajadas y me dijo:

—¡Inmoral...! ¿Qué tanto lío con la moralidad? Inmoral es que nosotros este-mos aquí. Si dejas ese trabajo y te vas para el campo, tú dejarás los campos llenos de hierba, porque nosotros cumplimos órdenes. Estás *frito* como quiera que te pongas, socio. ¡Estamos en las UMAP, papá! ¿Se te olvidó?

Terminé de bañarme, me vestí y fui directo a la oficina para ver al teniente Rojas. Iba a pedirle que me mandara al campo sin darle explicaciones. Al acercarme, vi allí el jefe del pelotón y viré para atrás. Estaba tan confundido que no sabía a ciencia cierta qué debía hacer.

Lacra social... ¿pero quién?

Una semana más tarde tuve un nuevo choque con el mismo teniente. La brigada realizó la primera limpia a otros campos recién sembrados. En un campo así es imposible falsear el trabajo porque las cañas eran chicas y se veía el campo completo. Medí el área que limpiaron en el día y eran veinticuatro cordeles. El teniente me observó todo el tiempo mientras medía. Cuando terminé, me senté al borde de la guardarraya para preparar el reporte que se hacía por triplicado, y esperar al jefe de lote para que lo firmara.

Era un guajiro ya mayor, un hombre serio y trabajador muy respetuoso. Del tipo de persona sana que confía en los demás porque jamás cree que le engañen. ¡Ya sabía por qué el jefe de pelotón se atrevía a hacer sus marañas! El guajiro, hombre de honor y de palabra, confiaba a ciegas en lo que el militar le decía.

El teniente se acercó, se sentó a mi lado y me dijo:

—Mira, te voy a enseñar de una vez a hacer las cosas —dijo mientras me quitaba el talonario con los modelos de la mano y continuó—. Como tú sabes, los reportes se hacen por triplicado. El primero va a la granja, el segundo es para el jefe de lote y el tercero para el ejército.

—Sí —le dije disimulando mi irritación porque yo dominaba mejor que él todo eso. Su explicación pomenorizada me parecía inútil.

—Pues bien. En el primero de arriba tú pones veinticuatro cordeles, que es lo que la brigada hizo. Eso sí, antes de escribir, quitas el papel carbón entre el

segundo y el tercer modelo, para que cuando tú escribas, solo aparezca el número veinticuatro en el primero y el segundo papel. ¿Está claro?

Todavía no atinaba a imaginar qué se traía entre manos.

—¿Y qué hago con el tercer modelo? —pregunté. Enseguida me contestó.

—Bueno, ahí está el truquito que tienes que acabar de aprender, 27. ¡Ahí está!

—¿Qué truquito, teniente? —Quería saber hasta dónde iba a llegar.

—No se preocupe, guardia, que se lo voy a enseñar todito, todito. Usted toma entonces el papel carbón y lo pone arriba del tercer modelo. Calcula bien dónde es que corresponde poner los cordeles que se han limpiado y escribe arriba del papel carbón cuarenta y ocho cordeles.

—¿Cómo cuarenta y ocho cordeles? —dije, poniéndome de pie de un salto—. ¡Solo se han limpiado veinticuatro!

—¡Claro, hombre! Eso lo sabemos tú y yo. Pero no hay problemas, porque cuando tú pones de nuevo los tres modelos juntos, para mostrárselos al jefe de lote, él ve que el reporte dice veinticuatro cordeles y lo firma. Él no revisa los modelos de abajo porque como tienen un papel carbón, piensa que dicen lo mismo. Entonces tú desprendes el de él y se lo das, ¡dice veinticuatro cordeles! El que va a la granja también. ¿No? Pues todo está resuelto, guardia, ¿ya ve? El modelo que va para el ejército dice cuarenta y ocho cordeles y eso es una ayudita para ganar la emulación. ¿Entendió, guardia, cómo tiene que hacerlo?

Me indigné y le contesté casi gritando:

—No puedo engañar así a ese guajiro. Es un hombre honrado, ¡por lo visto más que...!

Me contuve. No terminé de decir por lo visto más que usted. Ya sabía que el teniente no tenía escrúpulos y no era conveniente ofenderlo directamente.

—Conmigo no cuenta para eso —me limité a decir. Dejé al teniente en el campo y salí para la unidad. Cuando iba como a veinte metros, escuché que me llamaba.

—¡Es una orden! ¡Vuelva para acá inmediatamente! ¡Es una orden!

Seguí mi camino sin mirar atrás. Llegué a la unidad y lo más calmadamente posible le conté al teniente Rojas el incidente:

—Lo siento mucho, pero no puedo hacer un informe falso. Usted dirá qué hago.

Rojas me escuchó toda la historia muy serio y sin articular palabra. Cuando terminé solo dijo:

—Está bien. Puede retirarse a descansar. Después le comunico lo que haremos.

Cuando regresó la compañía del trabajo, ambos tenientes se encerraron en la oficina y estuvieron discutiendo por largo rato.

¿Una excepción o todo un sistema?

Esa noche Miguelo, que se las sabía todas, vino a decirme.

—Oye socio, no quiero estar en tu pellejo.

—¿Por qué?

—Se dice que trasladan al jefe del primer pelotón. Y todos se preguntan qué tú vas a hacer.

—¿Cómo? No tengo que hacer nada, Miguelo.

—Mira, mi hermano, aterriza y abre los ojos. Tú vives en la playa y no ves la arena. Pareces un tipo inteligente y eres medio mongólico. Cuídate, que la religión te tiene bobo.

Me quedé mirando a Miguelo en espera de lo que él estaba loco por acabar de decir:

—Cáete de la mata, socio, los otros jefes de brigada han estado haciendo lo mismo que él.

—No, eso no es cierto —le dije e insistí— ¿tú no estás jugando, Miguelo? ¿Estás seguro?

—Por mi madre te lo juro, Alberto. Todos están engañando a Rojas que sí es un tipo consciente. Así que continúa tu cruzada patriótica y desenmascara a todos los enemigos de la honestidad que merodean por este prestigioso lugar. Tienes mucho trabajo por delante. Pero no cuentes conmigo, nené. Yo sí que no estoy en nada. Solo quiero trabajar lo menos posible y *pirarme* de aquí en cuanto pueda. Allá tú que te vas a meter a redentor. Prepárate a terminar crucificado.

Me fue difícil asimilar el golpe porque no podía creer lo que Miguelo decía. ¿Cómo era posible que los oficiales estuvieran deliberadamente alterando los datos? Si eso era así, ¿qué habría de cierto en los informes del trabajo de las

UMAP que publicaba el periódico provincial y el boletín *Sin Tregua*, de la Sección Política? ¿En cuántas unidades operaba el mismo sistema? En Las Marías no había sido así mientras yo fui normador o computador. ¿Sería por eso que allí no hubo ninguna brigada vanguardia? A pesar de lo duro que se trabajaba, nuestra unidad siempre quedó detrás en la emulación con respecto a las otras del batallón.

Recordé el insulto del capitán, jefe del batallón, cuando supo que yo estaba trabajando de computador y no los oficiales jefes de brigada, como era en las otras compañías. Tanto insistió y batalló que logró convencer al teniente Marrero que quitara de mis manos ese trabajo. ¿Sería porque ya el sistema se estaba usando allí y era el que no encajaba en el sistema? No puedo asegurarlo, pero desde entonces no creo mucho en resultados de emulación que he leído en los periódicos. El periodista puede obrar e informar de buena fe, pero puede ser que en algún lugar de la cadena, antes de que los datos lleguen a él, algún papel carbón sea quitado como se hacía en Los Sitios y puesto otra vez, después, alterando un número.

Al día siguiente me senté con el teniente Rojas en su oficina y, sin decirle todo lo que sabía, le supliqué que me liberara del trabajo de normador. Él no podía entender y no me atreví a darle todos los detalles que conocía, porque en definitiva, mi posición como recluta UMAP era muy vulnerable. Rojas era un hombre honesto que creía en lo que hacía. Insistió en que debía seguir trabajando como hasta ahora, pero al final me dejó elegir. Escogí ir para el campo.

—Me has fallado, 27—me dijo cuando salía de la oficina.

—No, teniente. No le he fallado. Me negué a dar datos falsos tal como usted me pidió, pero hay cosas que están más allá... y yo prefiero no tener que ver con ellas.

Otra vez en trabajo administrativo

Un par de días más tarde Rojas me ofreció el puesto de suministro de la compañía. El recluta que lo desempeñaba se iba de baja por enfermedad. Se acercaba una visita de Control y Ayuda²⁷ de la agrupación de Vertientes. El teniente quería que organizara bien el almacén y tuviera todo listo en una semana para la inspección. Me di gusto y me esmeré en hacerlo. El trabajo de suministro lo

²⁷ Inspección.

conocía porque lo había realizado también en una etapa en Las Marías. Consistía en llevar el control del almacén de alimentos y ropa de la unidad y también confeccionar el menú de la comida diaria de acuerdo con las existencias y las normas establecidas. Debía mantener el almacén en orden, hacer diariamente la entrega de la comida a los cocineros para que la elaboraran y darle entrada a la mercancía cada vez que el camión del batallón trajera algo. La unidad de Los Sitios tenía un buen almacén, amplio, espacioso y estaba bien surtido. Ordené todo, actualicé e hice tarjetas nuevas de control de entrada y salida, pinté todo el almacén. Lo dejé en tales condiciones que más que un almacén parecía una tienda de comestibles en un supermercado. Trabajé todos los días hasta altas horas de la noche. En el tiempo señalado el almacén estaba listo para la inspección. La noche antes de la visita de Control y Ayuda, el teniente Rojas no podía creer lo que sus ojos veían. Me felicitó y se fue de allí muy entusiasmado.

—Con ese trabajo tuyo —me dijo—, seguro ganamos la emulación.

Y así fue. En la mañana siguiente, a la hora señalada, llegaron los oficiales de la agrupación. Supe desde el primer momento que se habían impresionado con mi trabajo. El teniente Rojas estaba orgulloso.

—No hay un almacén como este en ninguna unidad —dijeron los visitantes.

Sabía que era así. Por primera vez desde que estaba en las UMAP había hecho un trabajo con verdadero amor y poniendo todas mis capacidades en él. Mi lema había sido el versículo bíblico: *Y todo lo que hacéis, hacedlo como para el Señor y no para los hombres.*²⁸ El resultado de esa actitud fue evidente.

El capitán José Durán Bravet, jefe de la agrupación UMAP de Vertientes se acercó a mí, extendió su mano para estrechar la mía, y me dijo:

—Le felicito soldado. ¿Qué tiempo lleva usted de suministro aquí?

—Una semana, capitán —contesté.

—Buen trabajo, recluta. Venga con nosotros al comedor, que quiero conversar con usted.

Allí me preguntó cuál era mi grado de escolaridad y quiso saber si había trabajado como suministro antes. Anotó mi nombre y apellidos en un papel que guardó en el bolsillo superior de su uniforme. Cuando se fueron, el teniente Rojas me llamó a su oficina.

²⁸ Colosenses 3:22.

—No estoy seguro, 27, pero creo que *te vamos a perder*.

—¿Cómo? —pregunté. Desconocía el alcance de su expresión *te vamos a perder*.

—Si no me equivoco, te van a llevar para Vertientes a trabajar como ayudante del Jefe de Servicios de la Agrupación. No sabremos nada definitivo hasta mañana.

Este sería mi tercer traslado en los dos meses que llevábamos en Vertientes. Otro lugar, otros compañeros, nuevos jefes... Comenzaba ya a extrañar la estabilidad de Las Marías.

Una encrucijada en Vertientes

No sabía si alegrarme, porque me había sentido muy feliz durante esa semana trabajando en el almacén. Allí trabajaba con una tranquilidad absoluta. Además, sabía que con el teniente Rojas nunca tendría problemas. La única ventaja que percibí desde el primer momento era que el batey del central Vertientes estaba solo a veintiséis kilómetros de Camagüey. Ello facilitaría que Miriam y yo nos viéramos con frecuencia. ¿Qué cosa mejor podía sucederme? Al siguiente día, bien temprano, llegó desde la agrupación un *jeep* para recogerme.

La oficina de la agrupación UMAP de Vertientes estaba en el centro del pueblo junto al central azucarero del mismo nombre, hoy llamado Panamá. Era un edificio de mampostería y techo de concreto, de una planta, con un portal, un recibidor y después un largo pasillo central donde a ambos lados había diferentes habitaciones. Un par de barracones de madera, a la izquierda de la oficina, contruidos sobre pilotes muy antiguos, formaban el complejo. Uno de ellos era el almacén. En el otro estaban los dormitorios, el comedor y la cocina. La agrupación estaba situada al lado de la línea del ferrocarril y frente al amplio y hermoso paseo central del pueblo, que corría paralelo a la línea. Una majestuosa hilera de palmas reales bordeaba un camino peatonal de asfalto que pasaba justo al frente de la oficina, entre esta y la línea del ferrocarril. Me pareció un lugar paradisíaco cuando lo vi todo por primera vez.

En la agrupación trabajaba un soldado UMAP de mi pueblo natal. Vivía a un par de cuadras de mi casa y le conocía desde niño, Al verme llegar con mis pertenencias, dijo:

—¡Mira quién va a ser el nuevo ayudante del jefe de servicios!

Me enseñó toda la instalación, me llevó al dormitorio y me explicó:

—Aquí solo se trabaja ocho horas de lunes a viernes. En la noche puedes hacer lo que quieras en el pueblo porque no se nos impide salir de aquí. Los fines de semana tenemos pases y podemos ir a donde queramos con tal de estar aquí el lunes a las ocho de la mañana.

Me costaba trabajo creer lo que oía. Ser un simple empleado de oficina, libre para hacer lo que deseaba cuando terminara el horario de trabajo y con posibilidad de ir a Camagüey —lo que para mí significaba Ciego de Ávila, donde Miriam vivía— era mucho más de lo que había podido imaginar. Estaba en la apoteosis del júbilo cuando mi coterráneo advirtió:

—Eso sí, no le digas al capitán cuando te entrevistaste ahora, que tú eres religioso. Eso puede impedir que te dejen.

—Pues mira, amigo —le dije, perdiendo mi entusiasmo—, es mejor que ni deshaga la maleta.

—No seas tonto, compadre. ¿No te das cuenta de las ventajas que vas a perder? No te estoy diciendo que dejes la religión. Solo que no se lo digas al capitán.

Comencé con él una discusión sobre si la fe es un asunto privado que solo compete al propio individuo, o si es algo que estamos obligados a compartir con otros. Él era de la opinión —que muchas personas sustentaron en Cuba por muchos años—, que una persona puede ser creyente pero no tiene que decirlo, ya que puede traer consecuencias funestas debido a la ideología imperante en el país. Le insistí en que no podría ocultar mi fe. No lo iba a hacer con tal de trabajar allí a pesar de las ventajas que me brindaba el lugar.

Grandes emociones en un apagón

Era cierto que tenía que ir a una entrevista preliminar con el capitán, donde se estudiaba mi expediente y se decidía si podía trabajar o no en la agrupación. Estuve esperando la dichosa entrevista todo el día, pero el capitán estaba de recorrido por las unidades y no llegó hasta el atardecer. Me citó para las ocho de la noche. Pasé el día en la incertidumbre. La espera me permitió constatar las facilidades que tendría en el lugar donde si no fuera religioso trabajaría, Ahora,

que disfrutaba de una renovada relación espiritual con Dios, menos que nunca estaba dispuesto a ocultarlo o negarlo.

A las ocho de la noche, nervioso pero decidido, toqué a la puerta de la oficina del capitán, la última habitación a la izquierda en el largo pasillo del edificio. Zapata estaba sentado detrás de un amplio buró. Le saludé militarmente, pero además, él se levantó, se inclinó hacia delante y me ofreció su mano. Después de estrechársela, me señaló una silla que estaba junto al buró.

—Siéntese, soldado, por favor—, me dijo.

En ese mismo momento ocurrió un apagón. Nos quedamos totalmente a oscuras dentro de la oficina. Él esperó un poco, pensando que era una interrupción momentánea, pero al ver que la luz no volvía comenzó a entrevistarme:

—Bueno, parece que tendremos que conversar así. ¡Vamos al grano!

—Usted dirá, capitán.

—El asunto es, soldado, que como usted seguramente habrá podido ver, este es un lugar diferente a las unidades y aquí va a tener muchas facilidades.

—Me doy cuenta, capitán —dije mientras pensaba que no iba a tener ninguna y que dentro de unos minutos saldría disparado de allí como bala por tronera.

—Somos muy cuidadosos del personal UMAP que labora aquí. Estoy impresionado por su trabajo en Los Sitios y creo que va a ser muy útil en la agrupación. Pero tenemos un problema.

—¿Cuál, capitán? —pregunté preparado para inmolarme definitivamente y terminar de una vez con aquella peculiar entrevista a oscuras. Pensaba que se refería a mi condición de religioso y ya deseaba que llegara el momento de decirle que era cristiano y que con gusto regresaría a la unidad, ya que por nada del mundo iba a renunciar ni ocultar mi fe.

Había ensayado mi discurso un millón de veces durante la tarde, sentado en el parque del paseo del pueblo. El capitán continuó:

—El problema es que su expediente, no sabemos por qué, fue solicitado de La Habana y no se encuentra aquí en la oficina del jefe de personal.

—Mire, capitán, mi padre, que vive en Cárdenas, es miembro del Partido Comunista. Él solicitó una investigación del por qué fui enviado a las UMAP porque

está haciendo gestiones para que me traspasen a una unidad regular del SMO. Es probable que esa sea la razón por la que mi expediente no aparece.

Debo explicar que ya en ese momento le había escrito a mi padre diciéndole que no hiciera nada, que prefería quedarme en las UMAP. Agradecía su interés y su preocupación —¡al fin!— por sacarme de allí, pero dos cosas no me habían gustado. Una era que las cartas que yo le escribía a él, se las leía a los compañeros de su núcleo del Partido. Eran cartas íntimas y muy privadas. ¿Por qué tenía que leerlas a ellos? Me molestaron los comentarios y conclusiones a las que algunos de ellos llegaron, y que él de buena fe me había hecho conocer.

Según mi padre, también amigos suyos de Seguridad del Estado, a quienes se dirigió para tratar de ayudarme, querían saber si después de salir del servicio yo pensaba irme para el extranjero. Una carta que recibí de mi otra hermana, Olga, que trabajaba en la Universidad de La Habana, había llegado con la misma pregunta. Según ella, el jefe de mi hermana Enna, la que trabajaba en la 1089, le preguntó si iba a recoger mis bultos y *fly away* cuando saliera del servicio. Aunque al fin mi familia estaba preocupada por mi estancia en las UMAP y estaba moviéndose para que fuera trasladado a una unidad regular del SMO, tal traslado ya no me interesaba. Como expresé en páginas anteriores, estar en las UMAP ya no significaba una tragedia para mí.

La entrevista con el capitán continuó a oscuras, pero sabía que de un momento a otro podía terminar y con ella mi posibilidad de quedarme en la agrupación.

La sinceridad puede provocar sorpresas

—Bien, ya veo por qué no está aquí su expediente. Pero nosotros necesitamos saber a qué se dedicaba en la calle. Usted bien sabe que a las UMAP vino todo tipo de personal. Esto es una agrupación y aquí no puede trabajar cualquiera. Debo advertirle que necesito me diga la verdad. Aunque su expediente no está aquí hoy, puede llegar en cualquier momento. Necesito conocer qué hacía antes de ser reclutado, para saber si puede trabajar aquí.

Respiré profundamente, me acomodé en el asiento, y en la oscuridad —por que todavía continuaba el apagón —dije al capitán:

—No tengo por qué ocultar, capitán, lo que hacía antes de ser reclutado. Era estudiante del Seminario Teológico Bautista de La Habana y atendía como pastor la iglesia bautista en San Antonio de Río Blanco.

Lo dije sin respirar, de un tirón, como quien se inmola en el altar del sacrificio. Debido al nerviosismo y a la oscuridad que impedía vernos las caras, creo que hablé con un volumen y una rapidez fuera de lugar. Y me quedé esperando la respuesta del capitán. Por unos momentos, para mí interminables, solo hubo silencio. Temía que de pronto él diera un puñetazo en la mesa y dijera algo como *¿Y pensó usted que podía trabajar aquí?* Estaba seguro de que se iba a airar y que la entrevista terminaría rápidamente: *Recoja sus pertenencias y regrese para su unidad.* Pero el capitán seguía callado en medio de la oscuridad. Cada segundo se me hacía más insoportable.

—¿Capitán?

Me desesperaba su lentitud para contestar. Su silencio me pareció una eternidad. Muy despacio, con una voz mucho más cálida y con un tono evidentemente nostálgico, dijo:

—Yo también... era bautista.

Allí en Vertientes en medio de un apagón, solos el capitán y yo en su oficina, temí que mi corazón fuera a paralizarse. ¿Habría escuchado bien? ¿Sería posible que él hubiese sido cristiano alguna vez? El tono de su voz era sincero y me daba la impresión de que quería seguir conversando sobre el tema. Cuando me repuse de la sorpresa, bajando la voz y cuidándome de hablar despacio, en un tono muy respetuoso y amigable, le dije:

—La diferencia... capitán, con todo respeto... es que usted era bautista... pero yo lo soy.

Zapata parecía no escucharme. Probablemente estaba hurgando en sus recuerdos. Cuando volvió a hablar, no lo hizo contestándome, estaba hablando consigo mismo:

—Ese fue un tiempo muy bueno de mi vida... y los principios de honestidad que aprendí en la iglesia bautista no se me han olvidado.

El capitán dio un fuerte golpe en la mesa, tal como lo había esperado, pero para decir:

—¡Tú eres el hombre que yo necesito aquí!

En todos los años que llevo de vida al escribir estas líneas, creo que ese fue el momento en que más cerca estuve de un infarto cardíaco.

Mis nuevas responsabilidades

Después de que había cambiado mi actitud de auto conmisericordia y rebeldía, todo comenzó a ser diferente. Ahora, cuando temía que el hecho de ser cristiano me cerraría las puertas a una oportunidad de mejoría y comodidad, sucedió lo contrario. Cuando el capitán Zapata dijo: *Tú eres el hombre que yo necesito aquí*, echó por tierra mis aspiraciones de martirologio. Esperaba verme regresando a Los Sitios, satisfecho y un poco poseído porque de nuevo estaba dispuesto a pagar el precio de ser cristiano. La entrevista con Zapata —a partir de ese momento— continuó en un tono mucho más íntimo. El capitán comenzó a tutearme.

—Bien, serás el ayudante del jefe de servicios y te ocuparás del almacén. Espero que lo pongas como el de Los Sitios.

—Eso trataré, capitán—contesté.

—Tienes que trabajar en los controles porque de ese almacén se han perdido muchas cosas.

El capitán me contó que había sido miembro de la iglesia bautista William Carey en el Vedado. Me preguntó por el Pbro. Juan F. Naranjo, y también se interesó por otros pastores que él conocía. Me confesó que había tenido muy buenas relaciones con el Pbro. Domingo Fernández, quien también fue su pastor y que ahora residía en los Estados Unidos.

Hablamos largo rato sobre la situación de los pastores que estaban presos desde 1965 y él se interesó en todos los detalles de esos acontecimientos. Zapata tenía buenos recuerdos de su tiempo en la iglesia. Manifestó que había dejado de creer, pero que conocía muy bien qué se enseñaba en la iglesia e insistió que por ser bautista y estudiante del Seminario, sabía que podía confiar en mí. Charlamos en su oficina hasta que regresó la luz. Me instruyó sobre mis responsabilidades y recalcó que ante cualquier dificultad no vacilara en pedir su ayuda.

Cuando me despedía de él, ya en la puerta y pensando que la entrevista terminó. Me dijo:

—Espera, hay algo más que debemos hablar tú y yo.

Volví a entrar y sentarme.

—Voy a pedirte un favor. Tú dirás si puedes concedérmelo.

Me extrañó que el capitán me pidiera un favor. Eso iba más allá de nuestra relación de superior a subordinado. Todo había tomado un giro inesperado.

—Tú serás un hombre libre después de las seis de la tarde y vas a poder ir donde quieras. Eso sí, debes dormir en la agrupación, ser muy puntual y estar en la oficina a las ocho de la mañana.

—No se preocupe, capitán. ¿Cuál es el favor de que usted habla?

—No tienes por qué ocultar que eres cristiano, pero debes ser prudente. Es posible que a algún oficial le moleste tu militancia religiosa. De seguro visitarás al pastor aquí en Vertientes y compartirás con su familia. No obstante, quisiera pedirte que no asistas a la iglesia aquí. Los fines de semana cuando vayas a Camagüey puedes hacerlo y hasta predicar si quieres, en eso no hay problemas. Pero si asistes aquí en Vertientes serás una complicación para mí y será difícil mantenerte trabajando con nosotros. Y tu presencia, Alberto, me es muy necesaria. ¿Me entiendes?

Por un momento dudé en aceptar su pedido. Mi primer impulso fue regresar a Los Sitios. Me pareció que el arreglo significaría hacer una concesión más allá de lo debido. Pero el capitán me hablaba con cariño. Había compartido conmigo experiencias que tenía bien guardadas en su corazón. Como conocía la dinámica de la vida cristiana daba por sentado mi relación con el pastor de Vertientes y su familia. Me pedía que actuara con prudencia y que me abstuviera de visitar la iglesia en Vertientes, lo que solo implicaba no ir al culto que tenían entre semana, porque los domingos estaría en Camagüey o en Ciego de Ávila. Aunque quisiera ir a la iglesia en Vertientes, probablemente tampoco pudiera hacerlo todas las semanas, porque cuando trabajáramos facturando la distribución mensual de la comida teníamos que laborar hasta de noche. Eso nos tomaba —por lo menos—, dos semanas del mes. Esta circunstancia reducía mucho mis posibles visitas a la iglesia.

Dado que el capitán me lo había pedido como un favor porque le crearía a él una situación difícil, decidí que si no accedía estaría tomando una actitud fanática e inconsecuente con todas las concesiones que él estaba haciendo para conmigo.

—Está bien, capitán —contesté.

—Explícaselo al pastor. Él te comprenderá. Estoy seguro de ello.

¿Hice bien en aceptar su pedido? Puede ser que algunos piensen que no. Confieso que tuve mis dudas también. Mucho oré y pensé aquella noche sobre ello. Llegué a la conclusión entonces, y todavía creo que hice lo correcto. Todos en la agrupación sabían mi condición de cristiano. Allí tenía mi Biblia y no me escondía para leerla. ¿A qué iglesia podía ir entre semana estando en una unidad en el campo? Desde que había regresado del pase en junio y había sido trasladado a Vertientes no había podido asistir a ninguna. Ahora podría ir los domingos a la Escuela Dominical y al Culto en la Primera Iglesia Bautista de Camagüey, y también los sábados a las reuniones de jóvenes. En contraste, la única posibilidad en Vertientes sería asistir a dos cultos —y tal vez a solo uno, en dependencia del trabajo— en todo el mes. Al fin y al cabo, tenía que obedecer órdenes y si había trabajo o estaba de guardia no podría moverme de allí.

Por otro lado, Zapata tampoco me prohibió relacionarme con el pastor y su familia. Si hubiera sido así, tal vez hubiese tenido que tomar una decisión diferente. Entonces tendría que evitar el contacto con esos hermanos y caer en la situación peculiar de que ellos recibían y atendían a mi esposa y yo no podía tratarlos. Pero no fue así. Podía visitarlos y relacionarme con ellos. Además, el capitán no me dio una orden, solo me pidió un favor.

CAPÍTULO 11

Dios no entra en mi oficina

Zapata me trató como un padre el tiempo que trabajé en la agrupación. Tal como él supuso, un oficial, el jefe de personal, fue una espina para mí desde el momento en que supo que era cristiano. Me hacía la vida imposible y con frecuencia trataba de provocarme.

—No le hagas caso —me aconsejó Zapata cuando se lo conté—, quiere tener un problema contigo para exigirme que te envíe de regreso a tu unidad. Mientras le respetes y trabajes bien nada puede hacer. Él busca que le contestes a sus provocaciones para decirme que le has faltado el respeto. ¡Ignóralo! Ya se acostumbrará a tu presencia y te dejará tranquilo.

Pero el oficial era persistente y estaba decidido a sacarme de la agrupación. Raro era el día en que no buscara la ocasión de decir algo hiriente contra los cristianos, o blasfemar de Dios en mi presencia. Lo mismo hacía si coincidíamos en el comedor. Él disfrutaba un extraño y malévolos placer provocándome cada vez que nos encontrábamos y en la agrupación seríamos unas veinte personas solamente. La posibilidad de evadir el encuentro con él era ínfima y para realizar mi trabajo necesitaba mantener un estrecho contacto con la oficina de personal. Debía actualizar los traslados y las altas o bajas en las unidades, pues la comida se distribuía teniendo en cuenta la cantidad de reclutas y oficiales que había en cada campamento.

El tiempo que estuve en Vertientes fue el mejor período que pasé en las UMAP a pesar de que en la agrupación se trabajaba duramente. El INRA²⁹ nos comunicaba los alimentos disponibles y de acuerdo con las normas establecidas nosotros elaborábamos las facturas para cada compañía. Era un trabajo meticuloso y

²⁹ Instituto Nacional de la Reforma Agraria.

lento, porque el INRA trabajaba con libras como unidad de medida y el ejército con kilogramos. En aquel tiempo no existían —o nosotros no teníamos— calculadoras que hicieran la conversión automáticamente. Teníamos que hacer los cálculos necesarios factura por factura y unidad por unidad. Era también nuestra responsabilidad ir a buscar la mercancía a Camagüey con camiones del ejército y distribuirla después a los campamentos UMAP. Lo mismo hacíamos con otros alimentos que llevaban una facturación semanal, como la carne, los huevos y los pollos cuando los había. Tenía que ocuparme del almacén en la agrupación y el control de entrada y salida de todas las mercancías que llegaban. Pero a no ser en el par de semanas más o menos que demoraba la elaboración de todas las facturas de la distribución mensual de alimentos, a las seis de la tarde era un hombre libre. Había un cine en el pueblo y existía también la posibilidad de ir a conversar al parque con los otros reclutas que allí trabajaban, o simplemente caminar.

El camino peatonal bordeado por palmas reales que pasaba enfrente de la oficina de la agrupación en Vertientes e iba directamente hacia el central azucarero, era un lugar precioso para pasear por las tardes, disfrutando la brisa y la calma del atardecer. ¡Estaba hasta el placer de ver pasar los trenes! O de sentarme tranquilamente en el parque, bajo los árboles a observar las personas en su ir y venir tras sus múltiples ocupaciones e intereses.

Privilegios en medio de la prueba

¡Qué diferente y llena de colores es la vida y qué cantidad de matices ofrece cuando uno puede observarla sin estar internado tras una cerca y sometido a una rutina opresiva! El pastor de la iglesia de Vertientes, Luis Figueredo y su esposa Leonor, me bendijeron con su cariño y comprensión. Zapata, atento a mis necesidades, dedicaba ratos a conversar conmigo acerca de la obra bautista con mucho interés. Estaba al tanto de las visitas de mi esposa y cómo nos relacionábamos.

Miriam y yo nos veíamos todos los fines de semana. A veces ella llegaba en la tarde del viernes, íbamos al cine, o conversábamos caminando por el pueblo. Dormía en casa del pastor y el sábado nos íbamos para Camagüey. Allí nos uníamos a las actividades de la Primera Iglesia Bautista. Varias veces nos alojamos en un hotel. Otras, Noel Fernández y Ormara Nolla, él natural de Camagüey y ella de

Ciego de Ávila, compañera de Miriam de toda la vida en la iglesia, nos alojaban en el apartamento que ocupaban en la ciudad compartiendo con nosotros con mucho amor y alegría lo poco que tenían.

Noel también fue reclutado para las UMAP, pero salió de baja al poco tiempo por enfermedad. Con ellos asistíamos a la iglesia. Disfrutamos momentos de compañerismo que afianzaron una amistad que ha sobrevivido al paso de los años y las altas y bajas de la vida. Los lunes me levantaba de madrugada y hacía el viaje de regreso a Vertientes muy temprano, a fin de llegar a la hora de comenzar el trabajo en la oficina.

Un viernes en la noche, después de conversar con Miriam hasta tarde en la casa del pastor, regresé a dormir al barracón. Cuando ya estaba dormido, Zapata me despertó.

—¿Y tú qué haces durmiendo aquí?

Me desperté asustado y no entendía qué me preguntaba.

—¿Qué sucede, capitán?—le pregunté.

—¿Qué tú haces durmiendo aquí? Vi a tu esposa llegar esta tarde. ¿Por qué no te quedaste en casa del pastor con ella?—volvió a preguntar.

Me incorporé en la cama, y le dije:

—Pero capitán, el pase es mañana. Usted me advirtió que por las noches podía salir pero que debía dormir en la agrupación.

—¿Y acaso tengo que saber que tú no estás durmiendo aquí? No tengo por qué saberlo, Alberto. No acostumbro a dar vueltas por el dormitorio ni revisar las camas —me guiñó un ojo y se marchó.

Esa noche volví a salir y regresé al barracón a las seis y media de la mañana. El de pie en Vertientes era a las siete. El capitán, que ya conocía bien a Miriam, le vio cuando ella bajó del ómnibus. Ignoro si fue al barracón por casualidad o interesado en ver si yo estaba allí. Fue un gesto que demostró que él era un buen hombre y que me tenía afecto. Zapata hizo todo lo que pudo para que mi estancia en la agrupación de Vertientes fuera agradable.

Quien lea estas líneas no piense que todos los reclutas disfrutaban de las mismas facilidades. La inmensa mayoría permanecía internada en unidades campo adentro. Yo pertenecía a una élite que trabajaba en cargos administrativos y que

era una exigua minoría. Esos pequeños placeres que facilitaban mi vida estaban vedados para los demás. Sometidos al régimen de levantarse-trabajar-comer-dormir, en la esperanza de un pase a los seis meses cuando terminara la zafra y recibir la visita familiar una vez al mes, llevaban ya por más de dos años, miles de jóvenes en las UMAP. Aunque comenzaron a darse pases por unas horas los domingos, no todos los disfrutaban. Debido a la ubicación de las unidades en lugares muy remotos, era imposible en unas horas salir de ellas y regresar en el mismo día.

Los otros seminaristas que todavía estaban en las UMAP y que habían sido mis compañeros en Las Marías, José Ferrer, Israel García e Israel Cordovés, al igual que otros muchos, continuaban en sus unidades trabajando en el mismo régimen sin disfrutar de los privilegios que sí estuvieron a mi alcance. Ellos, al igual que la mayoría de todos los reclutas, continuaban sufriendo las peores condiciones.

Poco a poco, no obstante, algunos reclutas iban mejorando su condición.

Dios no solo me ayudaba a mí

Por esa época se hizo una selección de personal para trasladarlos a La Habana a trabajar en Construcciones Militares. Entre los cuarenta y cinco reclutas que se seleccionaron en el Batallón 27 de la Agrupación de Vertientes, debido a su actitud en el trabajo y comportamiento general, estaban tres hermanos de la Iglesia Bautista de Batabanó: Rodolfo Luis Delgado, Roberto Luis Delgado y Moisés Echevarría Luis. También integraba el grupo el hermano Eduardo M. Díaz, que era miembro de la Iglesia Bautista de San Antonio de los Baños.

Los cuarenta y cinco jóvenes fueron sometidos a una rigurosa entrevista individual. Altos oficiales de las UMAP revisaron sus expedientes y determinaron cuántos estaban aptos para dejar la organización y pasar a unidades regulares que trabajaban en La Habana en la construcción. Cuando al hermano Eduardo Díaz le tocó pasar a la entrevista, un oficial le dijo:

—Es una lástima que un joven como usted, con un expediente tan bueno, tanto en la vida civil, como en las UMAP, todavía esté creyendo que Dios existe.

Eduardo había sido llevado a las UMAP con diecinueve años, a pesar de ya estar trabajando.

Al final de la entrevista el oficial le dijo:

—Entendemos, sin embargo, que nadie mejor que tú merece ser trasladado a su provincia.

Del grupo de cuarenta y cinco entrevistados, solo dieciséis fueron seleccionados. Entre ellos los cuatro jóvenes cristianos antes mencionados. Les trasladaron a un campamento cerca del aeropuerto Ignacio Agramonte de Camagüey para reunirlos con el personal que venía de otras agrupaciones. El grupo final lo formaron ciento dos reclutas. Entre ellos también iría el hermano Felipe Cabrera Rentería de la Iglesia Bautista Bethel de San Antonio de los Baños. En el grupo, escogido como lo mejor de los reclutas UMAP, iban cinco bautistas.

El día que serían trasladados para La Habana, después de estar en el campamento citado por espacio de un mes, hubo un acto para despedirles en el que habló el capitán Felipe Guerra Matos. Entre otras cosas, dijo:

—Esta es una oportunidad que se les da por su buen comportamiento y actitud ante el trabajo, pero sepan de una vez que el que se porte mal, regresará para las UMAP de nuevo.

Ninguno de ellos lo hizo. La palabra UMAP continuó siendo una amenaza. Jamás llegó a ser agradable ni prestigiosa. No obstante, fue bueno saber que jóvenes cristianos, sin abandonar su fe, lograban destacarse por su conducta. No hay mejor predicación que la de un buen comportamiento. Al estilo del profeta Daniel, creyente solitario en el Dios verdadero en medio de un imperio pagano, pero sirviendo de una manera que se hizo necesario y respetable, los cristianos en las UMAP fueron ganando prestigio y haciéndose necesarios por su utilidad.

La mujer y el hijo trasladado

Mi trabajo en Vertientes terminó abruptamente porque el jefe de personal logró su objetivo de sacarme de mis casillas. Cerca de las diez de la noche, mientras servía como ayudante del oficial de guardia, vi llegar a una mujer a la oficina. Era mayor y traía una pesada jaba que encorbaba su cuerpo al caminar. Salí al portal para ver qué deseaba. Me explicó que unos reclutas, compañeros de su hijo, le avisaron que él tuvo problemas y le trasladaron. Cuando supo la noticia, muy preocupada porque ignoraba qué problema había enfrentado su hijo, viajó de

La Habana a Vertientes desde el anochecer del día anterior. Llegó tras veintiséis horas de viaje, muy angustiada y cansada.

Le avisé al jefe de personal, quien de milagro se dispuso a atenderla a esa hora, aunque lo hizo de una forma grosera y cruel. El hijo y la mujer eran Adventistas del Séptimo Día. Desde mi puesto en la guardia, escuché la discusión entre ambos. Ella quería saber si el problema del hijo tenía que ver con la religión. El oficial se negó a darle cualquier informe. Cuando terminaron la entrevista, ya en la puerta, la mujer suplicó llorando:

—Por favor, usted también debe tener hijos. Solo quiero saber dónde está y qué sucedió.

—Cuando su hijo le escriba, le dirá, ciudadana. No puedo informarle nada más.

—Pero he venido desde La Habana hasta aquí para saber.

—Pues váyase por donde vino, señora. Nadie la mandó a buscar. Regrese y espere carta de su hijo, que él ya es un hombre.

—Por favor, ¿no se da cuenta del esfuerzo y el viaje que he hecho para llegar hasta aquí? ¿Qué le cuesta a usted decirme dónde está y cuál fue el problema?

Él estaba furioso porque la mujer no quiso decirle los nombres de los reclutas que le habían informado sobre el problema del hijo. Argüía que habían revelado un secreto militar y violado la disciplina. La mujer les defendía:

—¿Cómo va a ser un secreto militar, teniente? Si ellos tuvieran armas, o fuera una unidad de combate, se lo acepto. Mi hijo es solamente un trabajador agrícola. ¿Qué importancia tiene si está trabajando en un lugar o en otro? Solo quiero saber dónde se encuentra ahora.

—Pues si no me dice los nombres de quienes le avisaron, se va sin saber nada —rugió.

—Pues yo no soy militar, contestó la mujer, y no estoy obligada a decírselo.

—Está bien. Pues lárguese para La Habana sin saber nada.

La mujer, airada porque el militar se negó a decirle el paradero de su hijo, se aferró a su fe:

—Ya Dios me hará saber de mi hijo, teniente, se lo aseguro.

—¡No sé cómo! —replicó él—, Dios no entra en mi oficina, ciudadana.

—¿Qué dice usted? —inquirió la mujer, confundida por lo que había oído. No escuchó bien porque el oficial había hablado con rapidez.

Él se irguió aún más, levantó su voz y repitió:

—Dios no entra en mi oficina, ciudadana. No sé cómo va a saber dónde está su hijo.

La mujer estaba indignada y herida. Ya en el portal, mientras se iba, llorando de rabia e impotencia, se viró y le dijo al jefe de personal:

—De todos modos, sé que Dios cuida de mi hijo y ustedes no podrán hacerle daño.

—Pues que no se porte bien para que usted vea si podemos hacerle daño o no —contestó él, riéndose a carcajadas. La mujer se alejó sin mirar atrás.

El teniente se quedó observándola mientras ella cruzaba la línea de ferrocarril que pasaba frente al edificio. Cuando vio que había abandonado definitivamente la agrupación, entró a la sala. Al descubrir que yo estaba sentado en la mesa del ayudante de la guardia, se detuvo. Comprendió que yo había escuchado toda la conversación. Se dirigió a la puerta que dividía la sala con el local donde yo me encontraba, se recostó a ella, y muy despacio, cuidándose de pronunciar bien las palabras para que yo entendiera todo lo que decía, dijo:

—Todos estos religiosos son unos hijos de puta —y se quedó en la puerta, fumando recostado a la pared, mirándome fijamente, para ver qué yo hacía.

Alcé mi cabeza y vi que reía cínicamente. Confieso que no lo pensé, fue una reacción instantánea y fulminante. Me paré, le miré directamente a la cara. Salí de atrás de la mesa dirigiéndome hacia donde él estaba. Y le dije con todas las fuerzas de mi alma:

—¿No sabe usted teniente... que yo conozco muchos hijos de puta...

Y repetí, hablando tan despacio y enfáticamente como él mismo había hecho, mirándole directamente a los ojos:

—Yo conozco, teniente, muchos hijos de puta que... no son precisamente religiosos.

El jefe de personal captó el mensaje. Con una evidente expresión de triunfo, como el que ha alcanzado una victoria largamente esperada, me dijo:

—Con esas palabritas estúpidas ha firmado su sentencia, soldado. Disfrute su guardia esta noche porque le aseguro que es la última que va a hacerla en este lugar. Y se encerró en su oficina después de darle un tirón a la puerta que debe haberse oído en todo el batey.

Después de que él se fue caminé hasta la sala y me senté allí. Sabía que había metido la pata, pero disfruté a plenitud mis *palabritas estúpidas*. ¡Ya estaba harto de sus continuos ataques! En la sala también estaba su ayudante, otro recluta UMAP, que como trabajaba en la oficina del jefe de personal lo conocía muy bien.

—Te sacaste la lotería, Alberto. Prepárate. El viejo³⁰ se las va a cobrar echándote de aquí.

—Está bien, pero iba a soportar una ofensa así, él no tiene derecho —contesté.

La pobre mujer se fue de la agrupación pensando que había dado su viaje por gusto, lo cual no iba a resultar cierto. Cuando el ayudante del jefe de personal vio que el teniente se había marchado, me dijo:

—Si el viejo vuelve y te pregunta por mí, dile que fui a buscar cigarros al barracón. Voy a salir para decirle a la mujer que su hijo no tuvo un problema serio. Solo discutió con el político de su unidad y por eso lo trasladaron a otra compañía. Sé dónde está y voy a decírselo.

Salió de la agrupación y la encontró llorando en la estación de ómnibus. Le explicó con detalles el problema del hijo y se hizo cargo de la pesada jaba con alimentos que ella traía. Prometió que se la haría llegar al recluta. Y el jefe de personal creía que Dios no entraba en su oficina.

Esa noche dormí radiante de felicidad aunque mis horas en Vertientes estuvieran contadas. El placer de haberle dicho al teniente lo que pensaba de él —y repetírselo mirándole a la cara— me provocaba una inmensa satisfacción. Bien que lo merecía. Por mucho tiempo me reí al recordar la cara del teniente y su expresión cuando escuchó semejantes palabras en mis labios.

Al borde de otro infarto cardíaco

A la mañana siguiente, cuando el capitán Zapata supo por el indignado jefe de personal la tremenda falta de respeto a un superior en la que yo había incurrido, me dijo:

—Parece mentira que te hayas dejado provocar por ese estúpido. Mira que te lo advertí, muchacho.

El teniente insistía en que debía regresar a la unidad. Zapata decidió darme cinco días de pase.

³⁰ En la agrupación llamaban “el viejo” al Jefe de Personal porque era el de más edad entre los oficiales.

—Dame tiempo para ver qué puedo hacer. Tal vez al no verte aquí se tranquilice —me dijo.

Cuando regresé, otra circunstancia provocó que me fuera de allí. Las agrupaciones de Vertientes y Esmeralda se fusionaron y esta última vino con su jefe de servicios y su ayudante UMAP. El jefe de personal se las arregló en el Estado Mayor para que el ayudante UMAP del jefe de servicios de la agrupación de Esmeralda se quedara trabajando en mi puesto y yo fuera enviado al campo. Así fue que otro joven recluta, llamado Joel Ajo, ocupó mi lugar, mi cama y mi oficina en la agrupación UMAP de Vertientes. El jefe de personal se libró de mí, pero ignoraba que Joel Ajo fue reclutado siendo pastor suplente de la Iglesia Metodista en Alcides Pino, en Holguín. ¿Dios no entraba en la oficina del jefe de personal? Junto con Joel, vino a trabajar a la agrupación de Vertientes como cocinero otro recluta llamado Rigoberto Cervantes, quien era pastor bautista. El teniente, satisfecho por echar a un cristiano de la agrupación, ignoraba que el resultado de sus gestiones posibilitaba que entonces fueran dos los que trabajaran allí. ¿Dios no entraba en su oficina?

De la noche a la mañana volví para Los Sitios. Ese sería el quinto traslado desde salí de Las Marías. El jefe de personal se dio el gusto de llevarme él mismo y en su camión hacia la unidad de donde había sido seleccionado para trabajar en la agrupación.

Como a las diez de la mañana salimos de Vertientes. En el vehículo, el oficial iba acompañado de su ayudante. Entre otras cajas de mercancía y tapada por una lona, también viajó la jaba de alimentos y cartas para el recluta adventista. Pasaríamos —¡precisamente!— por su unidad para dejar esas cajas con mercancías que estaban pendientes de entrega a ese campamento, en el cual el recluta que trabajaba en el almacén... también era cristiano. Él se encargaría de entregar la jaba al joven adventista. Dios no solo entraba a la oficina del jefe de personal: utilizaba su vehículo y destruía sus malas intenciones.

A pesar de haber perdido mis ventajas fui alabando a Dios todo el camino, y también —¿por qué no decirlo?— riéndome interiormente del jefe de personal. Él iba soberbio y prepotente, sin dirigirme una palabra, gozándose porque me había aplastado al fin. Ignoraba de qué tremenda manera Dios se estaba

burlando de él. Echó a un cristiano de la agrupación, un seminarista, y ahora tenía allí a dos pastores. Hubiera dado cualquier cosa por ver su rostro cuando lo supiera. Aunque perdí todas las ventajas de mi posición en Vertientes estaba tranquilo, confiado y hasta feliz por haberle contestado de esa manera. Así acepté el retorno a Los Sitios con satisfacción. Si otros dos pastores iban a trabajar en la agrupación, podía retirarme de allí sin amargas.

Varias veces estuve tentado, cuando me bajara del camión, a decirle: ¿Así que Dios no puede entrar en su oficina, teniente? Yo usted no estaría tan seguro. Además, recuerde que hay hijos de puta que no son cristianos.

No me atreví porque él contestaría con alguna de sus blasfemias favoritas. Callé también por otra razón. Cuando en su oficina Zapata se despidió de mí, al abrazarme, dijo a mi oído:

—Estás en la recta final. Cuando termine la zafra habrá una desmovilización general. Las UMAP van a disolverse. No lo comentes porque todavía es un secreto.

Sin lugar a dudas: la oficina del capitán Zapata en Vertientes era un lugar muy peligroso.

Muy peligroso para mi corazón.

CAPÍTULO 12

En la recta final

De regreso a Los Sitios me incorporé al trabajo del campo. En mi ausencia otro recluta ocupó el cargo de suministro. No había comenzado la zafra y la unidad trabajaba en la limpia de caña. El jefe del primer pelotón, con el que yo tuve problemas, había sido trasladado. Cuando el teniente Rojas me recibió, dijo que en la primera oportunidad él me daría el puesto otra vez.

Desde que comencé a aplicar el principio que Pablo expresa en Colosenses 2:23 *Y todo lo que hacéis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres*, todas las cosas habían cambiado para mí. ¿Qué importaba si fui llevado a las UMAP injustamente? A la hora de trabajar, podía hacerlo *como para el Señor*. Aunque solo recibiera siete pesos por salario.

Cuando Pablo escribió esa exhortación se refería al trabajo de los esclavos. Algunos interpretan que sus palabras son respaldo bíblico a un sistema de opresión y explotación, lo cual no es cierto. El secreto está en que cuando alguien pone su corazón en el trabajo que realiza y hace su mayor esfuerzo —con independencia del salario que reciba—, siente una satisfacción tan íntima que puede enfrentar con buen ánimo cualquier situación difícil y opresiva.

Todos conocemos cuánto disfrutamos cuando hacemos algo que en verdad nos agrada y que sabemos tiene un verdadero valor, ya sea para otros o para nosotros mismos. Las horas pueden pasar sin que nos demos cuenta y cualquier sacrificio deja de serlo. El deleite de ver cómo va avanzando nuestra tarea y el gozo anticipado de verla terminada nos da fuerza y entusiasmo para continuar. A veces ni somos conscientes del tiempo invertido, el cansancio o la fatiga, hasta el momento en que hemos terminado.

Gústenos o no fuimos hechos para trabajar. En el relato bíblico de la creación Dios puso al hombre en el huerto del Edén *para que lo labrara y lo guardase*.³¹ Mucho antes de que el pecado entrara en escena y trastornara las relaciones de Dios con el hombre y las de este con la naturaleza, que el ser humano se ocupara en su trabajo fue un designio divino. Una de las tantas cosas que Dios creó y declaró *buenas en gran manera*.³²

Ahora bien, todo lo anteriormente puede ser muy fácil de aceptar y entender cuando podemos escoger nuestro trabajo. ¿Pero qué sucede si nos es impuesto, si no ha sido nuestra elección sino la decisión de otros lo que determina que realicemos una labor que no nos agrada? Creo que el trabajo en sí mismo tiene un valor intrínseco. Por increíble que parezca, hacerlo bien hecho produce en el ser humano un fuerte sentimiento de bienestar.

Alguna vez leí y no recuerdo dónde —me daría gusto dar crédito al autor— que el éxito en la vida no consiste en hacer lo que a uno le agrada, sino en lograr que a uno le agrada lo que tiene que hacer. Creo que poner el corazón en el trabajo que se realiza es como la vara mágica de los cuentos de hadas. Tiene la virtud de transformar todo lo feo en hermoso.

La Biblia condena de manera absoluta la pereza porque ella degenera y destruye al hombre. Así —como en tantas otras cosas de la vida— el secreto está en la actitud que seamos capaces de tomar ante cualquier situación. Es trágico cuando un ser humano rechaza y no da valor a su trabajo, porque por humilde y desagradable que sea tiene siempre un valor esencial. Trabajar eleva la autoestima y la capacidad de vivir una vida plena. Cuando alguien no quiere trabajar o lo realiza de forma mediocre o descuidada, tal vez perjudique a su empleador, pero el daño real se lo hace a sí mismo por la carga de apatía y frustración que está añadiendo a su vida.

Pensando de esa manera después de haber resuelto mis problemas espirituales, no me afectó la pérdida de mis privilegios en Vertientes y el regreso a la unidad no constituyó una tragedia para mí. Tampoco lo fue volver a trabajar en el campo y realizaba mi faena con entusiasmo. Cumplía mi norma temprano y seguía trabajando más todavía.

³¹ Génesis 1:28 y 2:15

³² Génesis 1:31

Mi amigo Miguelo, quien cada día trataba de trabajar lo menos posible, me decía:

—Cógelo con calma, socio, que esto va para largo ¿Qué lavado de cerebro te hicieron en Vertientes? Ahora sí que se te subió el patriotismo.

Era feliz trabajando porque, amén de las ventajas ya expuestas, de ese modo el tiempo pasaba más rápido, pero ya sabía que estaba en la recta final. Además, habría pases en diciembre y se decía que darían días adicionales si se sobrepasaba la norma. De modo que al primer mes de estar de nuevo en la unidad salí vanguardia en el chequeo de emulación. Hubo un acto en la compañía y me entregaron como premio una bandera roja.

El compañero vanguardia

No sé a quién se le ocurrió que el compañero vanguardia disfrutara del enorme privilegio de andar con la bandera roja a cuestas constantemente. Me buscaron un listón largo de madera para que pudiera enarbolarla y así andar con ella para todas partes. Debía amarrarla al lado de mi cama. Por la mañana llevarla conmigo al campo y colocarla delante de los surcos en que trabajaba para señalar dónde estaba el compañero vanguardia. Se me exigía portar la bandera cada vez que había formación.

La dichosa bandera se convirtió en un castigo. Varias veces se me olvidó en el campo. Los compañeros me la escondían para que al no verla cuando fuera a salir al terminar el trabajo, la olvidara y dejara allí. Entonces, cuando ya íbamos de camino a la unidad, alguno decía:

—Permiso, teniente. ¡Al compañero vanguardia se le quedó la bandera en el campo!

Y el teniente, inmediatamente, me daba la orden:

—¡Compañero vanguardia! Regrese al campo y recoja la bandera.

Allá tenía que regresar —mientras los autores de la broma se reían con disimulo—, desandar el camino ya hecho, recogerla y regresar con ella a la unidad. Raro era el día que la bandera roja del compañero vanguardia no provocara momentos de hilaridad. Decidí que tenía que deshacerme de la bandera y el mes

siguiente trabajé... ¡mucho menos! Hice lo suficiente para sentirme bien, pero evité salir destacado. El estímulo que recibí por mi trabajo eficiente el mes anterior funcionó en sentido inverso.

Andar con una bandera roja a cuestas, lejos de enorgullecerme, resultó humillante y absurdo. ¡Tremenda manera de premiar a alguien por su trabajo obligándole a cargar y exhibir una bandera las veinticuatro horas del día! ¿De quién habrá sido la espectacular idea?

Salimos de pase a finales de diciembre. Nos dieron los diez días reglamentados y, la oferta de días extra por sobre cumplir la norma se quedó en promesas. Esta vez Miriam y yo esperamos juntos el año nuevo. Era la primera vez que lo lográbamos después de casados. El 31 de diciembre de 1967, a las doce de la noche, en la iglesia, nos cogimos las manos y pedimos al Dios que fuera cierta la desmovilización que Zapata me anunció en privado. Recibimos el nuevo año con la esperanza de que el final de las UMAP se acercaba.

No obstante, quedaba toda la zafra por delante y era siempre un tiempo difícil, en el cual no había pases. Para nosotros se complicaba la situación con el hecho de estar destacado en Los Sitios, una zona solitaria y despoblada a treinta kilómetros de Vertientes y con muy mala comunicación. Llegar hasta allá era una proeza y me negaba a que Miriam fuera a visitarme. Ambos estuvimos de acuerdo en que no iría.

Nos despedimos el 3 de enero dispuestos a no vernos en cuatro o cinco meses, al menos de que alguna circunstancia favorable lo proporcionara. Feliz porque el final se acercaba, no deseaba que Miriam continuara esos viajes que siempre eran angustiosos. La zafra siempre terminaba a fines de abril o principios de mayo.

He podido comprobar en mis largos años de ministerio que cuando alguien está mal espiritual y anímicamente, tiende a volverse egoísta y reclama una atención y apoyo que agota y deja exhaustos a quienes tiene a su lado. La necesidad constante de usar muletas humanas siempre es un signo de que las relaciones con Dios no son muy estrechas. Podemos apoyarnos en otros, pero no de una manera reiterada y absorbente exigiéndoles sacrificios superiores a sus fuerzas.

La zafra comenzó a principios de enero. Hasta Miguelo, que jamás tenía entusiasmo para trabajar, el primer día se levantó gritando por toda la barraca:

—¡Arriba, guardias, para que una cosa se acabe, primero hay que empezarla! Cuando pasó al lado de mi litera añadió:

—Tú mira a ver cómo convences a Dios de que envíe la lluvia pronto para que se termine rápido. Él pudiera darnos una ayudita alguna vez. ¿No crees?

Cuando había caminado unos pasos, volvió atrás, se acercó y me dijo al oído:

—Lo tengo todo calculado, socio. Voy a cortar caña un mes si acaso. Después, me corto un tendón y no pincho más hasta que me pire de aquí.

—No seas bobo, Miguelo —le repliqué—, herirse uno mismo no es correcto.

—Lo que no está correcto es cortar caña por siete pesos al mes, patriota. Ya lo tengo decidido, mi hermano. ¡A esta gente solo le trabajo un mes más! ¿Qué te parece? Después, la herida no se me va a curar hasta que me den la baja. Ya lo verás.

Como a las dos semanas de estar cortando caña comenzó a correrse el comentario de un nuevo traslado. Para mí sería el sexto desde que había salido de Las Marías. Había estado en Mola, Sabanilla, Los Sitios, Vertientes, Los Sitios de nuevo, y ahora sabría Dios a dónde nos llevarían. Nunca se nos informaba antes. Mi esperanza era que fuera a algún lugar más cerca de la ciudad de Camagüey que facilitara el que Miriam viniera a la visita o pudiéramos vernos allí si nos daban pases los domingos.

Un regalo inesperado

Salimos de Los Sitios otra vez de noche. Cuando la caravana de camiones llegó a Vertientes y cogió la carretera de Camagüey me llené de esperanzas. Cuando llegamos a la ciudad pensé que tomaría la carretera de Nuevitas rumbo a Senado, pero cuando alcanzamos la Carretera Central, doblamos hacia la izquierda, hacia Ciego de Ávila. Cuando pasamos Florida y continuó el viaje por la Carretera Central, ya estaba lleno de ilusiones. ¿Sería posible que Dios me mandara cerca de Miriam? En los alrededores de Ciego de Ávila había varios centrales. Si íbamos a cortar caña para cualquiera de ellos tendríamos posibilidad de vernos a menudo.

Cuando llegamos al entronque del Central Baraguá y doblamos a la izquierda el corazón quería estallar de alegría. Baraguá quedaba alrededor de cuarenta kilómetros de Ciego de Ávila y había transporte regular entre el central y la ciudad. La caravana pasó el central y se internó en los campos. No veía la hora de que llegáramos al campamento porque quería que estuviera a una distancia caminable desde el central, ya que eso facilitaría todo. La caravana continuó por dieciocho kilómetros más y se detuvo en un campamento desolado y ruinoso, frente a un viejo barracón de madera que parecía inhabitable. Habíamos viajado más de ciento cincuenta kilómetros desde que salimos de Los Sitios.

El campamento era un desastre. No había luz eléctrica. Las literas eran de madera rústica y saco de yute. Las paredes de madera estaban podridas y llenas de huecos. El frío era irresistible dentro del barracón. Ni los baños ni las letrinas tenían techo. El agua se sacaba cubo a cubo de un pozo de brocal. Aunque llegar a un lugar así en plena madrugada no fue agradable, como estábamos cansados por el viaje me rendí en cuanto pude hacerme de una cama. Estaba feliz porque ya no iba a estar cuatro meses sin ver a Miriam. Comencé a ilusionarme y anticipar la alegría de llegar el domingo de sorpresa. Aunque el campamento distaba dieciocho kilómetros de Baraguá, jamás había estado en un lugar tan cerca de su casa.

Al día siguiente, en la formación antes del desayuno, el teniente Rojas reconoció todas las incomodidades del lugar, pero al terminar su arenga para que nos esforzáramos en el trabajo a pesar de los inconvenientes, añadió:

—De todos modos, les tengo una buena noticia. Habrá pases los domingos para los que tengan buen comportamiento y se destaquen en el trabajo.

—¿Es verdad lo que estoy oyendo? —le pregunté a Miguelo, que estaba a mi lado en la formación.

—De verduri, socio —contestó—, pero no te emociones mucho. Ya sabes cómo es esto. Mañana llega otra orden y boca abajo todo el mundo. ¿Dónde están los días extras que iban a darnos en el pase de diciembre?

El domingo, cuando Miriam menos lo esperaba, me le aparecí sorpresivamente al mediodía. Cuando me vio no quería creer mi historia de que iba a cortar caña para el Central Baraguá.

—Dios es bueno, nosotros sufriendo y mira lo que él nos tenía preparado —dijo.

Junto a un grupo de reclutas había caminado los dieciocho kilómetros del campamento al central. Estuve toda la tarde en la casa, por la noche fuimos juntos al culto y a las diez y treinta me reuní de nuevo con mis compañeros para emprender el viaje de regreso. Tomamos el último ómnibus a Baraguá, que salía a las once de la noche de Ciego de Ávila. Habiendo caminado dieciocho kilómetros en la mañana, volverlos a transitar en la noche era algo fuerte, pero todos estábamos jóvenes y de todas formas teníamos que regresar. Hicimos el trayecto conversando, sentándonos a descansar y haciendo algún que otro tramo a paso doble. Llegamos al campamento cuando daban el de pie para el trabajo.

Me sentía inmensamente feliz. Aunque todavía no se había hecho un anuncio oficial, ya eran insistentes los rumores de que se preparaba una desmovilización general. El próximo domingo yo haría otra vez el mismo viaje aunque nadie más quisiera ir conmigo. ¿Qué me importaba caminar treinta y seis kilómetros si podía estar unas horas en casa con mi esposa y asistir al culto en la noche juntos? Tenía fuerzas y una salud de hierro.

Trabajaba fuertemente para asegurar el pase. Los domingos salía temprano y caminaba ilusionado los dieciocho kilómetros hasta el central junto al grupo de reclutas que por su trabajo obtenía el pase. Era el más feliz de todos. Ellos tenían el aliciente de ir al pueblo y pasear un poco, pero yo iba a encontrarme con mi esposa. Algunas veces regresé en la noche solo. Otras, algún recluta que se había quedado hasta la noche me acompañaba. La mayoría prefería regresar temprano porque al atardecer siempre encontraban algún transporte que les acercara al campamento y así podían dormir la noche. Visité a Miriam todos los domingos durante el mes y medio que estuvimos cortando caña en Baraguá.

Salir de pase significaba caminar treinta y seis kilómetros y pasar una noche en vela, pero lo hacía con gusto. Ella se sacrificó visitándome durante más de dos años, sin importarle cuán lejos yo estuviera ni las dificultades que enfrentaba con tal de estar un par de horas a mi lado. En mi salida dominical junto a otros reclutas, algunas veces nos topábamos con un camión mientras caminábamos del campamento hacia el central, pero en la noche el regreso sería totalmente a pie. Ignoro de dónde sacaba fuerzas para cortar caña al otro día.

Hubiera sido bueno permanecer toda la zafra allí, pero al mes la caña se acabó y fuimos trasladados de nuevo.

Tropecé de nuevo con la misma piedra

Cada vez que comenzaban los preparativos para un traslado, recordaba cómo nos quejábamos en Las Marías de estar siempre en el mismo lugar. Ahora conocía muy bien todas las inconveniencias que podían causar. Jamás se daba información del lugar hacia dónde nos dirigiáramos ni las condiciones que encontraríamos. Tampoco por cuánto tiempo estaríamos. Todo se manejaba como información secreta.

Para mí, este séptimo traslado fue el peor de todos. Cuando la caravana de camiones llegó a la Carretera Central y dobló hacia Camagüey, alejándose cada vez más de Ciego de Ávila, me sentí muy mal. Una y otra vez me repetí que no podía ser malagradecido porque el traslado a Baraguá había sido un regalo inesperado. Parado sobre el camión, mientras el viento me daba fuertemente en la cara debido a la velocidad que llevaba, comencé a fijarme —de nuevo— en la hermosura del cielo estrellado y a alabar a Dios por la bendición que disfrutamos con el traslado a Baraguá. Así me liberé de la tristeza y del dolor que llevaba porque el próximo domingo Miriam se quedaría esperándome.

Esta vez volvimos a cortar caña para el Central Senado. Primero nos llevaron a una unidad a la entrada de La Gabriela. Allí estuvimos quince días. Después el octavo traslado nos llevó a otro lugar situado a unos cinco kilómetros más adentro, en dirección contraria a Jagüeycito. Más que un cambio de unidad, lo que sucedió fue que dividieron nuestra compañía y una parte de ella la unieron a otra que ya estaba en ese sitio.

Allí me esperaba una tremenda sorpresa. El jefe de la unidad era el teniente con quien había tenido problemas en Los Sitios por no querer falsificar los datos. Cuando todavía no salía del choque que me provocó la noticia, tuve otra sorpresa mayor. Allí no había suministro y el teniente, al reconocermelo, me ordenó que asumiera ese trabajo.

El campamento era algo parecido al de Baraguá, pero tenía un comedor, amplio y fresco, con una buena cocina y un buen almacén. Un enorme molino de

viento, aplicado a un pozo, le proveía todo el día de agua corriente en abundancia. Además, estaba rodeado de árboles y sobre una pequeña colina. Al frente y cerca del comedor había una casa de familia, de mampostería y placa, donde vivía un matrimonio ya mayor con el que enseguida me relacioné dadas las facilidades que me daba el ser suministro y permanecer constantemente en la unidad. Lo peor era el barracón donde dormíamos. El de Baraguá y este emulaban para ver cuál estaba en peores condiciones. Como había espacio en el almacén, el teniente me autorizó a dormir allí. Otra vez, Dios me proporcionó un lugar tranquilo donde realizar mi trabajo y donde podía escribir y leer sin ser molestado.

Pero el teniente y yo teníamos mala estrella.

Él no había olvidado nuestros enfrentamientos en Vertientes y yo vivía esperando que me planteara alguna situación sinuosa. Comenzó por venir muy menudo al almacén y agarrar una lata de leche condensada o alguna otra de carne. La tomaba y me decía:

—Dele de baja, suministro, porque tengo hambre.

Era el jefe de la unidad y no podía prohibirle que entrara al almacén, pero su visita era diaria y a veces repetida. La unidad recibía las mercancías estrictamente normadas y contadas. Una lata de leche estaba normada para el desayuno de cuatro hombres. Si el teniente se tomaba un par de latas diarias, estaba consumiendo la leche de ocho reclutas. Como la leche tenía que alcanzarme para todo el mes, el resultado era que había que echar ocho latas más de agua a la leche en el desayuno. Evidentemente él consideraba que tenía derecho a apropiarse en el almacén de cuanta cosa quisiera y a la hora que se antojara. Eso me molestaba y aumentaba la predisposición que tenía contra él desde nuestros altercados en Vertientes.

Cuando fui suministro en Las Marías nunca vi hacer lo mismo al teniente Marrero. En Los Sitios, jamás el teniente Rojas fue al almacén a buscar ni pedir algo para él. En el tiempo que trabajé en la agrupación, ni el capitán Zapata, ni ningún otro oficial, incluyendo el propio jefe de servicios, hicieron algo semejante. Pero el teniente actuaba como si todo lo que hubiera en el almacén estuviera a su libre y completa disposición.

Una carta para la novia del teniente

Aunque el teniente era casado, un buen día entró al almacén y con mucho orgullo me contó la historia de que tenía una novia en La Gabriela. Entonces comenzó a tomar también latas de leche, de carne y otras mercancías para llevarle a ella cuando la visitaba.

—Dele de baja, suministro —repetía cada vez que cogía algo—, para que no le falte a la hora del cuadro.

Siempre me quedé con los deseos de decirle que no me faltaría nada a la hora del cuadro, pero sí a la hora de la comida. Aunque no quería volver a chocar con él, ya me estaba llenando la copa y sabía que en el momento más inesperado, él y yo volveríamos a enfrentarnos.

La ocasión llegó cuando él comenzó a pedirme que le hiciera una carta a su novia. Sospechando que no sabía escribir bien, supuse que deseaba dictarme una carta para que se la escribiera, porque él varias veces había celebrado mi letra. Así que le contesté:

—Cuando usted quiera, teniente. Venga por aquí y se la hago.

Me miró como si no entendiera, pero se marchó. A la hora de almuerzo me preguntó:

—¿Ya le hiciste la carta a mi novia?

Me extrañó la pregunta, pero le contesté:

—Venga ahora si puede al almacén, que la hacemos enseguida.

Fui para mi mesa de trabajo, busqué papel, un bolígrafo y me senté a esperarlo. No me agradaba hacer de amanuense para la carta del teniente. ¿Qué cosas diría a su novia? Pensé que él vendría inmediatamente, pero me quedé esperando con el papel enfrente y el bolígrafo en la mano. Al ver que no llegaba me dediqué a preparar los alimentos que tenía que entregar a los cocineros para la elaboración de la comida de la tarde. Una hora después él llegó. Cuando lo vi llegar, volví a poner el papel sobre la mesa, cogí el bolígrafo y me senté. Cuando él vio que el papel estaba en blanco, protestó.

—Pero todavía no has terminado la carta a mi novia —y añadió burlándose:

—Chico, a mí me está pareciendo que tú no sabes hacer cartas a una novia. ¡ja! ¡ja! Entonces le contesté, molesto y alterado:

—El que no sabe hacer cartas a su novia es usted. Cuando yo le escribía a la mía, teniente, nadie tenía que ayudarme, porque sabía muy bien lo que tenía que escribir. Así que acabe de sentarse ahí —dije señalando autoritariamente a una silla que tenía al lado de la mesa donde trabajaba—, y dícteme lo que usted quiere decirle a su novia, pues es novia suya y no mía.

—¡Usted me está dando órdenes! —protestó el teniente enfurecido.

—No le estoy dando órdenes, teniente. Solo le explico cómo podemos hacer la carta a su novia.

—Sí. No me diga que no. Usted me está dando órdenes. Sigue tan equivocado como cuando estaba en Vertientes. Yo soy su superior. ¿Oyó? ¡Su superior!

Elevando aún más la voz, puso las dos manos sobre la mesa, se apoyó sobre ellas inclinándose hacia mí, y repitió enfurecido:

—¡Yo soy su superior, que no se le olvide nunca!

Decidí callarme. La carta a la novia fue el detonante para mostrar mi incomodidad por las otras cosas que no podía decirle, como su sustracción diaria de alimentos del almacén. Respiré profundo y le pedí a Dios en silencio que me diera paciencia. El teniente me miró con una evidente expresión de odio y me dijo:

—Usted me ha faltado el respeto varias veces y eso le puede costar caro.

Me dio la espalda para salir del almacén, no sin antes pasar por la estiba de la leche condensada y agarrar dos latas. Se viró nuevamente hacia mí y me las enseñó:

—Ya que no puedo llevarle una carta a la novia, le llevo esto. Dele de baja.

A partir de entonces nuestras relaciones fueron muy tensas. Sabía que él estaba esperando la oportunidad para hacerme daño. Ya en Vertientes había dicho que me iba a partir. Ahora, cuando entraba al almacén para llevarse alimentos, su actitud era de constante acoso y amenaza.

Un día me atreví a decirle:

—Los reclutas están protestando porque la leche está aguada.

—No están en su casa, aquí tienen que tomar lo que se les da —contestó.

No tenía otro suministro para sustituirme y lo que hacía era exigirme más trabajo. Un día, el recluta que hacía de sanitario se enfermó y tuvo que ser enviado al hospital de Camagüey. El teniente entró al almacén y me dijo:

—Usted se ocupará también de la sanitaria. No puedo sacar a otro hombre del campo para eso.

El sanitario se ocupaba de atender las heridas menores y enviar al médico en el batallón los casos que no pudiera resolver, o los reclutas que necesitaban consulta. Además, todas las mañanas, si alguien decía estar enfermo, debía comprobar si era cierto o no, ya que el sanitario podía autorizar a los enfermos a quedarse en la unidad y no trabajar. Era un cargo que tenía espinas. Los reclutas inventaban enfermedades con frecuencia. También a veces los jefes querían que fueran al campo, aunque estuvieran enfermos de verdad. Era casi imposible atender bien la sanitaria sin buscarse problemas con uno u otro bando.

Un hombre con menstruación

Una de las experiencias más desconcertantes que tuve en las UMAP sucedió durante la semana que estuve en aquella unidad sirviendo como sanitario. El teniente me ordenó ir al barracón a ver a un recluta que se negó a ir al campo porque estaba enfermo. Entré a la barraca y lo encontré en calzoncillos, acostado boca abajo en su cama. Reconocí a un recluta que todos decían que era homosexual.

—¿Qué tienes? —pregunté.

Sin virarse boca arriba, me contestó:

—Ay, suministro... es lo que me pasa todos los meses. Pero eso no podía decírselo al teniente.

—¿Cómo?

—Sí, lo de todos los meses... ¿No sabes tú lo que nos pasa a las mujeres todos los meses? Estoy con la menstruación.

Me eché a reír pensando que era una broma y le dije:

—Oye compadre, no me compliques la vida. Mi mujer tiene menstruación todos los meses y no deja de trabajar. No puedo certificar que estás con la menstruación. ¿Ok? Inventa una historia mejor si no quieres trabajar hoy, porque esa no funciona.

El recluta se indignó. Él estaba convencido de que tenía menstruación.

Aunque él resultó ser un caso de características peculiares, todos los días varios reclutas intentaban escapar al trabajo inventando todo tipo de enfermedades y malestares. Discernir entre qué era cierto y qué no, era en ocasiones una tarea imposible. El trabajo agotador y la exigencia de los jefes, propiciaba que algunos intentaran escapar de ir al campo con frecuencia.

En las unidades no había médicos como parte de la oficialidad. Se escogían como sanitarios a reclutas que tuvieran o dijeran tener, al menos, conocimientos elementales de medicina, lo cual no era mi caso. Los sanitarios intentaban ayudar a los reclutas, pero era una posición muy difícil. Gracias a Dios, a la semana el sanitario regresó.

Miguelo cumple su promesa

Un día trajeron a Miguelo del campo porque se había hecho una herida *accidental* en la mano izquierda mientras cortaba caña. Fue enviado inmediatamente al batallón y de allí al hospital de Camagüey, donde fue operado. La mocha le cortó dos tendones. Por tal razón volvió con un certificado que le incapacitaba por cuarenta y cinco días para trabajar.

El método que usó era muy común. Mientras estaban en el campo cortando caña se escondían de la vista de los jefes, buscaban una piedra grande sobre la cual poner la mano izquierda. Luego sobre ella colocaban el machete de canto y con la lima de afilar el machete, o con una piedra, otro recluta le daba un golpe. De esa manera simulaban que había sido un machetazo accidental mientras trabajaban. Si el recluta era diestro, se daba el machetazo en la izquierda, o viceversa, si era zurdo. La herida que resultaba de esa operación era suficiente para cercenar uno o dos tendones y el proceso de recuperación, después de la cirugía, era lento. Algunos inclusive lograban la baja si la mano quedaba incapacitada.

—¿Ves, patriota? —dijo enseñándome su mano vendada—, ahora a dormir y comer hasta que me den la baja. A este cubano no lo explotan más. Su herida primero se infectó. Después decía que no podía cerrar los dedos de la mano, que la operación había quedado mal. De una consulta en otra pasó todo el tiempo, y no trabajó más hasta que fue desmovilizado. En el propio campamento había otros tres reclutas en la misma situación.

Miguelo tenía un gran concepto de la amistad. Le hablé del evangelio muchas veces. A él le gustaba escucharme y preguntaba mucho. Sé que me admiraba. Me contaba de sus problemas y sus aspiraciones. Siempre estaba jaraneando y se reía de todo pues era el típico boncheador cubano; pero por dentro sufría intensamente. Su decisión de cortarse la mano era un recurso desesperado para huir en cierta manera de algo que le era muy difícil de enfrentar y sobrellevar.

Otro recluta de la unidad llevaba meses luchando su baja por la misma situación. Insistía en que los dedos índice y anular de su mano derecha habían quedado inmóviles después de la operación. A todos les enseñaba los dedos tiesos y llevaba meses sin trabajar en el campo. Varias veces fue a la comisión médica y le hicieron investigaciones y tratamientos. Pero sus dedos continuaban tiesos. El día anterior al regreso de Miguelo enviaron del batallón la orden de desmovilización para el recluta. Corrió al almacén para darme la noticia y despedirse de mí.

—¿Viste que lo logré, suministro? Me llevó varios meses, pero lo logré.

Me dio un abrazo y se dirigió a la puerta. Se aseguró de que nadie le vea y levantó su mano para enseñarme que todos sus dedos funcionaban a la perfección. Logró engañar a la comisión médica —y a los reclutas— manteniendo tiesos sus dedos por varios meses.

—Conmigo terminó la explotación —dijo riéndose a carcajadas.

Mi mujer alojada en la unidad

A esa unidad vino mi madre a verme. Esa fue su última visita mientras estuve en las UMAP. Como se acercaba la desmovilización le supliqué que no viniera más porque debía hacer un viaje largo y agobiante para llegar allí. Las madres siempre están dispuestas a cualquier sacrificio. Ella había sufrido en silencio, soportado mis cartas amargas cuando estuve mal y me escribía animándome constantemente. La acompañé hasta La Gabriela y la despedí feliz de que ya no tuviera que regresar a visitarme.

—Nos vemos en casa la próxima vez, ¿está bien?— le dije cuando nos despedimos.

—Sí, pero si se demora la desmovilización vengo de nuevo.

Ella estaba feliz de que mi actitud fuera otra y se fue sonriendo en el pequeño ómnibus que hacía el viaje de La Gabriela al Central Senado. Estaría dando tumbos toda la noche, de pueblo en pueblo y no llegaría a su casa hasta bien entrada la mañana del otro día.

Miriam también vino a ese campamento. Coincidió con el regreso de Miguelo del hospital, quien se encontró con ella en La Gabriela y la acompañó en el viaje hacia la unidad.

La visita de Miriam resultó singular. El matrimonio que vivía en la casa de enfrente me había brindado la casa para que Miriam viniera un sábado, se quedara allí y estuviera hasta el domingo en la tarde. Inmediatamente le escribí diciéndoselo. Ella recibió la carta —más rápido de lo que yo esperaba— y al sábado siguiente se apareció. Intentó sorprenderme, pero fue ella la sorprendida. Ese fin de semana el matrimonio había salido a visitar unos parientes. Cuando llegó el sábado en la tarde, acompañada por Miguelo, la casa estaba totalmente cerrada y vacía.

A pesar de mis precarias relaciones con el teniente, a la insistencia de los reclutas que eran mis amigos, de los cocineros, y especialmente de Miguelo, este accedió a que ella se quedara en la unidad esa noche. A la hora que Miriam llegó no había transporte para salir de allí.

Para ello acondicionamos la enfermería, un bohío que se encontraba en muy malas condiciones, pero que estaba bastante apartado del barracón principal y del comedor. Allí se llevaron un par de camas. Yo llevé sábanas del almacén y arreglamos el lugar para quedarnos los dos juntos a pasar la noche.

De todos modos fue una experiencia incómoda. Era la única mujer entre los más de ciento veinte reclutas en un campamento donde había todo tipo de hombres. Esa noche proyectaron una película en el comedor y nosotros estuvimos conversando hasta tarde con los reclutas que eran mis amigos. Sin embargo, resultó reconfortante que esa noche el vocabulario de los reclutas fuera diferente y que todos cuidaron su comportamiento, pues la esposa del suministro estaba allí. A la hora de dormir, Miriam y yo nos retiramos hacia la enfermería.

Se convirtió así probablemente en la única esposa de un recluta UMAP, que contra todas las reglas, alguna vez durmió en una Unidad Militar. El respeto con que ella fue tratada por todos, el afecto que mis amigos le mostraron y

los esfuerzos que todos hicieron para que ella se sintiera lo mejor posible, convirtieron la experiencia incómoda en una prueba más de que la solidaridad humana no tiene fronteras ni imposibles.

No ocurrió un solo incidente que provocara a Miriam sentirse fuera de lugar o que hiciera difícil para mí la experiencia. Esa noche me sentí feliz, valorado y respetado por todos mis compañeros. Ellos respondieron de manera adecuada a la circunstancia peculiar de tener una visita femenina en la unidad toda la tarde y la noche. Mis compañeros reclutas UMAP, los oficiales —y hasta el teniente con quien no tenía buenas relaciones— se comportaron de manera honrosa. Al otro día Miriam estuvo toda la mañana en la unidad y después de almuerzo el teniente me permitió acompañarla de regreso hasta La Gabriela.

El teniente cumple su promesa

Un par de semanas más tarde llegó otra orden de traslado, el noveno para mí. Trabajando de suministro era responsable de recogerlo todo y cuidar que nada se perdiera en la mudada. Las versiones sobre el traslado fueron confusas. Algunos decían que volvíamos a Vertientes. Personalmente le pedía a Dios que fuera a Baraguá... pero solo nos llevaron otra vez para el campamento que estaba en La Gabriela. Todo fue muy rápido. El rumor llegó una mañana y en la noche estábamos sobre los camiones.

Cuando llegamos a La Gabriela resultó que otra unidad también venía para allí. Estábamos más o menos a un mes de la fecha probable de terminar la zafra, y los macheteros se concentraban donde quedaba más caña por cortar. Cuando llegué con mis mercancías al nuevo almacén, ya había llegado la otra unidad con la que íbamos a unirnos. Allí estaba el suministro de aquella compañía. Solo uno de los dos podría quedarse trabajando como tal.

Mientras los dos suministros ordenábamos las mercancías que trajimos de nuestros campamentos, el jefe de personal del batallón y el teniente que iba a ser el nuevo jefe de esa unidad, nos observaban. Supe desde el primer momento que el primero quería dejarme a mí en el cargo. Cuando el jefe de mi unidad entró al almacén, el jefe de personal aprovechó para preguntar acerca de mi trabajo. El teniente me miró, se rió como diciendo *esta es la mía*, e invitó al otro

a salir del almacén para hablar en privado. Al poco rato regresaron y el jefe de personal me comunicó la decisión.

—Incorpórese al campo. El otro compañero será el suministro de la compañía.

Cuando salí del almacén, allí estaba parado el teniente de mi unidad con expresión de triunfo. Recordé la conversación con Miguelo seis meses atrás: *el teniente dice que te va a partir*. Fue tan cínico, que me preguntó:

—¿Eh, no le dejaron trabajando como suministro?

—No, teniente —le contesté con calma y tratando de no reflejar en la voz, ni con algún gesto, que estaba incómodo —el otro compañero va a hacerse cargo.

—Eso es para que se le bajen los humos y no se equivoque tan facilito — confesó.

Me sonreí. Conocía muy bien su condición moral y no me extrañó en absoluto su acción. Además, sabía que cada día quedaba menos tiempo y volver a cortar caña no era ningún problema. Trabajar directamente con él sí lo era. Gracias a Dios, fue asignado a otra compañía cercana y no estaría más bajo su mando. Tal hecho ya era en sí una bendición.

Quien ríe último lo hace mejor

La victoria del teniente fue pírrica. Uno de los versículos para mí más dramáticos de la Biblia es Hechos 7:9, donde dice: *Los patriarcas, movidos por envidia, vendieron a José para Egipto, pero Dios estaba con él*. Si Dios quiere bendecir a una persona, son más que inútiles los esfuerzos que cualquiera otra haga por hacerle daño. Lo mismo dijo Pablo en Romanos 8:31 *¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?* Lo menos que imaginaba el teniente jefe de mi unidad —y lo menos que esperaba yo mismo— estaba a punto de suceder.

Cuando el jefe de personal salió de nuestro campamento recogió en su *jeep* a dos militares que iban caminando de La Gabriela hacia el batallón. Uno de ellos resultó ser el teniente Rojas. Cuando le saludó, le dijo:

—Vengo del campamento de La Gabriela. Allí unimos la unidad que tú dirijas en Los Sitios con una de otro batallón.

El teniente Rojas, que me conocía bien, le advirtió:

—Entonces tienes ahora ahí a un buen suministro. Ese muchacho trabajó en la agrupación de Vertientes con el capitán Zapata y fue ayudante del jefe de servicios.

El jefe de personal frenó el *jeep* y miró al teniente Rojas, extrañado de lo que estaba oyendo.

—¿Cómo dices? ¿A quién te refieres?

—A un recluta que estuvo conmigo en Los Sitios y que ahora estaba de suministro cerca de La Gabriela. Él arregló de una forma el almacén que cuando vino la visita de Control y Ayuda ganamos la emulación. Entonces Zapata se lo llevó a trabajar para la Agrupación. Es el mejor suministro que he conocido.

El jefe de personal no podía entender. En algún lado había una equivocación. El teniente de mi unidad dijo que yo no sabía trabajar, que era desorganizado, que no llevaba bien los controles y que él hacía rato quería quitarme de suministro. Entonces el teniente Rojas le narró cuáles fueron sido mis problemas en Vertientes con él. Le contó también sobre mi enfrentamiento con el jefe de personal de la Agrupación, porque yo le había narrado a Rojas todos los detalles. Él era un hombre que inspiraba confianza y tenía muy buenos sentimientos.

Por la noche, poco después de la comida, mientras conversaba con otros reclutas afuera de la barraca, vi que el jefe de personal llegó nuevamente en su *jeep*, acompañado del teniente Rojas. Al poco rato me llamaron a la oficina. Al presentarme allí y saludarlos, el jefe de personal le preguntó a Rojas:

—¿Es este el recluta?

—Sí —contestó el teniente, y extendió su mano para saludarme.

Miré a los dos, como preguntándoles qué estaba sucediendo. El jefe de personal añadió:

—Recoja sus pertenencias y regrese cuanto antes a la oficina. Será trasladado de aquí.

Salí de allí muy preocupado. ¿Habré hecho algo mal? ¿Qué habría dicho de mí el jefe de la unidad? La expresión del rostro del teniente Rojas me tranquilizó. Me despedí de mis compañeros y me presenté en la oficina. Monté en el *jeep* con el jefe de personal y el teniente Rojas. Lamento muchísimo no recordar el nombre del primero. Me hubiera dado un placer enorme poder decirlo. Cuando salimos del campamento, me dijo:

—No tolero cuando veo que le quieren hacer un número ocho a un hombre. Rojas me explicó quien tú eres y por qué el teniente te tiene tan mala voluntad. Así que ahora voy a ponerte cómodo. Y lo voy a hacer delante de sus narices para que te vea todos los días. El teniente Rojas me miró y sonrió manifestando satisfacción.

Un mes trabajando como civil

El jefe de personal me llevó a trabajar de suministro en un comedor de civiles que estaba en un centro de acopio,³³ en Jagüey, a un par de kilómetros de La Gabriela. Allí estaría con otros tres reclutas que trabajaban de cocineros. En el comedor se preparaba la comida para los choferes que trasladaban la caña desde los campos al centro de acopio y de allí al central. Mi trabajo era atender el almacén, elaborar el menú diario y mantener el lugar en orden. La ventaja era que en el comedor no existían las normas estrictas que tenía el ejército para la comida. Allí se cocinaba con abundancia y se elaboraba muy buena comida. Cuando necesitaba algo, solo tenía que decirle a un chofer que me llevara al pueblo de Minas a recoger la mercancía.

En un cuarto al lado del comedor y del almacén dormíamos solos los cocineros y yo. No había oficiales que nos cuidaran ni dieran órdenes constantemente. La comida tenía un horario para servirse. Los choferes podían comer todo lo que deseaban. Debido a esas condiciones y a que el lugar en cierta forma era supervisado por el ejército por trabajar allí nosotros cuatro, a menudo era visitado por algunos oficiales que, de paso, comían allí. Uno de los visitantes más asiduos era el tipo con quien siempre chocaba.

La primera vez que llegó a almorzar y me vio allí, me preguntó sorprendido y molesto:

—¿Qué rayos hace usted aquí? ¿No está trabajando en el campo en la unidad de La Gabriela?

—No —contesté—, el mismo día que la unidad nuestra vino para allí, después que usted se fue, el jefe de personal y el teniente Rojas me ubicaron acá.

Le costó mucho trabajo disimular su disgusto. Por mi parte, confieso que disfruté muchísimo al decirle lo siguiente:

³³ Instalación a donde se lleva la caña cortada por maquinarias, para despajarla antes de llevarla al central.

—¡Y qué bien estoy aquí, teniente! Dios ha sido muy bueno conmigo y me ha proporcionado un trabajo magnífico, donde estoy súper cómodo y muy feliz.

Sí, Dios había sido bueno conmigo. Pero también lo fueron el jefe de personal y el teniente Rojas al reaccionar ante la injusticia de que había sido víctima. Ambos demostraron tener un sentido de la equidad y una integridad de las que el jefe de mi unidad carecía completamente. Cuando me dejaron en el centro de acopio aquella noche, el primero me dijo:

—Aquí estarás trabajando hasta que termine la zafra.

Dos semanas después Miriam vino a visitarme. Hacía un mes que no nos veíamos y era relativamente fácil llegar hasta donde estaba ubicado ahora. Era un viaje que ella conocía muy bien por haberlo hecho muchas veces. El centro de acopio estaba cerca de La Gabriela. Un domingo, como acostumbraba a hacer cuando iba a visitarme a Las Marías, llegó muy temprano con su sonrisa de siempre y su rostro radiante, como si no hubiera estado viajando desde la noche anterior. Le presenté a mi esposa, orgulloso, a los reclutas que trabajaban como cocineros y los choferes que comieron ese día allí.

Estuvimos hasta después de las tres de la tarde conversando bajo un árbol frente al comedor. Ya no llorábamos, como en la arboleda de Las Marías. Ahora hacíamos planes para el futuro. Nos parecía un sueño que ya estuviera cerca el día de la desmovilización. Nuestros encuentros hacía mucho tiempo que habían dejado de ser angustiosos y estaban llenos de ilusiones. Cerca de las cuatro de la tarde la acompañé hasta el terraplén para ver si pasaba algún vehículo rumbo a Senado en el que ella pudiera marcharse. Al poco rato, vimos venir un camión y le hice señas de que parara. En él venían el chofer y otro hombre más. Cuando la vi marchar, sola en la cabina con dos desconocidos, le pedí a Dios que la cuidara y le proporcionara transporte para regresar desde Senado hasta su casa.

El chofer del camión, cuando supo que ella iba para Ciego de Ávila, le dijo:

—Pues ha tenido mucha suerte, señora, porque la vamos a llevar hasta la puerta de su casa. Casualmente nosotros tenemos que pasar por allí porque vamos hasta Jatibonico, la ciudad que está después de Ciego de Ávila en la Carretera Central.

¿Casualmente? Creo en la providencia de Dios más que en la casualidad. Ese, el último viaje de mi esposa tras una visita, fue el mejor de todos. Fue directo

hasta su casa en el mismo vehículo que la recogió en el centro de acopio. El chofer hizo un par de gestiones en la ciudad de Camagüey y cerca de las diez de la noche, la dejaron frente a su casa. Su mamá estaba en el portal, preocupada porque no llegaba. Cuando vio que venía sola en un camión con dos extraños, se horrorizó. Miriam notó la expresión de angustia en su rostro, de modo que al saludarle y besarla, le dio la mejor noticia:

—No te preocupes. Los dos hombres fueron muy correctos y respetuosos conmigo. Y lo mejor fue que me recogieron en el mismo lugar donde Alberto está trabajando y me trajeron directo hasta aquí. ¿Puedes creerlo? Y esta es la última visita, porque él será desmovilizado pronto.

—¡Gracias a Dios, hija mía! —contestó, mientras cerraba la puerta y suspiraba aliviada.

Los padres de Miriam nos apoyaron todo el tiempo, siempre animándonos y ayudándonos. Actuaron con una sabiduría admirable. Eran personas humildes que no tuvieron posibilidades para prepararse intelectualmente. Sin embargo, aprovecharon todas las oportunidades que les proporcionó la iglesia y adquirieron una madurez espiritual muy grande. Eran amantes de la lectura y así elevaron su cultura y sus conocimientos. Mi suegra era una formidable maestra de la escuela dominical.

Hoy, que soy mucho mayor a la edad que ellos tenían cuando su hija menor se casó con un recluta UMAP, sin dinero y sin futuro, les admiro muchísimo más y reconozco la grandeza de espíritu y generosidad que mostraron. Siempre dieron un reconocimiento comprensivo a nuestro amor y apoyaron de manera incondicional nuestros planes, aunque la familia sufría una situación económica muy precaria. Respaldaron todas nuestras decisiones y cuando salía de pase, hacían con amor y gozo todos los arreglos necesarios para que disfrutáramos de intimidad, aun a costa de la tranquilidad y la comodidad de ellos mismos.

La esperada orden de desmovilización

Trabajé en el centro de acopio por un mes más hasta que terminó la zafra. Después, volví al campamento de La Gabriela para esperar la desmovilización. Trabajamos unos días desmochando potreros, pero ya no había el mismo rigor de trabajo y la vida era mucho más llevadera. Tal como el capitán Zapata me anunció,

las UMAP iban a ser desintegradas y se estaban preparando los expedientes de los reclutas para una desmovilización general. Como vivíamos los últimos días de una organización que moría irremisiblemente, no había ninguna exigencia. Solo esperábamos ansiosos la orden gubernamental que pondría punto final a una bochornosa historia de más de dos años y medio.

Durante dos semanas seguidas estuvo lloviendo y no pudimos trabajar. Después, la unidad se dedicó a cortar caña para semilla en unos campos a un kilómetro del poblado.

El 29 de junio de 1968, a las cinco de la tarde, dieron la orden de terminar el trabajo y salir del campo. ¡Había llegado la añorada orden de desmovilización! Todo estaba listo para regresar a los reclutas hacia sus casas y a la vida civil. Simultáneamente se escuchó una algarabía total en los campos donde trabajaban los reclutas UMAP. Todos comenzaron a tirar sus sombreros al aire y a chocar unos con otros sus machetes. Los amigos se abrazaban fuertemente. Otros se iban juntando al abrazo, formaban grupos compactos de hombres que, corriendo de un lado a otro de los campos de caña, gritaban, cantaban, se reían... y lloraban también como niños.

Hasta los jefes disfrutaron de la emoción general.

Ese día murieron las fatídicas Unidades Militares de Ayuda a la Producción. Jamás entierro alguno ha provocado tanto gozo.

CAPÍTULO 13

El final feliz

Cuando Jehová hiciere volver la cautividad de Sión, seremos como los que sueñan. Entonces nuestra boca se llenará de risa, y nuestra lengua de alabanza; entonces dirán entre las naciones: Grandes cosas ha hecho Jehová con estos. Grandes cosas ha hecho Jehová con nosotros; estaremos alegres. Haz volver nuestra cautividad, oh Jehová, como los arroyos del Neguev. Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán. Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; más volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas.³⁴

Yo soy Jehová, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente. He aquí yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que he dicho.³⁵

Cuando se calmó el ambiente de alegría, regresamos al campamento. Ya no hubo que formar como siempre se hacía. Fuimos caminando y conversando cada cual con quien quiso. A la hora de la comida tampoco hubo formación, ni conteo. ¡Las UMAP ya no existían! ¿Quién iba a escaparse en ese momento? En la noche apenas se durmió. Algunos estuvieron todo el tiempo tocando tambores, festejando la desmovilización y la mayoría conversando hasta que el sueño les rindió. Al otro día nos concentrarían en el Central Senado para tomar los ómnibus que nos devolverían a nuestras casas.

³⁴ Salmo 126:1-6.

³⁵ Génesis 28:13-15.

La compañía completa se despertó por sí sola antes del amanecer. Al fin, cerca de las nueve de la mañana llegaron los camiones que nos trasladarían. Cuando llegamos al central todo era confusión. Estaban concentrados los reclutas de toda la zona y no había transporte suficiente. Los ómnibus llegaban uno a uno y todos estábamos desesperados por marchar. Algunos intentaban irse por sus medios pero no les fue permitido.

—¡Hasta el último momento esto es una salación! —escuché decir a un recluta que pasó por mi lado corriendo, intentando tomar un ómnibus.

Pero yo disfrutaba de una paz inmensa y podía esperar todo lo necesario.

Israel García, José Ferrer y yo nos abrazamos emocionados al encontrarnos. No nos habíamos visto más desde que salimos de Las Marías un año atrás. En la espera, intercambiamos las experiencias vividas en ese tiempo y nos reímos muchísimo de situaciones que antes nos habían angustiado sobremanera. También estaban otros hermanos de las iglesias. ¡Qué alegría cada vez que encontrábamos a alguien! Después de tanto sufrimiento y trabajo, tantas preguntas, y tanto desconsuelo, había llegado el tiempo de reír.

Poco a poco llegaron los ómnibus y nos marchamos. A la una de la tarde del domingo 30 de junio de 1968 descendí, exactamente frente a la puerta de la casa de mi esposa, de un ómnibus que lleno de reclutas continuó viaje hacia La Habana. En mi bolsillo traía la carta de desmovilización. Tanto había añorado ese momento que me extrañó la normalidad con que llegué y saludé a todos.

He aprendido que los grandes momentos de la vida, esos que se esperan con ansiedad durante largo tiempo, cuando llegan suelen hacerlo con una naturalidad inmensa. ¡Cuántas veces soñé llegar a la casa desmovilizado! Creía que cuando lo hiciera iba a llegar envuelto en una emoción indescriptible.

No fue así. Entré a la casa con naturalidad y saludé a todos de la misma manera que lo hacía cuando llegaba de pase. Tal vez en el fondo de mi alma aún dudaba de que fuera cierto. De la misma manera que las grandes tristezas producen primeramente incredulidad y rechazo, las grandes alegrías provocan insensibilidad. Es necesario asimilar que el acontecimiento que hemos añorado intensamente, al fin se ha hecho realidad.

La vida es diferente a las películas. En ellas la fotografía, las luces y la música juegan un papel principal en los momentos cumbres. En la vida real no hay música de fondo, ni efectos especiales, ni un letrero de fin mientras la cámara se aleja y se canta o se escucha la canción tema. En la vida real, después del desenlace de una trama, comienza inevitablemente otra, o solo continúan las que han venido desarrollándose de forma paralela a la que terminó. Todo suele ser tan normal, que a veces se nos escapa la magnitud de los acontecimientos.

La disolución de las UMAP llegó a mi vida tranquila y serenamente. Tenía que ser de esa forma, porque lo anormal fue haber estado allí. Ahora todo retomaba su curso y la pesadilla quedaba atrás. Fue, gracias a Dios, solo eso: la pesadilla recurrente de una noche larga, cuando el amanecer parece no llegar jamás. Contra todos nuestros peores augurios y temores, la aurora siempre pone punto final a la noche más desesperada. La salida del sol es la glorificación de la esperanza, aunque ocurre cada día de manera natural.

En el mes de septiembre, cuando el curso comenzó, regresé al Seminario Bautista de La Habana junto a los otros hermanos desmovilizados. Nos recibieron a todos con los brazos abiertos. En la entrevista que sostuve con parte de la Facultad para solicitar mi reingreso, consideré mi deber compartir con los profesores la crisis espiritual que había atravesado durante mi estancia en las UMAP. No era honesto de mi parte permitir que ellos pensaran que había sido fiel todo el tiempo. Aunque mi crisis no había tenido consecuencias éticas, pensaba que sería conveniente explicar hasta dónde había llegado y compartirles mi arrepentimiento.

El Dr. Rafael A. Ocaña, rector de la institución en esos momentos, me interrumpió:

—No supimos nada de lo que cuentas, Alberto. Esas noticias nunca llegaron acá. Todos, alguna que otra vez, somos presa de la duda y el desaliento. Lo importante es que Dios te ayudó y ahora estás aquí otra vez.

Comprobé que el Pbro. Manuel Morales, como me prometió, había olvidado nuestro encuentro en el batallón. Sin duda este hermano realizó su labor pastoral conmigo y guardó el secreto cuando regresó de las UMAP. Quise también aclarar que si tenía la oportunidad me iría definitivamente del país y el Pbro. Juan Francisco Naranjo también me interrumpió:

—¿Quién no ha pensado alguna vez irse, hijo? Lo importante es que desees servir al Señor y te dejes guiar por él. A lo mejor nunca te irás. Que pienses hacerlo si se te presenta un día la oportunidad, no es obstáculo para que termines tus estudios. La obra necesita pastores y tú estás aquí ahora. Naranjo ignoraba que en mi caso estaba siendo un verdadero profeta. Todos los hermanos que entrevistaron ese día emigraron posteriormente. He sido el único que ha permanecido en Cuba sirviendo en la obra durante todo mi ministerio.

Cursé el último año que había dejado inconcluso cuando me reclutaron y me gradué el 19 de junio de 1969, el día que Miriam y yo cumplíamos nuestro tercer aniversario de bodas. Conmigo también se graduaron Ernesto Alfonso, Israel García y José Ferrer. También Segundo Mir, quien no había estado en las UMAP. Todos los sueños que al parecer la experiencia UMAP había truncado se cumplieron. Miriam y yo fuimos a vivir a San Antonio de Río Blanco, en la provincia de La Habana, tal como lo anhelábamos años atrás. Pastoreamos la iglesia que tanto amábamos y que nos ayudó económicamente casi todo el tiempo de la prueba. Allí comenzamos nuestro ministerio y fui ordenado pastor el 26 de mayo de 1970.

Un par de semanas más tarde nació nuestro primer hijo, David. Tres años después nació Liliam. Fueron tiempos muy felices que disfrutamos intensamente a pesar de que era una iglesia pequeña y que nuestra situación económica era muy difícil. Nosotros, que conocimos el dolor de estar separados, hemos dado toda la vida un tremendo valor a la bendición de estar juntos. Aprendimos, mediante la separación que sufrimos en la experiencia UMAP, que lo más importante no es el lugar dónde nos encontremos, ni cuántas cosas tengamos, sino con quién estemos. Aunque hemos padecido carencias, ellas nunca impidieron que fuésemos felices. Aprendimos de una vez por todas a discernir entre lo que es verdaderamente valioso y cuáles son las cosas de las cuales se puede prescindir porque no son indispensables para una vida feliz.

En 1974 nos mudamos para Pinar del Río y allí nació Leydis, nuestra hija menor, tres años después. Durante veintitrés años servimos en esa iglesia, donde Dios nos bendijo mucho y donde vivimos una etapa excepcional de nuestras vidas. A pesar de las dificultades, luchas y preocupaciones normales

de la existencia y el ministerio, Dios ha sido muy bueno con nosotros y nos ha llenado de satisfacciones. ¡Sería imposible enumerarlas! Hemos sido bendecidos en grado sumo.

Si cuando estaba en las UMAP hubiese tenido la posibilidad de ver a través del futuro y observar mi vida tal y como ha sido posteriormente, no hubiera tenido la menor razón para angustiarme como lo hice. En los momentos difíciles hay que dar lugar a la fe y a la esperanza. Me avergüenza haber experimentado tanta desesperación y angustia en una experiencia que tenía que ser, obligatoriamente, pasajera. He pedido perdón a Dios por ello. Es penoso cómo algunos cristianos, cuando estamos padeciendo la aflicción, no somos capaces de confiar y esperar en Dios pacientemente. En nuestra debilidad nos atrevemos a cuestionarlo todo, tal como yo mismo hice. Es algo muy común y muy humano. No obstante, hay una verdad que en esos momentos no debíamos olvidar, porque en ella está el secreto de la victoria.

Elie Wiesel, en su libro *La Noche*, cuenta una triste pero maravillosa historia. Estando en el campo de concentración de Auschwitz, un día, cuando regresaron del trabajo, fueron obligados a presenciar una ejecución. Tres víctimas encadenadas esperaban ser ahorcadas. Una de ellas era un niño, un ángel de mirada triste. Subieron juntos a los tres condenados en sendas sillas; al mismo tiempo le pusieron la soga sobre sus cuellos. A una señal, las tres sillas fueron quitadas y los tres cuerpos colgaron. Se hizo un silencio profundo y largo en todo el campo.

Los dos adultos que habían sido ahorcados murieron instantáneamente. Pero el niño, debido a su poco peso, estuvo colgando por media hora, combatiendo entre la vida y la muerte en una lenta y horripilante agonía. En esos momentos Elie escuchó a alguien detrás de él, preguntando:

—¿Dónde está Dios ahora?

Entonces, una voz dentro de su corazón, le contestó:

—¿Dónde está Dios? Él está ahí... ¡colgado en esa horca!

Dios sufre con nosotros cuando las grandes tristezas llegan a la vida. Él no se ofende si nos desesperamos ni se aparta de nuestro lado por ello. Tiene sus maneras para ayudarnos a enfrentarlas, preparándonos a través de ellas para disfrutar el futuro sin amarguras ni resentimientos. Nos capacita para continuar

viviendo a pesar de todo. Nos prepara para recibir las bendiciones que en su propósito de amor tiene para con nosotros... después. Cuando llega la aflicción debemos esperar pacientemente hasta que los malos tiempos pasen. El salmista David describió ese proceso de una manera maravillosa:

Pacientemente esperé a Jehová y se inclinó a mí y oyó mi clamor. Y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso. Puso luego mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos. Puso luego en mi boca un cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios.³⁶

Es innegable que si somos capaces de confiar y esperar en Dios sufriremos mucho menos nuestros propios infortunios. Si en vez de esperar tranquilamente aferrándonos a la fe y a la esperanza de un futuro mejor, tomamos el camino de la imprecación y la amargura, solo aumentaremos dolor y confusión a nuestro sufrimiento. En verdad, Dios jamás nos abandona aunque estemos protestando y angustiándonos. Siempre estará a nuestro lado en el momento del dolor y no nos dejará hasta que termine su obra de amor en nosotros. De la misma manera que él fue a la cruz en la persona de Su Hijo a morir por nosotros, también va a nuestro lado en las horas de aflicción. No lo hace como simple espectador pasivo, sino como participante. Su presencia, paciencia, compañía y sostén nos permiten encontrar la paz y la victoria.

Cuando mis sueños fueron rotos por uno de esos golpes bajos que a menudo da la vida, Dios —para eso estuvo allí conmigo— recogió los pedazos que quedaron y los unió. En el horno del dolor, donde nadie como él sabe crear obras maestras, los fundió y me los devolvió más brillantes, más limpios, más hechos a Su voluntad y más conformes a sus propósitos.

En las UMAP aprendí que no es el cumplimiento de nuestros sueños y aspiraciones lo que puede traer felicidad a la vida, sino la búsqueda y aceptación del propósito que él tiene para con nosotros. El plan de Dios siempre será más maravilloso que las mayores aspiraciones que podamos tener, o los mejores planes que podamos concebir.

En muchos sentidos, mi vida ha sido diferente a lo que imaginé. Poco antes de ser llevado a las UMAP estaba decidido a salir del país. No quería que mis hijos

³⁶ Salmo 40:1-3.

nacieran y se criaran en Cuba. Convencido de que no encajaba en la sociedad que se estaba gestando, como tanta gente, decidí emigrar. El primer intento se frustró estrepitosamente. Cuando estaba en las UMAP y por causa de ello —¿así que creen que soy lacra social?— reforcé la decisión. Cuando fui desmovilizado, las disposiciones legales vigentes impidieron mi salida. Después comencé mi ministerio alimentando la esperanza de que algún día podría emigrar. Mientras tanto me entregué a hacer la obra de Dios donde él me había situado.

Lenta e imperceptiblemente comencé a comprender que todos los pastores no podríamos irnos y que yo estaba llamado a quedarme. Alguien debía predicar y servir al Señor en Cuba. Si todos los pastores nos marchásemos, ¿quién hablaría de Dios a los cubanos? ¿Quién iba a acompañar pastoralmente a nuestro pueblo y a los hermanos que se quedaban en los momentos difíciles y en la vida cotidiana con su multitud de inconvenientes? Mientras tanto fueron llegando los hijos. Nos dedicamos Miriam y yo a enseñarles los valores de la fe cristiana a pesar de que la sociedad circundante los negaba. No fue un trabajo fácil. Ambos siempre entendimos que el tiempo dedicado a los hijos era parte importante de nuestro ministerio. Ellos no conocieron padres tan ocupados en la obra del Señor que no tuvieran tiempo apenas para la vida familiar, los juegos, los paseos juntos, la comunión, el consejo o la disciplina. Jamás pensamos que el tiempo invertido en la familia era tiempo quitado a la obra de Dios, sino todo lo contrario.

Cuando veo hoy cuánto Dios ha bendecido nuestro ministerio y todas las oportunidades que nos ha dado de servirle, me siento humillado y agradecido. Por su gracia y misericordia he podido ser instrumento de bendición y salvación para muchas personas. También he cometido errores. Como pastor, he fallado en el tratamiento que debí haber dado a personas y asuntos. Mucho me duelo de cosas que debí haber hecho y no hice, o que hice mal. A pesar de ello Dios me ha usado y soy el primero que se asombra por ello. Siempre que alguien se acerca y manifiesta que de alguna manera Dios ha usado mi vida para bendecirle, elevo íntimamente una oración de gratitud. Me maravilla que Él se digne usar un instrumento tan indigno.

Cuando observo la vida de nuestros hijos y sus familias le alabo todavía más. Dios les ha dado dones y ellos los usan para servirle a él. Crecieron y se formaron

en un medio adverso, pero a la hora de tomar una decisión, la hicieron por Cristo. Todos están casados. Si nosotros hubiéramos escogido sus cónyuges, sin lugar a dudas nos hubiéramos decidido por las mismas personas que ellos eligieron, por sus maravillosas condiciones humanas y sus valores cristianos. Ellos son un orgullo para nosotros. ¿Qué mayor felicidad podemos experimentar? Nuestros siete nietos han sido el postrer y más maravilloso regalo.

Nuestras más grandes satisfacciones han llegado a través de las bendiciones recibidas en el servicio del Señor. Aunque Dios ha suplido siempre para nuestras necesidades, hemos padecido, sí, dificultades y carencias. Sin embargo, las bendiciones en el ministerio cristiano y en la vida de familia nos han proporcionado abundantes tesoros en el reino de lo espiritual, donde no pueden sernos quitados y donde realmente se decide la felicidad o la desdicha de los seres humanos.

El joven que era cuando fui llevado a las UMAP no interpretaba la vida de esa manera.

El que regresó de allí, había encontrado, definitivamente, una nueva escala de valores.

CAPÍTULO 14

Treinta años después

El martes 16 de agosto de 1995 volví a Las Marías. Era un reencuentro que necesitaba y que deseé durante mucho tiempo. Quería saber qué sentiría al visitar el lugar donde tanto sufrí y donde todas mis aspiraciones se fueron aparentemente a pique. Durante los primeros años después de haber sido desmovilizado, sufría pesadillas recurrentes en las cuales me reclutaban de nuevo y volvía para Las Marías. Eran siempre iguales; sobre un camión, tiritando de frío, me veía avanzar en medio de la noche y comenzaba a gritar:

—¡Ya estuve aquí una vez! ¿Por qué me traen de nuevo?

Y empezaba a forcejear tratando de bajarme del vehículo.

Siempre que sucedía, gritaba en medio de la noche y Miriam se angustiaba porque mis alaridos eran aterradores. Cuando lograba despertarme, vencer la agitación nerviosa que me producían tales sueños requería un gran esfuerzo de mi parte. La experiencia UMAP fue traumática. Transcurrió mucho tiempo antes de que recuperara la estabilidad emocional. Las pesadillas se fueron espaciando y desaparecieron al pasar los años.

Aunque aquel no fue el único campamento donde estuve, sí fue donde más tiempo pasé, padecí más y choqué por primera vez cara a cara con la miseria humana, el bajo mundo y la injusticia. ¡Cuán poco conocía de la vida antes de llegar a ese lugar! Las Marías fue mi encontronazo con una realidad extraña —y ajena del todo a mi vida anterior—, donde las conductas humanas que no imaginaba que existiesen se hicieron reales de manera espeluznante.

Durante mucho tiempo regresar a Las Marías fue un deseo íntimo, de esos que uno experimenta alguna vez, pero hace nada por materializar. Cuando comencé a escribir este libro el deseo se transformó en necesidad. Para alcanzar

una perspectiva más clara de lo que aquella experiencia significó para mi vida personal era imprescindible volver. Empecé a ilusionarme y preparar en el viaje con un sentimiento inexplicable de alegría.

Cuando conté mi plan a un pastor que estuvo en las UMAP, me dijo:

—¿Y para qué quieres volver allá? Ese lugar es mejor olvidarlo.

Invité a mi esposa para que me acompañara.

—Recuerdo muy bien todo aquello y no necesito volver a verlo —respondió.

Sin embargo, como sentía la urgencia de regresar allá me fui. Realicé el recorrido gracias a la gestión de Ernesto Ruano, quien en esa época vivía en Camagüey. También a la bondad del hermano Julio Bajuelo, quien gentilmente brindó su *jeep* y su tiempo para llevarnos. De Ernesto fue la idea de reeditar en lo posible el mismo recorrido que realizamos en la madrugada del 27 de noviembre de 1965. Desde Camagüey, fuimos directo a la estación del tren del Central Lugareño —hoy Sierra de Cubitas—, y de allí al estadio de pelota donde nos concentraron.

Nos acompañaban mi hijo David y el hermano Sergio Martínez, miembro de la Segunda Iglesia Bautista de Camagüey. Salimos de la ciudad al mediodía, directamente hasta el paradero del tren en Lugareño, donde terminó el largo viaje comenzado en la mañana del 26 de noviembre de 1965. Dicha estación se mantiene igual. El mismo edificio de mampostería con techo de madera y tejas, de puntal muy alto. Una estación de ferrocarril típica como hay tantas en el país. No está junto a la carretera, sino como a seiscientos metros de ella. Para alcanzarla, hay que tomar un camino de tierra con casuchas de madera a ambos lados.

Al ver aquel lugar reviví el desconcierto y el cansancio de un viaje interminable; sufrí la confusión de la llegada y recordé las órdenes apresuradas de subir a los camiones que esperaban por nosotros. Recordé el temor a lo desconocido y la sensación espantosa de ser arrastrado injustamente en contra de mi voluntad, sin explicaciones y sin posibilidad de escapar.

Por unos segundos contemplé, como si fuera el espectador de una película, el dramático espectáculo de casi dos mil jóvenes³⁷ que llegaron en ese mismo tren, bajando apresurados, con una expresión en el rostro mezcla de cansancio,

³⁷ Este número es un cálculo debido a la cantidad de coches del tren y su capacidad. Puede haber sido más o menos. Tampoco este fue el único tren ni el único lugar donde llegaron reclutas a Camagüey durante esa semana de noviembre de 1965.

pánico, incertidumbre y curiosidad. No me avergüenza decir que experimenté —conocedor de todo lo que sucedió después— una enorme compasión por mí mismo y por todos los demás.

¡Qué jugada tan sucia nos tenía preparada la vida! ¡Qué poco sabíamos sobre lo que nos esperaba! ¿Quién pudo imaginar la magnitud de las experiencias que viviríamos? Toda nuestra perplejidad por los acontecimientos de aquel día, mientras bajábamos asustados del tren en la madrugada, no dejaba de ser ingenua y si se quiere, infantil. Fuimos transportados a la fuerza sin conocer a dónde, ni saber a qué, envueltos en una atmósfera de violencia, urgencia y misterio, pero en ningún momento fuimos capaces de intuir la inmensa y diabólica magnitud de lo que se nos venía encima. En el fondo pensábamos que había un error que sería subsanado lo antes posible. Exhaustos como estábamos en ese momento, ni nos percatábamos de estar viviendo el principio de lo peor... que vendría después. Y la curiosidad por lo nuevo, al fin y al cabo, obnubiló nuestros sentidos.

Mi hijo estaba interesado en conocer si se conservaba en la zona el recuerdo de aquellos acontecimientos. Cuando Ernesto y yo comenzamos a recorrer la estación, él se acercó a dos ancianos y una mujer que estaban sentados en el andén. Ellos nos miraban interesados mientras tomábamos fotos y reconocíamos el lugar.

David les saludó y dijo señalando hacia nosotros:

—Ellos estuvieron aquí hace treinta años en las UMAP. ¿Saben ustedes qué fue eso?

—¡Las UMAP! —dijo la mujer, abriendo los ojos y apretando los labios.

—¿Recuerdan ustedes eso? —insistió David.

—¡Cómo no! Trabajé llevando carne a los campamentos. De ese yo me acuerdo —contestó uno de los acianos señalando a Ruano.

El viejo se dirigió a Ernesto y le preguntó:

—¿Tú no estuviste en el campamento de La Reforma?

Ernesto había estado allí después de que salió de Las Marías y se separó de nosotros. El mundo es pequeño y el viejo tenía una memoria envidiable.

—Todos vinieron por aquí —dijo la mujer señalando la línea del tren—, y los fueron mandando para los campamentos, que había muchos alrededor: La Reforma, Laguna Grande, Las Marías y muchos más. Algunos de

esos muchachos se casaron y se quedaron por aquí. *No todos eran delinquentes como se decía.* La mujer abrió los ojos y se movió inquieta.

—Ahí vinieron algunos maleantes, pero también vino mucha gente buena —dijo el viejo.

—Yo tengo cuarenta y tres años y cuando aquello era casi una niña, pero me acuerdo perfectamente que fue una cosa horrible. En esos campamentos se maltrató mucho a la gente —añadió la mujer.

—La verdad es que hay cosas en el pasado... —dijo el otro anciano que estaba sentado al lado, hablando despacio, cuidando sus palabras— que parecen mentira, pero fueron ciertas.

Allí estuvimos unos minutos conversando con personas desconocidas y comprobando cómo después de tres décadas se conservaba en el lugar la memoria de los hechos y su consecuente interpretación. Es consolador constatar que la verdad siempre obtiene la victoria y se impone.

¿Quién ha osado decir que la tradición oral es ineficaz? El periódico provincial, en aquella época, dedicó varios artículos a hablar positivamente de las UMAP. Mi propio padre viajó de Cárdenas a Las Marías con un ejemplar del *Granma* en sus manos, para demostrarme los buenos propósitos que tenía la organización.

—Es una pena que le des más crédito al periódico que a tu hijo —le dije herido y desconsolado.

Le conté mis experiencias, muy diferentes a lo expresado por el periodista. Pero mi padre no me creyó. En aquellos momentos, nadie se aventuró a hablar de las atrocidades cometidas en los campamentos. Solo el periodista Luis Báez el 14 de abril de 1966, como de paso, comentó que algunos oficiales perdieron los estribos. Dijo que los primeros grupos no eran nada buenos y algunos oficiales no tenían la paciencia ni la experiencia requerida.

La prensa, especialmente la provincial, reflejó el desarrollo de brigadas millonarias en el corte de caña y entrevistó a algunos Testigos de Jehová que dijeron abandonar la fe. También habló maravillas sobre las UMAP. Sin embargo, si se hurga en la conciencia de la gente, allí se encuentra invencible y pujante, la verdad. Nadie recuerda lo que publicó la prensa.

Una mujer, adolescente en aquella época, después de treinta años, conversando con desconocidos, no tiene a menos decir que *en esos campamentos*

se maltrató mucho a la gente. ¿De dónde sacó ese conocimiento? ¿Pudo leerlo en algún periódico? ¿Lo aprendió en la escuela, en una clase de historia? No. La experiencia UMAP durante muchos años se ha mantenido como una mancha incómoda de la que no es conveniente hablar.

Las historias de lo que sucedió en los campamentos no fueron escritas ni divulgadas. Sucesos acaecidos tantos años atrás bien pudieran haber sido olvidados y desconocidos, gracias a ese interés consciente de no recordarlos ni publicarlos. Pero a la menor oportunidad ahí brota el recuerdo, porque la mujer creció oyendo comentarios que debido a su tierna edad le impresionaron mucho y se aferraron para siempre en su memoria. Ella también dijo que no todos eran delincuentes como se decía, lo cual implica que conocía los detalles de la historia.

Cuando un anciano como el que estaba escuchando en silencio la conversación, piensa y cuida sus palabras para reflexionar sobre las *cosas en el pasado que parecen mentira, pero que fueron ciertas*, demuestra que recuerda acontecimientos que son una realidad vergonzosa en su memoria.

El encuentro con esas personas fue determinante para mí. No hacía nada incorrecto al escribir las memorias de mi experiencia en las UMAP. Al poco tiempo de haber publicado los primeros artículos en *La Voz Bautista*, en determinados sectores se objetó el propósito de mi incursión histórica en el tema.

—¿A qué viene ahora, después de tantos años el interés en ese tema?—manifestaron.

La historia tiene que escribirse, ciertamente, posterior a los hechos. Se escribe porque del mismo modo que existe una memoria individual, existe una colectiva y social, que conserva, trasmite los acontecimientos y exige que se registren de alguna manera. Se hace para confirmar lo que se comenta de boca en boca y queda duda si fue cierto o no. Para que no se pierda del todo la realidad de los acontecimientos en la intrincada maraña de los comentarios humanos, donde la imaginación popular o la mala intención suelen también hacer estragos.

Los comentarios del anciano sobre las *cosas en el pasado que parecen mentira*, y de la mujer, *no todos eran delincuentes como se decía*, me convencieron de que era necesario terminar de escribir un libro como este, aun pagando el precio de que fuese malinterpretado. Debía registrar la certeza de los sucesos y a la vez demostrar que los errores humanos son tan posibles como

comunes. Por lo tanto, es mejor encararlos que enterrarlos. Es necesario hacer constar que en cada hecho histórico hay todo tipo de matices, como también todo tipo de personas. En esta vida nada es absolutamente malo ni totalmente bueno.

Donde quiera que haya seres humanos estarán presentes una serie de cualidades y virtudes, acompañadas a la vez por defectos y contradicciones. Es tan ilógico y erróneo pensar que todo lo hacemos bien, como creer que todo lo hacemos mal. Por eso es necesario conservar el registro de los acontecimientos y permitir la libertad de que sean interpretados desde diferentes puntos de vista. Es la única manera de acercarse alguna vez —si es que se puede— a la realidad de los hechos, sobre todo cuando se alejan cada vez más en el tiempo, y los testigos presenciales, por ley de la vida, resultan más escasos.

Al terminar de conversar con esas personas partimos rumbo al estadio de pelota donde nos concentraron. Reconocimos de inmediato las mismas gradas, la cerca, los viejos pinos que quedaban a mi espalda cuando nos bajaron del camión y nos formaron en el centro del terreno. Todo igual —aunque más deteriorado— después de tantos años. Lloviznaba cuando visitamos el estadio, lo cual no impidió que Ruano y yo camináramos y nos situáramos en el mismo lugar donde estuvimos esperando que nos ubicaran y distribuyeran.

La mente humana es prodigiosa. Vi otra vez a los militares que nos recibieron y los milicianos que rodeaban el estadio. Experimenté el mismo terror de aquel amanecer mientras leían las listas, horrorizado de que nos fueran a separar. Como estaban organizadas en orden alfabético uno oía su nombre, pero no sabía si los otros seminaristas que vinieron en el tren irían hacia el mismo lugar hasta que eran mencionados en su turno.

Fue increíble. Recordé las voces que gritaron nuestros nombres. Fui de nuevo el joven de veintidós años que asistía incrédulo al desmoronamiento de sus sueños, convertido por decreto en lacra social, escoria humana, carne de presidio. Uno más de la multitud a la que se pretendía reeducar y devolver como personas útiles a la sociedad. Viví todas esas emociones en fracciones de segundo al poner mis pies en el mismo lugar en el que estuve parado —y aterrado— la madrugada del sábado 27 de noviembre de 1965. Sin embargo, no experimenté la misma

angustia, sino una enorme satisfacción. Desde el primer momento la experiencia de volver a aquellos lugares comenzó a ser liberadora.

Antes de marchar de Lugareño visitamos a una mujer que estuvo casada con un recluta UMAP y que vivió toda su vida en el poblado. Nos contó que la noche del 26 de noviembre de 1965, los jóvenes del pueblo estaban entusiasmados porque en la calle de Los Pinos iba a tocar la famosa orquesta de Roberto Faz. Todos los bailarines estaban esperando la noche con alegría. De pronto, sin dar explicaciones, se presentaron unos soldados y se llevaron los equipos de amplificación. Ante el disgusto de todos, comenzó a escucharse el comentario de que habían llevado los equipos para el estadio. Algunos jóvenes fueron a investigar. Todos estaban irritados porque una actividad planeada y esperada se viera de pronto interrumpida.

Allí, de cierto, había un operativo secreto y el estadio estaba rodeado por milicianos y soldados. En el terreno, algunos hojeaban y preparaban listas. Los jóvenes preguntaron, pero la respuesta que obtuvieron fue que tenían que irse de inmediato. Alguien después trajo un rumor que corría de boca en boca: *recogieron en La Habana a todos los vagos, los marihuaneros, los delincuentes y los religiosos y los traen para acá a trabajar en el campo*. Pero la mayoría de los habitantes del batey ignoraban todo lo que se preparaba, y muchos se preguntaron en la madrugada qué estaría sucediendo, cuando sintieron el incesante movimiento de los camiones, trasladando el personal tras la llegada del tren.

Al salir de la casa de la mujer, comenzamos el viaje a Las Marías. Para ahorrar tiempo y combustible usamos una nueva carretera que atraviesa todo el norte de Camagüey y que comunica la ciudad de Morón con Victoria de Las Tunas. Por ella fuimos hasta interceptar el terraplén que une al Central Senado con La Gabriela y nos incorporamos a este. A partir de ahí ya llevábamos la misma ruta usada el 27 de noviembre de 1965.

Reconocí La Gabriela a la distancia. Está sobre una colina y tiene aún el mismo tanque de agua que se divisa desde lejos sobre los cocoteros. Pude ver a la izquierda, medio kilómetro antes de llegar al poblado, el campo de caña donde estuve trabajando el último día en las UMAP, el 29 de junio de 1968.

El campamento que estaba muy cerca de La Gabriela, a la derecha —y que fue el último donde estuve y fui desmovilizado— no existe. Averiguamos y tampoco vive allí quien era jefe de la granja, en cuya casa Miriam y yo nos encontramos por primera vez gracias a la gestión del teniente Concepción. El poblado tiene menos vida ahora. No pude reconocer la oficina de la granja a la que iba casi a diario cuando trabajé de normador. Tomamos el camino de La Gabriela a Jagüeycito donde estaba la jefatura del batallón, cuyos dos kilómetros tantas veces recorrí a pie.

En Jagüeycito vimos en ruinas el campamento de la segunda compañía del batallón. Las barracas, que eran de mampostería, conservaban las paredes pero no el techo. Detrás de ellas, vimos las ruinas de lo que fue la oficina del batallón. Ese era el lugar por donde tuve que pasar escondido cuando el teniente Marrero me dio el primer pase falso y todos los que vinieron atrás. De allí salí corriendo cuando me dieron el pase por la muerte de mi abuela. También cuando inventé la historia de la carta de mi hermana para salir en plena zafra. Allí estaban aún los árboles y los cocoteros que conocía bien.

Doblamos a la derecha y tomamos el camino a Las Marías.

El terraplén estaba en peores condiciones que entonces. Todo parecía más inhóspito e intrincado. Los años transcurridos no trajeron desarrollo a la zona, sino deterioro. Como había llovido recientemente y estaba nublado, todo tenía un aspecto lúgubre. No recuerdo quién, en ese momento, dijo a David, muy impresionado por lo recóndito del lugar:

—¿Te imaginas a dónde vino a parar tu padre cuando tenía más o menos tu misma edad?

David abrió los ojos como diciendo: *ni imaginarlo es bueno*. Entonces el hermano Sergio añadió:

—No solo eso, sino que hasta aquí venía tu mamá a visitarlo.

Al escucharlo volví a ver a Miriam joven, delgada, con veintiún años, rubia y muy bonita, cargando jabas llenas de alimentos, recorriendo todos los meses este mismo camino, montando camiones, carretas, tractores y cuanta cosa apareciera para llegar a Las Marías con la misma sonrisa de siempre; arreglándose las para ser la primera en llegar a la visita. Respiré profundo varias veces para aliviar la opresión que sentí en el pecho. Alabé al Señor porque siempre la cuidó.

Continuamos por el terraplén y atravesamos el río bordeado de cañabravas. Debido a la sinuosidad de sus meandros, el camino lo cruza dos veces por puentes que descienden casi a ras de la corriente. Por esa característica la unidad quedaba incomunicada en tiempo de lluvia. Pasamos muy cerca del lugar donde el teniente Rosabal nos dejó dormir toda la tarde, durante aquella primera zafra en que trabajábamos dieciocho horas diarias. Avanzamos por el terraplén cruzando el río por segunda vez. Apenas se veía nada por el hierbazal y las cañas. Sabía que Las Marías estaba cerca, entre otras causas por los latidos de mi corazón.

—Si los recuerdos no me engañan —comenté—, aquella arboleda es Las Marías.

—¡Miren la casa blanca enfrente de la unidad! —dijo Ernesto, después de haber avanzado como medio kilómetro.

Por encima de la sabana enyerbada se veía a lo lejos el cuarto alto de la casa de mampostería que siempre estuvo pintada de blanco y que estaba al frente del campamento. Cuántas veces había visto esa casa en mis caminatas después de pasar la curva en forma de “s” que había tras cruzar por última vez el río! Hasta en las noches de luna, por estar en una elevación y pintada de blanco, se veía claramente desde lejos.

Una desesperada emoción —de alegría y urgencia por llegar— se apoderó de mí al descubrir a Las Marías en la distancia. Si cuando estaba allí alguien me hubiera dicho que un día regresaría con una enorme sensación de añoranza, no lo hubiese creído. Faltaba como un kilómetro para llegar. El terraplén, más deteriorado en esa parte, estaba cubierto por grandes charcos de agua estancada. Aunque nada impediría que llegáramos hasta allí pues podríamos hacerlo a pie, tuve temor de que el *jeep* se atascara.

Me acercaba a una cita ineludible con mi juventud y mi pasado. Estaba a punto de enterrar para siempre mi dolor por la experiencia UMAP. Con mucho cuidado el *jeep* siguió avanzando y llegamos al borde de la arboleda donde recibíamos las visitas.

Doblamos a la izquierda para salvar la distancia que separaba el terraplén del campamento. Esperaba encontrar un albergue como hay tantos en el país que se utilizan para movilizar escuelas o grupos de trabajo voluntario. Como era

imposible encontrar las mismas barracas rústicas, de madera, que conocí en Las Marías, esperaba ver otras, tal vez del sistema prefabricado que es común en Cuba para esas edificaciones. Planeaba pedir permiso para entrar y tratar de reconocer rastros del antiguo campamento.

Los matorrales impedían ver hacia la izquierda donde estaba la unidad. Mientras avanzábamos, contemplé la casa de mampostería, un poco transformada y bastante depauperada. Busqué la bodega de madera que estaba al frente del campamento desde cuyo portal se podía observar la unidad completa, pero había desaparecido. Antes busqué inútilmente los bohíos detrás de la bodega en uno de los cuales vivió Tiempo, el anciano que se aproximó a la cerca en los primeros días de nuestra estancia allí. Los bohíos que estaban del otro lado de la casa también desaparecieron.

El *jeep* paró justo al frente de la Unidad Militar 2237 Oscar Lucero, de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción. El chofer, sin saberlo —por esas inexplicables y maravillosas coincidencias que a veces nos regala la vida—, detuvo el vehículo en el mismo lugar donde lo hizo el camión que me llevó hasta allí el amanecer del 27 de noviembre de 1965. Pero no hubo gritos ni soldados que nos empujaran para bajar.

Todos enmudecimos. El silencio es el lenguaje del alma humana para sus momentos trascendentes. Me bajé y di la vuelta al *jeep* buscando el campamento. Pero fue en vano. El lugar era un enorme hierbazal.

Las Marías había dejado de existir

No puedo negar el impacto emocional que sufrí. Era como si se hubiera borrado una parte vital de mi pasado. Me paré a contemplar la explanada con desconsuelo. La hierba, con casi dos metros de altura, ocupaba todo el espacio donde estuvo el campamento confundiéndose en la distancia con los cañaverales y al final con las cañabrazas del río. Dos casas a medio construir ocupaban el sitio donde estuvieron las barracas. Por unos momentos no quise—o no pude—romper el silencio que nos había embargado a todos. Fue el postrer tributo a todo el dolor vivido en aquel sitio. Cuando pude abrir los labios, solo atiné a decir *¡Dios mío!*

Cerré los ojos intentando reconstruir en mi memoria el lugar donde tanto sufrí.

—Aquí debe haber algún vestigio del campamento —dijo David—, vamos a buscar.

Ernesto y él comenzaron a registrar en la maleza. Inmóvil en el mismo sitio, no podía quitar la vista de las altas hierbas que cubrían la sabana delante de mí. Mi mente insistía en reconstruir el paisaje que en algunos momentos odié tanto y que había desaparecido para siempre.

—¡Aquí está el piso de la barraca! —gritó Ernesto al encontrar el piso de cemento del lugar donde dormíamos, fácilmente reconocible, a pesar de la invasión de las hierbas. Corrimos allí y comenzamos a ver los huecos de los horcones de madera que sostenían el techo, en los cuales en un tiempo amarramos las hamacas. Insistí en que me había parecido ver cuando venía por el terraplén, algo parecido a los baños y comenzamos a avanzar por sobre los restos del piso de la barraca. Abrimos camino con las manos entre los matorrales, en busca de la puerta del fondo por donde entrábamos a la barraca.

Entonces vimos entre la hierba, dos metros después de que el piso se terminara, las ruinas de las antiguas letrinas que fueron usadas como calabozo de la unidad, y donde en un tiempo se nos obligó a guardar los cajones de madera con nuestras pertenencias. Las paredes quedaban en pie y pudimos subir sobre ellas para contemplar todo el paraje. Desde allí descubrimos que quedaba en pie, de la otra barraca, un pedazo de la pared de mampostería que dividía el cuarto de los oficiales del almacén y del comedor.

—¿Era aquí donde guardaban a la gente y por la madrugada un oficial les tiraba agua? —preguntó Sergio, refiriéndose a las ruinas sobre las que nos habíamos subido, porque él leyó el artículo en *La Voz Bautista* en que narré ese episodio.

¿Podrán creerme? Recordé la cara de aquel hombre. Siempre mostraba una cruel expresión de satisfacción cuando cubo a cubo llenaba el tanque que tenía al lado del calabozo. Disfrutaba la idea de maltratar a los infelices que habían ido a parar allí tirándoles el agua mientras dormían desnudos sobre el piso. ¿Qué habrá sido de él? ¿Qué tipo de vida tuvo después? ¿No se hizo acaso mucho más daño él mismo al destruir todo lo que de bondad había en su alma, torturando a jóvenes indefensos que no habían cometido ningún crimen?

Como creo en la justicia de Dios, sé que el sargento ha vivido una vida miserable. Los jóvenes que él maltrató salieron de allí y no le vieron nunca más. Pero él ha tenido que lidiar cada día con una mente capaz de idear tales acciones, lo cual tiene que haber sido un infierno. Ese es el precio de darle sitio a la maldad en el corazón.

Mi hijo regresó a subirse a la casa en construcción para retratarnos a nosotros desde allí.

—¿No les defrauda hallar esto en ruinas?—preguntó Sergio.

Poco a poco me había repuesto de la frustración de haber encontrado todo destruido. Comprendí que Dios me llevó hasta allí treinta años después para que lo viera de esa manera.

—Al contrario —dije mientras extendía mi vista por todo el espacio que había ocupado la unidad y venían a mi mente, en tropel, recuerdos de situaciones específicas, conversaciones y hasta sentimientos experimentados tres décadas antes. Podía, incluso, recordar las voces de los reclutas y los oficiales en Las Marías que regresaban a través del tiempo.

—¡Es fantástico encontrar esto en ruinas! —comenté.

Me era difícil hablar y expresar mis sentimientos. Profundamente conmovido, un nudo molesto se adueñó persistente de mi garganta. El lugar que una vez consideré una fortaleza diabólica se había desmoronado totalmente. Sus ruinas miserables, abandonadas, invadidas por la maleza y sin valor alguno, eran la prueba irrefutable del amor de Dios para conmigo y de la victoria de la fe, el amor y la esperanza.

Sentí inmensos deseos de llorar. Al contemplar la destrucción de lo que fue un cruel lugar de tormento, muchas cosas se me hicieron claras. Algunas convicciones que he sustentado siempre se afirmaron como nunca antes. Allí, sobre el calabozo de Las Marías di gracias a Dios porque el mal y la injusticia jamás triunfan. Aunque parezcan tener poder, se autodestruyen. Todo es cuestión de tiempo. Recordé las palabras que el teniente Marrero me dijo cuando le visité, poco antes de comenzar el viaje a Las Marías.

—Aquello fue una barbarie.

Alguien me proporcionó su dirección en Madrugá y allá me llegué una tarde.

Estacioné mi auto frente a su casa. Desde un sillón en su portal, Marrero observaba curioso mi operación mirando con mucho interés mientras me dirigía hacia él:

—¡Teniente Marrero, qué bien se conserva! Cuánto gusto me da verlo.

—¿Y tú eres...? —dijo, mientras se levantaba e intentaba reconocermé.

—Ha pasado mucho tiempo —contesté—, pero usted y yo estuvimos juntos hace treinta años en un lugar que...

—¡Albertico! —me interrumpió—, No puedes imaginar cuánto te he recordado en mi vida. Creía que te habías ido del país.

Visiblemente emocionado, añadió:

—Si vienes a visitarme es porque no fui tan malo.

Marrero me contó que cuando era jefe de la unidad hizo lo posible por dirigir bien aquella compañía, pero terminó comprendiendo que aquellos métodos no eran correctos. Entonces escribió cartas desesperadas a su esposa, en las que le expresaba su decisión de licenciarse, cosa que hizo en cuanto pudo. ¿Quién me iba a decir, cuando estaba padeciendo todo aquello, que el propio jefe de la unidad —al igual que todos los reclutas— deploraba lo que sucedía, sufría la lejanía de su familia y deseaba que todo terminara? Treinta años después, al visitarlo, comprendí los motivos de sus atenciones para conmigo cuando estaba en Las Marías y la esperanza gozosa que manifestaba siempre que anunciaba a la tropa algún cambio en las condiciones existentes en las UMAP.

Él se alegró con mi visita y estuvimos charlando largo rato como dos buenos amigos que se encuentran tras una larga separación. Si él y yo pudimos conversar y recordar experiencias de antaño, felices porque habían quedado atrás, fue debido a que en este mundo que Dios creó, el mal puede tener poder pero nunca tiene futuro. La victoria final no le pertenece.

Después de treinta años volví al lugar que pudo destruir mi vida y lo encontré devastado. Así que comencé a sentir amor por esas ruinas que para mí constituyen un símbolo grandioso de la justicia y la misericordia de Dios. También constituyen un recordatorio de que todos los males de la vida son pasajeros. Cuando uno está envuelto en una situación crítica le parece que el tiempo se detiene, que el futuro escapa y nos abandona. Cuántas veces, allí mismo en Las Marías pensé que todo había terminado para mí. Recordé la noche que deseé morir y pedí al

Señor con todo mi corazón que me llevara durante el sueño. ¡Qué tremendo error es permitir a las circunstancias, dárseles de absolutos!

Todo pasa. Si Dios me hubiera escuchado aquella noche, cuántas bendiciones hubiese perdido en mi vida posterior. Deseando morir, renunciaba a multitud de experiencias felices que vinieron después. Regresé a Las Marías con una perspectiva muy diferente de la que tenía entonces. Allí, en 1965, pensé que me habían arruinado los sueños y lo mejor de mi juventud.

A diferencia del joven que consideró entonces vivir su mayor tragedia, el hombre que se paró sobre las ruinas del calabozo de Las Marías ha visto cumplir con creces muchos de sus más caros anhelos. Ha vivido una vida intensamente feliz. Ha recorrido el mundo. Dios le ha concedido tantas satisfacciones que a veces duda de que pueda haber más. Cuán tonto fui cuando me encerraron en Las Marías, creyendo que esa experiencia iba a limitar grandemente las posibilidades de mi vida y su realización.

Confinado en un remoto rincón de la sabana camagüeyana y limitado a escasos países esporádicos —en los que me asomaba atormentado a una realidad de vida que apenas me pertenecía—, no fui capaz de imaginar de qué manera Dios después me bendeciría. Hoy puedo decir que he viajado a muchísimas ciudades de este planeta, entre ellas las más grandes, famosas y desarrolladas. He predicado el evangelio de Jesucristo en casi todo mi país y en una veintena de otros países. He visitado lugares únicos en el mundo por su belleza, valores geográficos, culturales y patrimoniales. He conocido y ministrado a millares de personas, las cuales han enriquecido mucho más mi vida.

¿Cómo hubiera podido suponer aquella noche que descubrimos la transmisión de Radio Transmundial durante la zafra de 1966 —y que un oficial nos prohibió escuchar— que hoy yo sería uno de los predicadores de dicha emisora? Los planes de Dios son sin duda sorprendentes. Mi programa radial, también transmitido desde Bonaire, en el Caribe Holandés, pero grabado íntegramente en Cuba, lleva por título *Mensajes de Fe y Esperanza* por lo que significó para nosotros escuchar una programación cristiana en aquellos lugares y en esos momentos. Hoy recibo cartas de todo el país, y también del extranjero, de oyentes que agradecen el aliento y las enseñanzas que reciben mediante ese programa. Las más

valiosas para mí son las que vienen de aquella misma zona de Camagüey donde escuché *Transmundial* por primera vez.

Después de ver lo que Dios ha hecho en mi vida reconozco que aquel encierro no impidió absolutamente nada. Fue una interrupción minúscula al principio del viaje, un simple inconveniente inesperado, de esos que permiten hacer los chequeos y ajustes necesarios para que nada impida levantar el vuelo.

Volví a Las Marías junto al mejor amigo de mi juventud, al igual que viajamos juntos el 27 de noviembre de 1965. Juntos nos animamos uno al otro en los primeros tiempos, hasta que él fue separado del grupo y nuestras vidas tomaron rumbos distintos. Nunca comprendí cómo este hermano abandonó la fe. Siempre conservé la esperanza de que algún día volvería. Fue una larga espera, pero no fue infructuosa del todo. Tantas vueltas dio la vida que, a pesar de vivir tres décadas distanciados el uno del otro, nos reunimos para descubrir las ruinas del lugar de nuestro infortunio. Allí pudimos gozarnos, porque aunque mucho quedó en el camino, la prueba tampoco logró destruirle definitivamente. Verlo parado sobre la pared del calabozo fue para mí una prueba muy emotiva de que las promesas bíblicas se cumplen y que Su Palabra no miente. Si él no me hubiera acompañado en este viaje a Las Marías, recordarle allí sería un dolor lacerante. Su compañía, sin embargo, era un motivo inefable de gozo.

Su presencia también otro significado para mí. Él se apartó de la fe y yo continué a pesar de mis dudas y mi desconcierto. El resultado es que nuestras vidas han sido completamente diferentes. Él afrontó problemas y situaciones que yo jamás experimenté. Yo tuve bendiciones y posibilidades que él jamás logró alcanzar. En él había condiciones y dones suficientes para haber desarrollado un ministerio cristiano exitoso y todo se truncó por una decisión errónea. Si bien es cierto que Dios perdona nuestras infidelidades, cierto es también que ellas tienen en sí mismas el poder de malograr nuestras mejores posibilidades. Esa realidad jamás debemos olvidarla.

Posteriormente encontramos las ruinas de los baños nuevos que construimos en la unidad, sepultados por la hierba como todo lo demás. Como testigos mudos, un par de árboles de aguacate, ahora mucho menos frondosos, resistían el paso del tiempo. Después caminamos hasta la arboleda donde recibíamos la

visita, lugar de tantas y tan encontradas emociones. Conquistados por la hierba y el abandono, reconocí los mangales que nos dieron sombra a Miriam y a mí, bajo los cuales cantamos y lloramos tantas veces. También, ruinoso y abandonado, estaba la pesa donde los carreteros llevaban la caña cortada para pesarla y cargar los vagones del tren.

Apartando la hierba con las manos, me llegué al árbol con el que tenía una antigua cita. Lo reconocí, aunque los años y el descuido del lugar habían hecho mella en él. La tarde que me marché de Las Marías, le hablé como si pudiera escucharme y le dije:

—Aquí volveré algún día, y traeré a mis hijos para contarles la historia.

Logré llegar hasta él con dificultad, acaricié su corteza y —¡parecerá una tontería!— volví a hablarle de la misma manera que lo había hecho casi tres décadas atrás:

—¿Sabes? He contado la historia con lujo de detalles. He escrito un libro. Mi hijo está aquí conmigo.

Acaricié de nuevo su corteza del mismo modo que se abraza a un viejo amigo mientras hacía un enorme esfuerzo para controlar mis emociones. Debido a la maleza no me senté a su lado como antes. Bajo ese árbol, en las visitas, Miriam y yo tejimos planes y sueños. Junto a él escribí cartas y poemas. Muchas emociones se cubrieron con su sombra amigable. Allí estaba firme en su puesto, aunque más débil, más viejo y mucho menos frondoso. Ese árbol conocía más de mí y mis sentimientos que muchas personas que me han visto vivir. Me gustaría volver a sentarme bajo su sombra, ya que Las Marías ha dejado de ser para mí un recuerdo horrible.

Iniciamos el viaje de regreso tomando de nuevo el terraplén pero avanzando hacia el sur. Fuimos en busca otra vez de la carretera de Morón a Tunas que pasa a kilómetro y medio de allí. Si alguna vez vuelvo, el camino será mucho más fácil usando esa carretera. En el trayecto busqué los bohíos de las haitianas que iban a vender dulces caseros a los cañaverales, pero tampoco existen. Definitivamente el batey de Las Marías desapareció. Como si Dios lo hubiera barrido del mapa. ¡Alabado sea el nombre bendito del Señor!

Realizamos todo el recorrido hasta la ciudad de Camagüey apenas sin conversar. Personalmente iba meditando en todo lo que había visto y las emociones

experimentadas; dando forma en la mente a este capítulo final. Mientras más me alejaba de Las Marías más afirmaba la convicción de que mis vivencias en aquel lugar en vez de destruirme profundizaron mi fe cristiana y los valores éticos que han sustentado mi vida. Fui bendecido con los cambios que experimenté y las lecciones —algunas muy amargas— que aprendí en las UMAP. ¿Tendré acaso que agradecer a los que catalogándome de lacra social, me enviaron allí? Todavía, después de tantos años, sigo considerando que aquello fue una tremenda injusticia. Jamás debió existir algo semejante.

Como dijo José a sus hermanos: *Vosotros pensasteis mal contra mí, más Dios lo encaminó a bien*,³⁸ hoy puedo dar gracias al Señor por mis viajes a Las Marías. El primero, difícil y desconcertante, pero que inició un proceso en el que pude conocerme mejor a mí mismo, capacitarme para entender mejor la vida y definir de una vez por todas mi relación con Dios. El último, porque comprobé que todo lo que pudo destruirme, se destruyó, lo cual resulta un consuelo, una bendición y un motivo de crecimiento espiritual y emocional. Venía pensando, en el viaje de regreso, que en verdad no había descubierto nada nuevo. Pablo lo escribió hace miles de años: *Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados*.³⁹

Los seres humanos somos orgullosos y nunca aprendemos por cabeza ajena. ¿Cuándo reconoceremos que las grandes tragedias de la vida nos destruyen o nos elevan en dependencia exclusiva de la actitud que tomemos? Nada ni nadie puede hacernos más daño que el que nosotros mismos nos hacemos permitiendo a la amargura adueñarse del corazón. No importa lo que nos toque sufrir; saldremos adelante si logramos mantener la pureza del alma, la bondad, y la esperanza.

¿Por qué Dios puso en mi corazón ese deseo irresistible de volver allí después de tanto tiempo? Necesitaba encontrar respuesta a muchas preguntas, algunas muy tontas, que me hice entonces. En Las Marías, parado sobre las ruinas del calabozo, aunque no fue una experiencia audible, puedo decir que escuché claramente la voz de Dios: *¿Ves? Observa en lo que terminó este lugar dónde sufrimos*

³⁸ Génesis 50:20.

³⁹ Romanos 8:28.

tanto tú y yo. Piensa en todo lo que has disfrutado después. Cuenta, si es que las puedes contar, todas las bendiciones que has recibido. ¿Quieres una respuesta mejor a tus preguntas desesperadas de entonces? ¿Crees que fui injusto y que te abandoné permitiendo una prueba tan dura?

Volví a Las Marías a enterrar para siempre la agenda de mi desconsuelo, mi autocompasión y mi desesperanza. Allí sepulté definitivamente el incómodo complejo de víctima por haber padecido una prueba dura, que en un final fue solo eso: una prueba. Sufrir las UMAP, lejos de restar, aportó grandes beneficios a mi vida. El mayor de todos fue acrecentar mi conocimiento de Dios y mi relación con él. A fin de cuentas él siempre estuvo a mi lado, aun en los momentos en que yo intenté alejarme.

A diferencia de entonces, hoy reconozco que Dios estuvo en las UMAP y acompañó el sufrimiento de todos, no solo el mío. Padeció con nosotros, los cristianos, pero también con los homosexuales, los drogadictos, los delincuentes, los castigados y todos aquellos que, considerados lacra social, fueron arrancados de sus casas y enviados a Camagüey. Tal vez hubo una buena intención, pero resultó un fallido, vergonzoso, errado y cruel intento de reeducación.

También hoy puedo ver a Dios trabajando en aquellos que siendo parte de la oficialidad, sin confesar creer en él, mostraron simpatía, compasión y afecto a los reclutas. Muchos intentaron ser justos, humanos y positivos en medio de la circunstancia tan negativa que los envolvió. Las experiencias con Rosabal, Concepción, Marrero, Zapata, Rojas y otros más, además de mitigar mis angustias en las Unidades Militares de Ayuda a la Producción, me enseñaron lecciones que necesitaba con urgencia. Gracias a ellas, aprendí a juzgar y reconocer a los hombres no por sus uniformes, sino por su corazón. ¿No es acaso lo que mira Dios en todos? Podemos encontrar vestigios de la imagen divina en cada ser humano, siempre que seamos capaces de mirarles con el amor de Cristo. Si nosotros, que decimos conocerle e intentamos servirle, estamos llenos de contradicciones, debíamos ser generosos al juzgar a los demás —e incluso entenderles—, aun que por circunstancias de la vida no estén en nuestro bando.

Buscando en Internet material histórico sobre las UMAP encontré un artículo titulado: “Las UMAP, donde jamás hubo un gesto humano”. Respeto el criterio

del autor, quien como todos, allí sufrió en demasía. Mi experiencia fue diferente. Haber sido víctima de atropellos no me incapacitó para ver que allí todos no eran iguales. Conocí oficiales dignos que, desde su punto de vista, intentaban realizar su trabajo lo mejor posible. Ellos se abrían, cuando se presentaba la oportunidad, a una relación de afecto y ayudaban a los reclutas hasta donde podían. Del mismo modo conocí a otros cuyas vidas, costumbres y actitudes estaban lejos de manifestar humanidad.

Respecto a estos últimos, a aquellos que convirtieron las UMAP —y a veces mi propia vida— en un infierno, espero que hayan encontrado o algún día encuentren y reciban el perdón de Dios. El mismo perdón eterno que en un final todos necesitamos y que él, generosamente, está dispuesto a otorgar. Aunque parezca increíble, ahora recuerdo aquella etapa de mi vida con nostalgia, ya que Dios la usó para mi bien. Fue una época muy difícil pero... ¿por qué no? También fue una bendición.

Y la bendición de Dios es el mejor regalo que un ser humano puede recibir.

Epílogo

A principios de noviembre de 1998 mi esposa y yo vivíamos en un apartamento en la Calle General Lee en Santos Suárez, Ciudad de La Habana. Una mañana, mientras ella realizaba labores rutinarias del hogar, alguien tocó a la puerta con insistencia. Dos semanas antes yo había salido hacia Alemania para asistir a un congreso en Berlín y después realizar un recorrido por España. Miriam abrió la puerta y encontró a un hombre mayor —aunque bien conservado— que la miraba afablemente. Para ella era un desconocido, al menos hasta ese momento.

—¿No sabe quién soy? Míreme bien a ver si me conoce.

El hombre tenía los ojos húmedos y demostraba una emoción sincera. Miriam lo observó y hurgando en sus recuerdos intentó reconocerlo. No atinaba a identificarlo aunque percibía que el rostro no le era del todo ajeno. El hombre estaba vestido deportivamente y venía acompañado de una mujer más joven que él.

—¿Seguro que no me conoce...? Piense en Las Marías—, advirtió el visitante.

Ella se estremeció. Suspiró profundamente al recordar los detalles del primer encuentro que tuvo con esa persona, treinta y tres años antes en el poblado de La Gabriela, al norte de la provincia de Camagüey. Entonces él usaba uniforme militar y era el segundo al mando de lo que para ella era un campo de concentración. Al reconocerlo, volvió a sentirse la muchacha prejuiciada y temerosa que acompañada por su mamá iba a visitar a su novio. La visita había sido arreglada de manera extraoficial y violando las fuertes normas establecidas. Estas impedían el menor contacto personal de los jóvenes reclutados con sus familiares, a pesar de llevar dos meses allí. Ignoraba cómo se realizaría el encuentro. Tras viajar casi toda la noche estaba cansada, nerviosa y temía que cualquier inconveniente diera al traste con los planes que la llevaron a un lugar tan intrincado. Ahora ese

hombre aparecía como un fantasma del pasado en la puerta de su casa. Vestido de civil, preguntaba por mí emocionado y con lágrimas en sus ojos. ¿Qué estaba sucediendo?

—Le conozco, sí. Usted es el teniente Concepción —dijo, tratando de disimular su conmoción.

—Ya me dijeron que Alberto está viajando por España. ¡Hace tanto tiempo que lo estoy buscando! Siempre lo he recordado y tengo muchos deseos de verlo y darle un abrazo.

Miriam no salía de su estupor. Le tomó tiempo liberarse del sentimiento que experimentó al reconocerlo debido a todo lo que él representaba cuando le conoció. Debe recordarse que ella apenas tuvo contacto con él, solo viéndolo por unos minutos aquella vez y en las pocas visitas que hizo después a Las Marías antes de que él fuera trasladado. Aunque conocía que había sido condescendiente y afectuoso conmigo, él personificaba todo lo que las UMAP habían truncado sorpresivamente en nuestras vidas. Cuando le reconoció volvió a sentir la misma inquietud horrible que experimentaba al llegar a Las Marías cada vez que iba a visitarme y las emociones contrastantes que se apoderaban de nosotros en las visitas.

Cuando el teniente tocó a nuestra puerta, venía del Seminario Bautista. Allí había llegado preguntando por mí y le dirigieron hacia nuestra casa. Unos parientes lejanos suyos que visitaban nuestra iglesia en Pinar del Río le hablaron de mí y él sintió deseos de volverme a ver. Estaba retirado del ejército y vivía en la ciudad de La Habana. Conversó con Miriam y le dejó su dirección y teléfono, suplicándole con insistencia que a mi regreso le llamara y fuéramos a visitarlo.

Tras conversar un rato con él y recuperada del temor que experimentó al reconocerlo, ella se impresionó por el increíble afecto que el teniente mostró hacia mi persona. Habían pasado más de treinta años, él era uno de los jefes y yo un simple recluta más, entre los miles que estuvieron bajo su mando en todas las unidades donde sirvió. Aunque tuvimos buenas relaciones en los siete meses que él estuvo en Las Marías, su interés afectivo en encontrarme no dejaba de ser impresionante.

Cuando regresé de España me quedé impactado por la sorpresiva reaparición del teniente Concepción en nuestras vidas. Apenas podía creer lo que mi

esposa me contó. No dudé en llamarlo enseguida y esa misma noche fuimos a visitarlo. El largo y apretado abrazo —y el beso— que me dio, sus lágrimas y la alegría que mostró al verme, quebrantaron mi corazón y confirmaron mi convicción de que Dios tiene caminos insondables. La riqueza de los sentimientos y las emociones humanas, cuando permitimos que el amor de Dios domine nuestros corazones, es infinita. Solo ahora voy a confesar lo que preferí ocultar cuando publiqué por primera vez *Dios no entra en mi oficina*.⁴⁰ Ya me siento con libertad de hacerlo. El oficial que nos recibió en Las Marías el 27 de Noviembre de 1966 y pronunció las terribles palabras de bienvenida fue el teniente Francisco Concepción. Él aseguró que no éramos dignos de pertenecer a unidades regulares del servicio militar y que nos habían internado allí por tener una conducta errada en la sociedad. Una y otra vez nos aterró diciéndonos que se ignoraba cuándo podríamos salir de allí, pues de no enmendar nuestra conducta por el trabajo y la disciplina militar, el tiempo de internación se extendería de forma indefinida. Tales palabras se leen ahora fácilmente. Escucharlas aquel día fue una experiencia demoledora. Tras el interminable y bochornoso viaje en tren y la reclusión en aquellos lúgubres e intrincados campamentos —de los cuales no teníamos derecho a conocer su ubicación—, sus palabras eran más una amenaza cruenta que una bien intencionada bienvenida.

Omití entonces su nombre con toda intención. ¿Por qué lo hago público ahora? Pese a todo lo que dijo y el horror que experimenté al escucharlo, él me brindó amistad poco tiempo después y propició en secreto —incumpliendo órdenes militares superiores— la comunicación con mis familiares. Las actitudes y los corazones de los seres humanos pueden cambiar. Concepción comprendió y demostró con creces que tanto en mi caso personal como en el de muchos otros que cayeron por circunstancias de la vida bajo su mando, nunca merecimos haber formado parte de las UMAP.

Treinta y tres años después, me sorprendió que él recordara hasta el más mínimo detalle nuestras conversaciones, discusiones y las experiencias que ambos compartimos en Las Marías. Esa noche, después que lloramos juntos al

⁴⁰ Este epílogo se escribió para añadirlo a la segunda edición. No apareció en la primera ni en los artículos de *La Voz Bautista*.

abrazarnos, nos reímos del día que me negué a ir al trabajo voluntario y le acusé de querer comprarme con una tortilla de plátanos maduros para que fuera a cortar caña junto con él. Esa noche también me reveló convicciones y vivencias tuyas que solo se comparten con quienes ocupan un lugar muy especial en nuestras vidas y les tenemos gran estima. Quiso saber qué había sido de mí durante todos los años transcurridos, así como mi desempeño como pastor. En la conversación conmovedora e inolvidable que mantuvimos hasta tarde en la noche, me confesó que en ese momento, aunque no era cristiano, era un hombre creyente. Conoció a su familia y me presentó muy orgulloso a un hijo suyo que en ocasiones visita una iglesia bautista. Como a un familiar muy allegado me enseñó todos los rincones de su casa. Me entregó un documento que guardó todos esos años y que resultó ser de gran valor para mí.

¿Podría imaginar algo así cuando escuché su discurso de bienvenida en Las Marías? Dios es grande. Los acontecimientos más luminosos e inesperados pueden sorprendernos en cualquier momento de la vida. Un observador casual de nuestro encuentro, al ver la emoción que nos embargó a los dos al abrazarnos, y desconocedor de nuestras historias de vida, sería incapaz de suponer cuál fue el origen de nuestra relación, así como la enorme distancia que nos separaba cuando nos conocimos. Tampoco podría comprender el proceso de transformación que experimentamos ambos. Tal como eran el joven asustado que llegó a Las Marías y el rudo teniente que lo recibió el 27 de noviembre de 1965, parecía que un abismo insalvable sellaría nuestros destinos. Pero el Dios de la Biblia disfruta proporcionándonos sorpresas.

Aquellos que hemos dedicado nuestras vidas a predicar el Evangelio de Cristo nunca podemos perder de vista algunas verdades que he intentado resaltar a lo largo de toda esta historia. Debemos asirnos ellas aun en el más controversial de los acontecimientos y en la más difícil de las relaciones que sostengamos con otras personas. Si es que nos interesa ser consecuentes con lo que creemos, hay convicciones que deben dominar nuestra actuación dondequiera y comoquiera que nos encontremos.

La primera de todas es que si creemos en un Dios de amor —como el que se nos revela en la Biblia, que además es omnipotente, omnisciente y soberano—

tenemos que asumir que su propósito de redención va a estar disponible para cada persona. Hasta la más renegada y alejada de él. Su amor por la humanidad incluye a todos. *Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su hijo unigénito, para que todo aquél que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna.*⁴¹ No existe un ser humano que esté fuera del alcance del amor redentor de Dios. No importa quién sea o donde esté, qué ideología sustente, qué virtudes o defectos posea, qué uniforme vista, qué hábitos tenga, qué rencores guarde o qué intenciones haya en su corazón. Dios puede despreciar las costumbres, las actitudes, los sentimientos o aun la ideología de una persona, pero le ama y desea relacionarse con él o ella. Lo desea tanto que no escatimó la vida de su hijo unigénito para lograrlo. En el momento que un ser humano busque a Dios se dará cuenta de que él le ha estado buscando desde mucho antes. Entonces comprenderá que Dios estará listo a recibirle, independientemente de su actitud anterior y su historia personal, porque eso es lo que ha deseado y esperado desde la eternidad.

Si creemos en la bondad de Dios y la hemos experimentado, felices por haber alcanzado misericordia infinita, no podemos perder esa perspectiva al relacionarnos con los demás. Cualquier persona que en determinada circunstancia tengamos a nuestro lado es objeto de esa misma misericordia y del amor redentor de Dios. Donde quiera que nos encontremos estaremos rodeados de individuos que Dios ama con un amor eterno.

No podemos encontrar un rincón en el mundo donde haya un ser humano que no esté cubierto con la esperanza de redención por parte de Dios. Si estamos conscientes de ello, quienquiera que se encuentre a nuestro lado debemos verle y recibirle con buena voluntad. Lástima que no siempre lo logremos. De hacerlo, nos evitaríamos muchos dilemas internos y la mayor parte de todos nuestros desatinos.

Ignoro por cuál perniciosa y absurda confusión, muchas veces, los creyentes —y algunos más escandalosamente que otros— actuamos como si Dios solo estuviera interesado en nosotros. Como si nos amara con exclusividad y despreciara a todos los demás que a nuestro alrededor no piensan ni se comportan como nosotros. Con frecuencia las actitudes de algunos parecen proclamar que Dios

⁴¹ Juan 3:16.

desprecia y está apurado por condenar al mundo, olvidando que él *no quiere que nadie perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento*.⁴²

La segunda convicción —si creemos en un Dios de amor, como el que se nos revela en la Biblia, omnipotente, omnisciente y soberano—, es que debemos asumir que su propósito de redención va a cubrir cada circunstancia humana. Aun la más contradictoria. Un acontecimiento como las UMAP también logra reunir y potenciar características redentoras, aunque desde el punto de vista humano esté plagado de penosas injusticias.

Sé que al leer estas líneas algunos moverán la cabeza expresando desacuerdo. Para ellos, un suceso tan opresivo solo exagera sentimientos y actitudes negativas, acarreando consecuencias nefastas. Provoca traumas en los seres humanos y en la conciencia social que se arrastran toda la vida. Estos traumas impiden el olvido y traspasan a las sucesivas generaciones un recuerdo que, aunque incompleto —tergiversado tal vez y no comprensible en toda su magnitud—, siempre resulta peyorativo. Al pensar así, esas personas tienen razón, pero solo de manera parcial. Aun los peores acontecimientos pueden dejar efectos positivos.

Es cierto que la selección del personal que fue reclutado colocó en un mismo nivel a un variado rango de sectores sociales. Se evadió así la diferenciación que a todas luces se necesitaba para clarificar el propósito y ennoblecer la misión social reeducadora; declarada oficialmente como razón de la organización. De haber ocurrido, otra hubiese sido la historia. Estarían de más las explicaciones que extemporáneamente han sido necesarias y que nunca logran satisfacer del todo a quienes allí estuvimos ni a sus familiares. Tampoco a quienes a fuerza de escuchar comentarios se hicieron de una opinión sobre lo sucedido.

Los excesos que ocurrieron en las UMAP son inexcusables y jamás podrán ser justificados. Nunca debieron ocurrir. La organización resultó tan injusta y contradictoria que ni siquiera pudo continuarse un proceso de cambios que se implantó a partir de los primeros meses y se intentó consolidar con el segundo llamado a filas siete meses después. Dichos reclutas, como denota una conocida expresión, *no supieron de la misa la mitad*. Para ellos todo fue diferente. No obstante, las UMAP desaparecieron. Se decidió borrar hasta el nombre, devenido a

⁴² Pedro 3:9.

toda luz insalvable. El *borrón y cuenta nueva* se impuso por lógica y justicia. Aún más, ocurrió socialmente el proceso psicológico que empuja al subconsciente los recuerdos bochornosos. Al pasar el tiempo la sola mención de los hechos se consideró una alusión malintencionada o un gesto de enemistad. Se negó así a los involucrados, el necesario —y favorable— proceso sanador que ocurre cuando las responsabilidades son aceptadas con transparencia.

Lo anteriormente expuesto no impide que la experiencia pudiera haber ofrecido un valor redentor a quienes la vivieron, porque todo sufrimiento humano lo tiene. El dolor nos ayuda a conceptualizar la vida y reorientarla hacia verdaderos valores; aquellos que en verdad ennoblecen y purifican la existencia humana. Sobrevivir a la adversidad nos ofrece la posibilidad de mejorar y crecer espiritualmente. Esto nos acerca definitivamente a Dios.

No solo los reclutas pudimos extraer lecciones del sufrimiento que nos provocó la dura prueba. También gran parte de los oficiales fueron retados a hacer ajustes en sus convicciones y creencias. Del mismo modo que algunos se degradaron cometiendo los excesos que provocaron el fin de las UMAP, otros se crecieron y enfrentaron un cuestionamiento de la situación que se manifestó en actitudes positivas. Dichas actitudes hicieron bien a los reclutas bajo su mando y, en primera instancia, les beneficiaron a ellos mismos liberándoles de prejuicios y conceptos errados. No por gusto es reconocido que la vida fácil, la falta de responsabilidades y la persecución del placer como el supremo bien, en vez de consolidar ética, intelectual y espiritualmente a las personas, producen el efecto contrario. Cuando la vida nos conduce por caminos intrincados, puede también estarnos llevando de la mano hacia la bondad, la madurez y la fortaleza. Tal como enseñó Pablo, *esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria.*⁴³

¿No es posible —ya que hubo tantos cristianos allí— que el mensaje del Evangelio de Cristo haya impresionado a algunos de ellos? Cuando aquel otro teniente nos ayudó a salvar nuestras Biblias en una requisa, nos estaba comunicando algo más que su desacuerdo con una injusticia. ¿Qué significó su gesto, entonces incomprensible, de señalar hacia el cielo cuando se despedía de nosotros?

⁴³ 2 Corintios 4:17.

La respuesta a la pregunta anterior la obtuve un día de febrero de 2011 cuando un lector de este libro en su anterior edición me escribió asegurándome que el teniente aún vivía y me envió su dirección en la ciudad de Camagüey. Así fue que cuarenta y cinco años después de aquel gesto suyo de señalar hacia el cielo mientras él se iba en la carreta, me presenté —con un ejemplar de Dios no entra en ni oficina en mis manos— frente a la casa del antiguo teniente. Deseaba volver a ver a aquel hombre digno y caballeroso, que en los momentos más difíciles tenía la virtud de aparecer a nuestro lado dispuesto a ayudar de cualquier manera posible. Su cercanía nos confortaba y animaba porque en su sonrisa y en sus palabras se evidenciaba una bondad tan genuina como sus modales y su trato.

Confieso que sentía un poco de temor cuando llegué a verlo después de tantos años. Me preguntaba cómo reaccionaría a mi visita. ¿Me reconocería? ¿Le agradaría que hubiera escrito sobre él y la forma en que nos ayudó? ¿Recordaría la relación tan especial que tuvo con nosotros? No obstante, la alegría de poder abrazarle y agradecer su ayuda me impulsó a enfrentar los riesgos.

—Teniente Rafael Rosabal Viera —dije al reconocerlo sentado en el portal de su casa—, ¡qué bueno verlo! ¿Puedo entrar a saludarlo?

—Pase, por favor —contestó—, solo que usted podrá verme a mí pero yo no a usted porque ya he perdido la vista completamente.

—Caminé los pocos metros que separan la calle del portal de su casa junto a mi hijo y al pastor José Lozada, observando el rostro envejecido del teniente que, vigoroso y ágil, recordaba como el ángel vestido de verde olivo que nos bendijo tanto años atrás.

—¿Tendrá usted la bondad de decirme quién es? —dijo, mostrando de nuevo sus modales respetuosos y dignos que tanto nos impresionaron.

—Usted y yo estuvimos juntos en un lugar muy difícil hace muchos años...

—¿Tú eres... —preguntó mientras intentaba reconocer mi voz—, un lugar difícil, dices...?

—Sí, teniente, estuvimos juntos en Las Marías hace muchos, muchos años.

—¡Las Marías! ¿Tú serás...? Tu voz me suena conocida... ¿Serás del grupo de bautistas?

La emoción no me permitía hablar y nos fundimos en el abrazo que por más de cuarenta años deseé. La esposa y la hija nos observaban sorprendidas por su emotiva reacción ante nuestra llegada. No me cansaba de mirar a aquel hombre, ya vencido por los años y la ceguera, de quien tenía tan dulces recuerdos. Le expliqué a la familia mi añoranza por volver a verlo para agradecerle su ayuda. Les conté que había publicado un libro y les pedí permiso para leerles lo que había escrito sobre él.

El teniente, su esposa y la hija a su lado, escucharon la lectura y observé como en los ojos de la muchacha brotaban lágrimas mientras acariciaba a su padre constantemente. Rosabal sonreía con satisfacción, confirmando la veracidad de mi relato.

Mi hijo y el pastor Lozada no salían de su asombro mientras yo estaba consciente de estar viviendo unos de los momentos más trascendentes de mi vida. Al terminar la lectura y al ver la reacción positiva de ellos ante todo lo que había escrito, le confesé a Rosabal dos enigmas que me inquietaban sobre su relación con nosotros.

—Siempre he deseado hacerle dos preguntas, teniente. He aquí la primera: Cuando usted fue súbitamente trasladado de Las Marías nosotros pensamos que fue un castigo por ayudarnos. ¿Fue cierta nuestra suposición?

Rosabal confirmó que sí. Fue requerido varias veces por su simpatía y compenetración con nosotros. Después del incidente de las Biblias todo se complicó para él. Según su esposa, de ahí en adelante le enviaron a los lugares más difíciles e intrincados, por lo cual ambos —y toda la familia— enfrentaron muchas dificultades.

—La segunda pregunta es más personal, teniente —le advertí—, usted nos dijo que conocía los himnos que silbaba porque en su juventud visitaba las iglesias detrás de alguna muchacha, lo cual nunca nos convenció. Usted era diferente a los demás oficiales. Su gesto de señalar hacia el cielo cuando se despidió de nosotros... ¿Significaba que era un creyente secreto? ¿Tenía usted fe, aunque en aquellas circunstancias no pudiera confesarlo?

—Esa pregunta te la voy a responder cantando —dijo.

Y comenzó a entonar perfectamente el antiguo himno que refiere a la conversación de Jesús con Nicodemo, narrada en la Biblia en el capítulo tres del

evangelio de Juan. He aquí las palabras que comenzó a cantar en aquella inolvidable mañana de febrero del 2011 en Camagüey, al encontramos después de cuarenta y cinco años. Cuando él terminó de cantar la primera estrofa me uní a él en el coro y cantamos juntos todo el himno hasta el final.

*Un hombre de noche llegó a Jesús buscando la senda de vida y salud.
Y Cristo le dijo si a Dios quieres ver: ¡Tendrás que renacer!
Coro: ¡Tendrás que renacer! ¡Tendrás que renacer!
De cierto, de cierto te digo a ti: ¡Tendrás que renacer!
Y tú si quisieras al cielo llegar y con los benditos allí descansar
Si la vida eterna quisieras tener: ¡Tendrás que renacer!
Jamás, oh mortal, debes tú desechar palabras que Cristo dignóse hablar
Porque si no quieres el alma perder: ¡Tendrás que renacer!
Amigos han ido con Cristo a morar a quienes quisieras un día encontrar
Hoy este mensaje, pues, debes creer: ¡Tendrás que renacer!*

La gracia de Dios, sublime, inmensa e inexplicable puso junto a nosotros, en los momentos más difíciles, a un hombre creyente. Sin poder confesar entonces su creencia íntima —tal como tantos cubanos hicieron durante muchísimos años por temor a perjudicarse— se las arregló para animarnos mediante su conducta amorosa y el silbido de los himnos cristianos que guardaba en su memoria y en lo más profundo de su corazón. Por ello, él y toda su familia también tuvieron que sufrir a pesar de haber sido un valeroso combatiente en la Sierra Maestra. ¿Cuánto no se cuestionaría él mismo debido a las atrocidades que se cometieron en las UMAP y en las cuáles nunca le vimos participar? Él mantuvo su bondad y su ética en un medio dominado por la impiedad, la exclusión y la injusticia. Medio que, a pesar de sus proezas y su lealtad revolucionaria, le pasó la cuenta por una fe oculta y ser solidario con los jóvenes cristianos bajo su mando.

¿Cómo explicar la exaltación de mi alma mientras cantaba de memoria junto al teniente Rosabal las palabras del antiguo himno? Mi mente voló a las Marías y lo vi joven y fuerte llegando a nuestro lado para ayudarnos y enseñarnos como sembrar, cortar caña o limpiar marabú, siempre con una sonrisa en los labios y

silbando la melodía de un himno que él sabía nos llenaría de consuelo y fortaleza. Al terminar de cantar nos abrazamos y oré dando gracias a Dios por su vida y por la ayuda que representó para nosotros en aquel momento. Oré también por su familia y agradecí a Dios la bendición de permitirme volver a verlo y darle gracias en vida por todo lo que él hizo por nosotros.

Cuando nos despedíamos, su hija me compartió lo siguiente mientras abrazaba y acariciaba a su padre con mucha ternura:

—Pastor, usted me ha hecho un regalo inmenso. Mi padre siempre ha sido muy noble y bueno. Lo he admirado toda mi vida. Sin embargo, cuando crecí y comencé a escuchar historias acerca de las UMAP, no entendía cómo él pudo haber sido parte de aquello. Me hice muchas preguntas. El concepto que tengo de él no nada tiene que ver con aquel ambiente. Por eso, escuchar las historias que usted narra me da una alegría inmensa. La persona bondadosa que siempre he conocido en casa es la misma que estuvo allí ayudando a todos en las UMAP. Si mi padre forma parte de los mejores recuerdos de quienes estuvieron allí, eso me confirma que él siempre y en todas partes ha sido la misma persona que siempre creí que él era. ¡No tengo como darle las gracias!

Si Rosabal guardaba en su memoria después de tantos años la letra de aquel himno, de seguro conocía las letras de los que silbaba y por eso trataba de animarnos silbando sus melodías. Dios lo puso a nuestro lado en los momentos más difíciles y traumáticos de la experiencia UMAP. No era necesario que el cantara las letras porque sabía que al escuchar su silbido nosotros las recordaríamos y su mensaje nos llegaría. Por eso su presencia constituyó un bálsamo y una ayuda para todos. Su historia nos recuerda que Dios sabe cómo ayudar a sus hijos en medio de la aflicción y puede hacerlo de la forma más inesperada. También es una prueba de que el alma humana en medio del sufrimiento encuentra posibilidades insospechadas de ser redimida, consolada, bendecida y afirmada.

Sin embargo —y esa es la tercera convicción— no toda el mundo logra convertir las experiencias amargas en oportunidades de redención y crecimiento, hasta al punto de que esas mismas experiencias se transformen en recuerdos dulces de bendición y emociones positivas. Algunos, tristemente, prefieren endurecerse y acumular rencor y amargura. Son incapaces de librarse de la

carga de recuerdos tormentosos. En un proceso no siempre del todo consciente, permiten que la experiencia en cuestión —mucho más allá de los límites del tiempo en que todo sucedió—, les cause infelicidad y frustración. Entonces queda una herida sangrante de por vida y el presente resulta oprimido por el pasado, que se convierte así en un incómodo compañero de viaje. Esa es una reacción que todo ser inteligente debe rechazar.

Debemos creer que en medio de la aflicción Dios está cerca aunque a veces nos sea difícil reconocerlo. Sus recursos son infinitos e insospechables. Comprenderlo así nos puede ayudar a enfrentar las aflicciones, adquirir una visión diferente y aprender las lecciones más consoladoras. Si creemos en un Dios de amor, omnipotente, omnisciente y soberano, aceptaremos que cuanto nos ocurra, formará parte de su propósito redentor y nos mostrará su gracia siempre presente, aun en medio de las peores circunstancias.

Si así hacemos, nada podrá sorprendernos. Ni siquiera la reaparición en nuestras vidas de alguien que un día pareció arruinar nuestra existencia y regrese como una persona distinta, provocando los mejores sentimientos en nuestro corazón. Dios es grande. Es bueno. Cambia el corazón de las personas. En algunas lo hace rápidamente. Solo él sabe por qué en otras se toma más tiempo. No hay duda: hombres y mujeres pueden cambiar. Debemos creer eso y esperarlo, abiertos a las sorpresas de ese tipo que la vida pueda darnos.

De ese modo podremos ver sucesos inimaginables donde la bondad de Dios se verá derramada a raudales, en nosotros y en mucha gente a nuestro alrededor. Eso sí, seamos amplios, generosos e incluyentes. Tal como el apóstol Pedro dijo en casa de Cornelio el Centurión, *Dios no hace acepción de personas*.⁴⁴

Las sorpresas que recibimos durante nuestra existencia terrenal son impredecibles.

Mucho más lo serán las que disfrutaremos al traspasar el umbral de la eternidad. Cuando podamos contemplar el reino espiritual que ahora no es del todo visible a nuestros ojos aunque es el que domina en realidad todos los acontecimientos, no cesaremos de maravillarnos por las formas increíbles que Dios utilizó para llevar a cabo sus propósitos. Por ello debemos enfrentar con paciencia y

⁴⁴ Hechos de los Apóstoles 10:34.

fe aun los sucesos más desconcertantes. En la brevedad de una vida humana podemos constatar más temprano que tarde cómo se encuentra sentido a lo que en un momento no lo tuvo. Solo es necesario dejar transcurrir el tiempo mientras vivimos y ponemos en práctica los principios que sustentamos. Dios se ocupa de lo demás.

¿Cuántas sorpresas nos deslumbrarán cuando contemplemos la vida desde una perspectiva eternal? ¿Podemos siquiera suponerlas? Definitivamente no.

*Ningún ojo ha visto, ningún oído ha escuchado, ninguna mente humana ha concebido lo que Dios ha preparado para quienes le aman.*⁴⁵

⁴⁵ 1 Corintios 2:9, (NVI).

Réquiem, 2010

El Diario *Granma*, órgano oficial del Partido Comunista de Cuba, publicó el miércoles 1º de septiembre de 2010, en su página cuatro, la segunda parte de la entrevista que Carmen Lira Saade, directora del diario *La Jornada*, de México, hiciera al Dr. Fidel Castro. Esta segunda parte de la entrevista se publicó bajo el título: “El mundo del futuro tiene que ser común para todos”.

LA HABANA. Aunque no hay nada que denote en él malestar alguno, creo que a Fidel no le va a gustar lo que voy a decirle:

—Comandante, todo el encanto de la Revolución Cubana, el reconocimiento, la solidaridad de una buena parte de la intelectualidad universal, los grandes logros del pueblo frente al bloqueo, en fin, todo, todo se fue al caño por causa de la persecución a los homosexuales en Cuba. Fidel no rehúye el tema. Ni niega ni rechaza la aseveración. Solo pide tiempo para recordar, dice, cómo y cuándo se desató el prejuicio en las filas revolucionarias. Hace cinco décadas, y a causa de la homofobia, se marginó a los homosexuales en Cuba y a muchos se les envió a campos de trabajo militar-agrícola, acusándolos de contrarrevolucionarios.

—Sí —recuerda—, fueron momentos de una gran injusticia, ¡una gran injusticia! —repite enfático—, la haya hecho quien sea. Si la hicimos nosotros, nosotros... Estoy tratando de delimitar mi responsabilidad en todo eso porque, desde luego yo no tengo ese tipo de prejuicios.

Se sabe que entre sus mejores y más antiguos amigos hay homosexuales.

—Pero entonces, ¿cómo se conformó ese odio al “diferente”?

Él piensa que todo se fue produciendo como una reacción espontánea en las filas revolucionarias, que venía de las tradiciones. En la Cuba anterior no

solo se discriminaba a los negros; también se discriminaba a las mujeres y, desde luego, a los homosexuales...

—Sí, sí. Pero no en la Cuba de la “nueva moral”, de la que tan orgullosos estaban los revolucionarios de dentro y de fuera.

—¿Quién fue, por tanto, el responsable, directo o indirecto, de que no se pusiera un alto a lo que estaba sucediendo en la sociedad cubana? ¿El Partido? Porque esta es la hora en que el Partido Comunista de Cuba no explicita en sus estatutos la prohibición a discriminar por orientación sexual.

—No —dice Fidel—. Si alguien es responsable, soy yo... Es cierto que en esos momentos no me podía ocupar de ese asunto... Me encontraba inmerso en la Crisis de Octubre, en la guerra, en las cuestiones políticas...

—Pero esto se convirtió en un serio y grave problema político, Comandante.

—Comprendo, comprendo, repito, nosotros no lo supimos valorar... sabotajes sistemáticos, ataques armados, se sucedían todo el tiempo: teníamos tantos y tan terribles problemas de vida o muerte, ¿sabes?, que no le prestamos la suficiente atención.

—Después de todo aquello se hizo muy difícil la defensa de la Revolución en el exterior... La imagen se había deteriorado para siempre en algunos sectores, sobre todo en Europa.

—Comprendo, comprendo —repite— era justo...

—La persecución a homosexuales podía darse con menor o mayor propuesta, en cualquier parte. No en la Cuba revolucionaria —le digo.

—Comprendo: es como cuando el santo peca, ¿verdad?... No es lo mismo que peque el pecador, ¿no?

Fidel esboza una tenue sonrisa, para luego volver a ponerse serio.

La entrevista continúa, pero con respecto al tema de este libro la anterior transcripción literal es suficiente. Si bien no se menciona la inclusión de drogadictos, jóvenes desafectos a la revolución, religiosos y otras personas que junto a los homosexuales fueron a los campos de trabajo militar-agrícola, es obvio que se refiere a las UMAP.

¿Por qué la periodista pasó por alto el resto del personal que conformó aque-

llos campos de trabajo? Probablemente se deba a la importancia que en estos momentos tiene el tema de la diversidad sexual o ella se esté refiriendo a las unidades que dentro de las propias UMAP se crearon exclusivamente para homosexuales. No fueron pocos los que creían en aquel momento que todos los que estábamos en las UMAP éramos homosexuales. Que el *Granma* publique los comentarios del Dr. Fidel Castro reconociendo que fueron *momentos de una gran injusticia, ¡una gran injusticia!* es, sin lugar a dudas, un hecho histórico y una acción meritoria. Personalmente lo valoro y agradezco. En las poquísimas veces que en ocasiones anteriores se ofreció alguna explicación sobre las UMAP jamás se expresó algo semejante. Solo se argumentó que fueron creadas para ofrecer a personas no aptas para pertenecer a unidades regulares la oportunidad de servir a la patria, soslayando la enorme connotación discriminatoria y opresiva que tuvieron.

Acepto, al leer las justificaciones que se mencionan —aunque la Crisis de Octubre ocurrió tres años antes a la creación de las UMAP— que ningún evento es ajeno a circunstancias concomitantes que propician o impiden, lamentablemente, que actuemos con la claridad y la justicia necesarias.

Nada reconforta más que vivir lo suficiente y ver cómo la verdad —siempre presente, pero oculta a veces en la complicada madeja de acontecimientos y decisiones humanas— logra salir a la luz. Que aquellas unidades fueron una gran injusticia lo comprendimos inmediatamente quienes las sufrimos, pero es bueno, muy bueno, escuchar el reconocimiento oficial que lo confirma.

Aunque la tardanza nunca sea elegante —mucho menos en este caso que han transcurrido más de cincuenta años escuchando justificaciones inadmisibles—, siempre será loable reconocer nuestra responsabilidad por los errores cometidos. Tales declaraciones jamás podrán cambiar el pasado, pero sí permiten a quienes sufrieron la injusticia experimentar la reivindicación que toda persona necesita cuando ha sido víctima de ella.

Por lo tanto, bienvenidas sean.

